

HERBERT MOROTE

RÉQUIEM
POR PERÚ
mi patria

EDICIÓN REVISADA Y AUMENTADA

PALAO EDICIONES
LIMA-PERÚ / 2004

Requiem por Perú mi patria
Segunda edición.
Lima / Perú 2004

© Herbert Morote, 2004
© Palao Ediciones

Carátula: Erik Chiri Jaime

Depósito Legal: 1501-13-2003-3212
ISBN: 9972-9727-1-2

Impreso y hecho en el Perú

Índice

Nota a la presente edición

1992 Primera edición. Nota al lector

I.- Introducción

- 1.- Trágica verdad
- 2.- Olor a Patria
- 3.- Reacciones previsibles
- 4.- ¿Dónde la enterrarán?
- 5.- ¿Pueden morir las Patrias?
- 6.- ¿Quién la asesinó?
- 7.- Un fuerte dolor mi pecho oprime, es el peso de mi raza
- 8.- Maldigo a los que me han robado el futuro
- 9.- Yo puedo odiar
- 10.- ¡Miserables patricidas!
- 11.- La imprescindible tarea de talar y demoler

INTROITUS

II.- Mi patria, sus símbolos, su situación geográfica

- 1.- Si no hay futuro no hay Patria
- 2.- Los símbolos erróneos de mi Patria
- 3.- ¿Dónde está el Perú?
- 4.- Mi mapa del Perú
- 5.- Nuestros vecinos y el sueño de integración
- 6.- Las tres regiones naturales del Perú
- 7.- El Perú no es rico, es paupérrimo
- 8.- El mito del Perú rico

KYRIE ELEISON

III.- La gente de mi Patria

- 1.- Aplaca, Señor, tu ira
- 2.- ¿Quién es la gente del Perú?
- 3.- La primera herida mortal, un bayonetazo
- 4.- Los militaristas
- 5.- LDM, veneno mortal
- 6.- CDM, mordedura de ofidio

DÍAS DE IRA

IV.- El mito de los ricos

- 1.- Los ricos del Perú
- 2.- Liaisons dangereuses
- 3.- Riqueza y prepotencia
- 4.- El mito de que no somos empresarios
- 5.- Fuga de capitales y de cerebros

TUBA MIRUN

V.- Lima es una m...

- 1.- Lima está irreconocible
- 2.- Lima es una cárcel al revés
- 3.- Origen de la cloaca
- 4.- Tras cuernos, palos
- 5.- La metamorfosis del batracio
- 6.- La barriada
- 7.- La nueva camada

REX TREMENDAE

VI.- Nuestros gobernantes

- 1.- ¿Qué dirán o habrán dicho nuestros gobernantes al Señor?
- 2.- ¡Qué bestias hemos sido!
- 3.- No, General, Ud. no se escapa
- 4.- El Gran Arquitecto lo sabe
- 5.- Imposible General, Ud. está jodido
- 6.- Todos han sido iguales
- 7.- Hay cada desalmado...
- 8.- La perversidad de Fujimori era previsible
- 9.- El último de los inca-paces

RECORDARE

VII. Nuestros falsos héroes

- 1.- La confusión es total
- 2.- La semilla de la confusión se plantó hace años
- 3.- Nuestros modelos
- 4.- Modelos prehispánicos
- 5.- Modelos de la Conquista
- 6.- Modelos de la Independencia
- 7.- Modelos de la República
- 8.- Modelos olvidados

COMUNIÓN DE LOS CONFUNDIDOS

VIII.- Perú, país racista

- 1.- Lágrimas criollas
- 2.- El indio no llora
- 3.- ¿Es el indio violento y sanguinario?
- 4.- ¿Qué es lo que quiere ser el indio?
- 5.- El contagio andino
- 6.- La desgracia es no haberlos tomado en cuenta

LACRIMOSA

IX.- Terrorismo y crimen

- 1.- Una nota personal
- 2.- La verdadera tragedia
- 3.- Si hay guerra atómica me gustaría estar en el Perú
- 4.- La Comisión de la Verdad y Reconciliación
- 5.- El «otro sendero»: el crimen

OFFERTORIUM. DOMINE JESU CHRISTE

X.- Los intelectuales

- 1.- Sinergia trágica
- 2.- Analistas de la realidad nacional
- 3.- Los historiadores de la República
- 4.- Los escritores
- 5.- Los políticos, la otra cara de la medalla

OFFERTORIUM. HOSTIAS

XI.- Los religiosos

- 1.- La llegada de los hechiceros
- 2.- Cuidado Sancho, hemos topado con la Iglesia
- 3.- El cura del pueblo
- 4.- La iglesia moderna
- 5.- Las órdenes religiosas
- 6.- Nuestros santos

SANCTUS

XII.- Los poderes del Estado

- 1.- Apurar el cáliz
- 2.- El Poder Judicial
- 3.- El Poder Electoral
- 4.- El Poder Legislativo

AGNUS DEI

XIII.- Estoy agotado de analizar heces

- 1.- Los vómitos me han debilitado
- 2.- El sofisma del ataque personal
- 3.- Los voluntarios han muerto primero
- 4.- La fuerza de la costumbre
- 5.- ¿Queda alguna esperanza?
- 6.- Creer en la resurrección
- 7.- Confesión a mi Patria

COMUNIÓN. LUZ ETERNA

Nota a la presente edición

La publicación en 1992 de este Réquiem pasó casi inadvertida en el Perú, realmente fue recibida con un atronador silencio por la crítica, debí haberlo esperado. Si a mis compatriotas nunca les interesó oír las verdades, cómo podía agrandar el libro cuando, además, tenían por esos tiempos al infame de Fujimori que les regalaba esperanzas mientras los esquilaba y pervertía. A pesar de todo, la voz corrió de boca en boca y la edición inicial del Réquiem se agotó, igual que otras ediciones piratas de poca monta. Así mismo tuve la satisfacción de que un gran número de lectores hicieran suyo el análisis y agradeciesen la brutal sinceridad del libro a la que los peruanos no estamos acostumbrados.

Así hubieran quedado las cosas a no ser por la insistencia de varios amigos - entre ellos Alfredo Bryce Echenique- y de mi esposa Elisabeth que me alentaron a actualizar este ensayo. Ellos y mi almohada saben que se me ha vuelto a abrir una herida muy grande al hacerlo.

En 1992 creí que la muerte de mi Patria era suficiente oprobio. No fue así, en un acto necrofílico el siniestro Fujimori se empeñó en violarla repetidamente durante una década. Nunca en la historia, ya de por sí miserable de nuestros pasados gobernantes, la corrupción y el crimen llegaron a institucionalizarse a tal grado. Ningún estamento político, judicial, militar, laboral, económico o religioso, quedó libre de ser contaminado. ¡Qué horror! ¡Qué vergüenza! Y más horror y más vergüenza es que ese desgraciado personaje tenga hasta la fecha el respaldo de una parte de la población. Hay peruanos que hasta lo añoran. ¿Estaremos alucinando? ¿Es posible esto?

Cuando la Patria está muerta todo es posible. Por ejemplo: es muy posible que -si consideramos el número de presidentes inescrupulosos, ladrones y corruptos que hemos tenido- el incapaz que nos gobierna hoy sea lo mejor que nos ha podido pasar. Todo se debe a que nunca, mil veces nunca, hemos aceptado la verdad de nuestra historia. Nos mienten y mentimos sobre el Perú desde que somos niños. Y nos seguirán mintiendo y mentiremos nosotros hasta la tumba.

Ante esta realidad no puedo quedarme ni ajeno al Perú ni triste por él. Prefiero rebelarme, protestar, denunciar y no cansarme de acusar la estafa a la que estamos sometidos. Mi modesta ilusión es ayudar a algún lector cómplice en su afán de mantener encendida la mecha de la verdad con la peregrina esperanza, pero esperanza al fin, de que otras generaciones la hagan explotar.

H.M. Abril de 2004

1992 Primera Edición

NOTA AL LECTOR

La razón principal de escribir este libro fue poner mis ideas en orden, es decir, situarme frente a mí mismo. Y, ¿quién soy yo, si no un peruano que tiene raíces profundas en su tierra, su familia, sus amigos y los sueños compartidos con ellos? Examinar el pasado es un proceso cruel. Freud inventó el psicoanálisis no para que uno repita los cuentos de hadas que alguna vez escuchó en la niñez, lo hizo para que, al enfrentarnos con lo que sí duele, con lo que se ocultó en el sótano de la memoria, se vea que es precisamente lo escondido lo que nos hace ser como somos. De este modo he encontrado que todo lo que me han enseñado sobre mi Patria es falso. Sacarlo del abismo de la conciencia fue un proceso doloroso, allí me enfrenté a mitos horrorosos. Peor que eso: encontré valores que yacían aletargados porque nunca fueron reconocidos por nuestra sociedad, llámese ésta: colegio, amigos, familia, empresa, etcétera. Todo lo anterior lo intuía, pero no lo sabía. Somos, ¡qué duda cabe!, producto de nuestro ambiente y al criticarlo se puede creer que estamos destruyendo parte de nuestra personalidad, nuestro orgullo. En verdad lo que hacemos al ser sinceros con nuestro pasado es liberarnos de nuestros tabúes, mitos y prejuicios.

Este libro pretende, también, poner sobre el tapete algunos de nuestros complejos, fobias, vicios ocultos e inclinaciones perversas. No creo en verdades inmovibles, todo lo que escribo es discutible. En lo que sí creo es en la necesidad de examinar en voz alta las razones de nuestra pobreza moral y falta de ética.

La situación de Perú es terrible. No es un problema de alta criminalidad ni de recalcitrante terrorismo, tampoco el problema es su precaria economía

ni el desempleo. El problema del Perú es la carencia de valores. La sociedad está corrompida y por lo tanto sus instituciones también. La violencia no se puede combatir con represión policial ni la situación económica de los peruanos puede mejorar con recetas neoliberales importadas a rajatabla. Son otros los caminos a seguir para que el Perú pueda recuperarse, pero cualesquiera de ellos debe contener franqueza e integridad moral. Si esto no se logra todo intento por establecer el orden público será inútil, como nulo será el mejoramiento económico de la población.

No espero que el lector coincida con todo lo que digo. Verá que a veces dudo y en muchas partes muestro claras contradicciones, sin embargo, en ningún momento he deseado buscar paliativos porque no pretendo agradar con este libro, sino, más bien, desearía que al leerlo duela, y duela tanto como a mí me dolió escribirlo.

Herbert Morote
Noviembre de 1992

I

Introducción

INTROITUS

**Requiem aeternam dona eis, Domine
et lux perpetua luceat eis.**

Dales reposo eterno, Señor:
y que brille eternamente la luz sobre ellos

1.- Trágica verdad

COMO MUCHOS PERUANOS muy a mi pesar emigré de mi Patria durante el miserable gobierno militar de Juan Velasco Alvarado. Sin embargo, la continué visitando con la esperanza de regresar a ella algún día. Los años pasaron, hasta que un día pensando en retirarme realicé el viaje más importante: debía iniciar los preparativos para regresar al Perú. Y, precisamente, en ese viaje me di cuenta de que mi Patria había fallecido. Es verdad que cada año la había visto peor, sin embargo mantenía esperanzas en su mejoría y, por qué no, en su restablecimiento total. Me decía: “en el próximo viaje la encontrarás mejor”. Así pasaron veinte años, veinte largos años engañándome, esperando un milagro, pero no, mi Patria había muerto; me lo dijeron las resignadas miradas de mis parientes, la palabra desalentadora de mis amigos, las noticias alarmantes de las revistas y periódicos, las imágenes televisadas de gobernantes y gobernados. Me lo confirmó, también, todo lo que vi y oí en calles y plazas de ciudades y pueblos.

No satisfecho con estas pruebas insistí en buscar, descubrir, el más mínimo signo vital, algún detalle esperanzador. Me quedé estupefacto. Como aquel esposo que al regresar de una larga guerra busca a su amada para abrazarla y ... la encuentra muerta.

Mi Patria... mi Patria... no supe cuándo había fallecido. Su olor indicaba que no era reciente. ¡Qué dolor! ¡Qué pena!

Y luego, hermanos..., y luego... como si no fuera suficiente tanto oprobio, el nefasto villano de Fujimori en un perverso acto de necrofilia violó a la muerta durante 10 años. ¡Qué horror! ¡Qué pestilencia!

2.- Olor a Patria

CUANDO MI PATRIA ESTABA VIVA olía a alfalfa matinal de ayacuchanos campos, a campiña arequipeña, al palo de rosa de Iquitos, a la mar brava de Lima, a los eucaliptos de Huánuco, al aire límpido de Huancavelica, a melaza de los campos norteños.

Mi Patria tenía fragancia a la flor de la canela que llevaba la guapa del valsecito, a colonia de mi bisabuela Etelgiva, a agua de Florida en la repisa del baño, a talco para bebés, a flores domingueras que llevaba a casa.

Olía mi patria a cocina hogareña que espera al hijo hambriento: frejoles con arroz blanco, papa con huacatay, chifles piuranos, cuy chactado, pan con bonito frito. Mi Patria despedía aroma a té en la tarde, cuando en el silencio del sorbido se gustaba filosofar sobre las cosas de la vida.

Finalmente, el aroma de mi Patria era a café después de la cena, cuando mis padres animaban la imaginación y se hacían grandísimos planes para el porvenir.

Así olía mi Patria. Ahora huele mal, lógico, hace tiempo que está muerta y no la entierran.

3.- Reacciones previsibles

LAS REACCIONES FRENTE A UN OCCISO son tan variadas como el número de personas que conocen al fallecido. En consecuencia, la muerte de mi Patria aparecerá en España en la columna “noticias breves del mundo”, debajo de la información sobre un nuevo índice de criminalidad en Nueva York, y arriba del récord Guinness de tomar cerveza con cucharita.

Al resto de Europa no le importará que esté viva o muerta. Sólo las agencias de viajes exóticos se tomarán la molestia de ofrecerla a los clientes que aman la antropología o los deportes de alto riesgo.

En África y Asia como no la conocían no llegarán a enterarse del luctuoso suceso. No debo resentirme por ello. Si a mí me dijeran que se murió la Patria de Brunei o la del Alto Volta,

reaccionaría igual, acaso las buscaría por curiosidad en un atlas geográfico.

Los Estados Unidos estarán contentos de su muerte porque era un potencial de problemas. Los sheriffs del universo tendrán menos de qué preocuparse y, como mi Patria murió pobre, no habrá siquiera un botín importante que buscar.

Las hermanas latinoamericanas de mi Patria no sé si también han muerto o están vivas. Para mí es muy difícil saber algo de ellas. Apenas si pude darme cuenta de que mi propia Patria había dejado este mundo. En fin, si estuviesen vivas y fuertes entrarían en las propiedades y se arrebatarían los despojos. Esto no es un problema que hoy me quita el sueño. Lo que me tiene pasmado es saber que mi Patria, no la de los vecinos, está muerta.

Mis compatriotas reaccionarán peor que yo. La gran mayoría no sabe que ha muerto. Unos pocos que sí saben, callan. Otros ocultan, y algunos niegan.

4. -¿Dónde la enterrarán?

¡LAS COSAS QUE UNO PIENSA CUANDO VE UN CADÁVER! El sepelio de mi Patria va a tomar muchos años. A las Patrias, al igual que a los reyes españoles, hay que ponerlas antes en unas recámaras para que sus cuerpos se pudran hasta quedar bien secos. En El Escorial llaman a esos cuartos “pudrideros”. En el Perú ese recinto no tiene nombre todavía. En todo caso, una vez seca la enterrarán en la costa o la sierra, esto será mejor que enterrarla en la selva, allí todo se pudre tan rápido que desaparecen carne, vísceras, huesos y ataúd en pocos días.

En la sierra no la enterrarán porque los costeños no aman la sierra y son ellos los que toman las decisiones. Luego, queda sólo la costa. Allí podrían enterrarla, si hubiese dinero, en una de las tantas *huacas* vacías, más claro, saqueadas por mis compatriotas. No, ni eso, los limeños dirán, “no hay plata”, y la dejarán en un hueco del desierto costeño. Ojalá sea Paracas porque se acompañará con otras momias. La de mi Patria durará muchos

siglos en inmejorables condiciones hasta que algún arqueólogo la descubra en un lejanísimo tiempo. ¡Pero qué digo! Lo más probable es que la entierren en el Congreso de la República, ahí las cosas se pudren lentamente, y no se notará la pestilencia, seguirá oliendo igual.

Finalmente, cuando mi Patria haya perdido su olor y sólo se vea el pergamino que forran sus huesos la pondrán en la Catedral de Lima, donde queda lo bien podrido. No pondrán sus vísceras, eso los curas no lo permiten, ¿alguien ha visto acaso las entrañas de Pizarro? Estoy seguro de que tampoco tienen entrañas los prelados que están en ese santo lugar. La colocarán, estoy seguro, en la primera capilla de la derecha, dentro de un sarcófago de vidrio parecido al que tiene “El Marqués de la Conquista”. Los que vayan a verla podrán hacer comparaciones...

Solamente espero que maquillen a la muerta antes de exhibirla y le pongan alguna ropa que oculte sus desgarradas carnes. La pobre fue violada durante una década por el perverso de Fujimori mientras Montesinos, su secuaz, aplaudía y se apoderaba de sus pobres pertenencias. No le dejaron nada, ni pudor.

5.- ¿Pueden morir las Patrias?

YO NO CREÍA, como no cree mucha gente, que las Patrias pueden morir, sin embargo es así. Las Patrias mueren igual que los hombres, los árboles y los animales. Grandes Patrias han desaparecido. La Patria de los griegos se fue al más allá seguida por la de los romanos; también se han ido la Patria de los persas, hititas, egipcios, mayas, etc. El hecho de que hayan dejado este mundo esas Patrias no me consuela porque las veo como Patrias viejas que por naturaleza tenían que desaparecer.

El caso de mi Patria es diferente: era una Patria joven, nacida en 1532 por la unión, más bien la violación, con alevosía, ventaja y ensañamiento en grado máximo, de la Madre España al padre Quechua. Las mujeres cuando violan a los hombres no sólo son abusivas sino perversas. ¡Cómo provoca este tema! Mejor voy para atrás.

Estoy equivocado. No siempre las Patrias mueren de vejez. Hay muchas que parecen inmortales. Por ejemplo: la Patria de los japoneses y la de los chinos son viejísimas, a pesar de ello son florecientes, firmes de carnes y hermosas. Hay también muchísimas Patrias pequeñas que siguen vivas: pienso en las Patrias de las numerosas tribus de África, Asia, Oceanía y en las de nuestra selva amazónica. Esta nueva revelación en el discurso me hace afirmar, como es lógico, que las Patrias no tienen por qué morir. Añado: las Patrias no envejecen como los hombres, por lo tanto no se mueren de viejas sino de alguna otra cosa...

6.- ¿Quién la asesinó?

AHORA QUE MI PATRIA ESTÁ INERME puedo hacerle una meticulosa autopsia, no le dolerá porque está muerta y los muertos son indefensos; luego, no se quejará cuando mi bisturí explore sus vísceras ni se podrá vengar de mí como lo haría si apenas la hubiese rozado estando viva.

Tampoco mis compatriotas me podrán acusar de asesinato, no se puede asesinar a una muerta. No faltará, claro, alguien quien crea que todavía está viva y se enojará mucho, querrá suprimir la noticia eliminando al mensajero. Otros gritarán que no ha muerto, en estas tragedias a veces se actúa como viudas histéricas que se agarran al féretro y pelean con los cargadores. No debería preocuparme por ellos, serán pocos los interesados en leer este Réquiem y llorar conmigo. Mis compatriotas están más atentos al fútbol, a pesar de que no ganamos más que vergüenzas.

Lo más seguro será que aquellos que protesten por la autopsia sean los mismos que han contribuido a la muerte de mi Patria. Temerán los “Días de Ira” de Dios. No se deberían asustar tanto porque yo no los acuso ante Dios, sino que me contento con denunciarlos ante la Historia. No dejaré que la nueva generación, aludida hace 100 años por Manuel González Prada, se tome el trabajo de acusar a los viejos. Yo puedo hacerlo ahora y poner en la frente de todos los culpables el sello indeleble de la ignominia.

Eso no es poco. Tengo que acusarles hoy mismo, sin demora, no debo esperar la Justicia de la Historia, porque cuando la Historia juzga no condena, siempre es tarde para ello.

7.- Un fuerte dolor mi pecho oprime, es el peso de mi raza

EL SOBRESALTO AL ENCONTRARME de un día a otro sin Patria me ha hecho reaccionar de un modo extraño, no he querido explorar mis propios sentimientos, tengo horror de enfrentarme a ellos, quisiera esconderme, ocultarme, negar con los demás el triste hecho. Es, lo sé, engañarme con retrasos. ¡Vamos ya! ¿Qué puedo hacer...?

El choque emocional de encontrarme con mi Patria muerta es indudablemente trágico. Me acabo de dar cuenta de que soy huérfano de Patria. Un apátrida está en mejor situación, él no la tiene. Yo, en cambio, la tengo y está muerta. Soy un triste, solitario y abandonado huérfano de Patria.

Un fuerte dolor mi pecho oprime, es el peso de mi raza. Vallejo lo diría mejor:

“Silencio. Aquí se ha hecho ya de noche,
ya trás del cementerio se fue el sol;
aquí se está llorando a mil pupilas:
no vuelvas; ya murió mi corazón”.

8.- ¡Maldigo a los que me han robado el futuro!

¡PERO NO, CARAJO! No me voy a quedar tan tranquilo en el velorio. ¡No! ¡Hijos de la concha de su madre! ¡Matricidas! ¡Han asesinado también la vejez que quería disfrutar en mi Patria!

Han destruido la casita en la playa que nunca construí, a la que venían mis hermanos con sus hijos que nunca fueron. ¡Miserables! Han acabado con la gran familia que no constituí. ¡Incapaces! Han impedido que vuelva a visitar Pichupampa, la remota comarca donde nació mi padre, por la que nunca caminé. No volveré a oler y almorzar esa rica pachamanca que nunca comí. ¡Mediocres!

¡Hediondos! Me han impedido festejar el matrimonio de mi hija, llevarla del brazo al altar y hacer una fiesta de “rompe y raja” hasta la mañana siguiente cuando después de bailar un huayno de padre y muy señor mío con mi esposa que nunca lo aprenderá, nos restableceríamos con un aguadito de pato bien picante e iríamos a echarnos a la playa con los muchos invitados que todavía seguirían en la fiesta a la que nunca asistieron.

¿Y las otras fiestas a las que nunca iré? ¿Y el bautizo de mi primo, el chino Pun?, su padre habría cerrado el mejor chifa de Lima y con elegancia mandarina habría atendido a los invitados, especialmente a los parientes políticos que supimos valorar su calidad humana y sus maneras de gran señor. ¿Y el primer cumpleaños de mi sobrino Terrones?, habría bailado una zamacueca con mi sobrina Toya, digna de los dedos de esos negros guitarristas que nunca conocí. ¿Y el entierro de mi compadre del alma, Carlos Moreno Hobbs, gran tesorero del Sport Boys?; le hubiera ofrecido mi corazón, experiencia y apoyo a mi ahijado Carlitos que debe ser ya todo un hombre al que no conocí. ¿Quién irá a visitar a mi gran amigote, el Cholo Beraún, cuando se enferme? Beraún, huanuqueño nostálgico, buen cantante, mejor guitarrista e insuperable poeta con el que siempre acabábamos llorando música andina, quizá como presagio de estos tiempos, ¿qué restaurante le contratará?

Y queda mucho más: bailes de carnavales con disfraces en Barranco, comidas pantagruélicas en Fiestas Patrias, Navidades, bailes de Fin de Año, almuerzos con Alfredo Tapia, hermano de tres generaciones. Reuniones en la casa de Memo López Mavila con la gloriosa séptima promoción del Colegio Militar Leoncio Prado, almuerzos con bailongo en El Pueblo con mis compañeros de primaria de La Salle, comidas con mis camaradas comunistas, mis compañeros apristas, mis amigos reaccionarios y cualquiera otra denominación política que quieran ponerse los ex universitarios sanmarquinos. Aun ir a los entierros de amigos o parientes es una experiencia que sólo aprecian los que asisten, ahí

se reencuentra uno con lo que determinó ser así y no de otra manera. Quedan mis inexistentes tertulias literarias con mi querido compañero a quien no veo hace 50 años, Max Silva Tuesta, psiquiatra de postín, literato, humanista de los que ya no se encuentran y, Maxqueeso, hombre de gran corazón, amigo de verdad, que me hablaría de su maestro Seguín, de su personaje Caresanta y tantas cosas que iluminarían mi día.

Quedan, todavía, cumpleaños, bautizos, inauguraciones, graduaciones, despedidas, triunfos deportivos, ascensos en el trabajo, ferias. Es decir todo lo que hace al individuo ser miembro de una gran familia, de una gran Patria. Patria de mis hijos y de los hijos de mis amigos. Todo esto no podrá ser. ¡Jamais! ¡Kapu! ¡Finito! ¡Never again! ¡Nunca jamás!

¿Puedo insultarlos con otras palabras que no sean las que aprendí de joven en las calles limeñas y que brotan espontáneamente de mi pecho cada vez que me siento ultrajado, vejado? No, no puedo, me brotan del alma. ¡Compatriotas de mierda!. Han acabado con poetas y albañiles, con artistas y verduleros, con científicos y obreros, con médicos y enfermeras, con gerentes y empleados, con místicos y prostitutas, con agrónomos y campesinos, con intelectuales y analfabetos, con empresarios y ambulantes. Ahora todo es ruín, ahora no hay esperanza para nadie. ¿Lo entienden? ¡Bestias!

Mis compatriotas son un asco. Por qué no gritarles ahora ¡Mediocres, incapaces! ¡Brutos, imbéciles! Han masacrado su propia Patria, que es la mía. Por eso no lloro de pena, sino de odio, de rabia contra ustedes. Han utilizado la violencia, la incompreensión, la mezquindad, el egoísmo, la corrupción, la envidia.

Mi única venganza es mi letra. ¡Oh, pueblo ruín! Allí tienen a nuestra Patria asesinada. ¿Están satisfechos ahora? ¡Bravo! Hijos de la más grandísima ramera, lo lograron al fin y al cabo. ¡Repugnantes escatófagos! ¡Cómansela! Es lo único que falta.

9.- Yo puedo odiar

TEMO SEGUIR... No es el llanto el que me da miedo, lloré bastante cuando mi hijo murió en el momento en que más feliz estaba, todavía lo hago como si fuera ayer. Temo seguir...

Yo no soy de los que quedan resentidos, eso es para los pusilánimes. Yo puedo odiar, yo odio. ¿Cómo se materializa el odio?, ¿en violencia? Eso lo hace cualquier ignorante aun sin odiar. Yo no creo en la violencia. ¿Violencia, contra quién? Mis compatriotas se matan entre ellos, unos con balas y otros, muchos otros, con indolencia, con falsedad, y más que nada con mezquindad. ¿Qué no conocen a los mezquinos? ¡Pues yo sí! Es el hijo de puta del departamento de personal, heredero directo de los encomenderos. Es el jefecito de mierda que teme por su puesto y sustituye conocimiento con terror y oscurantismo. Es el empleado común y corriente que no se esfuerza por hacer un buen trabajo, que dosifica su energía, que cierra su escritorio a la hora en punto y su cerebro una hora antes. Es la secretaria que no se queda un minuto más. Es el obrero que se roba el cemento de la obra. El profesor que no prepara su clase. El carnicero que altera la balanza. El tendero que acapara el arroz. El policía corrupto que mira a otro lado mientras roban.

Más que cualquiera, el más mezquino es aquel que regatea elogios al compañero y céntimos a la chola frutera que se muere de hambre.

No por mencionarle último tiene menos intensidad mi odio al indiodemierda. Al único indiodemierda, a esa sublimación de las heces, a ese epítome de excremento. Aquel indio que se ha superado algo económica o intelectualmente, y, en vez de ayudar o defender a sus paisanos, los explota con más vileza que los gamonales. Aquel indiodemierda que luego de escalar una pequeña posición burocrática o social toma los aires de su antiguo amo para acarrear más injusticia y corrupción. Odio a ese indiodemierda que intenta sentirse blanco o mestizo, que cambia su nombre, su nariz, y se avergüenza de sus padres y hermanos.

Pueblo de mezquinos y traidores, mi odio se comienza a liberar. Los insultaré sin piedad ni censura. Vomitaré en estas líneas mis demonios sobre ustedes.

10.- ¡Miserables patricidas!

NUNCA PODRÉ COMPRENDER LO QUE PASÓ. Por ejemplo: No sé por qué mis compatriotas utilizaron sus energías para generar violencia y no para producir más alimentos. Me refiero principalmente a las fuerzas armadas, a la policía, y a los que llevan armas sea cual sea su razón. Odio por igual a todos los que llevan uniforme militar, de alféreces para arriba, y a todos los narco-trafficantes y criminales. Unos son pobres diablos con galones, y los otros sin ellos.

No entiendo tampoco nuestra falta de valor para acusar de falsa a la Historia que enseñan en los colegios y las universidades, y publican sin decoro pseudo historiadores. Estamos llenos de falsos héroes que enmascaran a una sociedad corrupta e indolente.

Somos un pueblo amnésico. Hemos olvidado los nombres de ladrones, embusteros, sinvergüenzas, incapaces y traidores. Queremos sólo recordar lo que no tiene importancia social. Lo intrascendente y anecdótico es lo único que permanece. Parecería que tenemos fobia a lo sustancial y básico.

¿Por qué no desenmascaramos a la Jerarquía de una iglesia alienada de su responsabilidad social y de los valores básicos que debería tener nuestra sociedad? Los obispos siempre van y han ido del lado del gobernante y el gamonal. Sermonean sobre los pecados carnales a una nación desbordada por la injusticia social. Predican contra la lujuria a un pueblo famélico. Rezan por la fidelidad conyugal de familias analfabetas. Sacan pesadas procesiones en hombros de personas descalzas y enfermas. Condenan el aborto de ignorantes mujeres cargadas de hijos. Al lema “ora et labora” han envilecido el carácter del pueblo y lo han hecho débil y miserable.

¿Por qué no llamamos a los ladrones por su nombre y a los acaparadores por lo que son? ¿Por qué no metemos en la cárcel a los que no pagan impuestos? Allí deberían estar junto con los que reciben coimas y prebendas.

¿Es acaso el gobierno el que va a cargar siempre con la culpa? ¿Quién es el responsable de que la calle esté llena de papeles sucios, la municipalidad o el vecino que los arroja al suelo?

¡Ah, pueblo que no asume responsabilidades! Siempre dispuesto a dirigir el dedo acusador contra todo lo que está arriba. ¿Dije, dirigir el dedo acusador? ¡No! Debo aclarar: sólo hace el ademán de levantarlo y se queda inmóvil, no tiene valor suficiente. Está esperando cobardemente que venga alguien a salvarlo. ¡Que venga cualquiera! Cuanto más lejano e ignoto mejor. Así se le podrá traicionar sin vergüenza. ¡Que venga un general! Y se crean fábulas para admirar sin pudor lo grosero de su vocabulario, lo insaciable de su apetito carnal, y la ejecución de malvadas venganzas contra sus enemigos. Si canta y baila mejor. Se admira más la osadía de sus decisiones que el mérito de ellas. Estas son las virtudes del salvador que cautivan. Si no es general el jefe del rescate, puede buscarse un japonés, un chino o un rubio. Pero ya nos peruanizamos, después de un hijo del Lejano Oriente hemos creído que nos puede salvar un indio porque habla inglés. Pues este indio, que de indio no tiene más que su facha, nos ha salido tan inepto como los presidentes blanquitos de nuestra historia.

— ¿Acaso a Toledo lo han elegido los marcianos? ¿A ver usted, por quién votó?

— Por el inca-paz, señor, pero no tuve la culpa, era el menos malo.

— Pues a aguantarse. ¿Qué quiere ahora, que entre un general?

— No. Mejor me aguanto, como usted dice.

¡Qué pueblo de porquería! Nunca aprenderá. Siempre le echaremos la culpa a otro. No queda ya valor para levantar el

dedo y decir: “Yo fui, señorita, yo rompí el vidrio, yo le metí la mano a la chola, yo me quité impuestos, yo acaparé alimentos, yo no ayudé a mi vecino, yo rayé el asiento del ómnibus, yo me zampé en la cola, yo no elogíé a mi amigo”. ¡No! Es más fácil quejarse, pero son cobardes y se quejan en voz baja, donde nadie los escuche. Me dan cólera porque los amo profundamente. ¡Miserables! ¡Matricidas!.

11.- La imprescindible tarea de talar y demoler

NO ME DISCULPO POR LAS PALABRAS ALTISONANTES de este Réquiem. Sólo un peruano puede decir “carajo” y “concha de su madre”, cuando se ve ultrajado, sorprendido, frustrado. Solamente en la lengua materna un hombre puede exclamar espontáneamente sus emociones. Pónganse en mi lugar: después de varias décadas de arduo trabajo quise regresar a vivir en mi Patria, la fui a ver y la encontré muerta, más tarde la violó el “chino”. ¿Qué quieren que diga?

Mi Perú ya no existe, el país que queda no es ni su caricatura ni su decadencia, es otro país que ha usurpado el mismo nombre.

En este Réquiem ayudaré a demoler sus falsos héroes, inocuos santos, malsanos mitos, y perversas costumbres. Talaré sin medida ni clemencia la frondosidad de nuestras corruptas instituciones y las estructuras de barro en las que se enlodan los gobernantes. Abriré los ojos a mis compatriotas para que vean su crimen, su matricidio. Trataré de agrandar la brecha que González Prada abrió para que otros terminen de arrasarse con todas las creencias que nos han llevado a esta penosa situación.

Si algún día renace nuestra Patria que no encuentre piedra sobre piedra. Si algún día...si algún día... ¿habrá algún día?...

Antes de ponerme a trabajar debo rezar por mi Patria.

INTROITUS

Señor, da eterno reposo a mi Patria. Alúmbrala siempre porque tiene miedo a la oscuridad, no te olvides que vivió en las tinieblas.

A sus asesinos dales lo que se merecen. Señor, sé justo.

II

Mi patria, sus símbolos, su situación geográfica

KYRIE

**Kyrie eleison
Christe eleison
Kyrie eleison**

Señor ten piedad de nosotros
Cristo ten piedad de nosotros
Señor ten piedad de nosotros

1.- Si no hay futuro no hay Patria

PERÚ ES EL MISMO NOMBRE que se da a la Patria, al país, a la nación y a la república. No porque se llamen igual significan lo mismo. Al hacer la autopsia a mi Patria examino lo único que ha fallecido ya que el Perú como país es el espacio donde ella habitaba, esa área geográfica sigue allí. La Nación Peruana o mejor dicho las varias naciones que habitan el Perú -criollos, indígenas andinos, selváticos, blancos, etc.- todavía deambulan dentro de esos límites. República es la forma de gobierno que administra al país y a su población; tengo que aceptar que ese decrepito, ineficiente e inútil aparato burocrático todavía existe.

Lo que ha muerto es lo más importante, su ausencia hace que todo el resto pierda su sentido.

Patria es, más que todo, futuro. Es verdad que a los peruanos nos liga nuestra historia, religión, lengua, música, educación, costumbres, tradiciones, triunfos y derrotas, pero esos lazos de unión sólo tienen valor en cuanto queramos hacer algo con ellos. Si no hay futuro, no hay Patria. Si no hay mañana, el hoy se hace inútil. ¿Qué sentido tiene sembrar sabiendo que no habrá cosechas? El sentimiento patriota sólo puede cristalizarse cuando hay esperanza, sin ella todo es ripio. Nada tiene significado sin la aurora.

Y afirmo que no esperemos más auroras porque en dos siglos de independencia no hemos desarrollado corrientes políticas que puedan debatir de forma continua y coherente nuestros conflictos:

sierra-costa-selva, indios-cholos-blancos, indigenismo-occidentalismo, ricos-pobres-clase media, centralismo-descentralismo, ciudad-barrriada-campo, etcétera, etcétera. Tampoco se han podido desarrollar corrientes ideológicas que representen de forma sostenida y dinámica los intereses de los diversos grupos sociales y económicos. Por lo tanto no tendremos auroras porque no existe un “PROYECTO DEL PERÚ” a debatir o compartir. Añadamos a esto que la historia que nos enseñaron es falsa. Que no practicamos una religión común (lo que hacemos es fetichismo tribal e intrascendente). Reconozcamos que todos los días destrozamos la lengua castellana, que despreciamos el idioma de las inmensas poblaciones indígenas, que no compartimos la misma música, que nuestras costumbres son malsanas, que se han perdido las tradiciones, que negamos nuestras derrotas y festejamos triunfos inexistentes.

El resultado de todo esto es que no podemos tener futuro porque estamos en estado de descomposición. Ah, eso sí, nadie hace callar al que, en un rapto de falso patriotismo, elogia nuestro “ejemplar pasado” sin saber que no hubo generación en nuestra historia que no haya sido reprimida por un tirano. Nadie arroja un tomatazo al que canta “contigo Perú” mientras roba, no paga impuestos y discrimina a nuestros indígenas. Solamente basta unos tragos para que el peruano, cualquiera que sea su origen, jure que vive en el mejor país del mundo. Claro, esto le dura hasta la mañana siguiente en la que tocan a su puerta para desalojarlo por no pagar el alquiler. Habría que dar la nacionalidad a todos los fariseos.

Para constatar nuestras excelsas contradicciones examinemos, por ejemplo, los símbolos oficiales del Perú, es decir, la forma cómo lo representamos.

2.- Los símbolos erróneos de mi Patria

LOS SÍMBOLOS DE MI PATRIA son el Himno Nacional, la Bandera y el Escudo. Un cínico podría decir que representan fidedignamente nuestra condición hipócrita, superficial y falsa o,

para no insultar más, nuestra permanente condición onírica (ver diccionario, lo digo sin ánimo de ofender, hombre.)

El **Himno Nacional** tiene una bella música, cada vez que la oigo siento que mi piel se eriza, me uno a los millones de peruanos que la cantan, me identifico con el soldado de la banda militar que toca el bombo, siento la vibración del terso cuero que es golpeado al mismo tiempo que se estrellan entre sí los chillones platillos. La sensación patriótica, mejor dicho: orgullosamente patrioter que me infunde el himno la pierdo cuando examino su origen y su contenido.

Se estrenó en 1821, cuando el ejército español controlaba casi todo el Perú. Es decir cuando no éramos ni libres ni independientes.

San Martín lo escogió entre seis concursantes. La música la compuso el maestro José Bernardo Alcedo, la letra se le atribuye a José de la Torre Ugarte. Últimamente he oído que se niega que él la haya escrito. No me sorprende que nadie se sienta responsable de ella.

La letra comienza declarando que “somos libres”, cosa que es falsa: ni éramos libres antes, cuando San Martín la cantó, ni tantos gobiernos militaristas nos han dejado ser libres después de habernos independizado de España. Continúa el himno haciendo una apocalíptica apuesta: “seámoslo siempre y antes niegue sus luces el sol”. Es decir, que si faltamos a la promesa de mantenernos libres, aceptaremos un eclipse total por el resto de nuestros días. Esta frase recuerda los cantos homéricos en la que los dioses luchaban en contra o a favor de los hombres moviendo las fuerzas de la naturaleza a su antojo.

Sigue el himno relatando patéticamente el “largo tiempo” de opresión a la que estuvo “condenado” el peruano, gimiendo hasta que oyó en la “costa” la palabra “libertad”, entonces sacude su “indolencia de esclavo” y levanta su “humillada cerviz”.

¿La palabra “libertad” vino de la costa? ¡Esa es una asquerosa patraña! San Martín y los limeños quisieron ganarse indulgencias con Ave Marías ajenas. Antes de San Martín muchos próceres

indígenas habían dado el grito de ¡libertad!, feroces guerras se habían llevado acabo en la sierra para independizarse. Y no sólo eso, fue en la sierra donde se consumaron las batallas por la independencia y fueron serranos la mayoría de los soldados patriotas. Por otro lado, gritar “somos libres” durante casi doscientos años suena ridículo.

Además, recuerdo vagamente una segunda parte del himno que no la cantamos en las ceremonias pero que no ha sido eliminado de la letra oficial; en ella amenazamos con ir algún día a las costas de España para cobrarnos la ¡revancha! Imagínense, ir a Europa para vengarnos de los españoles. Suena onírico, perdón, más bien fellinesco.

A nuestro Himno Nacional debíamos haberle puesto una letra que representase nuestros ideales, lo que aspirábamos ser. Debíamos haber prometido nuestro compromiso al trabajo, a la unión nacional, y amor al agreste territorio que tenemos.

Admito, es verdad, que nuestro Himno Nacional realmente simboliza nuestra mentalidad: una música agradable con un contenido ridículo.

La **Bandera del Perú** es parecida a la canadiense, tiene tres franjas verticales, de color rojo los extremos y blanco el centro. Los canadienses pusieron en el medio lo que tienen en abundancia, la hoja de arce. Nosotros pusimos lo que no tenemos.

Veamos primero los colores. Recuerdo haber oído que el rojo era por la sangre que nuestros mártires derramaron en la lucha por la independencia, y el blanco por la paz. Alguna vez me contaron unos sacerdotes que rojo era en conmemoración de los mártires peruanos. También he escuchado la tradición del general San Martín que, habiendo llegado a la bahía de Paracas, se despertó una mañana y vio unas aves con esos colores.

Cualquiera que sea su origen, el rojo y blanco no tienen ya sentido. Pienso que si el asunto es representar figurativamente la presente situación, el color de la bandera debería ser un rojo claro, como sangre aguada. Esto sí representaría el estado de salud físico

y moral de los habitantes. Si alguien considera ofensivo el rojo anémico, la bandera debería ser de color negro cóndor en respeto al duelo de tantas familias asesinadas por balas y por hambre. Hay lógicamente una alternativa menos trágica, se podrían considerar los colores de las tres regiones naturales, sobre las cuales no hay discusión: el azul de nuestro generoso mar, el marrón-gris de nuestros Andes y el verde de la selva amazónica. Resumo, nada en el Perú es rojo, rojo, ni blanco, blanco. Todo está sucio y desteñido.

El **Escudo** de nuestra bandera es una burla a la realidad nacional. Se quiso -y es posible que tuviera algún fundamento- representar lo más sobresaliente de los tres reinos naturales que tiene el Perú, pero escogieron el árbol de la quina, la vicuña, y el cuerno de la abundancia.

Hay que agradecer la buena voluntad del artista, no así su visión. El árbol de la quina del cual se extrae la quinina fue divulgado por la esposa del virrey Conde de Chinchón, “la Chinchona”, para el tratamiento del paludismo. Actualmente no sirve para gran cosa. Quizás el agua tónica tiene algo de reminiscencia a la quinina y eso es todo.

Creo que el árbol de la quina se debería cambiar por el árbol de la coca, esta hoja se viene consumiendo abiertamente en los últimos siete siglos por una buena parte de los indígenas. Reemplaza sus alimentos y consuela sus penas. Últimamente es el producto que más se exporta. Nuestra actual economía depende de la coca, pues bien, reconozcámosla como tal en nuestro escudo.

La vicuña está casi extinguida, se le debería sustituir por la rata, es lo que más se ve en nuestras ciudades, especialmente en los edificios públicos. Todo está contaminado, hay ratas por todas partes, se roban todo y destruyen lo que no pueden comer.

El cuerno de la abundancia -por donde se ve salir interminablemente monedas de oro- es el sarcasmo más grande de todos los símbolos del escudo. Si lo que se exige es poner un representante del reino mineral, estamos en un serio problema. Lo más aproximado sería el polvo, vemos polvo invadiendo

ciudades, pueblos, bibliotecas, cerebros, corazones. Todo está empolvado. Hemos innovado la profecía religiosa, ahora en vez de decir: “Eres polvo y en polvo te convertirás”, podemos afirmar, “Eres polvo y lo sigues siendo”.

Si hay que hacer un nuevo escudo con los tres reinos naturales, yo sinceramente propongo la papa, por ser originaria del Perú y el alimento que más ha contribuido y contribuye a la alimentación del país y del mundo. El reino animal podría estar representado por la anchoveta o el bonito, la riqueza del mar es un factor vital para nuestra alimentación con un inmenso potencial a explotar. Para el reino mineral propongo la piedra, es lo que más abunda, sirvió con largueza a nuestros antepasados en la construcción de fortalezas, casas y templos. Puede ser aún muy útil y nos sobra mano de obra para trabajarla o en todo caso arrojarla a los corruptos gobernantes y políticos.

Los actuales símbolos de nuestra Patria al tratar de mostrar lo que no tenemos representan efectivamente la hipocresía de la que hacemos gala.

Toda esta discusión es inútil. En el entierro de mi Patria sobran los discursos y los himnos. En vez de marchas fúnebres tocaremos yaravíes con quenás y antaras. Después cubriremos todos los escudos y banderas con ponchos negros.

—Ahora es tiempo de llorar.

—Lloremos, pues.

3.- ¿Dónde está el Perú?

ENTRANDO YA EN MATERIA conviene averiguar dónde está el cuerpo del delito. Es decir, saber realmente dónde se encuentra el Perú ya que muchos compatriotas creen que estamos no sólo en el centro del planeta sino del universo, un sistema ptolomeico en el que todo gira alrededor nuestro. ¿Exagero? Pregúntenselo a los rezagos del Sendero Luminoso, a Alan García, a Alejandro Toledo, si es capaz de decir alguna verdad. Pregunten a los asesores de la presidencia, a los militares. Y no sólo a los de arriba, pregunten a

cualquiera, al primero que pasa por la calle y dirán que nada es mejor que el Perú, aunque no hayan salido de su barriada. Llegamos a decir que tenemos el mejor vino o la mejor cerveza del mundo,

—Si fuese pisco, chicha o cebiche sería comprensible, ¿no cree usted?

—Claro que sí.

Francamente, el lugar de la tierra donde se encuentra el Perú no es motivo para felicitarse. No obstante, algún resignado podría decir que hay peores sitios. Al margen de discusiones estériles, lo importante es saber dónde estamos y con qué contamos.

La definición inicial que haría cualquier persona medianamente educada sería: el Perú está en el hemisferio sur junto a otros países del tercer mundo. Algunos de mis paisanos se consuelan tontamente diciendo que gracias a estar en Sudamérica no participamos en dos guerras mundiales ni en otras sangrientas revoluciones del siglo XX. Esta estúpida declaración no pone en la balanza la cantidad de muertos que hemos tenido por falta de higiene, nutrición y educación. Se tendría que añadir así mismo las muertes prematuras por inexistencia de servicios médicos, programas de vacunación, falta de medicinas e incluir, además, la corta expectativa de vida del peruano y sus altos índices de mortalidad infantil, etcétera. Al terminar todas las sumas y restas veríamos que las muertes injustificadas e injustificables de un país del hemisferio sur como el Perú, excede en millones a las muertes de un país del hemisferio norte. El consuelo de haberse salvado de guerras mundiales es propio de mentes idiotizadas.

Busco al Perú en un atlas mundial. Efectivamente estamos en el hemisferio sur del planeta, al oeste de Sudamérica. Miro la costa y corro mi índice por todo el océano Pacífico, después por el siguiente, el Índico. Es sólo pasando este océano que mi dedo se detiene en tierra firme: ¡Llegué al África!, a las costas de Tanzania y el norte de Mozambique. ¡Increíble!, hasta allí todo era agua salada.

Repito el camino por temor de haberme equivocado, esta vez me fijo bien dentro de qué paralelos se ubica el Perú. El pueblo de Güepi es el más septentrional, está casi sobre la línea ecuatorial, es decir el paralelo cero. Dieciocho grados al sur está la ciudad de Tacna. Con cuidado muevo mi dedo sobre el océano Pacífico. Recorro una *cuarta parte* del globo y no encuentro nada. Tomo una lupa y distingo la primera isla, tiene un nombre muy exótico, Pakapuka, después voy a Pago Pago. Levanto el índice en Guadalcanal, me acuerdo de la guerra. Lo bajo en la siguiente mancha, es una isla primitiva, Papúa, está sobre el norte deshabitado de Australia. Continúo a otra isla, Borneo, ésta es más salvaje que Papúa, me asusto, aquí se comieron a un hijo de Rockefeller. Paso rápido a Java donde queda la capital de Indonesia, Yakarta. Hasta allí he recorrido literalmente *medio mundo* y no he llegado a ningún continente. No estoy fatigado. Sigo deslizando el dedo sobre océanos y mares infestados de piratas. Llego por fin al África, efectivamente es Tanzania, descanso el índice sobre su capital, Dar'es Salaam. He navegado las *tres cuartas partes* de la tierra.

Todos los vecinos frente a nuestras costas están muy lejos, no me importa lo que haya querido demostrar la Kon Tiki.

Para completar el vistazo general a la situación geográfica estoy obligado a decir que el Perú no se encuentra en camino a ningún lado. Por aquí no se pasa a otra región u otro país. Aquí los pocos que vienen, llegan, y concluida la visita regresan por donde vinieron. No somos puertos de entrada a grandes mercados, como Hong Kong o Singapur. Hasta nuestros hermanos más al sur, Chile y Bolivia, transitan cada vez menos por nuestros puertos, los modernos medios de transporte lo hacen innecesario.

4.- Mi mapa del Perú

TERMINADA LA MIRADA AL ATLAS, examino ahora el mapa del Perú. El que tengo está bien impreso, pero me gusta más el que me enseñaron a hacer en la escuela aunque nunca lo premiaron.

Con un lápiz negro de punta a la vez dura y quebradiza dibujaba

la silueta del Perú con una línea que arrancaba desde la costa, a la altura de Lima por supuesto. Yo no lo sabía todavía, los profesores de los cinco colegios donde estudié, sí: todo lo que se haga en el Perú tiene que comenzar en la capital. Después subía el lápiz hacia arriba separando nuestra costa del océano Pacífico. Cuando llegaba a Piura me abría algo hacia el mar y después de una vuelta entraba en el continente, tenía que separar nuestras tierras del Ecuador, ¡ah... Ecuador! Entonces trazaba sin miramientos una línea hacia el norte, toda la selva era nuestra. Estando bien arriba topaba con Colombia, rápidamente bajaba por el río Putumayo yendo a buscar el Amazonas. No podía llegar a su confluencia, los colombianos nos forzaron a dejar esa vía fluvial y encontrarnos con el Amazonas siguiendo una línea recta a través de la selva. Cogía la regla para trazar esta antinatural frontera y se rompía la punta del lápiz por el esfuerzo.

Descansaba mientras daba vueltas al tajador. La parte más difícil venía ahora, tenía que bajar al sur siguiendo otro tributario del Amazonas que nos separa de Brasil, es el río Yavarí. La selva confunde, había que consultar varias veces la pizarra o el libro, y utilizar el borrador constantemente. La pulcritud del mapa estaba arruinada, por eso nunca me dieron un premio. Seguía titubeando hasta llegar a Bolivia, por allí el territorio era conocido. El Lago Titicaca me salía perfecto.

Terminar el perímetro era un paseo. Un poco más al sur separaba a Chile y regresaba por la costa nuevamente a Lima. Repasaba la línea con tinta procurando no manchar el papel y ponía los nombres de los países limítrofes con letras grandes. Nunca olvidé escribir con exagerada precisión el nombre del lago Titicaca de modo tal que las dos primeras sílabas quedasen del lado peruano.

Llegaba entonces el momento de dibujar los Andes, los comenzaba por el nudo de Vilcanota, cerca de Bolivia, de allí salían dos ramales paralelos a la costa que se unían a la altura de Lima, en el nudo Pasco. Surgían en este punto tres cadenas y un cachito,

la cordillera blanca. Las tres ramas de cerros se volvían a reunir un poco al norte del Perú, en el nudo de Loja. Los profesores siempre insistían en decirnos que ese territorio perteneció un día al Perú.

Terminado los Andes, sacaba de mi cajita de siete colores, el lápiz azul y el verde, para pintar el mar y la selva respectivamente. Había acabado feliz mi tarea.

Antes de recoger los trabajos, los profesores nos hablaban de las grandes riquezas naturales del Perú. Yo, con toda la clase, soñaba complaciente con el futuro maravilloso que me esperaba, solamente era cuestión de cosechar las riquezas. Un valsecito confirmaba lo aprendido, hablaba de ricas montañas, fértiles tierras y risueñas playas. En ningún momento dudé lo que mis maestros me decían: el Perú es el país más rico del mundo.

Este infantilismo aberrante ha persistido en la mente de nuestro pueblo hasta estos días. Lo malo es que no tiene trazas de desaparecer.

5.- Nuestros vecinos y el sueño de integración

VEAMOS A LOS PAÍSES VECINOS. Por el Este compartimos con Brasil la impenetrable selva amazónica, y con Bolivia su triste pobreza.

El estado brasileño limítrofe se llama Amazonas. Es más grande que todo el Perú, tres veces más grande que España, y su población no llega a dos millones de habitantes. La tercera parte de ellos vive en su capital, Manaus, puerto situado a la mitad del largo río Amazonas. La escasa densidad de población de ese estado brasileño es similar a su vecino, el peruano departamento de Loreto, donde viven 600 mil almas en una extensión de 380 mil kilómetros cuadrados. También la tercera parte de los loretanos vive en Iquitos, puerto fluvial cerca del nacimiento del Amazonas.

Debajo de Brasil, siempre al este, se encuentra el altiplano de los Andes, por allí limitamos con Bolivia, país que nunca tuvo la más mínima posibilidad de llegar a ser algo a pesar de toda la

riqueza del estaño que explotó hace unas décadas un curioso boliviano llamado Patiño, distinguido miembro del jet-set mundial de esos tiempos.

Bolivia está lleno de buena gente, humilde, pobre e ignorante. Perú estará peor dentro de pocos años porque vivimos además en una violencia generalizada. Ojalá que no les contagiemos.

Culpar del atraso boliviano a su condición mediterránea es injusto, hay otros problemas estructurales y políticos más graves. El hecho de que Chile le haya quitado su puerto en el Pacífico no es razón para que sus revoluciones y golpes de estado den como promedio de permanencia en el poder 16 meses desde que Bolívar la arrancó del Perú en 1825. En estos últimos años gozan de gobiernos estables que todos esperamos duren mucho.

¿Comerciar con Bolivia?, por favor, qué chiste cruel. Bolivia importa menos que Haití o Mongolia, otro pueblo mediterráneo. ¿Qué le podríamos vender? ¿Cómo lo pagarían? No, desgraciadamente lo único que podemos intercambiar son penas y frustraciones.

Nuestro compartido lago Titicaca -el más alto del mundo, récord que no sabemos para qué diablos sirve- es el símbolo de dos pueblos explotados. Lo que verdaderamente nos une a Bolivia son las naciones quechuas y aimaras, ellas observan con paciencia india cómo desaparecen sus esperanzas.

La situación por el norte con Ecuador y Colombia es parecida, aunque no a tal extremo. Nuestras relaciones con Ecuador no fueron todo lo buenas que debieron ser debido a problemas limítrofes explotados, en momentos de aprieto, por políticos de ambos países.

La primera confrontación bélica, al comienzo de nuestra vida republicana, la inició nuestro mismo “Libertador” Simón Bolívar después de haber perdido la Presidencia Vitalicia del Perú y cuando se aferraba angustiosamente a la presidencia de la Gran Colombia. Desde Bogotá, nuestro “Libertador” Bolívar nos declaró la guerra con la intención de anexarse Tumbes, Jaén y Maynas, ambición

que no logró. Luego, durante dos siglos hubo innumerables escaramuzas que estropearon una deseable y necesaria relación consanguínea. Uno importante fue el conflicto armado de 1941 que finalizó con la firma del Protocolo de Río de Janeiro, teniendo como garantes a Chile, Brasil, Argentina y Estados Unidos.

Lo que ha quedado de todo este embrollo son límites firmes y actitudes recelosas. Una verdadera lástima.

Lo siento pero no he acabado con el tema. Después del conflicto de 1995 -en el que inexplicablemente llevamos la peor parte- a Fujimori no le quedó otra alternativa que llegar a un acuerdo final con Ecuador. Dije que llevamos la peor parte porque así fue a pesar de que los militares de Fujimori nos dijeron lo contrario. No pudimos vencer ni rechazar al ejército enemigo porque el nuestro estuvo mal armado, peor entrenado y pésimamente dirigido por una cúpula militar que en vez de defendernos se dedicó a comprar aviones que no volaron nunca, helicópteros que se caían, armamento obsoleto y munición no compatible con nuestras armas. ¡Qué vergüenza! Perdimos una guerra más. No importa, dejemos las cosas así. Lo único positivo de esta nueva derrota fue que se eliminó una barrera que impedía la amistad a estos dos países hermanos.

No olvidemos, sin embargo, que el manejo de las masas en épocas de tensión fue increíble, se hicieron declaraciones de patriotismo en pueblos que se hundían en la pobreza y corrupción. Se realizaron manifestaciones y desfiles populares en ciudades que nunca se juntaban ni para limpiar sus calles. Se insultaba a los ecuatorianos llamándolos “monos” en periódicos, revistas y radios. No era de extrañar que ellos hicieran lo mismo diciéndonos “gallinas”. Todo esto fue manipulado por políticos y militares: unos querían disimular su baja popularidad y los otros deseaban que se les diese más dinero para comprar armas y aprovecharse de las comisiones ilícitas que pagan los traficantes y proveedores. Una verdadera lástima. Mejor me callo.

Por el sur limitamos con Chile, quien nos ganó la guerra de 1879. Ya habíamos sido derrotados por ellos en otras ocasiones, esta era la segunda vez que se paseaban por Lima. Nos quitaron Arica y Tarapacá, y por un “tris” no se quedaron con Tacna. Se apoderaron de poblaciones auténticamente peruanas. Ahora en esas usurpadas tierras viven poblaciones auténticamente chilenas. ¡A voltear la página!

—Y para terminar...

—No, un momento... me falta Colombia, se encuentra entre Ecuador y Brasil. También nos ganaron guerras militares y diplomáticas.

—¡Hombre! la verdad es que hemos perdido muchas guerras.

—Todas.

—Mejor continúo.

El territorio colombiano que limita con el Perú se llama también Amazonas. No hay mucha imaginación para poner nombres, todos los países están obsesionados por el río, hasta Ecuador se autotitula “país Amazónico”.

En resumen: estamos rodeados de selva, de miseria y de suspicacia. ¡Qué vecinitos tenía mi Patria!

Dicho de otra manera: los vecinos no han sido importantes en nuestro “desarrollo”, salvo para quitarnos territorios. Los nuevos retos financieros y tecnológicos indican que tampoco serán importantes en el futuro. Los únicos socios que valen la pena son Estados Unidos, la Comunidad Europea y Japón. Chile, por ejemplo, no ha necesitado del catastrófico Grupo Andino para progresar. Al revés, tuvo que salir de él y establecer fuertes lazos económicos con los países desarrollados. México no necesitó de la defallecida ALAC (Asociación Latinoamericana de Libre Comercio) para firmar con Canadá y Estados Unidos el Tratado de Libre Comercio. Dicho esto, hay que reconocer que una unión económica, política o cultural con los vecinos podría ayudar algo, pero cuidado en creer que solucionaría nuestro problema y menos

que aliviaría la responsabilidad de nosotros para con nosotros mismos. Lo que me enerva es oír engañosas voces que ensalzan las virtudes de una lejana comunidad latinoamericana quitando de los hombros de nuestros compatriotas la sólida y pesada tarea de trabajar cotidianamente con honradez y responsabilidad. Esta es la única manera de progresar.

Miro a los falsos profetas de utopías latinoamericanas y encuentro que lo único que han buscado es el poder político y horadar el presupuesto de las naciones en su propio beneficio. ¡Cuánto esfuerzo y tiempo se ha perdido en la ALALC y el Grupo Andino!

La verdadera unión latinoamericana llegará cuando se cumplan dos requisitos. Primero, cuando cada uno de sus miembros esté integrado en su propio país (si no hay integración entre las diferentes regiones y poblaciones del Perú, cómo vamos a aspirar a unirnos a países con similares problemas). Segundo, cuando sus habitantes sean más fuertes y más ricos que sus gobiernos.

Los países poderosos se unen para hacerse más poderosos. Cuando se unen los países débiles lo único que hacen es el ridículo. Parecen un sindicato de pordioseros creando falsas esperanzas en sus miembros. No es una opinión, es una ley que la Historia respalda.

Veamos algunos ejemplos recientes: solamente al final del siglo XX Europa pudo permitirse el lujo de unirse económicamente. Los Estados Unidos con todo su poder económico y político apenas está comenzando a crear un mercado común con Canadá y México. Japón, el otro gigante económico, intenta hacer lo mismo en el Pacífico Oriental.

—¿Y, nosotros?

—Nosotros hemos creído largo tiempo que nuestra salvación se funda en la unión con países vecinos.

—Eso ha sido sin duda una idea perversa.

6.- Las tres regiones naturales

HABIENDO VISTO donde estamos situados y quienes son nuestros vecinos, es tiempo de ver lo que tenemos dentro de nuestras fronteras.

La costa es estrecha y desértica, nunca llueve. Los ríos que bajan de la sierra están generalmente secos. Cuando llueve en los Andes el agua desciende rápidamente cruzando cuarenta u ochenta kilómetros de arena sin dar mucho tiempo a los agricultores a racionarla o embalsarla. Por si no fuera suficiente esta desgracia, la poca agua que llega a la costa está contaminada por desperdicios mineros y humanos. Los ríos no alcanzan ni para dar de beber a la población, por eso tenemos que hacer pozos y elevar depósitos de agua sobre techos de todas las viviendas. Los valles fértiles de la costa son pequeños oasis que no sirven para gran cosa. El área cultivable es minúscula. La costa por lo tanto no es rica.

Nuestro mar es riquísimo, pero no hemos desarrollado una cultura marinera. Cuando explotamos el océano lo hacemos con tal ignorancia e imprudencia que rompemos la cadena ecológica frecuentemente. En un tiempo había ballenas con su correspondiente industria. Las balleneras ya cerraron, no porque les prohibieran pescar sino porque de tanto hacerlo las extinguieron. Con las anchovetas pasó lo mismo, mas bien es ¡indigente!.

Nuestro rico océano requiere gente que tenga sesos para cuidarlo. No se le puede explotar indebidamente porque se vengará. Ya nos ha hecho sentir su protesta varias veces y no nos hemos enterado.

A fines de los años 1960 se descubrió el mercado mundial de la harina de pescado para el engorde de animales, pues bien, todos a pescar, y pescar lo que sea y como sea. En 1970 fuimos el país que pescó más en el mundo. Sí, más que Japón o que la Unión Soviética. Pescamos más de ¡12 millones de toneladas! ¡Qué brutos somos! Acabamos con la anchoveta y lo que sigue en la cadena ecológica. Ese año la harina de pescado representó el 28% de

todas las exportaciones. Ahora no podemos pescar ni una quinta parte de ello y, si no se come rápido, envenenamos mortalmente a nuestros famélicos habitantes.

Todas las advertencias parecen inútiles. ¡Qué esperan, inconscientes! ¿Que también nos quedemos sin pescado? ¡Hay que cuidar nuestra Corriente de Humboldt! ¿Lo han entendido? ¡Bestias!

Un mar rico no es suficiente garantía para alimentar a los pueblos. Al margen de caprichos meteorológicos, como la corriente del Niño que aleja los peces de nuestras costas cuando le place, se requiere sistemas de refrigeración y distribución eficaces. Sin estos medios lo que se vende es tifoidea y cólera.

Al no tener suficiente comida en la costa tenemos que recurrir a la sierra. Nuestros Andes son hostiles al cultivo. Su agreste orografía, su aridez, la pobreza del suelo hacen muy difícil sacarle fruto alguno. La utilización de equipo mecánico en las pronunciadas laderas es imposible. Los fértiles valles que encierran los Andes son casi tan escasos como los de la costa. Su relativa mayor producción agrícola tropieza con las dificultades de transporte. Se necesita cruzar deleznable carreteras por afilados abismos e inseguros puentes. La estación de lluvias con sus “huaycos” apocalípticos hace de nuestros choferes andinos héroes anónimos que harían palidecer a Ulises.

Las mesetas andinas a una altitud de más de 3,800 metros tienen una sequedad impresionante, todo se deshidrata en cuestión de horas, lo único que se da aisladamente es “hichu” (icho, RAE), pasto que permite alimentar a los pocos auquénidos que pueden haberse escapado de una caza incontrolada.

Los valles cercanos a la selva son más fértiles y generosos, sin embargo muchísimas cosechas se pudren por la imposibilidad de cruzar las varias cadenas de los Andes. Hay más riesgos: hace unos años los camiones eran asaltados por terroristas, ahora quienes asaltan y matan son ladrones comunes y muchas veces la misma policía que está allí para proteger a los viajeros. Es decir,

venir por carretera de la selva a la costa se ha convertido en el paso de la muerte.

—La sierra no es pobre —me dirá un conocido pobre diablo—, te has olvidado de nuestros minerales, “tenemos oro, plata, zinc”.

—No, no me he olvidado de eso, tonto de solemnidad. Antes de contestarte quiero decirte que “tenemos” es contar a muchos. Los que “tenían” eran unos pocos propietarios. Los menos abusivos, aunque igualmente rapaces, eran los extranjeros. El gobierno del general Velasco Alvarado expropió a todos los importantes, y, como todo el mundo sabe, las grandes minas cayeron en manos de abominables renacuajos como tú, burócratas incapaces que acabaron con los mineros. Cuando las reprivatizaron las entregaron más ineficientes que nunca y llenas de empleados politiqueros miopes.

Los minerales tienen que explotarse eficientemente para competir en un mercado que es especulador y casquivano. Hay grandes monopolios y carteles que dominan el panorama mundial. La minería es un mercado de compradores y no de vendedores. No necesito acabar mi paciencia continuando mi argumento, básteme decir que la minería no hará rico al Perú. No hay en el mundo ningún país minero que sea rico. La minería sólo puede ser buena si el minero está bien alimentado y tiene acceso a una educación decente; si no es así, es sólo una explotación esclavista. Miren las famosas minas de diamantes en África y entenderán lo que les digo.

Pero sigamos con mi mapa. Desde los Andes hasta el otro océano, el Atlántico, veo la mancha verde más grande del atlas, es la selva amazónica, la última riqueza ecológica de la humanidad que debería ser declarada “Parque Mundial. Prohibido el Paso”.

Algunos visionarios —con interés de ganarse buenos millones en moneda fuerte— han inducido a los gobiernos a construir una carretera trans-amazónica y otras arterias de penetración. Lo único que se está logrando es la destrucción de buena parte del sistema

ecológico. Con las carreteras han llegado miles de aventureros que masacran por igual a árboles, indios o animales. Y, ¿para qué?, ¿qué necesidad tenemos de esas tierras si no podemos explotar las que ya tenemos? ¡Sueños! ¡Fantasías! Y detrás de todo eso: rapiña, crimen, abuso, destrucción.

La selva es la reserva ecológica de la humanidad, cualquier barbaridad que se cometa allí acabará con la mayor reserva de agua no salada del planeta. Un pequeño cambio de la flora selvática tendrá consecuencias tan nefastas como una guerra nuclear. Ya se le ha comenzado a atacar desde todos los puntos. Hasta el Ecuador en su afán por extraer petróleo ha comenzado a envenenar la parte a la que tienen acceso y el Perú lo está imitando. Todo este suicidio mundial es callado por la prensa internacional. Las autoridades peruanas también callan. Aquí no pasa nada, dicen.

Gente responsable, respondan al llamado de las pocas voces que gritan:

—¡Que suenen las alarmas del mundo!

—¡La seelvaaaa se mueeereee! ¡La estáaan mataaaando!

Recordemos que hemos extinguido otras riquezas de la selva amazónica. El ejemplo más notable fue el caucho que llegó a representar el 22% de las exportaciones en 1907, y que por ser mal explotado aquí se lo llevaron los ingleses para enriquecerse en Asia. Mi generación ha sido testigo de otro caso: el palo de rosa. La resina de este árbol tiene innumerables aplicaciones, la más conocida es como fijador de perfumes. La extracción de la resina es sencilla, se troza el árbol en astillas medianas que se pone en grandes tanques y con presión de vapor se obtiene un producto listo para enviarse a Europa, vía el Amazonas.

Cuando se descubrió este “tesoro”, todos los aserraderos del Amazonas cayeron en la tentación, la materia prima estaba a la mano, había muchos árboles de palo de rosa en el área, sin embargo, poco a poco, había que adentrarse cada vez más en la selva, y fue así como lo que al comienzo se encontraba en cuestión de días se fue convirtiendo en viajes de semanas y más tarde de meses. El

costo de traer los árboles a los aserraderos más algunos otros factores hizo que la efímera riqueza del palo de rosa siguiese la ruta del jebe, de la leche caspi para la goma de mascar, del barbasco para insecticidas y productos farmacéuticos, etcétera.

También están acabando con los lagartos, las tortugas, los tigres amazónicos, los monos, los loros y demás animales.

—¿Estoy obligado a decir que están acabando con los indios?

—Pues, sí. ¡Están acabando con los indios!

En la selva están asesinando por varios métodos a seres tan humanos como los que se ve por las calles de cualquier ciudad del mundo. ¿Dónde está Amnistía Internacional? ¿Quién se ha limpiado con la Carta de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas? ¿Qué pasó con el Acuerdo de Helsinki? ¿Cómo se llama la plaza donde desfilan las madres de los selváticos desaparecidos? Los indios de la inmensa amazonía están solos. Su venganza será terrible.

Señor, ten misericordia de ellos y de nuestros descendientes.

7.- El Perú no es rico, es paupérrimo

¿TENGO QUE CONTINUAR PROBANDO que somos un país pobre? Odio recurrir a cifras, temo que algún imbécil muestre números sacados de los pelos y ponga en duda estas sólidas verdades. Todos deberíamos saber que somos un país pobre, bastaría mirar a nuestro alrededor. Lo que me irrita es escuchar aseveraciones contrarias que se repiten como si estuviéramos en el colegio o en un campo de concentración. Es más, no somos un país pobre sino más bien un país paupérrimo.

Aquí va una muestra para ahogar a los obtusos: la tierra arable del Perú es sólo el 2.9% del territorio, una de las más bajas en Ibero América. Chile, que tiene más desierto, puede arar el 7% Bolivia el 3.1%. No quiero mencionar otros países por pudor. La pobreza de nuestra tierra hace que la productividad anual por trabajador sea de 718 dólares; Bolivia, el hermano pobre, produce

1265 dólares por campesino (The Economist Book of Vital World Statistics, 1990). Me dirá algún idiota: “estamos mejor que Haití y Jamaica”, y tiene razón, estos son los dos únicos países de América que producen menos por campesino.

La Organización Mundial de la Salud recomienda al adulto un consumo *mínimo* de 2,600 calorías al día. En 1988 el peruano consumió 16% menos. Sólo 10 países en el mundo se nutrieron peor, entre ellos Haití (1,902 calorías), Bangladesh (1,922), Camerún (2,040). El peruano no andaba lejos, ingirió solamente 2,192 calorías ese año. Atención, eso fue antes del “fujishock”, cuando había gente que comía. A partir de 1990, después del ajuste a una economía de mercado, el más optimista acepta una degradación de la pobreza, ahora podemos decir sin riesgo a equivocarnos que el peruano es el peor alimentado de América y que compite con Ghana por la medalla de plata mundial de desnutridos

Los dos últimos párrafos los escribí en 1992, veamos cómo estábamos en 2003. Para no aburrir al lector daré una sola cifra que resume todo: el “Índice de Calidad de Vida” (Fuente: The Economist, World in Figures 2003): Pues bien, con un índice de 74.3 el Perú cada vez está peor, hay muchos que nos superan como Argentina, que ya es decir bastante, o Colombia con toda su guerrilla, o Brasil. También Panamá está mejor que nosotros, hombre, hasta Filipinas, Surinam, Trinidad Tobago, tienen mejor calidad de vida que los peruanos.

—¿Entonces, quiénes están en nuestra liga?

—Nuestros compañeros son Jamaica, Sri Lanka, Albania, Tumerkistán, Aserbaján, República Dominicana, Kasajistán y otros países de parecida catadura.

—¡No nos ganan! ¡No nos ganan!

Para rematar el holocausto de los peruanos, el gobierno de Toledo no solamente fue incapaz de contrarrestar la crisis mundial, no, el felipillo de Toledo con su ineficiencia cooperó con ella.

8.- El mito del Perú rico

DE DÓNDE HABRÁ venido la maldita idea de que el Perú es un país rico. No hay que ser un gran investigador para descubrir que comenzó cuando los españoles encontraron abundante oro y plata en nuestras minas. Se lo llevaron, y mientras disfrutaban de la pintura de Velázquez y la literatura del siglo de oro, el indio peruano se hizo más débil. Sin embargo, la riqueza del Perú convirtió a España en el país de segunda categoría por todos hoy conocido de uno a otro confín, pero eso no fue óbice para que se formase el mito del “indiano” español que regresaba rico de América para no trabajar más en su vida.

El Dorado es la forma más expresiva de representar lo que se entiende por ser rico: es encontrar un inmenso tesoro para gastarlo sin que se agote en los más absurdos caprichos y no trabajar jamás. Puros mitos. La ignorancia y avaricia del conquistador no le hizo ver que el verdadero tesoro de los incas estaba en su eficiente organización. Al destruir el sistema administrativo y comunal mataron a la gallina de los huevos de oro. La República acentuó la catástrofe al añadir inestabilidad política sin rescatar aquellos olvidados, pero todavía subyacentes, valores de la nación indígena. Quedó, en su lugar, la malvada opinión de que los indios son ociosos, mentirosos y brutos, o como dijo Bolívar en una conocida carta: *“Los indios son todos truchimanes, todos ladrones, todos embusteros, todos falsos, sin principio ni moral que los guía”*.

—Y de ése decimos que fue nuestro Libertador.

—Más que eso, el Congreso le hizo un monumento y le regaló un millón de pesos.

—¿De dónde salió el dinero?

—De los indios, lógicamente. Eran los únicos que pagaban impuestos y, además, ...

—No siga, siento que me desmayo.

Los criollos y felipillos de la República no han querido ni quieren hacernos ver que nunca fuimos ricos. Hemos seguido menesterosos a pesar de haber gozado de algunos efímeros golpes de suerte: las pingües exportaciones del guano de las islas se

acabaron por exceso de explotación y por el descubrimiento de yacimientos de fosfatos que nos quitaron los chilenos; los pozos petroleros de Talara se secaron sin haberlos reemplazado a tiempo con otras perforaciones; los árboles de caucho se los llevaron al Asia; la exagerada exportación de harina de pescado se redujo dramáticamente debido a la extinción de esta materia prima. Finalmente, tenemos hoy la última moda en exportaciones: la coca, pero hasta eso tiene su fecha de caducidad, ahora está siendo reemplazado por drogas sintéticas. Podría añadir otros productos tales como el azúcar, café, algodón.

La alegría no dura en la casa del pobre. Todo ha desaparecido. ¿Es acaso mala suerte? ¡Nooo! ¡Brutos! ¡Nooo! Todas esas aparentes riquezas no sirvieron para nada porque no se educó ni al obrero ni al ejecutivo. Después de cada ola de exagerado ingreso monetario la situación del trabajador siguió igual o peor y el inversor peruano por angurriente siguió sin aprender nada.

Para sacar las riquezas a la tierra en la forma que lo hacemos no se necesitan hombres, los monos serían suficiente, lo que pasa es que son escasos. Más fácil es bajar a un indio de la sierra y ponerlo a pescar, aunque no se le haya enseñado ni siquiera a nadar. Vamos de mal en peor porque no nos hemos dado cuenta de que la única riqueza está en el hombre mismo.

Los incas supieron alimentar a millones de peruanos con el producto de estas mismas tierras, a sus súbditos les enseñaron a labrar y organizarse comunalmente siguiendo solamente tres mandamientos: Ama Llulla, no mientas, Ama Sua, no robes, Ama Quella, no seas ocioso. Ahora que tenemos los diez mandamientos de Dios, los cinco de la Iglesia, toneladas de códigos, leyes y reglamentos, nos morimos de hambre creyendo que somos ricos.

—¡Qué brutos!

Un italiano, más aventurero y caminante que científico, llamado Antonio Raimondi recorrió el Perú el siglo XIX. A él se le atribuye esta frase: “el Perú es un mendigo ciego sentado en un banco de oro”. La verdad es otra: “el Perú es un pobre que se hace el ciego

para no reconocer que está sentado sobre una piedra”. Hay que desenmascararlo, y darle un cincel y un martillo para que haga de esa piedra una obra de arte.

La verdadera riqueza del Perú es el pueblo que se muere de hambre. Somos riquísimos de gente buena, de indígenas dóciles y pacientes, de un pueblo acostumbrado a trabajar comunalmente, de jóvenes de barriadas con inmensas ganas de aprender. Somos ricos en una aguantadora clase media que está aterrorizada por su deterioro económico e inseguridad personal. Lamentablemente también somos ricos en limeñitos de mierda, en burócratas, en criollitos irresponsables, en soñadores desalmados. Es triste ver que la balanza se inclina a favor de los últimos.

Reconocer que uno es alcohólico es el primer paso para recuperarse. Reconocer que nuestro país es pobre debería haber sido el paso inicial para hacernos ricos. Arnold Toynbee, en su sesuda obra “Estudio de la Historia”, considera que nuestros incas pudieron desarrollar su extraordinaria civilización debido a la respuesta que dieron a dos incitaciones, las copio textualmente “...la de la meseta andina y la de la costa del Pacífico adyacente” y sigue: “En la meseta fueron incitados por un clima duro y un suelo adverso; en la costa, fueron incitados por el calor y la sequía de un desierto casi sin lluvias al nivel del mar, que sólo pudo florecer, como la rosa, con el trabajo del hombre”. La tesis que Toynbee confirma, a través del estudio comparativo de 21 civilizaciones, que las incitaciones del entorno y las respuestas a las adversidades hacen que los pueblos se animen a luchar y progresar; mientras que su desaparición se debe, precisamente, a la falta de este espíritu combativo.

Países con menos recursos naturales, como Suiza, Holanda, Singapur, Japón, Israel, han podido llegar a donde están, debido a su interés por desarrollar una actitud educativa y disciplinada que enfrenta los retos geográficos con un amalgamado espíritu de unión nacional. Ninguno de sus ciudadanos cree que está sentado en un “banco de oro”.

No creo que se necesiten más argumentos para convencer al más obtuso de que el Perú no es un país rico. Sin embargo, no estamos pobres por vivir en un país geográficamente aislado y agreste. Estamos pobres por no haber aceptado el reto de la naturaleza, no hemos visto la incitación de nuestro entorno sino absurdos espejismos de riqueza. La lucha por conquistar a la naturaleza hubiera hecho del Perú un pueblo más unido, más industrial y mejor preparado.

—“¿De acuerdo?, ¿sí o no?”

—

—“Lo siento, ya es tarde de todos modos”.

KYRIE ELEISON

Señor Padre de los Cristianos, si eres tan grande y tan misericordioso como el Alá de los Musulmanes, estamos perdidos. Cristo, haz un esfuerzo, ten piedad de nosotros.

III

La gente de mi Patria

DIES IRAE.

Dies Irae, dies illa
Solvat saeculum in favilla:
Teste David cum Sibylla.
Quantus tremor est futurus,
Quando iudex est venturus,
Cuncta stricte discussurus!

Días de ira, serán esos días
Cuando el mundo será reducido a cenizas:
Según los oráculos de David y Sibila.
Cuánto terror nos embargará,
Hasta que venga el Juez
Para juzgarnos ¡rigurosamente!

1.- Aplaca Señor tu ira

EL DIOS JUDÍO-CRISTIANO que hemos escogido no se reprime en el momento de castigar. Imita la ira de anteriores dioses igualmente crueles. Amón, Zeus, las Erinias y muchos más dejaron atroces ejemplos que nuestro Yahvé sobrepasa con largueza.

Los caballos del Apocalipsis galopan a sus anchas por nuestro país. Esos briosos animales aplastan con sus pezuñas a cuanto habitante se ponga al frente. No son nuestros afeminados caballos de paso o los esmirriados caballitos serranos. Lo que enfrentamos en esta época son los recios caballos de los bárbaros atilas que nos profetizó César Vallejo, que vienen montados por los heraldos negros que nos manda la muerte.

Yahvé no actuó intempestivamente. Ya nos había enviado repetidas advertencias que, convertidas en terremotos y huaycos, anunciaban el descontento de los cielos. En cada remezón telúrico todos en casa repetíamos con pavor la oración que mi madre nos enseñó para estas ocasiones:

Aplaca Señor tu ira
tu justicia y tu rigor,
por tu Purísima Madre,
misericordia Señor.

Los sobrevivientes sacaban en andas al Señor de los Milagros de Lima o al Señor de los Temblores del Cusco, y allí terminaba el pánico.

Ahora ya no hay rezos ni procesión que valga, todas las plagas han llegado.

—¿Hambre?

—Sí, es endémico.

—¿Guerra?

—Peor que eso, ahora la criminalidad está en su mayor gloria. Juro por mi madre que ninguna familia peruana se ha escapado de asesinatos, raptos, asaltos, violaciones, robos.

—¿Pestes?

—También. La que usted quiera: el cólera que ya estaba extinguido, el paludismo que reapareció, el mal de chagas que nunca se fue. Hay sarna, tuberculosis, tifoidea, hepatitis de la A a la Z, conjuntivitis, etcétera, etcétera. Y vienen más: peste bubónica, sífilis, tifus, SIDA y todo el Manual Merck. Lo único que no tiene el 70% de la población son medicinas, no tienen nada, ni agua destilada.

—¿Hay plagas?

—Sí, tenemos de todo: moscas inextinguibles que se comerían en un santiamén a las langostas de Egipto, pulgas gigantes, super piojos, cucarachas de grifo, ratas caníbales, mosquitos cuaternarios, parásitos no clasificados, espiroquetas, amebas. Todo. Tenemos todo tipo de plagas menos insecticidas ni jabón ni agua limpia. Tenemos también...

—¿Pero hay algo más?

—Por supuesto, hay muchísimo más pero si lo cuento se cansaría.

—¿Se puede vivir así?

—No señor. Esto no es vida.

La gente del Perú está condenada por matricida a padecer los Días de Ira del Señor. El castigo es justo. Se ha llegado a esta condición después de haber recorrido un largo camino de vergüenzas. Lo increíble de ellos es que en la recta final de su putrefacción, hediondos y agusanados, se aferran a ídolos y supersticiones. ¡Imbéciles!, hay que desembarazarse de ellos antes

de que la ira del Juez Supremo se transforme en sadismo. Si es verdad lo que dicen, que están inaugurando nuevos infiernos, no agravemos innecesariamente la caída. No seamos tan ingenuos en creer que hemos llegado a la peor situación, la decadencia humana no tiene límites.

2.- ¿Quién es la gente del Perú?

YO SOY PERUANO, sin embargo no todos los peruanos son mis compatriotas, tampoco son mis conciudadanos, ni siquiera todos son mis paisanos. Por lo tanto puedo haber estado horrorosamente equivocado al decir que la gente es la matricida.

En todo caso no es *toda* la gente. Por ejemplo: cómo puedo acusar a las inmensas minorías que ni siquiera comprenden la palabra “compatriota” porque no hablan castellano. Aún si conociesen esa palabra la interpretarían en un registro mental diferente al mío. Sonaría casi igual, pero tendría un significado distinto. Sería como llamar a alguien por su nombre y que él no respondiese. Me pregunto, si yo llamara a un indio shipiba, “compatriota”, ¿cómo respondería él? Quizá me miraría con ojos desorbitados creyendo que estoy loco o que hablo una lengua extraña. Menos dramática sería la respuesta de los monolingües quechuas, la terminación “patriota” les resultaría algo familiar pero el “com” no tendría la misma fuerza fraternal a la que yo acudí sin reservas. El caso de los bilingües indios sería desalentador, me mirarían con suspicacia, creerían que soy político o que he venido para venderles algo que no necesitan comprar.

Esta es la verdadera realidad de las inmensas minorías peruanas, marginadas por un frívolo limeño, que se horrorizaría si un cholo patacala le abrazara diciéndole con voz emocionada y serrano acento, “queredo compatreota”.

Cómo quisiera sentirme indio y que me sientan ellos su compatriota, hablar su romántico idioma, ser un genuino representante de su raza y luchar por sus aspiraciones cualesquiera que estas fuesen. Mi vocación patriótica es indígena,

desgraciadamente mi condición criolla me obliga a reconocer como compatriotas a un grupo social despreciable que ha acabado con lo que me unía a ellos: ¡mi Patria, carajo!

Si las inmensas minorías no son mis “compatriotas” menos serán mis “conciudadanos”. No tienen “papeles” como yo para realizar la más simple gestión oficial, no digo siquiera pedir un pasaporte o una visa. Para eso se debe obtener primero la Libreta del Servicio Militar Obligatorio, luego el DNI, Declaración Jurada de la Renta de los últimos años, Certificado de la Policía de Buena Conducta, Certificado de Propiedades o contrato de renta, etcétera. La obtención de esos documentos haría palidecer a Kafka, piensen que antes tienen que conseguir la partida de nacimiento, tener fotografías de frente y de perfil, -para muchos estas solicitudes están en idioma extranjero (castellano)-, títulos de propiedad, número de cuenta bancaria, últimos pagos de gabelas a la municipalidad, Certificado Médico reciente, y muchos documentos que la imaginación exuberante de la burocracia constantemente crea. ¿Cómo se puede pedir esos documentos a los pobres que llegan a ganarse la vida en las ciudades?

A un amigo mío, médico, que después de 20 años de práctica profesional quiso comprar una modesta vivienda, se le pidió a la hora de pedir un préstamo hipotecario que justificara sus magros ahorros del reducido pago inicial que no alcanzaba 10,000 dólares. Para asuntos oficiales, uno tiene que probar que es inocente de crímenes de los que nadie lo ha acusado. La locura, señores, la locura.

Los indígenas que con la interesada ayuda de algún partido político han obtenido su DNI, votarán por candidatos que no conocen o por gente extraña que viene a bailar un huayno (aprendido en un curso intensivo la noche anterior) frente a las cámaras de los fotógrafos y la televisión. Después los políticos visitantes se irán muy orondos de su calidad humana y caritativa comprensión por esos “indios borrachos”.

Miren, para comprender el limbo donde se encuentra la población de nuestras serranías bástenos considerar que durante la guerra civil de los años mil novecientos ochenta se daba por asesinada o desaparecida una población que oscilaba entre 25,000 y 30,000 personas en Ayacucho, pues bien la Comisión de la Verdad ha recopilado suficiente información para afirmar que fueron 70,000. ¿Quiénes eran esos “nuevos” muertos o los desaparecidos, cómo se llamaban, qué documentos de identidad tenían, quién los reclamaba ante las autoridades, en qué registro civil aparecen las defunciones? Nada, nada. Mueren 65,000 y nadie en el Perú responde.

Constató, pues, que esa inmensa **mayoría oprimida y minorizada** del Perú está en el limbo civil. Luego los pobres y los indígenas no son ciudadanos del Perú, por lo tanto no han podido participar en el matricidio. Nunca han tenido voz ni voto, sólo han ofrecido sudor y sacrificio.

Si no es la inmensa **mayoría oprimida y minorizada** del Perú partícipe del crimen, quedan como sospechosos aquellos que tienen representación legal para actuar y hacerse oír, es decir los “ciudadanos” del país. Esto crea en mí una horrible angustia porque en ese grupo se encuentra gente que conozco bien: parientes, amigos, compañeros, alumnos, jefes, colaboradores, obreros y empleados. Yo he visto a esa gente luchar arduamente para salir adelante, he sido testigo de la honestidad rayana en puritanismo que han practicado toda su vida, he compartido sus afanes por aprender más y rendir al máximo en el trabajo así como sus preocupaciones por formar familias prósperas. Brevemente, la ética de trabajo y la sana ambición por progresar y aprender que conocí en el Perú que dejé no las he encontrado en los varios países donde trabajé posteriormente.

¿Cómo es posible que esa gente haya causado el matricidio? Me niego a acusarlos. Sería una infame calumnia. Lo que tengo que hacer, entonces, es examinar fríamente el cadáver de mi Patria

para encontrar indicios y huellas que me permitan señalar con certeza a los culpables. Luego intentaré demolerlos sin piedad.

3.- La primera herida mortal, un bayonetazo

LOS MILITARES HAN RECURRIDO al uso del término “patria” y sus derivados en forma tal que lo han prostituido. Ellos se han autoelegido defensores de ese nombre para justificar todos sus crímenes, abusos, tropelías y robos. ¿Quién se creen que son para tener la exclusividad de invocar a la Patria? ¿Es más patriota el general que en su vida ha defendido al país de los fantasmas extranjeros que él mismo ha creado, o el vendedor ambulante que para ganarse un magro ingreso tiene que correr de un lado al otro todo el santo día? En todo caso serán igualmente acreedores a invocar un sentimiento patriótico, pero jamás el general tendrá más derecho para hacer lo que le salga de sus forros en nombre de la Patria que el vendedor ambulante. La única obligación de un general es defender la integridad de los límites geográficos del país. Los valores culturales, morales y éticos de nuestra Patria son propiedad de todos los que habitan en ella.

Uno de los instrumentos legales que hasta hace poco se utilizaba para someter al pueblo era el Servicio Militar Obligatorio. La “leva” sólo la cumplían los indígenas, a quienes arrancaban de sus pueblos en las formas más crueles y violentas, y los jóvenes de humilde extracción. Ninguna persona “decente” servía en el Ejército (esto sigue vigente). Los militares se burlaban de los sorteos, de sus propios reglamentos y de cualquier orden legal, sólo escuchaban a su entorno y a todo aquel que podía sobornarlos para rescatar a sus hijitos del SMO. Esto también sigue vigente, actualmente el sorteo del SMO es sólo para los marginados, ningún joven que tenga trabajo o estudie, o simplemente que no quiera hacer el servicio entra en él.

Bueno, las levas ya están abolidas, pero no ha sido porque nos hemos dado cuenta de su perfidia. No, en absoluto. Se eliminó la conscripción por la fuerza porque ya no había presupuesto para mantener un ejército. Sobran soldados y oficiales, y generales.

No tengo necesidad de elaborar más, me hierve la sangre al recordar la prepotencia, arrogancia e impunidad de tantos gobiernos militares. Recuerdo bien la cara de superioridad y el aire de perdonavidas que traslucía toda la jerarquía militar, desde el presidente hasta el cabo furriel. Se sentían más altos, quizás hasta más guapos e indudablemente más inteligentes que todos los civiles. Podían opinar sin ambages ni dudas sobre todas las cosas, desde medicina social a hemodinámica, desde literatura decimonónica a teatro surrealista, desde econometría a monetología, desde reforma agraria a ciencia avícola. Nada, nada se escapaba al conocimiento de esos hombres moldeados con materia escatológica.

Apenas inicio la autopsia y ya veo la primera herida mortal de mi Patria: es un bayonetazo.

4.- Los militaristas

DESGRACIADAMENTE PARA EL PERÚ el militarismo fue reclamado muchas veces por los civiles. En contra de lo generalmente afirmado por los intelectuales de izquierda, este aberrante llamado no ha sido exclusivo de los poderes económicos autóctonos o foráneos. Es la clase media y hasta la marginada la que en muchas ocasiones ha pedido “una mano dura para salvar al país”. Cada vez que en el país, por las razones que fuesen, hubo malestar social, huelgas, paros, desordenes callejeros, protestas estudiantiles, un vasto sector de la población civil ha reclamado la intervención militar para imponer “orden”, “disciplina”, que “es lo que el Perú necesita”. Las ocasiones en que la corrupción de las autoridades civiles han levantado escándalo, la opinión pública ha pedido que las Fuerzas Armadas tomen cartas en el asunto. Cuando el crimen, la inseguridad pública, el narcotráfico, asolan nuestras ciudades y el campo, se alzan voces pidiendo mayores medios y garantías y hasta impunidad para la actuación de las FF AA. Muchos gobiernos civiles respaldados por la opinión pública recurrieron a los militares como si éstos tuvieran poderes mágicos para resolver problemas espinosos.

Pero definamos lo que es militarismo: el militarismo es la injerencia de los militares en la administración y gobierno de un país. Por tanto, no sólo los militares son militaristas, también hay militaristas civiles, tenemos un caso reciente: Fujimori siendo civil recurrió a los militares para que usurpasen funciones civiles, amedrentasen a los pobladores sin reparo, y cometiesen crímenes sin ser juzgados, y si eran juzgados y condenados, él los indultaba.

Nuestra historia está poblada de militaristas civiles, desde presidentes hasta ingenuas amas de casas, pasando por obreros, empleados, curas, empresarios y políticos.

El militarismo es un asco, no se pueden imaginar la cantidad de antivomitivos que tuve que ingerir mientras escribía un libro sobre este tema*, todavía tengo nauseas.

5.- LDM, veneno mortal

LÓGICAMENTE LOS MILITARISTAS no son los únicos responsables de nuestra abyecta situación, la sangre de mi Patria contiene un veneno letal, es el “limeñito de mierda” (LDM). Este siniestro sujeto no se resiste a morir a pesar de los vaivenes de la historia, más bien se multiplica. Son como las cucarachas, inextinguibles.

El término “limeñito de mierda” tiene que ser claramente señalado antes de que Yahvé nos tome al pie de la letra y acabe con todos los limeños. Eso sería injusto, porque no todos los nacidos en Lima son LDM Hay muchos LDM en provincias. Por otro lado muchos limeños no pertenecen a esta categoría: con justicia el hombre de la barriada limeña afirmaría que es el revés del LDM.

Tampoco se puede circunscribir la denuncia al sexo masculino. Hay, como muy bien puede suponerse, más “limeñitas de mierda” que limeñitos de lo mismo, baste mirar la proporción de mujeres en cualquier censo de población urbana.

* EL MILITARISMO EN EL PERÚ, UN MAL COMIENZO (1821-1827)
Editorial Jaime Campodónico, Lima 2003.

La identificación de este asqueroso sujeto es fácil: es todo aquel que pretende tener algo que no posee. No me refiero solamente a lo material y a lo social, sino más que todo a lo “intelectual”. Pretendiendo, llega finalmente a creer que su situación familiar, racial, económica, profesional o meramente circunstancial (hasta el ridículo de presumir del barrio municipal donde vive) le da derecho a pitorrearse y despreciar al que está aparentemente debajo. El LDM se cree con derecho a transgredir todas las normas, costumbres o valores de la sociedad y aun de la familia. Entra en casa ajena como si fuera la propia, se sienta en el mejor sofá sin que lo inviten, trata de tú y espera que le respondan de usted, puede llegar tarde a cualquier compromiso sin dar disculpas. Si tiene alguna amabilidad hacia sus servidores es sólo por asegurarse que le besen la mano. Este granuja sólo se escucha así mismo o a alguien que crea que está arriba de él y es sordo con los demás.

El típico LDM se cree poseedor de derechos inherentes a su estado social. Mira por encima de las cabezas de todo el resto, él está más allá. Quizá crea ser descendiente directo de la Santísima Virgen María. Para él los otros son cholos o brutos o pobres o indios o, lo que es peor, ya no se preocupa en definirlos, no son “gente decente” o “como nosotros”. Y afirmaría con orgullo el malvado dicho de que “el indio nunca es bueno, cuando es bueno nunca es perfecto, y cuando es perfecto siempre es indio”. Lo patético es que muchos de esos LDM tienen indelebles sus rasgos autóctonos que intentan disimular vistiendo ropa de marca y masticando chicle.

—Por favor, si no fuera trágico y malvado este asunto, me moriría de risa.

Nunca se podrá confundir un LDM con el “huachafo” o la “huachafita”. Estos casi extinguidos habitantes de nuestra Lima son ingenuos, sus fanfarronadas o fantasías no hacen mal a nadie, al contrario, siempre hay en sus cursis posturas un inconfundible calor humano. A diferencia de ellos, el LDM no es ingenuo ni

sencillo, posee la soberbia del terrateniente, y como él, los que no están en su casa hacienda son sencillamente cabezas de ganado.

El término de “limeñito de mierda” se remonta a los tiempos de la Colonia. Tanto el Marqués de Torre Tagle como su esposa pueden ser considerados sus genuinos próceres; baste leer los devaneos que mostraron durante los años de lucha por nuestra independencia. Al comienzo de la República, el LDM estaba circunscrito a la clase social alta de Lima, en el siglo XX solidificó su personalidad, y ahora, en el XXI, está más boyante que nunca.

A mediados del siglo veinte el Club Nacional, de la Plaza de San Martín, fue el buque insignia de esa casta. Después, inexplicablemente, esta nauseabunda figura fue rápidamente imitada por un vasto sector de la población. Ahora se encuentra en todos los niveles de la clase media y al paso que vamos no me extrañaría que se expandiese más y llegue a las barriadas. Tampoco me causaría asombro que el Club de la Unión, de la Plaza de Armas, denostada como “embarcación de lujo con pasajeros de tercera”, vaya a convertirse en su nueva sede y quién sabe si hasta algún club provinciano esté siendo dirigido por esta especie.

Sí... es verdad, el LDM intenta democratizarse. No obstante, sus mutaciones no engañan a nadie. De los Torre Tagle pasaron a los Prado, después siguieron con los Orbegoso, los Olaechea, se extendieron a los Aspíllaga, bajaron a los Belaúnde, continuaron con los Bedoya, se hundieron con los Pestana y así como una bola de nieve fueron creciendo y creciendo en su caída. El mal ejemplo cundió, ahora hay LDM que se apellidan Vargas Llosa (no Mario, por supuesto), también los hay Morote (sí, hombre, mi familia no se ha escapado de tener uno que otro LDM)

Por supuesto, en cuestión de apellidos hay grandes excepciones, no todos los Belaúnde o Paz Soldán son necesariamente LDM. Pero la avalancha de LDM continúa y a estas alturas del partido los tenemos incrustados en los Choquehuanca, Quispe y miles de apellidos autóctonos más.

Hay LDM en todas las profesiones, en todas. Abogados y médicos hay muchísimos, hasta dentistas. Muchos arquitectos, ingenieros, capataces. Abundan en las gerencias de todas las empresas. En casi todas las direcciones de los colegios, sobre todo en los colegios particulares.

Miren, hay limeñitos de mierda hasta en la iglesia. ¿Qué no? Pues fíjense en el máximo representante de la iglesia católica en el Perú, me refiero lógicamente al cardenal Juan Luis Cipriani Thorne. Este cura merece un párrafo aparte.

Estrictamente hablando nuestro cardenal Cipriani no es un limeñito de mierda propiamente dicho porque el diminutivo “limeñito” es impropio en este caso. Cipriani es la sublimación del LDM, su epítome, su glorificación, es decir su ¡Gloria in excelsis Deo! Él cree que su nivel intelectual lo deja fuera de cualquier parámetro terrenal. Mira al Perú desde tan arriba que debe estar a punto de un soroche irreversible. Ni el más atrevido LDM le llega a la suela de los zapatos. Y la gran diferencia entre un LDM y Cipriani es que el primero en el fondo es inseguro y el cardenal, -que habla con Dios o Satanás todos los días- debe creer que es un ser excelso. Tan superior se cree sobre los seres terrenales que se jacta de haber hecho pública su opinión de que “los derechos humanos son una cojudez”. Cipriani fue el obispo que, durante los aciagos años de guerra civil que tuvimos, no denunció los crímenes de la FF AA contra los campesinos ayacuchanos, al revés, bendijo las balas asesinas de los militares. Por ello y fechorías parecidas, Fujimori recomendó al Vaticano que le concediesen el capelo cardenalicio. ¡Qué vergüenza!, fue lo peor que pudo haberle pasado a la iglesia, como lo veremos en su momento. Por ahora cambiaremos de tema ya que nuestro hígado está al borde de una inminente cirrosis social.

Últimamente creía que todos los “limeñitos de mierda” habían emigrado a Miami. ¡Qué equivocación! Nuestro país se haría rico si se pudiera exportar a los que quedan.

El LDM ha impedido desarrollar comunicación útil entre el que ordena y el que obedece. Llámese el que ordena ama de casa,

señor fulano de tal, socio del club, jefe, gerente, diputado, eclesiástico o presidente. Cualquier LDM defeca, literalmente, encima de los sentimientos, opiniones, esperanzas y frustraciones de las personas que tienen a su cargo.

Esta arrogante actitud no le ha permitido establecer el necesario respeto, no digo ya liderazgo moral o intelectual ante sus subordinados. Los dirigentes no son capaces de beneficiarse del conocimiento y experiencia de los dirigidos, cometiéndose errores que se achacan indefectiblemente a los de abajo. Peor todavía: debido a falta de formación o mala interpretación del idioma, el LDM sabe los riesgos que pueden acarrear sus órdenes y sin embargo parecería que no le importase. Cuando llegan las catástrofes surgen los insultos, despidos y voces de menosprecio generalizado: “cholo de mierda”, “indio bruto”, “ignorante”.

Sigue existiendo hasta ahora una inmovilidad social pavorosa promovida por los LDM. Este asunto es tabú en el Perú, todos lo niegan, hasta los mismos marginados. ¡Increíble! Un ejemplo reciente: El auto-cacareado indigenismo del presidente Toledo no se refleja ni en sus amigos ni en sus colaboradores y menos en su política contraria a la clase baja, mayormente indígena o chola, chola. Si ven cualquier fotografía de este presidente felipillo, verán que sonríe feliz de sentirse rodeado y apadrinado por los LDM.

—¿Verdaderamente cree usted que se siente uno de ellos?

—Pues sí. Aunque sea indio actúa como un LDM.

—Hum.....

—¿Lo duda? Recuerde su comportamiento en el caso del reconocimiento de su hija natural. ¿No le hizo recordar a esos señoritos que se tiraban a... y después negaban todo? ¿Quiere detalles?

—No, gracias.

La explicación del dramático crecimiento de los LDM puede radicar en la forma como han sido educadas las nuevas generaciones. Tomemos el caso de los hijos de las muchas personas que conozco y quiero. Me consta que los padres han pasado duras pruebas para

sobrevivir, pero, inexplicablemente, han permitido a sus vástagos adquirir costumbres, modales y expectativas que no están de acuerdo con la realidad social ni económica del país. El ejemplo de sus progenitores no ha dejado ninguna huella ni ha servido para modelar en algo sus espíritus. Dejar que los hijos sean LDM los han convertido automáticamente en padres y -más que todo- en MADRES de “limeñitos de mierda”.

No. No es “mala suerte” ni “así es la vida”. Lo que sí es, y me duele reconocerlo, es que los padres y repito las madres también eran potencialmente LDM, pero no pudieron lograrlo porque no tenían la protección familiar ni ese coro de festejos y visitas de convivencia que existe hoy:

—A Charlie no se le dan las matemáticas. En fin “para qué sirven”, para eso tenemos contadores.

—Al pillín de Tatito lo han jalado otra vez. Ya entrará el próximo año a la universidad, todavía es joven.

—Tutita va a estudiar turismo en una academia de San Isidro, mientras tanto irá a visitar a sus amiguitas a Florida.

Todo se justifica y todo se protege. Como gallinas cluecas se cacarea sin parar los “progresos” de los LDM, quienes teniendo más oportunidades que sus padres para educarse y ser ciudadanos responsables, no van a ningún lado. Una lástima.

Para oír las conversaciones de los LDM hay que ingerir antes poderosos antieméticos. Los señores mientras beben caros whiskies discuten lo costoso de las propinas a los “caddies” del golf. Las amas de casa intercalan en sus relatos sobre las compras que hicieron en los Estados Unidos comentarios sobre el “descaro de las sirvientas”, “cada día piden más”. Se refieren a modestas demandas: permiso el sábado por las tardes, zapatos para trabajar en la casa, un aumento de dos dólares al mes. Los LDM manejan autos carísimos y no quieren dar una modesta propina a quien les cuida el vehículo. Realmente parecen esquizofrénicos, usan dos códigos diferentes, uno para hablar con ostentación de sus actividades y propiedades, y otro para referirse con tacañería al personal que tienen a su cargo.

Finalmente, el o la LDM cree que ha monopolizado la materia gris por ósmosis o por herencia. Sin embargo, lo único que exhiben al hablar y comportarse es un barril de ignorancia impregnado en vanidad. No puedo seguir hablando sobre este tema. Mi estómago de hierro está cediendo.

A mi Patria le resuma la cloaca de los LDM hasta por los ojos.

6.- CDM, mordedura de ofidio.

HAY QUE ADMITIR que el “limeñito de mierda” es fácilmente reconocible, Yahvé no tendrá problemas en identificarlo, no será necesario pintar puertas con sangre de cordero para que el Ángel Exterminador haga su trabajo. Al LDM se le puede identificar a kilómetros de distancia. En este aspecto no es igual al “criollito de mierda”, CDM, otro sujeto igualmente causante de los Días de Ira.

Este reptil humano es subrepticio, ponzoñoso y sumamente dañino. Si el LDM habla en voz alta, el CDM puede pasarse callado todo el tiempo esperando que nadie lo vea rayar un auto, romper una luna, robarse los cubiertos de su anfitrión, engañar a su vecino, a su amigo, a su hermano, hijo o progenitor. Ni qué decir el mal que puede causar a un simple prójimo.

El CDM quiere engañar a todo el mundo, sacar ventaja en cada oportunidad, desde escamotearse para conseguir un asiento al lado de la ventana sin importarle los ancianos o inválidos, hasta robar la misma cocaína que confiscó y venderla al mismo traficante que apresó. El criollito de mierda es el que se zampa en la cola, se queda con el cambio, arroja subrepticamente cáscaras de plátano en la vía pública y no por ignorancia. Todo lo hace a escondidas, o a veces acompañado de otros “criollitos de mierda” igualmente falaces. Se cree más listo y pillito que el resto de mundo. Lo peligroso de todo ello es que va adquiriendo confianza conforme realiza pequeñas tropelías, y esto le sirve para pasar a hacer inmensas maldades. Lo único que le impide no hacer más daño es el caer en evidencia, porque si por su conciencia fuera realizaría los crímenes más inconfesables sin ningún reparo.

La gran mayoría de mi generación tuvo la suerte de tener padres que nos castigaban cada vez que intentábamos sacar los pies del plato. Las cosas han cambiado. Ahora, los padres festejan vanidosamente las picardías de sus hijos:

—“Mi hijo es un pillo”, dicen con orgullo.

—“Nunca lo chapán” y sacan pecho.

—“Coquito le saca la vuelta a todos los de su clase”, describen ufanos.

Los padres no tienen disculpa alguna. Esa, y no otra, ha sido la causa de la alarmante proliferación de los “criollitos de mierda” que dominan la escena peruana. El resultado social es que nadie está seguro.

La guía de teléfonos incluye sólo una mínima parte de los apellidos de los CDM que han emponzoñado nuestra Patria. Con esta impresionante cantidad de depredadores es acelerado el ascenso de ladrones comunes a asesinos indolentes y estafadores irresponsables. El caldo de cultivo de nuestra vomitiva sociedad radica no en la pobreza -de ésta quizá hubiera salido, equivocada o no, una rutilante revolución comunista- sino en la proliferación de “criollitos de mierda” con los cuales no se puede ir más que a un lado: a donde estamos.

La distribución social del CDM es más democrática que la del LDM. Está presente en todo nivel económico y político; sin embargo, por un fenómeno que no es el momento de analizar, el Partido Aprista ha congregado en sus largos años de lucha un número espectacular de estas alimañas. Es una verdadera lástima, porque el APRA hubiera podido ser la salvación del país. Desgraciadamente el gobierno de Alan García probó lo contrario sacando a la luz la gran concentración de CDM que tiene su partido. Personas por las que nadie hubiera dado un céntimo, que eran unos pobres diablos y sobrevivían por que Dios es grande, gente gris, profesionales de mala muerte y similares, se encaramaron de un momento a otro en el poder para delinquir a sus anchas desvalijando al gobierno y a los gobernados. Esta fue

la primera manifestación corporativa de los CDM cuya herencia está latente hasta la fecha.

*

El origen del CDM da pena contarlo porque toca una de las más típicas y optimistas instituciones de nuestra pasada sociedad: el criollismo.

Para definir el CRIOLLISMO, así con mayúsculas, habría que ser poeta. Se tendría que saber describir el trinar de las guitarras a las dos de la mañana acompañando aguardentosas voces que daban serenatas por las calles de los Barrios Altos o Abajo el Puente. Salía la pretendida o el homenajeadito a la ventana, la cocina comenzaba a agitarse, se abría la puerta, los vales cedían a los pañuelos y arrancaban marineras y resbalosas. Los vecinos socorrían con sillas, llegaba el pisco y la cerveza, se llenaba la sala y se salía al callejón. El convite familiar se había convertido en agasajo vecinal, apareciendo nuevas voces y guitarras acompasados con golpes de cajón de carnosas manos. Se armaba “una jarana como se pide chumbeque”. Un negro cooperaba con el vibrante compás de una quijada de burro, después se le concedía al cholo frutero un huaynito que todos se apresuraban en bailar. Al alba salía un aguadito picante que mantenía la fuerte intensidad de la fiesta. ¿Preocupaciones? Sí, unas cuantas, pero no quitaban el ánimo a nadie. “Lo que se ha de empeñar que se venda”. Todo se sacrifica en honor al Dionisio Criollo. Que “siga la jarana aunque no se coma mañana”, literalmente. Nadie preguntaba la hora, acaso si el día. Como fin de fiesta los últimos interpretaban un ronco y desafinado, no por eso menos patriota, Himno Nacional. La jarana acababa pero el criollismo subsistía.

—¿Un poco irresponsables?

—Quizás.

—¿Y el absentismo laboral?

—Pues sí, también.

Un moralista podría añadir otras consecuencias, sin embargo todo era genuino, nadie robaba al vecino ni se le engañaba, todos

cooperaban más allá de lo que podían y, si alguna bronca emergía al calor de los alcoholes, ésta era directa. El cabezazo en la cara, nunca la puñalada por la espalda.

Había más: el CRIOLLO tenía un humor innato, su mirada era franca, apretaba bien la mano al saludar, transparentaba cordialidad, confianza y lealtad. Sus excusas a errores y tardanzas las decía sin agachar la cabeza provocando la comprensión del oyente, no porque le creyese, sino porque quería seguir contando con los servicios de ese hombre o mujer que rezumaba simpatía y optimismo.

El CRIOLLISMO fue una característica de la clase media baja, pero su influencia abarcó todas las escalas de la sociedad; no era raro encontrar criollos de pura cepa en gente de alto rango y posición en la industria, la banca, el comercio. Para nuestra un botón: César Miró, miembro de la encofetada familia Miró Quesada, nació destinado a llevar el cuello rígido y reaccionario del clan, sin embargo se liberó a tiempo de los convencionalismos tribales y desde su bohemia puso la letra a ese criollísimo vals “Se va la Paloma”.

—Sí hombre, el de “estoy en pecado por tu cinturita”.

El criollo..., el criollazo... hombres de valor. Me niego a investigar su mutación a “criollito de mierda”, hipócrita, desalmado y cobarde. Es mucho pedir.

*

Así como el cardenal Cipriani es el sumo pontífice de los LDM, Vladimiro Lenín Montesinos Torres es el más bajo, rastrero, canalla y miserable de los criollitos de mierda. Este gusano posee todo lo que hace despreciable al CDM pero en grado extremo. Montesinos fue un capitancito expulsado del ejército por desleal y luego apresado por entregar documentos militares secretos a Ecuador, es decir por traición. Para no crear un escándalo nacional el ejército tapó el asunto y lo liberó a los dos años. Más tarde Montesinos falsificó su título de abogado y se dedicó a defender a narcotraficantes.

Luego, de la noche a la mañana, salió de las tinieblas y se encaramó al poder con Fujimori. Calladito, misterioso e hipócrita como una víbora mortífera llegó a controlar los más oscuros secretos de Estado creando un ejército de esbirros inescrupulosos en el Servicio Nacional de Inteligencia que utilizó en beneficio propio y de su amo. Sobornó a medio Perú, a la otra mitad la extorsionó, amenazó, asesinó, expatrió, encarceló y engañó mediante el control de los medios de comunicación. Dominó todo, congreso, fuerzas armadas, iglesia, políticos, periodistas, oposición. Ahora tras las rejas, este Rasputín criollo -que reúne todo el catálogo de la miseria humana siendo como es: oscuro, sin rostro, perverso, siniestro- debe estar riéndose para sus adentros recordando cómo hacía temblar en su tiempo a generales, políticos, jueces, o a simples ciudadanos. Realmente los jueces no encontrarán una pena lo suficientemente justa como para castigar a este reptil humano cuyo daño al Perú ha sido inconmensurable.

—¿Sabía usted que hay gente que admira a Montesinos?

—No lo dudo, está en nuestra sangre.

Todos nos hemos comportado alguna vez como un LDM o un CDM. Algunos nos hemos arrepentido y esperamos no caer otra vez en la misma falta. Por eso no creemos justo poner etiquetas que separen los malos de los buenos porque todo es combinable, hay colores blancos, negros y grises. Además, los LDM y CDM no son exclusivos del Perú, se encuentran en todos los rincones del mundo y han vivido en todas las épocas de la historia. El problema esencial reside en la vocación y proclividad de nuestra sociedad a comportarse como esos desgraciados y hacer de la actitud honrada una excepción.

Hoy en todos los hogares del Perú en que se hable castellano habita más de un CDM. No hay que pintar ninguna puerta, el Ángel Exterminador lo tiene fácil, que comience por la derecha. Los Días de Ira han comenzado.

DÍAS DE IRA

Cuando no hay en quién confiar ni con quién hablar es porque el país está al revés, es entonces cuando los Días de Ira azotan a la Patria. No es Yahvé el que castiga, es la misma irresponsable sociedad putrefacta del Perú que se auto inmola con saña.

IV

El mito de los ricos

TUBA MIRUM

**Liber scriptus proferetur,
In quo totum continetur,
Unde mundus judicentur**

Será traído el libro al día,
en el que constatará todo,
bajo el cual el mundo será juzgado.

1.- Los ricos del Perú

DENTRO DE LA HORROROSA IGNORANCIA en la que nos encontramos, tenemos la creencia de que en el Perú hay ricos. Los hubo alguna vez y son harto conocidas las cien familias que manejaron al Perú como una gran hacienda. Ahora, después de expropiaciones, privatizaciones, corruptelas y leyes contradictorias, los millonarios del país quebraron o se fueron con su dinero. El éxodo cundió durante la tiranía de un cretino sargento, para deshonor de los sargentos, llamado general Juan Velasco Alvarado que gobernó el país como una cuadra soldadesca. Hay que reconocer que este arrogante engalonado consiguió quitarlos del Perú, pero de tan mala forma y con tal demagogia que con ellos se fueron miles de pequeños capitalistas y empresarios dejando un hueco difícil de rellenar con decretos militares. Belaúnde, con todo su talante democrático no pudo atraer nuevos capitales no sólo porque fue inepto sino también porque alarmó al inversionista extranjero al no poder resolver el terrorismo de Sendero Luminoso. Alan García hizo todo lo posible para hundir nuestra ya precaria economía mediante la corrupción e imponiendo una inflación estratosférica. Llegó un momento en que no cupieron los ceros en nuestras calculadoras. Si no fuese por que Alan ha demostrado hasta la saciedad que no está bien de la cabeza, es decir que está loco, habría que llevarlo a los tribunales no por ladrón sino por boicotear a la Patria. Y hablando de traidores, Fujimori levantó la

economía del país en beneficio propio y de su esbirro Montesinos, ellos sí tuvieron la oportunidad de hacerse ricos, ricos, y lo hicieron a lo grande. Pero aún, en esos tiempos aciagos la economía del Perú no creó millonarios, lo que se llama millonarios

En el Perú se cree que nuestros millonarios son más ricos que el rey Crespo, pero en realidad los ricos peruanos son pobres comparados con la fortuna de los miles y miles de gente realmente rica en varias partes del mundo, y no hablo de los países industrializados —para no exagerar con Bill Gates, Botín o Rothshild— hablo de los ricos en el mundo que está en vías de desarrollo.

Los peruanos ricos no alcanzaron nunca esas alturas por falta de talento y exceso de pereza. Fueron una sarta de flojos ignorantes. Hablaban varios idiomas sólo para decir las mismas estupideces en diferentes lenguas.

Lo que pasa es que en el Perú todo lo que no se comprende es mágico, se crean fábulas y leyendas de gente riquísima que pelan uvas con cubiertos de oro desechables. Por supuesto que unos cuantos peruanos tuvieron mucho dinero, más que los comerciantes de papas o los dueños de camiones o ministros o generales o gerentes de banco o de empresas, pero esta gente gana mucho menos de lo que tiene cualquier pudiente de media mampara en el mundo de los negocios.

No hablaré más de esos “pobres millonarios” peruanos, porque ni están en el Perú ni regresarán. Sus nietos en el extranjero tendrán que ponerse muy listos en la lucha donde solamente el más tigre sobrevive.

Los ricos que quedaron en el Perú, y lamento desilusionar a mis queridos e indocumentados camaradas, son millonarietes de zarzuela. No tienen los recursos para formar nada. ¿De quién hablan?, ¿de Romero? Por favor, qué será para un país de 27 millones de habitantes tener un hombre que posea 100 o 200 millones de dólares, si es que los tiene. ¿Los Wiesse?, no me hagan reír, ya desaparecieron. Ningún peruano aparece en listas de

personas ricas en el mundo. Claro que hay nuevas fortunas resultantes de gobiernos corruptos, y del narcotráfico, pero ni siquiera ellos son ricos, lo que se llama ricos.

Sucede que, como hay tanta pobreza en el Perú, se llama rico al que tiene más que uno. Un fabricante de chompas que tenga 50 operarias, un mercedes 190, una casa en Monterrico y que viaje dos veces al año al extranjero es un millonario. Don Ezequiel, que tiene 8 camiones para transporte de papas y que vive en una gran casa en Yauyos, es millonario. Juan Palacios, abogado arequipeño que tiene un auto deportivo, una camioneta para su mujer, y una casa grande con una hipoteca del mismo tamaño, es millonario. Lógico, para un dentista que, con suerte, sudor y lágrimas, gana 200 dólares al mes, esos señores son millonarios porque sencillamente no ha visto ni verá la vida que llevan los millonarios, de México, por ejemplo, donde tener uno o dos aviones, casas en varios continentes, varios automóviles y el control de empresas con un capital de mil millones de dólares no es extraordinario. A un dentista peruano le puede parecer que los riquillos de pacotilla del Perú son millonarios y eso lo cree injusto.

Veamos otra apabullante equivocación: nuestros paisanos creen que un general del ejército o un gerente general de una empresa es rico. Qué errados están. Los ingresos (aún robados, porque la verdad sea dicha hay muchos que lo practican con fervor) de estos generales, embajadores, gerentes generales, no pueden ser comparados con sus equivalentes de países industrializados. Ni viven como ellos ni tienen la seguridad de que podrán mantener el mismo estándar de vida en el futuro. La espada de Damocles de la pobreza cuelga sobre la cabeza de todos. Un ejecutivo peruano super bien pagado tiembla cuando piensa de qué y cómo vivirá cuando se jubile o lo echen del trabajo.

Hay otros puestos que azuzan la imaginación, por ejemplo el cargo de ministro.

—Mira no más a Pedro, ¿quién lo creería? No tenía en qué caerse muerto y ahora de ministro. ¡Qué sueldazo tendrá!

Lo más probable es que Pedro durará en ese puesto unos dos años y volverá a buscar donde caerse muerto. Si roba poco o mucho será igual, nunca llegará a ser rico dentro de los parámetros internacionales aceptados.

Otro motivo de admiración ingenua es la remuneración de los miembros del cuerpo diplomático. Es verdad que pueden vivir bien fuera del Perú, es decir tienen una vivienda decente, auto, y privilegios, pero yo he visto a algunos de ellos que para sobrevivir pasan más tiempo dedicándose a otras actividades que dedicándose a promover exportaciones del país. La peor pesadilla de un diplomático peruano es la de pensar que va a regresar al Perú. Allí vuelve a recibir el sueldo normal del escalafón y se le acaban los privilegios.

Lo curioso es que en el Perú se cree que el tener un “puestazo” le hace a uno invulnerable a problemas económicos el resto de sus días. Tenemos una ignorancia espeluznante.

Durante el año 2003 se inició una campaña para reducir los sueldos del Presidente, de sus ministros, y de toda la plana ejecutiva. Qué asco, por Dios, qué asco. La envidia obtusa de los peruanos no les hace ver que el problema no reside en que el sueldo de los de arriba es alto -muchos alcaldes de México ganan muchísimo más- lo importante es subir los sueldos de los empleados, de los obreros y eso no se obtiene bajando los sueldos de los ejecutivos del gobierno sino robusteciendo la economía para que todo el mundo se beneficie.

En términos estrictamente económicos, podemos afirmar que en el Perú no hay ricos, lo que hay es gente que tiene más que otros, esto es muy diferente. También hay muchos envidiosos e ignorantes.

Al no haber millonarios, no hay “medio millonarios”, ni riquillos, ni pudientes, ni bien pagados, ni “se defiende”, sólo hay personas que trabajan mucho viendo con pavor un incierto porvenir. También se podría decir que al no haber ricos, no hay empresas ricas, por lo tanto no crecemos, al no crecer nos

estancamos y hay desocupación y miseria. El Estado, como tumor canceroso, es lo único que ha crecido y sigue creciendo a pesar de lo que diga el presidente en turno.

—¿Lo duda?, ¿no ha visto cómo ha crecido el presupuesto nacional?

Últimamente se han visto en Lima nuevos edificios, proliferación de casinos, más dólares en la calle, más bancos extranjeros, más compañías de seguros y de bolsa. Todos lo saben, gran parte de eso es narcotráfico. Pero, mis queridos traficantes, gracias a Dios ustedes no son ricos como los capos colombianos o mexicanos. Ustedes trabajan para ellos. Ni en eso llegamos a ser buenos. Todo el dinero que corre por las calles no indica que haya millonarios, millonarios, lo que indica es que hay droga de por medio. Todos sabemos quienes son los traficantes, los bancos deben saberlo mejor porque han creado un servicio industrial de lavado rápido, al vapor o en seco.

Miren, los únicos ricos del Perú no viven aquí, están en el extranjero, son los accionistas de empresas multinacionales que compraron empresas peruanas que no eran competitivas por falta de inversión ya que las explotaban sin piedad. Ya se esfumaron nuestros ricos, los helados y pasteles D'onofrio son de Nestlé, las cervezas de Backus ya no son de los Bentín ahora los propietarios son unos colombianos o venezolanos, ya perdí el hilo de la madeja, también cayeron los bancos de la familia Wiese, y la Compañía de Teléfonos, así mismo se vendió...

—Para qué sigo, todo el país está vendido.

—No es verdad, señor, todavía queda el Poder Ejecutivo, el Legislativo, y el Poder Judicial

—Repito, todo el país está vendido, ¿no me entiende?

*

Estoy obligado a aclarar a todos los comunistas trasnochados - si es que quedan todavía en el Perú- que en este momento querrán ahorcarme, que ser millonario en dólares no es una aspiración

general. Hay que reconocer que alguien tiene que manejar y desarrollar empresas, no todo el mundo puede ser artista, escritor, maestro. Pero reconozcamos que el precio que paga un millonario por ser millonario es muy alto, no tiene tiempo para nada, menos para su familia, tiene que protegerse de que no lo rapten a él o a sus allegados, está constantemente asediado ya sea por la prensa, por los paparazis o por la gente que le pide dinero. No, ser millonario tampoco es vida. Por otro lado, si uno quisiera ser rico a cualquier precio estoy seguro que lo lograría, sin embargo, la vocación, el sacrificio y la catadura para adorar perennemente al becerro de oro no es suficientemente atractivo para mucha gente, yo incluido.

2.- Liaisons dangereuses

ANTES DE ESTA ALUCINACIÓN globalizadora neoliberal en la que estamos metidos, los grandes de capitalistas nacionales formaron una alianza grotesca y peligrosa con los gobernantes. Cada uno realizó su trabajo a la perfección y se llevaron su dinero y destruyeron la riqueza creada por el trabajador y los profesionales.

Los gobernantes se pusieron de acuerdo para establecer, solos o en coordinación con países vecinos, una política mercantilista de restricciones al ingreso de empresas extranjeras. Los capitalistas peruanos promovieron revoluciones o se unieron a ellas para defender que su “gran mercado nacional” caiga en manos foráneas. Así, riquillos y gobernantes se unieron para evitar que hubiese una sana competencia foránea. ¡Bestias! ¡Imbéciles! ¡Lo consiguieron! Ni la banca ni la industria ni el comercio creció.

Ahora se ha dado la vuelta a la tortilla, han aparecido los neoliberales que anuncian con bombos y platillos que la solución a nuestros problemas es una economía de mercado donde impere la libertad de comercio y de capitales, pues bien, ¿qué es lo que hemos encontrado?

—Entren, señores, pasen a las grandes superficies, vengan a comprar a Wong encontrarán de todo lo que no producimos en el

Perú. Aquí importamos yogures, desodorantes, shampoos, bebidas energéticas, peanuts. Todo importado directamente del extranjero. También tenemos vinos franceses, whiskies estupendos, ¿conoce usted el Blue Label? Sólo cuesta 180 dólares la botella, precio de oferta.

—¿Y lo compran a ese precio?

—Mucho.

No sólo se importan artículos que no necesitamos, también se compran franquicias de empresas que no traen dinero, son los peruanitos los que invierten para instalar un Mc Donald's, Pizza Hut o Taco Bells. Esta "tecnología de franquicias" que viene del extranjero trae solamente el marketing de la empresa y la marca de un producto banal. Sin embargo, como sanguijuelas, van chupando a cuenta gotas la poca sangre que nos queda. Dirán que un Burger Boy no afecta nuestra balanza comercial, pero sumen ustedes los cientos, sino miles, de estas innecesarias franquicias y hagan la cuenta. Abran los ojos y miren los letreros de la avenida Larco de Miraflores, el Jockey Plaza, o de los "pueblos jóvenes. Y no es sólo Lima, hasta las capitales de provincias no se quieren quedar atrás y chantan en sus calles franquicias de hamburgueserías, pizzas y pollos fritos y toda esa "tecnología" que hace llorar a los dietistas.

—Oiga, a qué se debe esto.

—Sencillamente a que en el Perú confundimos la regla de tres con la salchicha de Huacho.

Por supuesto que un país pobre como el nuestro necesita importar tecnología, bienes de capital, material educativo, y profesores para desarrollar nuestra economía, esto es lógico e imprescindible, pero de allí a abrir de par en par nuestras aduanas para que ingresen productos innecesarios hay un gran trecho. Todo tiene un límite, no porque los gurús de la economía liberal digan que importemos debemos traer artículos innecesarios o a todas luces suntuosos. Para que me entiendan va la muestra de un botón:

¿para que diablos necesitamos importar Gatorade, una bebida energética que promueven en la televisión estadounidense los jugadores de fútbol americano, o los de béisbol? Cualquier limonada con azúcar da un resultado parecido. En qué contribuye Gatorade al crecimiento del Perú, a nuestro desarrollo. Y así podríamos nombrar miles y miles de productos innecesarios.

—Por favor... y qué me dice de un whisky de 180 dólares. Seamos prudentes, carajo.

Antes de que algún fundamentalista neoliberal me insulte de retrógrado o de comunista, quiero insistir en que estoy en desacuerdo con las antiguas restricciones de importación que favorecían únicamente a un industrial abusivo en sus precios y en su mala calidad. Eso que quede claro, pero también estoy en total desacuerdo en abrir nuestras fronteras al capitalista virtual dueño de franquicias inútiles, a productos innecesarios o extremadamente lujosos, entre ellos automóviles de alta categoría y cilindrada o whiskies de 180 dólares. Todo tiene un límite. ¿Me he explicado con claridad o tengo que repetirlo?

Insistirá el fundamentalista neoliberal de pacotilla que el Perú debe atraer el capital extranjero, y tiene razón. Atraer, sí, pero no a todos, hay que atraer a los capitales que puedan mejorar nuestra industria, nuestra competitividad internacional, y todo eso se logra manteniendo la democracia, las leyes, la honestidad del Poder Judicial que garantice los derechos de los que vienen a invertir en el Perú. Se necesita una transparencia administrativa, en fin, todo eso que ningún presidente ha logrado implantar. Mientras no haya ese marco jurídico, político y administrativo, no conseguiremos crear interés en el capitalista extranjero. Los pocos que vengan serán como los que tenemos ahora, que lo único que piensan es cómo sacar su inversión en un plazo mínimo o que nos venden esos collares de vidrio que se llaman ahora franquicias.

Pero dígame: ¿Quién diablos va a venir al Perú a invertir en estos años de crisis mundial, donde las empresas extranjeras

reducen personal en sus propios países, donde quiebran compañías otrora poderosas, donde se están ampliando mercados regionales como la Comunidad Europea? Por favor hay que ser muy cojudo para creer que los capitalistas se mueren por invertir en nuestro país. Perdónenme la expresión pero comprendan que escribir esto me irrita. ¿Qué tiene el Perú que lo haga más atractivo que Japón, o que los países de la Comunidad Europea o los del Pacífico Oriental o aun los países de la antigua Unión Soviética? Encima del asunto estrictamente económico, habría que estar loco. El extranjero se enfrenta, igual que el ciudadano común y corriente, a la inseguridad ciudadana que afecta su situación personal, esto es, su vida y la de su familia. Óiganme, esto es serio. Trabajar en el Perú es cobrar el salario del miedo para enfrentarse a la delincuencia generalizada y organizada. No será necesario hablar de otras condiciones disuasorias para el potencial inversor como la corrupción, los pésimos hospitales, hablando de eso, dicen los extranjeros que el mejor hospital de Lima es el aeropuerto.

—¿Así de malo?

—Sí

—Pues no voy, me quedo en casa.

Cualquier ejecutivo que valga la pena prefiere antes ir a Rusia, a Polonia o cualquier otro país de la antigua férula comunista, que ahora se han convertido en los mayores pedigüños del planeta.

—Y nosotros, ¿qué decimos?

—Nosotros creemos que los extranjeros vienen a robarnos sin darnos cuenta de que a los ladrones los tenemos en casa.

Tengo que hacer una aclaración importante. Hay muchas empresas extranjeras que apostaron y apuestan por el Perú, son pocas pero son. Puedo dar testimonio personal de ello: tuve suerte y agradeceré toda mi vida la oportunidad que me dio una de ellas, porque como todos los peruanos saben, trabajar para una empresa extranjera es mejor que trabajar para una empresa nacional donde pagan menos, explotan más, hay más injusticias, promueven a los

parientes y amigos, y no hay un ambiente profesional que garantice el progreso de los trabajadores. Los peruanos dueños de empresas son intocables a las críticas, no hay a quién quejarse. En una buena sociedad internacional, al empleado que es bueno se le promueve y si es malo se le saca del puesto más rápido que de inmediato. Un trabajador de una empresa extranjera, puede llegar a ser algo. Un buen trabajador de una empresa nacional, seguirá siendo un sirviente. Mejor vestido y algo mejor pagado que el limpiador de autos, pero sirviente. Esta característica, que puede encontrarse en cualquier parte del mundo, toma en el Perú niveles medievales debido a la predominancia del LDM

—¿Excepciones?

—Sí, Muy pocas.

3.- Riqueza y prepotencia.

EN EL PERÚ ESTOS DOS TÉRMINOS significan lo mismo. A todo nivel. El caserío más miserable quiere ser dominado por un misti o principal, tal como lo denunció sin ningún resultado José María Arguedas en su obra literaria. El que tiene algo más, aplasta al que tiene algo menos. Esto no tiene nada que ver con el valor intrínseco de lo que se tenga, sino con lo hijo de p. que se es. De allí ha venido la fobia al rico, porque el “millonario” peruano no ha hecho más que abusar de su riqueza, y el menos rico ha hecho otro tanto. Así se ha continuado hasta abajo.

El pueblo ha estado encadenado por leyes que no se cumplen ni se entienden. Por esbirros de señorones que han hecho lo que les ha dado la gana. Por aduladores y rastreros que peleaban como hienas por los restos de las víctimas. Este estado de cosas ha hecho surgir la más aberrante falacia: todos los ricos son prepotentes. Muy lógico, en apariencia. Sin embargo, extremadamente peligroso, y con consecuencias funestas. Veamos: ¿realmente ser rico es ser hijo de p. o es que el rico del Perú atropella algo que nunca conocimos: la libertad? Libertad, para denunciar los atropellos. Derecho, para acudir a la justicia en busca de protección y

reparación de abusos. Unión, para acabar en las calles y plazas con los pretorianos al servicio de los poderosos. Nos ha faltado, en otras palabras, **Democracia**.

*

No es que la riqueza sea mala de por sí. Lo malo es lo que se puede hacer con ella, y por favor no me salgan con las “cojudeces” de la parábola del camello y del ojo de la aguja. Si esto se tomara al pie de la letra, no existiría el Vaticano ni ninguna iglesia, templo, sinagoga, mezquita u oratorio en el mundo. La Iglesia Católica es la que menos autoridad moral tiene para hablar de lo malo que es ser rico. La misma Iglesia tiene más riquezas que nadie: bancos, empresas de todo tipo, tesoros, museos, propiedades. Está bien, tienen que hacer sus obras sociales, mantener cierto decoro y dejar que la institución sobreviva por los siglos de los siglos, amén. Pues bien, los hombres también tienen las mismas necesidades.

—Los países democráticos son más ricos que los países oprimidos.

—¿Tienen dudas?, pues bien, miren un mapa. ¿Siguen desconfiando? Bueno, pregúntenle a Gorbachov.

—¿A Castro?

—No, él dirá que no es cierto. Visiten Cuba en cinco años, será una maravilla.

No solamente los países ricos, son ricos en aspectos económicos. Son también ricos en cultura, ciencia, arte, tecnología, deporte, etc., son, pues, homogéneamente ricos. Finalmente, son ricos, y lo dije mucho antes, porque sus ciudadanos lo son más que sus gobiernos.

Nosotros los peruanos, como no conocemos esas cosas, hemos asociado riqueza con prepotencia, y odiando a los ricos nos hemos quedado pobres de solemnidad. Los siglos de opresión, la innata envidia que aflora por nuestros poros y las ideas obsoletas y perversas de comunistas de chacra, nos han llevado a tal conclusión. Lo que hemos realmente hemos debido es: riqueza

con democracia y libertad, y salir para “agarrar a patadas” a cualquier político o militar que se atreva a cambiar esta regla.

4.- El mito de que no somos empresarios.

UN HOMBRE CON ESPÍRITU EMPRESARIAL, es decir, con la visión para alcanzar una meta, el talento para hacerlo y la constancia y tozudez para lograrlo a pesar de los grandes obstáculos del camino, es alguien que merece todo respeto y admiración. Esta gente ha forjado las civilizaciones. La incaica, estaba llena de líderes empresariales que hicieron caminos, puentes, irrigaciones, tambos de reabastecimiento, todo, todo lo que permitió alimentar y vestir bien a muchos millones de habitantes. Más tarde, los conquistadores tuvieron una visión y lograron lo que querían en condiciones muy difíciles, casi imposibles. Dominaron todo un vasto imperio. Uno puede denunciar sus inhumanos métodos, lo que no se puede negar es el hecho de que unos pocos hombres, llenos de ambición, lograron lo que se propusieron.

Hoy, al ver el país sumergido en estiércol, uno desea echarle una mano, pero se encuentra que en el fondo del abismo está la satanización del “espíritu empresarial” hecha por una masa envidiosa. Sí, la envidia y la suspicacia ayudaron a la burocracia gubernamental a ahogarla con reglamentos colonialistas que hubieran hecho palidecer al Virreinato de la India.

La respuesta criolla a la esclerotizada burocracia es ampliamente conocida: la economía informal. El espíritu empresarial de nuestros genes ha florecido en el vendedor ambulante, las fábricas clandestinas, el transporte pirata, la construcción ilegal, etc.

—Lo único que funciona en el país es lo que no está autorizado.

—Sí, señor, es la pura verdad.

Frente a las franquicias de productos innecesarios, frente a la acusación de que los cholos son flojos, ladrones e ignorantes, frente al mar de trabas burocráticas, se ha alzado una potente economía

informal que desmiente todos y cada uno de los prejuicios sobre nuestra raza autóctona y sus derivados. La economía informal es la respuesta a los ineficaces gobiernos y a la explotación de los empresarios y dueños. Hace varias décadas surgió ese clamor que se hace más fuerte con el paso de los años. Ahora esos verdaderos empresarios salidos de las clases marginadas no piden nada, no esperan nada, no se quejan de nada. Lo único que quieren es que los dejen tranquilos, que no les peguen palos en las piernas, que no les pongan trabas, ellos saben cómo defenderse en la vida. Los informales no necesitan nada del Estado, ni Seguro Social, ni protección policial, ni medicinas, ni infraestructuras. Ellos solos construyen ciudades con casas antisísmicas, escuelas, centros comerciales, clínicas. Se organizan eficientemente, y se responsabilizan de la seguridad de sus habitantes y de sus clientes, si es necesario toman la justicia por su cuenta. En pocas palabras, los informales están realizando el sueño máximo del anarquista más optimista.

Quizá el ejemplo más notable es lo que se conoce en Lima como Gamarra. En ese sector de la ciudad ha florecido la industria textil más impresionante de América. Allí se confecciona de todo y con todo. Si usted busca la prenda más costosa de la mejor marca, pues allí la encuentra. La calidad es no sólo buena, generalmente es estupenda, aunque también hay productos de pacotilla a precios accesibles. Usted puede comprar o mandarse confeccionar a la medida un traje de casimir inglés o un polo hecho con el mejor algodón del mundo. La seguridad dentro del área de Gamarra es absoluta, mejor que Fort Knox. Todo esto es organizado por los propios comerciantes e industriales, claro, apenas usted sale de Gamarra se encuentra en Territorio Apache y está expuesto a todo, entonces lo mejor es irse volando a casa.

200,000 personas trabajan en Gamarra, en condiciones precarias eso sí. Pero tienen de todo, restaurantes, cinemas, farmacias, clínicas. Gamarra es un mundo que vibra, porque se ha hecho sin ninguna ayuda estatal, al contrario a pesar de las

pretensiones de los gobiernos para interferir en su desarrollo. Repito, no quieren ayuda, lo que piden es que el gobierno los deje en paz. Recuerdo que el 2002 el presidente Toledo en un rapto de demagogia intentó visitar Gamarra para hacerse unas fotografías propagandísticas que reforzaran su imagen de espíritu liberal, pues bien Gamarra lo recibió con una tormenta de tomatazos. Los de Gamarra temen caer en las garras estatales y tienen toda la razón.

Otro ejemplo de creatividad es lo que sucede alrededor de la avenida Wilson (La llamamos todavía Wilson a pesar de que hace muchos años cambió de nombre a Garcilaso de la Vega. Así somos, detestamos lo oficial). Bueno, en la avenida Wilson unos cinco mil habitantes trafican, venden y reparan todo lo necesario de su computadora, tienen los últimos softwares, y teléfonos celulares o móviles, como les dicen en algunos lares. ¡Qué maravilla!, usted puede comprar programas recién salidos de Estados Unidos a precios razonables, y con los manuales traducidos al castellano. En Wilson le reparan todo, desde un lap top último modelo a un cepillo eléctrico de dientes. Sí señor, también recargan los costosos casetes de tinta, sea negra o de color, ya que tienen alquimistas y cirujanos cibernéticos. Los precios de Wilson están a una tercera parte de lo que cuestan en las tiendas de distribuidores autorizados.

—Oiga, ¿los de Wilson y Gamarra no se piratearán las marcas, verdad?

—Mire usted, los verdaderos piratas son los que nos saquean con franquicias estúpidas, los que nos venden productos que no necesitamos, los que no pagan impuestos, los que....

—Pare, entendí su punto de vista.

—¿Lo he convencido?

—No. Me parece una demagogia irresponsable lo que usted dice. Si no pagamos regalías y derechos de autor cómo podemos aspirar a ser un país respetable.

—Oiga, no me venga con eso. Lo primero que debe hacer un país para que lo respeten es tener instituciones respetables. ¿Usted

respeta al gobierno, a los jueces, al parlamento? Entonces por qué se mete con los de Gamarra o Wilson.

—Me ganó, ¡Viva Gamarra! ¡Viva Wilson!

*

Desgraciadamente no hay que engañarse, la empresa informal es sólo un paliativo, porque su economía no puede acumular el capital necesario para competir en la economía globalizada que nos han impuesto. Si hubiéramos acabado antes con la burocracia y la corrupción podríamos haber recuperado el poderoso espíritu empresarial de nuestros antepasados y hubiéramos conocido los logros que puede alcanzar nuestra raza. ¿Una prueba?: todavía hay peruanos que sobreviven. ¿Otra?: el éxito de los emigrantes peruanos que han logrado establecerse en países que los acogieron con muy poca alegría y ninguna ayuda. No me refiero a los peruanos que se fueron con dinero y educación; abrirse paso con estas prendas es fácil. Estoy hablando de los cientos de miles de peruanos pobres que han emigrado a muchos países tan distantes como Canadá o Hong Kong.

Tomemos al modestísimo pueblo de Paterson, Nueva Jersey, allí se ha establecido una grande y fuerte colonia peruana que llegó sin dinero y sin saber una jota de inglés. Lo que les sobró fue su capacidad de adaptación y ganas de triunfar. Tienen ahora numerosos éxitos empresariales y sociales, espero que pronto podamos festejar al primer alcalde peruano de Paterson. La celebración podría ser en ese restaurante de comida peruana que rivaliza con el más encopetado restaurante limeño. Me refiero al “Teresita” que se encuentra en Market Street -por supuesto market, mercado- Paterson, Nueva Jersey, EE UU.

5.- Fuga de capitales y cerebros

JUANACHO TOMÓ SU POCO DINERO, hizo un pequeño atado con su ropa, y salió de su choza antes de que viniese la policía a tomarlo preso por subversivo. Algunos siglos antes, salieron de Plymouth,

Inglaterra, algunos hombres en situación semejante, se les llamó pilgrims y fundaron lo que es hoy EE UU. Nadie sale de su país porque quiere, unos se van para buscar oportunidades, otros huyendo de represiones gubernamentales. Cuando el hombre se siente acorralado por fuerzas mayores, no le queda sino la huida o la cárcel. Miento, tiene también la opción de aceptar al poderoso y vivir de rodillas.

Ha habido en toda la historia muchos casos de emigración forzada. Desde la época en que los maestros y artistas griegos encontraron en la protección de Roma una decente manera de continuar sus profesiones, hasta la gran corriente migratoria de gente de calidad que Estados Unidos ha sabido acoger antes y después de la segunda guerra mundial. Sabios, técnicos, artistas y pensadores, han contribuido al desarrollo de ese país porque han sido bien recibidos y pagados.

De un país atormentado huye el que puede o el que debe. “El mundo es ancho y ajeno”, dijo Ciro Alegría en una de sus tantas denuncias al sistema de opresión peruano. No se puede obligar a nadie a quedarse para que le asalten, injurien, maten de hambre, y dejen en ignorancia crasa.

—¿Por qué crees que se fueron los republicanos de España?

—Para huir de Franco y salvar el pellejo.

—Pues el caso del Perú es igual. Sólo que en lugar de las balas del Generalísimo aquí la miseria económica y cultural aniquila diariamente a miles de compatriotas.

Si estamos de acuerdo con este razonamiento, ¿por qué hablamos de fuga de capitales y de cerebros, y no de las condiciones para el desarrollo, que ofrece el país?

Por favor, ahórrense decir estupideces conocidas, como “Te has debido quedar en el Perú, para luchar por tu patria” o “Emigran los que no quieren al Perú”. Quienes insisten en estos falaces comentarios se olvidan de que posiblemente sus padres también emigraron de sus pueblos serranos por razones semejantes. Cientos de miles de peruanos lo hacen cada año. Serían millones, si tuvieran

dinero para comprar un boleto. Así como hay una forzosa emigración de la sierra a la costa, así la imperiosa necesidad de sobrevivir empuja a uno al extranjero. Las recriminaciones a los que, por una razón u otra, nos hemos ido del Perú, son injustas.

Vamos a poner las cosas más claras: ¿luchar por mi Patria?, ¿en compañía de quién?, ¿de los mismos que la están asesinando? Los que hablan de amor al Perú son generalmente los que peor comportamiento cívico tienen, miren a los militares. Yo hubiese regresado si mi Patria estuviera viva para poner al alcance de la juventud lo que aprendí durante los largos años que he estado afuera. Esa hubiera sido una manera de contribuir al desarrollo de mi Patria. Como ya es tarde, lo único que hago es tomar nota del crimen y de los criminales.

Antes de acabar esta parte hay que decir que el dinero tampoco tiene fronteras, va al lugar donde lo respetan, lo cuidan, no lo malgastan, lo usan productivamente, no lo roban ni arrebatan por la fuerza. Está obligado a crecer y reproducirse. Si lo insultan, huye; si lo expropián, se esconde; si lo confiscan, desaparece. El dinero tiene mal genio, no aguanta pulgas.

TUBA MIRUM

¿Cuáles serán los libros que te servirán para juzgar a mis compatriotas, Oh, Señor? Los libros de los ricos no son de fiar, llevan doble o triple contabilidad. Los pobres no tienen libros y ni siquiera papel.

Nuestros libros de historia son acumulaciones de fechas sin sentido. No te queda, oh, Dios, sino leer a César Vallejo, José Carlos Mariátegui (no te asustes, fue un buen comunista); Ciro Alegría y José María Arguedas. Todos muertos.

Nuestra Patria no ha tenido un historiador que esté a la altura de las circunstancias.

V

Lima es una m...

REX TREMENDAE

**Rex tremendae majestatis,
Qui saldandos salvas gratis,
Salva me, fons pietatis.**

Oh Rey de majestad temible
Que salvas por tu gracia
Sálvame, fuente de misericordia.

1.- Lima está irreconocible

LIMA FUE CONOCIDA hasta la mitad del siglo XX como la “Ciudad Jardín” Sí, créanmelo; esta ciudad de mierda (no insulto, describo) que ahora compite seriamente con Calcuta por el título de “La Ciudad más Asquerosa del Mundo”, tenía parques, jardines, alamedas, avenidas rodeadas de arboledas y flores. Tenía, figúrense, hasta un *impecable* Campo de Marte con su concha acústica, donde el público cómodamente sentado en el césped escuchaba la Orquesta Sinfónica Nacional dirigida, muchas veces, por directores de renombre mundial. Los barrios menos favorecidos tenían también parques y alamedas en buen estado, donde los mataperros podían recoger moras y pacay. Había fuentes de agua y estatuas decorativas.

El centro de Lima era la atracción de los turistas y de los que vivíamos en los distritos aledaños. Allí estaban los mejores hoteles, restaurantes, teatros, cinemas, tiendas, salones de té. El Jirón de la Unión ha sido muchas veces descrito por diferentes autores que me inhiben describirlo. “Jironear” era una distracción no solamente de viejos verdes sino de jóvenes soñadores que se entretenían aspirando los perfumes que esparcían las cadenciosas caderas de las limeñas. Ir a la Biblioteca Nacional en la avenida Abancay era agradable, no había mucha circulación y las veredas habían sido recién ampliadas. Toda la inmundicia que se ve ahora le hace a uno pensar que no está equivocado aquel frustrado alquimista al decir: “si las heces brillaran, Lima sería la ciudad luz”.

La juventud famélica que hoy deambula por las calles de nuestra capital no se parece en nada a los jóvenes limeños de esos años. Había piscinas públicas más o menos decorosas. Todos los barrios tenían canchas de fútbol, muchas de ellas improvisadas, es verdad, donde se jugaban ardorosos partidos. En todo caso se podían jugar unos “partiditos” en la calle que hacían la delicia de los vecinos aunque uno que otro protestase. Además de hacer deporte se realizaban interesantes caminatas por chacras y huacas vecinas. No exagero, se los juro.

Ahora el deporte vecinal no existe, en parte por la desaparición de áreas libres y en parte porque un pueblo muerto de hambre tiene como único deporte y profesión buscarse la comida diariamente. Ser deportista en la Lima de hoy es un acto heroico o demencial. Hasta los hijos de los riquillos están confinados al Club Regatas; de allí no salen porque se los comen. El fútbol del barrio murió. Queda como reminiscencia el fútbol de salón o “fulbito”. Es decir, como no se puede jugar al tenis, se juega al ping pong; dentro de poco tiempo sólo se podrá jugar al “yo-yo”.

El deterioro de la ciudad es palpable, la miseria se ha generalizado, los comercios cierran, los ambulantes crecen, los enfermos no tienen a dónde ir, el mar está contaminado por desagües urbanos, el transporte público es un caos, la criminalidad es la ley, nada funciona, el... (disculpen, me agoté). En suma, lo único que queda de la “Lima Señorial”, la “Lima, Ciudad Jardín”, la “Lima, Ciudad de los Reyes”, “Lima, la Tres Veces Coronada Villa”, es el nombre. A esta Lima no la reconoce ni la madre que la parió.

A fines del siglo XX un gran alcalde, Alberto Andrade, luchó contra el gobierno de Fujimori, para mejorar el centro histórico de Lima. Dije luchó porque Fujimori al no poder controlar políticamente a Andrade boicoteaba sus programas para restar popularidad a su potencial rival. Bueno, de un modo u otro el alcalde se las agenció para mejorar las fachadas de iglesias y edificios con cierta solera. Todo el mundo se lo agradeció, en un momento

pareció que la vieja Lima resucitaría. ¿Y cuál ha sido el resultado? Pues lo de siempre, por fuera amores por dentro temblores. El centro de Lima se ha convertido en un mercado abierto del crimen. Los maleantes se han apoderado de todo. Ninguna central bancaria ha regresado, todas las compañías de seguros y las grandes firmas han emigrado. Ni en el peor de los sueños, los ejecutivos de grandes empresas piensan en regresar. Si usted es valiente y se pasea de día por las calles del centro de Lima verá, si levanta la cabeza, que está prácticamente deshabitado o tugurizado. A partir de la caída del sol ni Clint Eastwood armado de su Mágnum 45 se atrevería a caminar por allí. El centro resume la paradoja de nuestro Perú, pura fachada.

Para más inri, el sucesor de Andrade, el alcalde Luis Castañeda Lossio, gastó dinero iluminando la Plaza Mayor, llamada antes Plaza de Armas. Pues bien, vaya usted a verla pero en auto a prueba de todo. No intente bajarse y dar un paseo sin hacer antes su testamento. El centro de Lima está prácticamente en poder de los maleantes que se han repartido las zonas por especialidad. No hay policía suficiente para ponerlos a raya. En vez de gastarse dinero en el remozamiento de los edificios deberían invertir en remozar a la policía, pero en ella ya nadie cree. Un dato: el informe de The Bratton Group hecho público en 2003, dice que el problema más grave de la seguridad ciudadana en Lima es la impunidad, los maleantes se pasean a sus anchas por nuestras calles. Por eso nadie confía en los policías, varios de ellos son los mismos que asaltan. Tal es la desconfianza que en 1997 se presentaron solamente 57,000 denuncias en las comisarías, mientras que el INEI calcula que se cometieron un millón trescientos mil delitos a los que debemos agregar los trescientos mil allanamientos de morada.

Así no era Lima en mis tiempos. La capital era menos horrible que ahora y mucho más segura. Hasta entrados los años 1970 vivíamos tranquilos en nuestras casas, en nuestro barrio. Los chicos podían jugar en la calle sin temor a robos, asesinatos, secuestros,

o simplemente a ser atropellados. Lima era una ciudad tranquila. No sabíamos lo que era droga ni narcotráfico. Hace cincuenta años el único patrullero de la policía para todo Lima era una desvencijada camioneta. Esto lo sé bien porque venía a casa algunas noches a recoger a mi padre, mayor de la Guardia Civil, cuando le tocaba hacer la ronda nocturna por las comisarías. Al amanecer regresaba muerto de cansancio y aburrimiento, no había sucedido nada digno de contar.

2.- Lima es una cárcel al revés

LAS AGENCIAS DE VIAJE dudan recomendarla, las embajadas informan a sus ciudadanos que la eviten, los hombres de negocios extranjeros necesitan protección 24 horas, las revistas internacionales publican continuamente los riesgos que se corren en el Perú y por ende en Lima más riesgoso que el promedio mundial. (Me da pena seguir. Me pregunto si escribiendo esto no estoy contribuyendo a aumentar la imagen desfavorable de mi país. Pienso, dudo, y al final de este examen de conciencia decido sin remordimiento que lo mejor para cualquier país es decir la verdad. Sólo hablando claro, sin demagogia ni posturas patriotas ni hipócritas se puede levantar la imagen de una nación.) Sigo.

¿La información que se disemina por el mundo es falsa? ¿Hay un complot para destruir el Perú? ¿Realmente es tan peligroso vivir en Lima? Hace poco rechacé toda información extranjera y oficial, y decidí abrir bien los ojos y afinar el oído en la última visita a mi fallecida Patria, hablé con personas de todas las clases sociales, profesiones, edades. La primera coincidencia en las declaraciones de todos mis interlocutores fue la siguiente: **NO HAY FAMILIA QUE NO HAYA SIDO ROBADA O ASALTADA O VIOLADA EN LOS ULTIMOS CUATRO AÑOS.** La segunda: todos piensan que serán agredidos nuevamente, por lo tanto han tomado numerosas medidas de seguridad, de acuerdo con las posibilidades económicas de cada uno. Todos viven en ascuas.

El tema exige elaborar más sobre esta pavorosa revelación. Tanto las familias pobres como las ricas han sufrido ataques criminales. Ninguna se ha salvado, ni siquiera las que viven protegidas por guardias privados y toda la parafernalia de equipos electrónicos sofisticados.

Permítanme dar un testimonio personal: las casas de mis tres hermanos (viven en barrios distintos) han sido robadas en siete ocasiones en estos últimos años. Los robos han ido desde botellas de cerveza vacías, guitarra, ropa tendida, etc. Fíjense en la desesperación de los ladrones: cuando no podían penetrar en las habitaciones han cargado con pertenencias inconcebibles de que puedan ser robadas. Un ladrón se cayó de la azotea de la casa de una de mis hermanas, y después de horas de agonía falleció en el pasadizo mientras mis familiares horrorizados esperaban inútilmente a la ambulancia. Mis dos hermanas han sido asaltadas tres veces. Una vez yendo a la procesión del Señor de los Milagros, y las otras dos dentro de sus respectivos automóviles. Sería largo enumerar otras incidencias, como las llantas de auto que ha tenido que comprar mi hermano o las veces que les han robado a mis sobrinos en las calles. Yo, sí, yo mismo, durante mi última visita fui testigo con mi hermano del asalto al auto que venía detrás del nuestro. Estábamos cerca de la zona comercial del barrio más elegante de Lima, San Isidro, eran las dos de la tarde, esperábamos la luz verde cuando vimos consternados e impotentes cómo dos hombres rompieron ambos lados de las lunas del automóvil y al no poder abrir la puerta dispararon al conductor. Nos enteramos después de que era una señora, los ladrones habían logrado robarle su cartera dejándola gravemente herida. Era las dos de la tarde, lleno de autos, a cien metros del “bunker” del Comandante General de la Marina, en pleno corazón de San Isidro. Espeluznante. Como fin de fiesta me robaron mi máquina fotográfica en el aeropuerto, se esfumó de la maleta.

Estos verídicos relatos son típicos inicios de cualquier conversación en el Perú, todos tienen algo que contar. La

inseguridad ciudadana es el tema principal, seguido por la corrupción.

—¿Cómo se defiende la gente?

—Pues, cada uno con lo que puede.

La diferencia entre una casa protegida hasta el extremo y otra desprotegida, no es porque un dueño sea paranoico y el otro descuidado. No, es cuestión de que uno puede gastar y el otro no. Todos saben que es necesario protegerse. Se hacen sacrificios económicos para poner alarmas, sensores de intrusos, rejas que terminan en cinco largas púas, alambres de campo de prisioneros, todo esto electrificado con alto voltaje. No estoy exagerando un pelo, al contrario, me quedo corto por no haber investigado esos sistemas con el debido interés. Tanto las casas de los ricos como las de clase media, y hasta una que otra casa en las barriadas exhiben esos sistemas de seguridad. No hay más que darse una vuelta por Lima y observar las fachadas de las casas: parecen prisiones, algunas “bunkers”.

La gente evita si es posible salir de sus hogares y exponerse al crimen de las calles. Las familias se sienten más protegidas dentro de sus rejas. Es decir el Perú está al revés: “la gente honesta está enrejada, y los criminales en la calle”.

Pero es más, los comercios atienden tras sus rejas. Un bodeguero toma más precauciones que el vendedor de licor en un barrio de Nueva York. Todo tiene rejas: farmacias, pastelerías, librerías, carnicerías, pequeñas tiendas de abarrotes, puestos de periódicos. Los que no atienden a través de las rejas, como los bancos, tienen policías privados con las armas listas para disparar. Dije policías en plural, es decir que son más de uno por puerta, generalmente son tres. Entrar en las oficinas de negocios importantes es como entrar en el Pentágono, piden documentos de identificación, confirman con la persona que va a ser visitada, lo pasan a uno por detectores de metales, le colocan en el pecho la tarjeta de visitante, hay que dejar el documento de identificación, baja la persona o la secretaria de quien uno quiere ver, en cada piso hay policías

vigilando cualquier movimiento extraño, todos los empleados llevan su foto-check al pecho, es decir la seguridad al máximo. A pesar de todo eso hay atracos y secuestros. No se puede pestañear por temor a ser asaltado.

Las oficinas pequeñas tienen más llaves que San Pedro, y además trancas de seguridad, cadenas, timbres de alarma. Muchas empresas han quitado el nombre de la compañía de sus fachadas. Nadie quiere ser reconocido.

Ir -y con esto acabo- de visita a fábricas es como pasear por el antiguo muro de Berlín. Como pueden creer que exagero les daré un dato concreto: la Carretera Central. Lo que parecen fortificaciones militares son fábricas. Los terrenos están rodeados de altos muros, algunos tienen, además, fosos y después vallas. Cada cincuenta o menos metros se levantan torretas fortificadas, por unas pequeñas rendijas se asoman fusiles de alto poder o ametralladoras ligeras. ¿Qué es lo que protegen?, ¿el oro de Fort Knox? No, solamente fábricas al borde de la quiebra o simplemente almacenes de alimentos o cerveza. Todas, repito, todas las fábricas tienen torretas o sistemas similares. Dije la Carretera Central pero todas las fábricas y almacenes tienen o están construyendo este tipo de defensas. Los limeños ya se han acostumbrado a la nueva arquitectura, nadie lo considera antiestético, algunos hasta presumen de lo inexpugnable de las instalaciones, hablan como el general Petain inspeccionando la línea Maginot en la segunda guerra mundial.

Los asaltos en las carreteras es cosa común. El trayecto Cerro de Pasco-Huánuco, por ejemplo, es el más protegido del Perú porque es un paso obligatorio entre Lima y una rica zona agropecuaria; cada pocos kilómetros hay controles policiales y del ejército, sin embargo los asaltos son más frecuentes que en otras carreteras porque son los mismos guardianes de la ley quienes disfrazados, despojan y matan a los viajeros. Lo que digo no es un secreto, sale en la televisión y en todos los periódicos. La criminalidad de las fuerzas del orden está generalizada.

Disculpen, tengo que seguir. En Lima se roban todo, hasta los monumentos.

—No puede ser.

—Si, aquí no se escapa nadie, ni vivos ni muertos.

La última encuesta indica que el 75% de los monumentos han sido robados (cuando este libro aparezca el porcentaje habrá subido igual que la inflación). Le robaron la corona de laureles a San Martín, la espada a Sucre, la pata del caballo de aquel, la mano de este, el brazo del otro, el sombrero al de más allá, el busto completo del de más acá, a todos les faltan letras. No es vandalismo es atrocidad, no se respeta a nada ni nadie. Punto.

Repito: Lima no era así, se los juro. Toda la gran Lima de mis tiempos no llegaba al millón de personas, era relativamente segura. Se iba de jarana a Bajo el Puente o a los Barrios Altos a cualquier hora de la noche y se acababa, como lo describe bien un vals de Cavagnaro, “tomando caldo de gallina en La Parada”. Los que hoy hagan eso son suicidas. A los borrachos los “venden” los taxistas a despojadores profesionales. El riesgo es grande, si no son los terroristas, son los criminales, y si no los mismos policías; uno no está seguro ni dentro de su propia casa.

Cuando los invitados llegan, a la cada vez menos frecuentes reuniones sociales, vienen armados o con guardia personal, o se van temprano por miedo a que los atraquen. Los periódicos publican avisos de venta de armas como si estuvieran vendiendo perros, ofrecen una variedad impresionante de revólveres, pistolas, fusiles de alto poder y hasta aceptan encargos especiales fuera de catálogo. Y no me refiero a avisos en revistas especializadas en caza o aventuras mercenarias, estoy hablando de periódicos conocidos por su prudencia y conservadurismo, como “El Comercio”. Se leen ofertas de “Big Magnum” de Colt, de Luger Artillería, Máuser C96, Parabellum. En Lima se puede adquirir sin problema los fusiles de asalto americano M16 o los rusos Kalíshnikov o Ak47 con cargador de 30 cartuchos. Como soy ignorante en esta área del saber humano me he quedado patitieso

de las explicaciones técnicas de mis amigos y parientes. Las armas están en manos de todo el mundo: gente honrada, policía, maleantes, agentes de seguridad. No es sorprendente por lo tanto que en las noches se oigan más disparos que en las películas del lejano oeste. Cuando todos tienen armas nadie está seguro.

Hace pocos meses mis antiguos compañeros de colegio hicieron una cena en Chacarilla del Estanque. Al llegar a casa del anfitrión pregunté al amigo que me llevó si no tenía temor de dejar el auto en la calle. Aquí no va a pasar nada, siempre contratamos a los marines de la armada para que cuiden la casa y toda la manzana. Efectivamente, allí estaban en ropa de civil unos individuos que con ostentación llevaban sus metralletas a la bandolera. Este es el único modo de protegerse, me dijo mi amigo, con la policía no puedes contar. Triste.

Hablando de la policía. Los guardias que yo recuerdo eran gente fachosa, fuerte, un poco acholada y segura de sí misma, por eso era respetada. La Guardia de Asalto tenía una apariencia física impresionante, los manifestantes universitarios teníamos que pensar dos veces antes de enfrentarnos a esos “desgraciados”. Utilizaban el palo y el “rochabús”. El enfrentamiento era desigual, pero cara a cara.

Los policías de Lima son reclutados, al igual que antes, del mismo pueblo y como éste ha cambiado, ahora son unos tirifilos, malcomidos, maldormidos, malpagados pero con un arma inquieta en las manos. Antes la corrupción policial, cuando había, era a alto nivel, no se había “democratizado” como hoy. La institución policial, al igual que todo el país, está podrida.

Repito: “Lima es una cárcel al revés”. Los criminales pasean por la ciudad y la gente honrada se refugia tras las rejas de sus casas.

3.- Origen de la cloaca

¿CÓMO ES POSIBLE QUE LIMA haya cambiado en tan poco tiempo? Tenemos que ver un poco hacia atrás antes de tomar vuelo.

La elección de Lima como capital del Perú fue un claro presagio de toda la tragedia posteriormente sufrida por nuestra Patria. Francisco Pizarro decidió reemplazar a Cusco, que estaba situada en el ombligo del imperio incaico, y fundó la capital en la desértica costa del Perú, alejada e incomunicada del resto del país por inmensos impedimentos naturales. Cusco era una ciudad esplendorosa, con excelentes caminos a todas las partes del imperio por donde corría un servicio de correos, chasquis, que no ha sido superado hasta la fecha. Un mensaje de Cusco a Cajamarca llegaba en la mitad de tiempo que demora el día de hoy, si es que llega.

La nueva capital fue construida por los conquistadores sobre un poblado costeño insignificante cuya única virtud era el paso constante de un esmirriado río, el Rímac. La situación geográfica indicaba claramente la escasa importancia que se dio a la necesidad de colonizar, esto es, de crear riqueza con las propias manos. Los españoles cerraban los ojos al trabajo y los abrían a ese mar por el que algún día regresarían ricos a España.

En la Colonia se llamaba criollo a los descendientes de españoles nacidos aquí, es decir con ninguna, o en todo caso negada “contaminación” sanguínea indígena. Se imitaban las costumbres de España y se copiaban sus actitudes refractarias al trabajo. El jolgorio de la “Lima Virreinal” resistió tres siglos. Esa Lima creció a espaldas del país, su vocación era costeña; diré más: su aversión era serrana.

El limeño de la Colonia para viajar al exterior tomaba su barco y adiós. Los viajes dentro del Perú estaban limitados por Andes agrestes y desiertos costeros. Prácticamente no había nada cercano a Lima. Aun teniendo ganas de conocer el interior, las vías de comunicación eran difíciles de transitar cuando no peligrosas. Durante los trescientos años de colonia se consolidó el divorcio entre la capital y el resto del país.

Con la República las cosas no mejoraron. La clase aristócrata se unió al carro del triunfo, apoderándose de él. Nada cambió. Lógicamente, Lima seguía en su sitio y el centralismo también. La

impudicia más execrable es que desde el primer día de vida republicana hasta nuestros días, todos los partidos políticos, todos los líderes del país, todos los medios de comunicación, han declarado la necesidad de acabar con el centralismo, pero nunca se ha hecho nada. Es más, cada día el centralismo ha sido mayor. Lima se enriqueció con el sudor de aquellos a quienes no conocía, pero si despreciaba.

Muchos intelectuales han denunciado la ignominiosa hegemonía limeña, pero nadie fue tan apasionado como Federico More. Este punecito de nacimiento y corazón se afincó en Lima desde 1910 a la edad de 21 años. Falleció en esta ciudad en 1955 a los setenta y un años. Citaré algunas de sus reflexiones publicadas por Francisco Igartua (1989) bajo el título “Andanzas de Federico More”. Oigámoslo: “Fuera de la sierra, el Perú no existe.” “Las guerras civiles con plena virilidad, con anhelos masculinos de reforma y de combate, de la sierra han salido; de los arenales infecundos de la costa, son los motines militares, las asonadas divertidas, las quisicosas políticas con hambre de palacio de gobierno. En los arenales, el ideal se llena de polvo y se muere de sed”.

Sobre la sierra decía: “Es imposible que aquello no sea la patria. No porque lo diga yo, no porque mis mayores hayan sido hijos de esas comarcas siempre animadas de un numen homérico. No. Pero es imposible que aquella no sea la patria. Los limeños son unos miserables sólo porque no aman a la sierra”.

Del centralismo opinaba: “Lima al apoderarse de los destinos de la patria ha encerrado la política dentro del límite liliputiense de sus anhelos femeniles.” “...lloran ante el mundo y pregonan una gloria que nadie entiende, gloria de un Jeremías sin Jerusalén, gloria de gineceo al que hubiesen arrebatado una mujercilla inservible.”

Estableciendo diferencias entre el hombre andino y el limeño, More sentenciaba: “Es que entre nosotros, los españoles nos dejaron el sentimentalismo babeante de su nobleza improvisada,

de aquella nobleza que fue a Lima. En nosotros los españoles dejaron el fiero orgullo de sus aventureros, de aquellos que conocieron a manos llenas el oro de las minas y el amor de las ñustas. En nuestra raza no viven los condesitos amancebados con las esclavas -o los esclavos, a las veces- ni nuestras abuelas, aquellas señoras que hicieron de sus oratorios alcobas de frailes y de sus alcobas refugio amoroso de negros fornidos. Nosotros nada tenemos que hacer con esa raza ni con ese clima.”

—Uff... Qué bravo era Federico.

—Y eso que para escribir se controlaba.

Al igual que José María Arguedas, Federico More se sintió impotente para despertar al Perú de su letargo. El director de la revista Oiga -su última trinchera- nos relata: “More no entendió la vida sin pelea... y ha caído peleando. Los que hemos estado hasta el fin a su lado, sabemos que no lo mató la muerte. Federico se dejó morir. En un país donde cada día es menos valorada la inteligencia; en momentos en que se han perdido hasta las buenas maneras -de las que el gustó tanto- (...) no creyó adecuado encontrar otro camino que el dejarse morir.”

La desaparición de Federico More fue una enorme pérdida para el Perú. Un abrazo de sincero pésame para el hijo que lleva su nombre, de quién guardo grandes recuerdos.

Seguimos. El limeño, a quien todo le llega a la boca, no tiene idea de lo que es el Perú. Para ver una llama tiene que ir al Parque de las Leyendas, nunca ha visto cómo se trabaja los andenes de la sierra ni la dura vida cotidiana del campo en nuestras tres regiones naturales (para los extranjeros: costa, sierra y selva). Lo máximo que una minoría alguna vez ha hecho es viajar a Huancayo, ver la feria de los domingos y tomarse una fotografía en Ticlio. La clase acomodada conoce bien Miami y nunca ha estado en el Cusco. Sé de un joven catedrático de arqueología que preguntó a sus cien alumnos de una universidad privada, quién había estado en Estados Unidos. Fue un mar de brazos lo que vio. Después preguntó quién conocía el Cusco. Le sobraron dedos en su mano para contar a

los que habían visitado la “Capital Arqueológica de América”. El profesor de arqueología salió de la clase y se dedicó a otras cosas.

Mario Vargas Llosa, preguntó en “Conversación en la Catedral” algo que ha sido repetido miles de veces: ¿en qué momento se jodió el Perú? La respuesta es obvia: desde que se fundó Lima. Punto. Lo demás es lo de menos.

4.- Tras cuernos, palos

LA SITUACIÓN GEOGRÁFICA de la capital siempre ha sido un obstáculo insalvable para su integración con el resto del país. Si a esto le añadimos el centralismo gubernamental obtendremos un verdadero desastre. Me explicaré con un ejemplo: Francia es París y viceversa, nadie lo duda, no obstante el parisino está obligado a atravesar el territorio francés para gozar de sus imperdonables vacaciones -bien se vaya a la Costa Azul en verano o a los Alpes en invierno-. Hasta la llegada del avión los parisinos estaban obligados a conocer su país para salir al extranjero: si iban a Inglaterra, tenían que pasar por Normandía o Bretaña; si iban a Suiza o Italia por Borgoña, Ródano, Isere o Jura; si iban a Alemania por Alsacia. El aprecio y conocimiento del parisino por vinos, quesos y cocina francesa no hubiera sido igual si París se hubiese encontrado en Marsella o Estrasburgo. Es más por supuesto: el crecimiento industrial de Francia sólo ha podido ser obtenido por su capacidad agropecuaria, y esta a su vez por la ayuda económica durante toda la historia del “gobierno centralista”.

Un país que escoge el centralismo, por una razón u otra, comete doble idiotez si pone su capital en la periferia del país y no en el centro. Por ejemplo: París está en el interior del país, ya lo dijimos. Madrid, también. Londres, casi. Berlín, centro. Moscú, lo suficientemente adentro para haber quedado libre de la invasión napoleónica y de la hitleriana. Pekín, centro. Ninguna capital de estas grandes potencias está al borde del mar.

En América tenemos a Ottawa capital de Canadá, situada entre los canadienses francófonos y anglófonos. Salomónico. Los

Estados Unidos, a pesar de tener al momento de su independencia ciudades portuarias de gran prestigio económico y cultural, como Boston, Filadelfia y Nueva York, escogieron una más alejada, casi al centro de lo que era en ese tiempo EE UU. Washington, Distrito de Columbia, es hasta el día de hoy, la capital con menor población de todos los países industrializados y una de las más pequeñas del mundo. Sus seiscientos mil y tantos habitantes son una décima parte de la población de Lima; dentro de poco una vigésima. Crecemos como el cáncer.

Las capitales de los estados de EE UU han seguido la misma norma. La capital del Estado de Nueva York es Albany, en medio del campo y lejos del bullicio de Manhattan. La capital del Illinois no es Chicago, es Springfield. La capital de California no es ni San Francisco ni Los Ángeles, es Sacramento. La capital de Florida no es Miami ni Tampa, es Tallahassee.

— ¡Bueno, basta!

— ¡No, sigo!

En Latinoamérica tenemos casos parecidos. México, Distrito Federal, está en el mero centro del país. Bogotá, igual. Caracas está metidito. Quito, en los Andes. Santiago de Chile, al centro y adentro. Brasil decidió dejar las sensuales playas de Río de Janeiro y adentrarse en las tierras del futuro, Brasilia. Buenos Aires, no. Los argentinos se empecinaron en mirar a Europa y ya ven como están. Si la capital argentina hubiera sido Tucumán, la antipatía y petulancia que desbordan los porteños no sería tan exagerada y el país estaría disfrutando sin arrogancia todo lo rico que es. Ahora Argentina es un país tercermundista como cualquier otro.

Al igual que los parisinos forzados a ver su país y admirar sus recursos naturales, los capitalinos de otras naciones integran en su pensamiento las imágenes de los compatriotas provincianos. No son solamente los edificios públicos y la fastuosidad gubernamental lo que siempre ven. Los limeños, en cambio, no han tenido esa oportunidad, viven aislados del resto de los peruanos. Ni los hijos de los provincianos afincados en Lima están

interesados en conocer las tierras de sus antecesores. Así es de simple, y de triste.

5.- La metamorfosis del batracio

DURANTE LOS AÑOS DE LA COLONIA se desarrolló en Lima una mezcla étnica cargada al blanco. El español se acostaba con las indígenas sea porque le gustaban las carnes oscuras, sea porque no había otras mujeres más que esas. Sus descendientes, los criollos, tuvieron un mayor repertorio, tenían a las indias y las criollas de las primeras camadas. Poco a poco se fue alejando el apetito por las fuentes autóctonas, aunque no disminuyó la violación impune a la indígena. Lo que fue raro, si alguna vez existió, fue la seducción de una blanca o criolla por el indio, tal como repetidas veces lo lograron los osados negros. Los varones indígenas nunca fueron aceptados, se tuvieron que conformar con su paisana. Todo esto durante la Colonia.

Los virreyes trajeron a los negros quienes dieron a la capital un sabor agradable y fiestero. Como el trabajo en las alturas de los Andes los aniquilaba -gallinazo no canta en puna- se acomodaron bien en las haciendas de la costa y a servir en forma eficiente en las casas limeñas.

Llegamos a la República. En el siglo XIX se importaron chinos para reemplazar a los negros que abandonaron sus cadenas junto con el trabajo en las haciendas costeñas. En el siglo XX vinieron los industrioses japoneses escapando del hambre de su país. También el hambre hizo venir a bastantes europeos, principalmente italianos, españoles y alemanes.

—¿Puede usted imaginarse que alguna vez hubo un Perú en condiciones de dar acogida a los muertos de hambre del mundo?

—Yo no, pero si Ud. lo dice...

Lima era hasta los años 1950 una ciudad tan cosmopolita como San Francisco. Los negros, los chinos y los japoneses le dieron un empuje agradable. Sin embargo el criollo o el mestizo se sentía

por encima de ellos, y el blanco 100% o el extranjero europeo por encima de todos. De indígena, Lima tenía muy poco, étnicamente podría ser la capital de un país distinto, ¿Argentina?, ¿Chile?, ¿Venezuela? No Bolivia ni Ecuador como debiera haber sido.

No fue hasta los años 1950 en que se notó que comenzaba un importante cambio étnico. El masivo éxodo serrano desbordaba la capital. Venían de todas partes, utilizando cualquier tipo de transporte, aun a pie. La avalancha de provincianos creó alarma en los limeños hasta el extremo que el Congreso discutió seriamente tomar medidas como cercar Lima y pedir salvoconductos para ingresar a la capital.

Los desplazados hombres de la sierra, crearon sus barriadas al borde de la capital y entraron a la ciudad a trabajar en lo que fuese y por lo que fuese. Los vendedores ambulantes se apoderaron de las calles y plazas. El antiguo cholo frutero se vio agobiado por sus paisanos.

Los limeños veían con tristeza y melancolía cómo el centro de Lima comenzaba a dar muestras de acholamiento. Se escribieron varios libros y artículos periodísticos que describían con añoranza la pérdida del enclave criollo. La vida jacarandosa de la Lima republicana se extinguía. Las compañías de seguros, bufetes de abogados, contadores públicos, en fin, las empresas de servicio y cualquier compañía que se preciase, abandonaron el centro. Hasta las universidades se fueron. Miraflores amortiguó un tiempo el acoso andino, pero finalmente se sometió. La venganza de la sierra tomaba cuerpo.

Aquel serrano explotado durante cinco siglos finalmente pudo decir lo siguiente: “Aquí estamos, todavía vivimos, mírennos así somos. Esta es la música que cantamos, esta la manera en que hablamos. Uds. nos han dado las espaldas y por sus espaldas hemos entrado, ahora estamos frente a frente. Somos muchos, más que ustedes, nosotros somos la representación auténtica de los pueblos del Perú a la que ustedes dejaron en el armario como si fuéramos abortos de la naturaleza. Tenían vergüenza de mostrarnos y ver lo

que somos. Pues bien, esto que ustedes ven, esto es lo que es el Perú, nosotros sí estamos orgullosos de lo que somos.”

El abandonado serrano vino a Lima y se apoderó de ella. ¡Es una invasión! La verdadera toma de la “capital extranjera” por los ex súbditos provincianos hartos de siglos de desprecio. El limeño tuvo otro escape: o abandonó el país o se acholó. Llegó la verdadera revancha étnica. Lima será una ciudad de cholos dentro de dos generaciones. Lima será por fin la verdadera capital del Perú.

Hasta ese momento todo suena bien. Épico. La venganza del pueblo. Fuenteovejuna. Lamentablemente no es así. El provinciano vengador se sacrificó, se autoinmoló. Al dejar su pueblo, dejó sus cerros, dejó su orgullo y el ambiente frío que le protegía de las infecciones. En Lima, el calor y la humedad de la costa le contagiaron terribles enfermedades. La capital aceptó al invasor y lo prostituyó. Le da terreno pero no agua, ni desagüe, ni electricidad, ni nada.

—¿No querías venir a Lima?, pues, toma.

A pesar de eso el serrano sobrevive y trae a más paisanos. Es el holocausto lento. Los cholos adelgazan, pierden la sonrisa de sus labios, les aumentan las ojeras, se achican y empalidecen. Una nueva raza emerge: el hombre de la barriada. El verdadero pueblo joven es un joven tisiquieto. El “cholón” desapareció por falta de comida.

El cruce con el antiguo limeño da a luz una nueva especie todavía no clasificada debido a que está metamorfoseándose como los batracios.

—Claro, si no come y se enferma qué otra cosa puede ser.

6.- La barriada

NADA DE EUFEMISMOS. Eso de “pueblo joven” es una burla despiadada. La mayoría de los limeños viven en barriadas, chabolas, tugurios, favelas, villas miseria o cualquier nombre que indique un asentamiento humano que no tiene acceso a agua potable, desagüe, transporte público, seguridad ciudadana, electricidad,

servicios médicos, viviendas con piso y techo de material impermeabilizado. Es decir los mínimos requerimientos de un hombre de nuestro siglo. Llamar a nuestras barriadas “pueblos jóvenes”, es como decir llueve cuando nos están orinando.

Las viviendas pobres siempre han existido. Lima tenía a mediados de este siglo una población aérea. En los techos de todos los edificios se construyeron precarias viviendas donde sus pobladores vivían como si estuvieran en el campo: criaban aves de corral y cultivaban tomates, ají, etcétera. Los huéspedes de los céntricos hoteles se despertaban sorprendidos del concierto de gallos de los edificios contiguos. A mediodía eran las gallinas ponedoras que anunciaban su producción. Cuando un ejecutivo bancario se asomaba a la ventana de su oficina podía distraerse viendo las labores agropecuarias y los juegos de los niños granjeros. Un día la alcaldía ordenó la desaparición de las viviendas aéreas. ¡Bravo!, aplaudió el LDM, no más vergüenzas. Efectivamente, se arrojaron a miles de gente a la calle. Ellos no desaparecieron, se fueron a crear barriadas. Años después esa gente, unida a los nuevos inmigrantes, no sólo recuperó sus techos sino que se apoderó de las calles, y de la ciudad misma.

Durante la primera parte del siglo XX hubo también barrios muy pobres, Malambo, Malambito, Leticia, Tacora; estos barrios eran insalubres, uno no podía imaginar que se pudiese vivir peor. Los pioneros de las actuales barriadas se establecieron en las faldas del cerro San Cristóbal anunciando junto con la luz de la cruz que tranquilizaba Lima, el peligro de una inminente invasión. Nadie les hizo caso. Los limeños solamente querían ver la cruz y no la mano que escribía en la pared.

En los años 60 la invasión fue tan grande y tan bien organizada que tomó por sorpresa a todo el mundo. Lima creció a pasos agigantados. Del millón de habitantes de los años 40 se pasó a los dos, a los tres y actualmente hay más de seis, ¿o siete?, ¿u ocho?

Desgraciadamente los recién llegados no viven mejor que en su tierra y todo Lima está peor. Sería una bestialidad echarle la

culpa a los serranos del desastre. Lo que hubiesen deseado los limeños es que nunca hubieran llegado. “Que se mueran en su pueblo”. Como el avestruz, el limeño se hubiera conformado con ver fotografías de la tragedia andina.

Esto no tiene ya solución. Lima, por primera vez desde enero de 1535, representa lo que es el Perú.

7.- La nueva camada

EL SERRANO QUE ANTES VENÍA a Lima era como el emigrante español que armado de esperanzas llegaba para “hacer la América”. El “recién llegado” en la primera parte del siglo XX traía consigo un optimismo ingenuo y un férreo deseo de triunfo. Laureano Martínez lo inmortalizó en su vals “El Provinciano”, leamos algunos de sus versos:

—“Las locas ilusiones/ me sacaron de mi pueblo.”

—“Ahora que conozco la ciudad/ de mis dorados sueños/ y veo realizada la ambición que en mi querer forjé.”

—“Luché como varón para vencer/ y pude conseguirlo,/ alcanzando mi anhelo de vivir/ con todo el esplendor./ Y en medio de esta dicha,/ me atormenta la nostalgia/ del pueblo en que dejé mi corazón”.

El provinciano de antes vino ilusionado, luchó, triunfó y en medio del esplendor tuvo nostalgia por su pueblo. Las cosas han cambiado, el provinciano de “nuevo cuño” no llega con ilusión, muchos vienen huyendo de la violencia del campo, son realmente refugiados de guerra, ya sea guerra de narcotraficantes, de maleantes, y rezagos todavía de senderistas trasnochados o, lo peor, de alianzas entre esos sujetos. A muchos campesinos se les han quitado sus tierras, su dignidad, sus esperanzas, se les ha inducido al alcoholismo y a la ignorancia.

—¿Para qué escribo esto? Todos lo saben.

—Será por masoquismo.

—Sí, debe ser por eso.

La imagen más cercana al serrano “recién bajado” es un negro haitiano que huyendo de los tonton macoutes infla una cámara de camión y se tira al mar del Caribe infestado de tiburones.

La razón particular de cada uno de los emigrantes provincianos puede ser diferente, lo común es que han dejado su tierra; ésta, aunque usurpada era su tierra de todas maneras, la conocía, sabía sus secretos, hablaba con los ríos y los cerros. Aquel, el cerro más grande, era su confidente sentimental. Cada riachuelo, piedra, árbol, animal, tenía su significado. El serrano abandonó mucho más que su comunidad, y su familia. Se separó de su ser. Ya no podrá ser nunca él mismo, porque él era parte de todo lo que le rodeaba.

El emigrante serrano llega desarraigado, incompleto. No es un trasplante, no trae con él tierra que le permita su adaptación inicial. Desarraigo es venir con las raíces arrancadas.

La primera dificultad: el idioma. La segunda, el significado del lenguaje corporal. Los limeños tienen su propio lenguaje. Es peor que llegar a Holanda o Finlandia para trabajar, allí tampoco no se entiende ni una jota.

—¿Y, ahora qué?

—Pues, a defenderse.

Defenderse de los criminales y de los policías. Tienen que caminar mirando por dónde viene el golpe, la violación, el abuso. Hay que defenderse de los vecinos, los CDM que les engañan, roban, burlan y humillan. Hay que acostumbrarse a las distancias, al precario transporte y sus interminables colas. Hay que sufrir la burocracia cruel e inmovible. En Lima cada uno baila con su pañuelo y el que pestaña, pierde.

Trabajo. Hay que aprenderlo todo. Él lo tiene más fácil que ella, porque le ponen a abrir zanjas y cargar ladrillos. Ella se emplea como semiesclava en una casa de la clase media o clase baja donde el ama de casa la insulta en vez de educarla. Permiso el domingo por la tarde después de haber dejado la cocina bien limpia. Aun así van mejorando, ella consigue un trabajo con “cama afuera”,

podrá dormir una noche en su casa, ¿casa?, un cuartucho que comparte con otra pareja o parejas. Se prepara la invasión. Hay un terreno apropiado, está lejos de todo pero no importa. Policía, desalojo, muertos, la bandera del Perú. Se apoderan del terreno baldío. Nace una nueva barriada, tiene cinco mil habitantes, dentro de unos cuatro años serán doscientos mil o más.

La primera generación llega. Si les hubiesen pedido su opinión no hubieran venido. La mortalidad infantil es más alta que la de sus pueblos.

—“La voluntad de Dios es inescrutable”.

Los niños sobrevivientes de la primera ola serrana aprenden la mirada triste y desconfiada de sus padres y la hacen suya. Sus primeros pasos sobre un terral no les abandonará nunca. Todo es seco y feo. Lo que ven es miseria, inmundicia, sufrimiento. Tienen que aprender rápido y así lo hacen. La mejor defensa es el ataque. Hay que hacerse respetar o hacerse invisible como sus padres. Ellos trabajan mucho, no hay quién cuide a los hijos, no hay abuelos, ni primos, ni comunidad. A algunos los encierran hasta que regresan de sus labores diarias, a la mayoría los dejan en la calle. Esos niños no tienen presiones sociales para hacer esto o aquello. Crecen sin estar comprometidos con nada. Sin censura. Su sobrevivencia es la principal ocupación.

—Bueno, todas las ciudades del mundo tienen guetos así.

—Es verdad, pero aquí todo es gueto. Las excepciones, como el barrio de “riquillos” Las Casuarinas, son fortalezas inexpugnables. Ahí no se puede entrar.

Hay una diferencia más importante: los guetos pobres de Nueva York o París, son focos de drogadicción y violencia, mientras que las barriadas de Lima a pesar de toda la criminalidad que existe todavía no llegan a esos extremos. Eso sí, van irremediamente igualándose. Sus protestas, gracias a la indolencia que heredaron, han quedado dentro de prudentes límites. Sin embargo, no extrañaría a nadie que un día puedan asaltar físicamente los barrios

residenciales de Lima causando una tragedia de dimensión insospechada. Muchas personas han hablado de esto durante años: “El día que se vuelvan locos, nos invaden en cuestión de horas. No habrá fuerza que los pare. Hay que armarse”. Ojalá que ese día nunca llegue porque nadie ganaría nada.

Lo que sí pudieran haber hecho estos hombres de barriadas, es levantar la voz, tomar las calles y mostrar los dientes. Así hubieran visto los políticos que los pobres de Lima no son la clase D de sus estrategias electorales sino la clase triple A. Ellos son la verdadera Lima de hoy. Su perdición ha sido la perdición del Perú.

Es difícil saber o pronosticar la conducta que seguirán las nuevas generaciones de las barriadas. Los nietos y bisnietos de esos abnegados “cholos motosos”, que apenas podían hablar castellano, son imprevisibles. “Nada de panteísmo ni tonterías”. “Nada de comunidades indígenas ni quechua ni actitudes gregarias”.

¿Seguirán siendo sumisos?, ¿pacientes?, ¿ingenuos?, ¿trabajadores? ¿O serán como los habitantes de los guetos de países industrializados? Lo sabremos dentro de muy poco tiempo.

REX TREMENDAE

Oh, Rey de majestad temible, ¿para cuándo guardas tu gracia? ¿Dónde está tu misericordia? ¿Quién puede continuar creyendo en Ti?

En todo caso, tu majestad ya no es tan majestuosa ni temible. Has sido reemplazado por otra majestad que sí puede causar temor: el neoliberalismo que mata de hambre al pueblo.

VI

Nuestros gobernantes

RECORDARE

**Recordare, Jesu pie,
quod sum causa tuae viae,
en me perdas illa die.**

**Ingemisco, tamquam reus,
culpa rubet vultus meus,
supplicanti parce, Deus.**

Recuerda, buen Jesús
que yo soy la causa de tu venida,
no me rechaces en este día.

Como un culpable lloro,
mis pecados sonrojan mi cara,
sálvame, oh Dios, a mí que te imploro.

1.- ¿Qué dirán o habrán dicho nuestros gobernantes al Señor?

EN ALGÚN MOMENTO de nuestra vida o muerte nos enfrentamos a la Verdad, esa verdad que es evidente, que no admite subterfugios ni paliativos. Que no nos confundan los filósofos místicos con babosadas relativistas u oscurantistas. La verdad es esta: nuestra Patria ha muerto, y al país, triste desastre contemporáneo, lo vemos pudriéndose. Ante esta verdad, ¿qué podrán decir, después de haber realizado fechorías sin nombre, los presidentes de mierda que hemos tenido? (Disculpen la grosería, estas palabras salen solas). Unos han sido ladrones contumaces. Otros, ambiciosos soldados cuarteleros. Los pocos honrados fueron horrorosamente ineptos. Los que tenían algo de carisma han sido los peores. Los que parecían tontos, locos o ingenuos, lo eran.

En los casi dos siglos de vida republicana no hemos tenido un presidente bueno. (En mi primer manuscrito puse que quizá se salvaba Castilla porque dio la libertad a los negros. Leí un poco más acerca de Don Ramón y tuve que corregir el párrafo: fue uno de los más descarados racistas, fomentó la inmigración de blancos “cuya noble raza cruzándose con la nuestra la mejore”. En la Amazonía Castilla inició una guerra de “exterminio” de los aborígenes, un genocidio, pues. Las deportaciones de sus enemigos fueron masivas. Nadie podía quejarse de que el 51% del gasto público fuese consumido por los militares).

Desde el gobierno provisional de San Martín en 1821, hemos tenido no menos de 63 presidentes o juntas de gobierno. Es decir un gobierno cada dos años y ocho meses como promedio. Han sido muchísimos gobiernos y ni uno ha sido bueno. Así cualquier país fracasa.

2.- ¡Qué bestias hemos sido!

Me pregunto: si yo hubiera sido Manuel Prado Ugarteche, presidente democráticamente elegido en dos oportunidades, para el período **1939 a 1945** y **1956 a 1962** (a él también le sacaron los militares faltando unos días para terminar el mandato constitucional. Qué manía de los milicos...). Repito, si yo hubiera sido Manuel Prado, ¿qué me hubiese pasado ante “Aquel, el de la Buena Memoria”?

Los peruanos ya se han olvidado de mí, de Manongo. También, gracias a Dios, se han olvidado de mi padre, el traidor Mariano Ignacio Prado, que fue asimismo presidente del Perú durante la Guerra del Pacífico. Mi papito -después de que los chilenos derrotaron a Miguel Grau en el Pacífico invadieron la provincia de Tarapacá y estaban preparando su ataque a Lima- se embarcó de incógnito con destino a Europa el 18 de diciembre de 1879. Le acusaron de llevarse el dinero del Estado y la generosa colecta pública destinada a comprar armas. Mi papi dejó el mando a un anciano general que no duró ni tres días en el gobierno.

Imagínense una nación que está siendo invadida y cree que su presidente huye con el tesoro del país. Las armas que iba a comprar Prado nunca llegaron ni el dinero tampoco. Gobiernos posteriores le declararon traidor, hecho que no se menciona en los libros de historia. Es increíble, pero cierto.

Regreso al tema: yo, el hijo de papi, era el típico presidente de los banqueros y latifundistas, viví como reyezuelo, protegí a la aristocracia del Perú, las 100 familias (la mía la más importante), que explotaban al país como en el tiempo de la Colonia.

¿Cuál será mi comportamiento ante Él? ¿Podré mantener esa sonrisa de millonario recién casado y sujetar el tongo con la mano

cuando se recuerde la gran oportunidad que perdí para educar al pueblo mientras la economía de América Latina estaba todavía en buen estado? Yo impedí la competencia internacional cuando los inversionistas extranjeros querían venir al Perú, y protegí la pésima industria nacional en manos de mis amigos.

Yo, Pradito, continué aceptando la explotación del campesino y como los terratenientes se hacían ricos sin importarles siquiera que sus propios hijos que tendrían que vérselas con un pueblo lleno de rencor. Yo, Manongo, otorgué concesiones inauditas a los mineros que obtuvieron enormes utilidades extraídas con el trabajo de indios analfabetos cuyos hijos serían igual que sus padres.

Yo, Manuel Prado Ugarteche, fui un miserable, digno representante de una familia de negro historial. ¿Me servirá de algo poner la cara de no romper un plato cuando muestre todos los negociados de urbanizaciones endebles y malsanas que vendieron las compañías de mi familia en el “Porvenir” y en otras partes de Lima? ¿Cómo sudará mi trasero cuando se demuestre que nada se hizo por concurso sino por asignación amigable, llamados también “grandes negociados”? El país siguió ignorante, perdió el barco. La economía mundial facilitaba una coyuntura favorable en los dos mandatos que tuve. Después todo ha sido velar con viento en contra.

Yo, Manuelito Prado, el de las oportunidades perdidas, declaré la guerra a Japón y Alemania en 1945 cuando el Eje ya la había perdido, y permití que asaltaran todos los negocios de los japoneses en Lima. Esos honrados emigrantes sufrieron innecesarios agravios, solamente para que yo quedara bien con el Tío Sam. Los agresores fueron gente obviamente atizada por mis secuaces. Ese agravio a los nipones lo debe recordar bien Fujimori y su familia. ¿No es verdad “Chino”? (si llamamos chino al japonés, ¿no llamaremos también ingeniero al sepulturero?). Mejor siga.

Moi, Monsieur le President, que coqueteaba durante mis grandes estancias en Francia con la sociedad parisina mientras

que en mis propiedades se trataba a los trabajadores como a los negros de las plantaciones de la Nouvelle Orleans: los negritos a trabajar contentos y al primero que se alebreste se le castiga.

Yo, hasta me di el lujo de tener dos primeras damas. En el primer mandato la “Buénega”, y en el segundo la “Málaga”; como decía Doña Enriqueta Garland, cuyo matrimonio logré que fuese anulado por la Iglesia Católica después de más de 30 años de casados y de dos hijos muy maduros. ¿Me servirá una recomendación del primer cardenal del Perú, don Gualberto Guevara?, mejor no.

Moi, Manuelito, Manongo, Manuel, Prado, Pradito, ¿qué haré sin mi circo ni mi boato virreinal ante “su mirada”? ¿Podré abrir la boca? ¿Podré decir algo propio aunque sea esta única vez?

Es que hemos elegido unos presidentes... Por Dios. ¡Qué bestias hemos sido!

3.- No General, usted no se escapa

YO ME PREGUNTO, si yo hubiese sido el General de División E.P. Manuel A. Odría que di un golpe militar en 1948 al buenazo de José Luis Bustamante y Rivero porque era una pantalla de los apristas, cómo me presentaría ante “El Que Recuerda Todo”. Yo, que tuve la frescura descarada de llamar a elecciones generales dos años después del golpe y me lancé como candidato único, encarcelando o eliminando a los opositores y, que a pesar de eso, cometí muchísimos fraudes electorales para ser elegido como presidente constitucional de **1950 a 1956**. Yo, que creé un partido sacado de la manga para poder elegir un congreso de sordomudos que lo único que hacían era levantar el brazo en favor de mis ponencias. ¿Qué le diré al Jefe Supremo de los Ejércitos Celestiales?

¿Cómo marcharé a su encuentro sabiendo que tengo que dar cuenta de persecuciones, encarcelamientos y torturas a mis enemigos? ¿Qué podré responder, yo, que nunca aprendí a hablar bien, cuando se muestre que no hice más que amedrentar a la sociedad pensante y retardar el proceso democrático durante medio

siglo? ¿Cómo pestañearán mis ojos, cuando se examine la conducta de mi fiel sicario, Esparza Zañartu, silencioso Robespierre criollo que aterrorizó y acabó con cualquier intento de oposición. ¿Cómo podré negar que durante mi gobierno se sembró en el Perú esa semilla de violencia creada por mi violencia, creyendo que iba a intimidar para siempre a un pueblo explotado por los gamonales y monopolistas? ¿No fui yo el que forzó a los opositores a aprender a vivir en la clandestinidad, esa clandestinidad que es el éxito actual de los terroristas? ¿Habrá alguna explicación que dar por la inmovilidad social de mis largos ocho años, en que parecía que siendo tarmeño defendería a los cholos y lo que hice fue enriquecer a los ricos?

Ante los crímenes cometidos en nombre de mi lema “Hechos y no Palabras”, ¿podrá servirme de disculpa manifestar que fui yo, y sólo yo, el único presidente en toda esta segunda parte del siglo que construyó algo en el Perú? ¿Quién hizo los últimos hospitales importantes? Yo, sí, fui yo quien inauguró hace casi cincuenta años el Hospital del Empleado de Lima con 1400 camas, y por supuesto el Hospital Naval y el Hospital del Ejército. ¿Quién fue sino yo el que construyó la red de Unidades Escolares existente y que es imitada hasta hoy? Y las carreteras, ¿no fui yo el que terminó la Carretera Panamericana y la autopista Oroya-Tarma, que ahora está abandonada, y muchas otras más? ¿No fui yo, Manuel Apolinario Odría, el que defendió las 200 millas e incautó la flota pesquera de Onasis por desafiar nuestras fronteras marítimas hasta que pagara una multa de 62 millones de dólares de esos tiempos? Y el Estadio Nacional, ¿no lo inauguré yo en 1952? ¿Cuántos estadios han hecho los gobiernos posteriores? ¿No fue mi esposa, Doña María, la callada Mama Ocllo de mi gobierno, quien hizo más obras sociales que todas las “pitucas” primeras damas que ha tenido el Perú? Por todo lo que hice, ¿no se me dará algún crédito? Yo, Manuel Apolinario Odría, sé que no. El Gran General lo sabe todo, no valen argumentos comparativos. Sería como perdonar al asesino de una persona porque otros mataron a treinta.

Entonces, ¿qué le diré al Señor cuando me demuestre que, aunque es verdad que mi gobierno fue el último que construyó algo tan tangible en el país, mi brutalidad policial y represión política alcanzó niveles que justificaron la creación de instituciones como Amnistía Internacional? Por otro lado confieso que no hice intento serio para ayudar a los pobres. Yo, el cholo Odría, seguí los consejos de los mismos clanes aristócratas de Manuel Prado, a quien entregué el gobierno en 1956 consolidando el continuismo feudal en el Perú y de paso evité que en el congreso siguiente prosperase una moción para despojarme de mi inmunidad parlamentaria y enjuiciarme por robo y enriquecimiento ilícito.

—¿Podré repetir yo, Manuel Apolinario Odría, lo que dijo Fidel Castro: “la historia me absolverá”?

—Castro se irá a los infiernos y usted, general, no se escapa.

4.- El Gran Arquitecto lo sabe

ME PREGUNTO, si yo hubiera sido **Fernando Belaúnde Terry**, ¿podría haber mantenido la misma actitud de papanatas cuando el “Gran Arquitecto” me hubiera recordado las dos oportunidades que tuve para hacer algo por la Patria? ¿Podría acaso decirle que no fui culpable de mi primer mandato, **1963-1968**, porque me sacó a empujones un coronel del Palacio de Gobierno cuando apenas me faltaban algunos meses para terminar mi periodo?

¿Mi cara de hombre honesto y romántico servirán de algo para descargar la culpabilidad evidente de haber sido el primer representante de la burguesía limeña y del “pensamiento liberal” de esos tiempos, (una esperanza comparando, por supuesto, con el clan de la aristocracia de banqueros y latifundistas que gobernó previamente) y no haber podido hacer nada por nadie? Me rodeé de burguesitos mequetrefes, “pituquitos” de tablas hawaianas, saraos y fotos en notas sociales, que aparte de tener bronceada la piel tenían tostado el cerebro y creyeron que los LDM podrían manejar el país a espaldas del pueblo, especialmente del serrano.

Y yo, en la “luna de Paita”, hablando de mi carretera marginal, obra faraónica que al lado de la selva amazónica recorrería tierras feraces todavía no pobladas. ¿Cuántos kilómetros se hicieron? ¿Cuántos se deshicieron? ¿Cuánto costó? ¿Dónde está ahora? Es decir, mi prioridad política iba en pos del mito, el futuro El Dorado, mientras que yo llevaba a mi país al borde del abismo.

¿Mantendré mi postura de catedrático cuando el Gran Maestro me recuerde mi segundo periodo, **1980-1985**? ¿No fue éste un fracaso más clamoroso que el primero? Sí, porque se desperdiciaron las mayores esperanzas políticas del siglo XX cuando recibí el poder de los mismos militares que me lo quitaron. Sin embargo, no rectifiqué la injusticia social ni creé el ambiente necesario de confianza para promover la inversión, el ahorro y el desarrollo económico. Peor, seguí endeudando la nación hasta alcanzar niveles irrecuperables.

Cuando se creía que este gobierno iba a ser mejor, puesto que tendría mayor experiencia, cuando otra vez renacieron esperanzas entre la burguesía, ¿qué hice? Nada. Me rodeé de petulantes bilingües, (no castellano-quechua, obviamente) que vieron sus puestos como una catapulta de prestigio internacional, algo emocionante para redondear su “currículum vitae” dándose cierto “cachet” de la jet-set. Uno de mis arrojados colaboradores, el primer ministro, Manuel Ulloa, es buen ejemplo de lo dicho: no hizo ninguna reforma ni liberal ni de otro tipo, y yo tampoco, pero eso sí, ambos fuimos asiduos conferencistas internacionales sobre el tema.

Durante mi gestión Sendero Luminoso inició su guerrilla y yo dejé que los militares se encargasen de eliminarla como sólo ellos saben hacerlo, con los pies. Los resultados fueron pavorosos. Sí, como lo oyen, yo Fernando Belaúnde Terry fui responsable del problema terrorista en el Perú porque permití matanzas, cerré los ojos ante los abusos y no di la respuesta social ni económica al descontento de la sierra. Lo que hice fue nombrar a los militares más corruptos y más ineptos para que controlasen la insurgencia.

Uno de ellos, el general Humberto Catter se asoció con el narcotraficante más grande del Perú mientras dirigía a la Benemérita Guardia Civil. A cargo de la Policía de Investigaciones estaba otro socio del “padrino”, el general, PIP José Jorge Zárate. Ya se pueden imaginar...

Mi corte de ex mirafloresinos, ahora “monterriquinos petrimetros, sin imaginación política, sin carisma y sobre todo sin ideología gubernamental hicieron de la política y del gobierno un club de diletantes ineptos. El Dr. Arias Stella fue la excepción.

Mi cara de zanguango no me salvará. El hecho de que yo fuese honrado tampoco, la verdad era que miraba a la carretera marginal mientras mis colaboradores robaban. Espero que no se me juzgue por lo que fui, sino por lo que hice, y al no haber hecho nada, he hecho un daño enorme a la Patria, no la maté, pero viéndola agonizando no hice nada por salvarla. ¿Cómo se llama ese crimen? El Gran Arquitecto lo sabe.

5.- Imposible General, Ud. está jodido

¿QUÉ PODRÍA DECIR, si fuese yo Juan Velasco Alvarado (1968-1975)? Tendría el desparpajo de justificarme diciéndo por ejemplo: Señor, gracias a mí, es decir, por mis pecados, has enviado a tu Hijo a la tierra.

¿Cómo podré explicar la corrupción que se practicó a diestra y siniestra, quedándose en el Perú para siempre? ¿No di manga ancha a las Fuerzas Armadas para que convirtieran sus Bazares Militares en sucursales de Macy's y Galerías Lafayette, trayendo todo lo que al pueblo le estaba prohibido importar, mientras que las FF AA ni siquiera pagaban derechos de aduana? ¿No traían la mercadería en barcos de la armada tan cargados que varios estuvieron a punto de hundirse? Y los aviones de transporte de las Fuerzas Aéreas, ¿no venían igualmente repletos? ¿No era también en esos Bazares Militares donde se podía comprar carne, azúcar, aceite, arroz y pan a precios oficiales, mientras que el pueblo

no los encontraba en ninguna parte a no ser pagando precios exorbitantes a los acaparadores?

Yo usurpé el gobierno con el pretexto de expropiar una concesión petrolera cuando los pozos ya estaban secos. Declaré la fecha del acontecimiento “Día del Honor Nacional”. (Qué asco. Acabó con el poco honor que quedaba. Mejor sigo).

También expropié la Cerro de Pasco cuando se derrumbaba a gritos. Hice una reforma agraria no para darla al trabajador sino a un comité burócrata e incapaz que empobreció el campo.

¿Tendré fuerza para abrir la boca cuando se recuerde la catarata de leyes y reglamentos que espantaron la inversión privada y enriquecieron a los que manejaban las expropiaciones gubernamentales? ¡Y qué leyes! La “Ley de Comunidades Industriales” paralizó al país y promovió el éxodo de ejecutivos preparados que tanta falta hacen.

¿Qué excusa se me ocurriría para justificar a los amigos, y amigos de esos amigos, así, en proyección geométrica, y a los parientes, y parientes de los parientes, en igual escala, que se incrustaron en la administración pública para dilapidarla?

Solo, frente al Señor, ¿de qué me servirá la pose de sargento frente a reclutas que utilizaba para gobernar a ciudadanos honrados y trabajadores? ¿Tendrán algún valor ante “El Que Sabe Todo” mis ademanes mussolinescos y mi lenguaje soez? No, nada de eso me servirá un ápice para descargar mi responsabilidad por el bayonetazo que le di a la Patria.

¿Qué cara pondré cuando me muestre el daño causado por la demagogia anticapitalista que infiltré en las masas, mientras mis amigos y parientes usaban privilegios ilegales para capitalizarse?

¿Cómo responderá mi respiración cuando se vea el odio entrañable que tenía contra la sociedad burguesa a la que tanto aborrecí y a la que tanto imité? ¿De qué me sirvió disfrutar de mi corte de aduladores y cosechar aplausos baratos en el Estadio Nacional, cuando ganaba la selección de fútbol?

¿Por qué después de haber expropiado todo lo expropiable y sabiendo que no se estaban cumpliendo los objetivos económicos y sociales tal como admitía en privado, no di marcha atrás en vez de quedarme esperando algo que nunca supe qué era? Miento, sí lo sabía, quería ser reverenciado, sentirme rey, emperador. Más aún, dejé que “los”, y “las”, Velasco y “los, y “las” González Posada se sintieran príncipes rusos y emperatrices romanas, respectivamente.

Y, ¿cuál será mi reacción cuando se sepa que no hice nada a pesar de saber que el pueblo sufría mi incompetencia? Cerré los ojos y utilicé las Fuerzas Armadas a tal punto que perdieron para siempre el respeto del pueblo. Ahora tienen que vestirse de civil para evitar las miradas de desprecio de los vecinos.

¡Cómo sudarán mis manos cuando se examine la aberrante forma en que amordacé al país amordazando los medios de comunicación a través de expropiaciones delictuosas! Acción apoyada por ideólogos comunistas obsoletos, incrustados en el gobierno y coordinados, desde el Palacio de Gobierno, por un equipo de coroneles que hacían temblar, al estilo staliniano, a generales y almirantes. Ni qué decir a los empresarios.

Si yo fuese el General de División E.P. Presidente del Perú, Juan Velasco Alvarado, y estuviese a solas ante la “Verdad”, cómo temblarían mis rodillas ante las imágenes de lo que hice y el estado en que dejé a la Patria. ¿Cómo podría justificar lo injustificable?, en esta hora... ¿cómo...?, ¿cómo...?

—Imposible general, Ud. está jodido.

6.- Todos han sido iguales

PUEBLO AMNÉSICO, no se olviden de los otros, de los que han tenido el arte de escabullir su figura protagonista en este multitudinario crimen. El más destacado de los grisáceos, otro general, como ya es costumbre, que responde al nombre de Francisco Morales Bermúdez, el cual temblando de miedo quitó

a Velasco del poder, cuando ya, con una pierna amputada y al borde de la muerte, causaba más lástima que temor.

Morales estuvo casi cinco años (1975-1980) haciéndose el tonto sin resolver nada. Sus pasos hacia la democracia eran forzados por el gran desprestigio que tenían los militares a la salida de Velasco. Él, Morales, no pudo restablecer la economía y ante el clamor de los jefes del ejército, que querían desligarse del caos, entregó el poder no sin antes intentar presentarse como candidato a la presidencia. Esta fue la imagen que quería endilgarnos: yo saqué al tirano, yo soy un militar decente, de buena familia; no como la de Velasco. ¡Qué frescura! Pancho Morales Bermúdez estuvo de una forma u otra ligado al manejo del país por cerca de QUINCE años. Comenzó de ministro de economía de Belaúnde, después repitió el plato con Velasco llegando a ser su Primer Ministro y acabó de Presidente. No ha habido nadie en el Perú que haya durado tanto tiempo ligado al gobierno, que haya hecho tan poco y que haya salido tan campante al entregar al Perú al borde de la quiebra. “Panchito” es sin duda el campeón de los cara duras.

Y, de ese modo, Morales Bermúdez, entre whisky y whisky, estuvo sentado en la presidencia cinco largos años echando soterradamente la culpa al anterior régimen y asustando a la esquilmada ciudadanía con el regreso del radicalismo militar.

*

Tenemos a más generales: esos que impidieron el triunfo aprista en las elecciones del año 1962. En ese tiempo todavía el APRA tenía algunos líderes honestos y preparados. Fue un error histórico no haberles dado la oportunidad de manejar el país cuando su fundador Víctor Haya de la Torre estaba controlando su partido y frenando a los agresivos “búfalos”.

Los generales E.P. Ricardo Pérez Godoy y Nicolás Lindley se encargaron del trabajito. Estuvieron dos años (1962-1963) en los que la inestabilidad política ahuyentó el interés que tenían los

inversionistas en Latinoamérica, no como ahora que nadie quiere saber de nosotros, con estabilidad o sin ella.

*

Casi se escapa a mi memoria el calzonazo de José Luis Bustamante y Rivero (1945-1948). Este distinguido jurista no pudo controlar a nadie. Ni a los apristas que lo llevaron al poder, ni al congreso que le tumbaba ministros a cada rato, ni a los militares que le hacían motines y rebeliones por todas partes, ni al pueblo que se desesperaba haciendo interminables colas en los estancillos municipales para conseguir algo que comer; hasta los marineros se le levantaron en armas. En suma, Bustamante no controló ni gobernó a nadie, lo que se llama a nadie. Nunca se enteró de que lo eligieron como Primer Mandatario, esto significa que debería mandar primero y no ser el primero en ser mandado. Su falta de pantalones provocó que finalmente los militares usurpasen el poder, como es ya habitual. El Dr. Bustamante y Rivero, distinguido juez de la Corte de la Haya, envió a nuestro país al paredón por su falta de carácter.

*

Todos estos presidentes han pasado por mis ojos, los he visto, he sido testigo con mis compatriotas de sus tropelías e incompetencias. Yo, mi familia, mis amigos, mis conocidos, todo el pueblo del Perú ha sufrido por estos malhadados gobernantes. Pero esto es sólo una perversa tradición, hubo otros a quienes no conocí y a quienes los libros de historia no examinan como debieran. Sólo mencionan unas que otras fechas, unas cuantas inauguraciones de sus obras públicas y, de manera inocua algún acontecimiento político o militar. No dicen cómo robaron, traicionaron, dilapidaron, establecieron controles represivos innumrables y consiguieron adormecer durante dos siglos a un pueblo trabajador, disciplinado y pacífico.

Para conocer a estos miserables hay que ir más adentro, leer entre líneas los periódicos de esas épocas. Preguntarse por ejemplo: ¿Bajo qué régimen fue encarcelado y forzado a exiliarse en Francia un inocente profesor de escuela provinciana llamado César Vallejo? ¿Cuántos miles más, que no eran poetas, sufrieron la misma suerte? Hoy ya nadie se acuerda de ellos. Nadie, no. Exagero. Mi madre siempre recordó que su padre Cesáreo Rebolledo Alzamora estuvo largo tiempo preso, por sus ideas políticas, en las mazmorras insalubres del Fuerte Real Felipe del Callao, cayó enfermo y murió prematuramente dejando en la ruina a sus seis tiernos hijos.

¿Quién era presidente cuando Rosendo Maqui luchaba por su comunidad en “El Mundo es Ancho y Ajeno” de Ciro Alegría? Esas batallas estériles contra el muro de la crueldad latifundista, ¿no fueron acaso reprimidas por la fuerza militar al servicio de un gobierno corrupto?

¿Quién era el jerarca que dirigía el país cuando se aplastó con sangre y fuego la rebelión de la chicheras de Huanapata, que luchaban contra el acaparamiento de la sal por parte del hacendado? ¿Fue todo un invento de José María Arguedas? ¿No han pasado cosas peores durante toda la república?

¿Sobre qué país escribió sus siete ensayos, José Carlos Mariátegui? ¿Quiénes fueron los presidentes que gobernaron en su tiempo? Y, ¿quienes fueron los presidentes de la generación anterior a él, los de la época de Manuel González Prada que vivió de 1848 a 1918 y que dijo, ya por esos tiempos: “el Perú está enfermo, por donde se le aprieta sale pus”?

Bueno, saquen la lista de todos los presidentes que hemos tenido. Todos han sido iguales.

7.- Hay cada desalmado...

VOLVAMOS AL TEMA de enfrentarse a la Verdad. Yo me pregunto, ¿qué cara tendrá un presidente en presencia del Gran Juez, El Que Sabe Todo, que todo lo sabe y al que no se le puede engañar? Digamos, si yo fuese **Alan García (1985-1990)**, ¿cómo podré

justificar la inmensa desilusión que llevé a todos los hogares del Perú después de haber sido elegido, por amplia mayoría? Esperaban que pacificase el país y llevase a cabo el primer gobierno aprista, retardado decenas de años a fuerza de golpes militares. Esa injusticia costó la vida a muchos partidarios del único partido organizado de este siglo, cercano al pueblo y, en su tiempo, con luz ideológica propia.

Cómo podré dar la cara después de que toda la nación, apristas o no, creyó en mí, en mi entusiasmo, mi juventud, en mis ademanes simpáticos y criollos que enloquecieron a las masas y dieron esperanzas a los más recalcitrantes pesimistas. Toda esta euforia duró pocos meses, después me volví loco (quizá siempre lo fui). Loco como un caballo desbocado acabé llevando entre mis patas a mi Patria moribunda, y a miles y miles de compatriotas que murieron de hambre por mi culpa.

Además, entregué a esos mismos militares que antes odiaba el control de la lucha antiguerrillera, sabiendo que el asunto es económico y político, no militar.

Mientras se derrumbaba el país, yo no sólo cantaba rancheras en la Plaza Garibaldi de la Ciudad de México, sino que hacía crecer mi fortuna y las de mis “compañeros”.

Qué cara tendré cuando se toque el tema del vandalismo y la rapiña lujuriosamente extendida en los últimos años de mi régimen cuando los robos de los jefes de las instituciones públicas eran imitados por sus subordinados hasta extremos insospechados. En las últimas semanas, sabiendo que no volveríamos al poder, nos llevamos todo, literalmente todo, desde computadoras hasta papel higiénico, pasando por puertas, bisagras, escritorios, sillas, cuadros, etc. (sólo un etcétera por pudor). Nuestros robos y malversaciones fueron indescriptibles. No puedo exagerar, hay cientos de miles de testigos.

Yo, Alan García, ¿podré mantener ante “El de la Buena Memoria” la misma actitud arrogante y desfachatada que tuve cuando, para evadir la responsabilidad de mi indescriptible fracaso

económico, eché la culpa a las entidades financieras, e igual que otro famoso sinvergüenza, el presidente mexicano José López Portillo, ordené la expropiación de los bancos, las compañías de seguros y el cierre de las casas de cambio? ¿Fue una expropiación legal?, ¿se llevó a cabo?, ¿tenía gente preparada para manejar esas empresas?, y lo más importante, ¿solucionó mi fracaso administrativo? Todas las respuestas son negativas. Lo único extraordinario que hice fue que obligué a Mario Vargas Llosa a lanzarse a la política para llenar el vacío de liderazgo en los partidos opositores.

Yo, Alan, que los primeros meses saludaba al pueblo desde los balcones de palacio con mi pañuelo blanco. No con el pañuelo del Jefe, Víctor Raúl, ni con el de Pavarotti, sino con el de aficionado que pide que al toro del pueblo le corten las orejas y el rabo para llevármelos a mi casa.

Sí, yo, Alan, alias “Caballo Loco”, que quebranté la unidad del partido aprista. Que no detuve la masacre de los presos políticos en Lurigancho ni en el Frontón. Que no cumplí ninguna de mis promesas de gobierno. Que dejé a los narcotraficantes apoderarse de nuestra montaña, de nuestras fuerzas armadas y de nuestros campesinos. ¿Qué diablos puedo decir ante los hechos?

Yo, “el compañero Alan”, que en el discurso inaugural de mi mandato presidencial prometí acabar con la corrupción, que al día siguiente destituí indiscriminadamente a jefes y oficiales de la Guardia Civil, que los sustituí con personas de mi “confianza”, que no contento con esto hasta cambié el nombre a las fuerzas policiales para que no quedase una pizca de los antiguos “Caballeros de la Ley” ni del lema “El Honor es mi Divisa”, que todo eso fue para crear una fuerza organizada de extorsión, represión y crimen. Yo, que dejé finalmente a la ciudadanía sin protección y con mayor peligro que antes, y a las instituciones policiales desprestigiadas para siempre, ¿me pondré atrevido ante el Señor y seré capaz de negar todo? Sería mucha concha.

Yo, Alan García, hice aún mucho más daño. No tuve el menor sentido común para tratar el pago de la deuda externa. Demagógicamente declaré que no la pagaría, y en todo caso los pagos no serían mayores al 10% de nuestras exportaciones. Yo, que no me senté a negociar con mis deudores, que no les presenté un plan dilatorio que pudiera ser tragado de alguna manera por la banca extranjera. En vez de decirles: “el cheque está en el correo”, “mañana se lo pago”, o indicarles cortésmente: “quisiera pagarles pero no puedo”, “con todo respeto es imposible por el momento”. No, yo que no tuve la menor idea de cómo funciona la política y las finanzas internacionales, me puse como un matón de barrio. Fui más insolente y descomedido con sus representantes en privado que en público, gané gratuitamente enemigos institucionales. El resultado fue trágico, todos nos cortaron el crédito y nuestro país terminó pagando un 50% más de lo que dije. ¡Qué imbécil fui!

Repito, si yo fuese Alan García qué cara pondría ante la Verdad. Si además, junto al Juez Supremo veo al fundador del partido, Víctor Raúl Haya de la Torre, ¿qué le diré, cómo me justificaré? ¿Qué muecas deformarán mi rostro cuando tenga que dar cuenta de tantas irresponsables decisiones, que causaron un desconcierto generalizado entre todos los que vivían en el Perú o los que tenían algo que ver con él? ¿No fui yo, el que convertí la inflación en un reto para las calculadoras, que tenían que absorber tres ceros cada pocos meses? Inflación de siete mil por ciento anual que nos llevó a tener billetes de 10,000 soles, record mundial insuperable.

Cualquier intento de respuesta es inútil, cualquier refutación es innecesaria. El asunto es muy privado, es un asunto entre Alan García y el Juez, de nadie más. Así está de seria la cosa. Claro, él debe estar feliz por ahora, la Justicia Peruana no le culpó ni le culpará, y para hacer lo que hizo del Perú, se nota que no creyó nunca en la Otra Justicia. O, quizás Alan, aventurero irresponsable, cree que el Señor es como el pueblo peruano: amnésico.

Hay cada desalmado...

8.- La perversidad de Fujimori fue predecible.

SIN SER ORÁCULO ni adivino pronostiqué hace trece años, en 1992, algo que no tiene ningún mérito porque muchos ya lo sabían, dado que después de sólo 24 meses de gobierno la corrupción de Fujimori se vio venir como cuando suena un huayco arriba del cerro. Este miserable duró otros ocho años más en los que terminó arrasado todo lo que encontró a su paso. Veamos lo que escribí entonces:

“Fujimori sólo es un ejemplo reciente. Su elección confirma que un pueblo desesperado elige al candidato más desconocido esperando un milagro.

La sorpresiva derrota de Vargas Llosa hizo reaccionar a la burguesía peruana en su forma más genuina: insultaron al vencedor por su origen japonés. Los denuestos “fuera chino de mierda” se confundieron con los gritos extemporáneos “Mario, presidente”. En la Marina se oyeron ruidos de sables.

—¿Ser gobernados por un japonés? Jamás.

—Figúrate, hijo. Qué vergüenza, tener a una “cara de plato” de primera dama.

La reacción de Vargas Llosa no pudo ser otra: calmó a sus partidarios y no permitió que se insulte a Fujimori en su presencia. Y tenía razón, los japoneses en el Perú han tenido y tienen un papel destacado en todas las actividades en que participan. Han representado bien la tradición de ese país trabajador, disciplinado y honrado, al cual muchos admiramos tanto. Sin embargo, puesto que hablamos de ellos, tenemos que lamentar la corrupción de los gobiernos japoneses desde la época del “shogunato” de Tokugawa - c.1600- hasta nuestros días. No hay mes que no se lea noticias de escándalos políticos que van desde la comprobación de mordidas pagadas a sus primeros ministros, como el famoso caso de Tanaka en 1974, hasta millonarias operaciones ilegales en la bolsa, fomentadas por líderes de varios partidos.

Fujimori, al ser el primer sorprendido por su elección y no contando con una estrategia a seguir, eligió la diseñada por Vargas Llosa. Los resultados de los primeros veinte meses de gestión fueron, desde el punto de vista económico, algo alentadores, la inflación se redujo significativamente y la reincorporación del Perú a los organismos internacionales dio sus primeros resultados al conseguir importantes préstamos y ayudas financieras. Pero, por otro lado, el

precio que pagó el pueblo fue muy alto, la desocupación creció y los aumentos salariales no alcanzaron a cubrir la liberación de los precios. El “fujisbock” económico puso en la miseria a varios millones más que llevaron a cabo protestas y huelgas; en fin, el desencanto comenzó a cundir. Además, la seguridad ciudadana se hizo más precaria porque la policía empezó a competir con los maleantes en atracos y robos. El terrorismo aumentó golpeando la misma capital: “ha obtenido un equilibrio estratégico”, reconocieron los expertos. El panorama se oscureció, aún más, porque el Congreso no aprobó las leyes que propuso el Ejecutivo. El Poder Judicial siguió como siempre, ineficaz y corrupto y las Fuerzas Armadas, también como siempre, ambiciosas y rapaces.

Mientras tanto, Fujimori, no había sido lo suficientemente sagaz como para atraer a su minúsculo partido, Cambio 90, las masas que pudieron poner presión al Congreso para aprobar leyes y reformas que, según él, eran necesarias. No, su golpe de estado fue la solución de un político incapaz: al no poder usar su habilidad, usó la fuerza.

—Y, ¿cómo reaccionó el pueblo peruano?

—Como era de esperarse. Todos con Fujimori.

—Qué horror. Renunció.

A los pocos días del “fujisbock” (fue el cinco de abril del Quinto Centenario de haber sido conquistados. Para decirlo claro y sin eufemismos), las encuestas mostraron que el 80% de la población estaba de acuerdo con el golpe. No hay duda, somos un pueblo amnésico, pusilánime e ignorante.

No voy a repetir lo dicho en otra parte del Réquiem. Bueno, sí. Es inevitable: Un pueblo que está al borde del caos adquiere el hábito de creer en la primera cosa que se le ofrece. Creyendo que no tiene nada que perder se equivoca, porque la degradación de una sociedad no tiene límites. Pero en el Perú, creer no quiere decir participar: los peruanos quieren que se les salve sin intentar levantar un dedo. ¡Estamos recontra jodidos! Disculpen, es lo menos que puedo decir.

Fujimori justificó su golpe diciendo que era necesario acabar con la corrupción del Poder Judicial y del Poder Legislativo, pero no dijo que la venalidad mayor no estuvo en las leyes ni en la justicia sino en LA ADMINISTRACIÓN del país, y eso estuvo siempre en sus manos y en las botas de las Fuerzas Armadas y Policiales.

Veamos tres ejemplos: Uno, dos semanas antes del “fujigolpe”, su mujer, Susana, acusó públicamente a los hermanos de Fujimori de vender en varias tiendas la ropa donada por países extranjeros. Pocos días después de la acusación, un juez dijo que aceleraría la investigación y que en quince días se determinaría la cuantía de la malversación y los implicados en ella. Todo esto se paró con el autogolpe para moralizar el país. Dos, Hernando de Soto, respetado investigador social y escritor, renunció pocas semanas antes del golpe a su puesto de “zar” de la campaña contra el narcotráfico debido a que no encontró en Fujimori el respaldo necesario para cambiar los cuadros Policiales de las Fuerzas Armadas que impedían que se lleve acabo importantes campañas. Tres y último, durante todo su mandato constitucional, mi gran amigo A.T. tuvo que pagar coima en la Aduana para sacar mercadería que traía legalmente del extranjero. Estas tres perlas japonesas, parte de un inmenso collar, indican que Fujimori vio la paja en ojo ajeno y no la viga en el suyo.

Yo me pregunto, ¿quién va a denunciar las estafas de una dictadura?, ¿sus atropellos a los derechos del hombre?, ¿los atracos de su Policía?, ¿las coimas en las compras de equipo bélico? No sigo hablando sobre las nefastas consecuencias de las tiranías porque es un insulto a la inteligencia de los extranjeros, y un esfuerzo inútil, ya que mis compatriotas no lo creerán hasta el momento en que el gobierno de Fujimori se desgaste y caiga. Entonces volveremos a quejarnos, sólo que lo haremos desde el sótano de la civilización, en las comarcas de los simios. Después miraremos con entusiasmo y renovadas esperanzas a un nuevo Jerarca y nos olvidaremos de que Fujimori no fue la excepción a la larga lista de pésimos gobernantes que hemos tenido.”

Desde la fecha en que escribí lo anterior ha pasado mucha agua bajo el puente y ya es por todos conocido lo que este criminal y traidor hizo al Perú. Nos desgració. El final del siglo XX no pudo haber sido más triste.

Yo me pregunto, si yo fuese Alberto Fujimori, alias “el chino”, que diré ante el Gran Sol Naciente cuando me toque mi hora. Cómo podré defenderme ante su fulminante mirada. ¿Me servirá entrar de rodillas agachando la cabeza una y otra vez, y decirle: Oh, Todopoderoso Emperador de los Cielos, yo no tuve la culpa,

fue el cholo conchesumadre de Montesinos quien robó todo, fueron los generales del ejército quienes lo ayudaron, fueron los otros niseis peruanos quienes corrompieron las instituciones del Estado? ¿No me crees, Excelso Dios de los Nipones? Bueno, te diré la verdad, los que realmente tuvieron la culpa no fueron japoneses, fueron esos peruanos ignorantes que lo único que entienden es el palo, también fueron culpables esos limeños que caminan orgullosamente erguidos y con la cabeza en alto porque la caca les llega al cuello. ¿Yo, culpable? No. Yo nunca estuve en la cárcel, tengo mi currículo limpio como la flor de loto que sobresale del fango. Y que quede claro, Emperador de los Cielos, yo no huí, me fui siendo presidente por la puerta grande. Claro que no regresé, ni tonto que fuera, no quise causar problemas. Y eso del dinero que saqué no es como dicen, realmente es mucho más. Si quieres te lo doy, Shogún de los Shogunes, está bien guardado en la tierra de nuestros antepasados.

Haga lo que haga Fujimori, ninguna excusa le servirá ante el Gran Sol Naciente, ningún paliativo podrá atenuar el faraónico desfalco de dos mil millones de dólares, los cientos de asesinatos, torturas y extorsiones. Todo esto se dice pronto, pero pregunten ustedes a los familiares de las víctimas o a las personas que sobrevivieron a las torturas y se les romperá el corazón de tristeza. Mientras tanto, el cobarde de Fujimori sigue tan altanero gozando de la inmunidad que le otorga Japón para vergüenza de todos los nipones. Éste miserable mantiene con impudicia y soberbia una página web que apesta. Lo que igualmente apesta es que haya peruanos que lo echen de menos. ¡Increíble, qué vergüenza!

Es absolutamente cierto que Fujimori y su pandilla cometieron todos los delitos del Código Penal. Pero, el peor mal que hizo ese reptil fue que perdiéramos la poca fe que teníamos en los políticos y en las instituciones del Estado. El mal que dejó Fujimori es irreparable.

9.- El último de los inca-paces.

PASEMOS POR ALTO A VALENTÍN PANIAGUA que poco tuvo que hacer en el año escaso que le tocó gobernar después de Fujimori. Paniagua fue un presidente de transición y fuera de convocar elecciones no hizo nada más. Miento, también nombró la Comisión de la Verdad y Reconciliación, cuya labor es lo más importante que le ha pasado al Perú en toda su historia republicana.

¡Alabado sea Dios! Pensándolo bien, reflexionando prudentemente, quizá lo mejor para el Perú es tener presidentes que duren solamente un año y que no hagan nada. ¡Eureka! ¡Eureka!. Peruanos, he aquí la solución: cada año un presidente nuevo. No es broma, pensemos, peruanos, pensemos. Quizá esta sea la única manera de evitar que los gobiernos se organicen para robar y hacer negociados. Piensen, compatriotas, que los mejores presidentes que hemos tenido fueron Manuel Candamo y Guillermo Billinghurst, el primero murió al año de ser elegido, y el segundo cumplió un año y meses antes de que lo derrocaria un coronel. Son los únicos presidentes que la historia del país recuerda con cariño.

Mientras damos vueltas a la sugerencia, veamos al actual presidente, al cholo-cholo Toledo. Otra oportunidad perdida. Tenía todo para triunfar. Tuvo el respaldo del pueblo cuando se enfrentó valientemente a Fujimori. Su miserable infancia y sus rasgos indígenas auguraban que sería solidario con los pobres. Toledo parecía tener buena educación como para ser presidente, decía que había estudiado en Harvard. En fin, llegó con todos los vaticinios para hacer un buen gobierno, lo respaldaba Mario Vargas Llosa y muchos otros “respetables” ciudadanos. Es que da rabia seguir hablando de todo lo que pudo hacer este inca-paz y no hizo.

Con Toledo el Perú no ha levantado cabeza, está peor. Para felicidad de los LDM, los escándalos aumentan a una velocidad que desbordan los medios de comunicación. Sus socios del gobierno, el Frente Independiente Moralizador, no hacen “frente” a nada, se ocultan; tampoco son independientes, son cómplices.

Y, para rematar la faena, en vez de moralizar, pecan con entusiasmo de novato. El destape de fraudes y negociados hechos por el gobierno no tiene para cuándo acabar. “Eso ha habido siempre” dirá alguien. Sí, pero ahora están salpicados de chismes denigrantes que enrojecen al más inescrupuloso. Ya no sólo se informa de la corrupción, sino que se meten en la vida privada del presunto delincuente, como si ser lesbiana, maricón o cónyuge infiel fuese una agravante del delito. O mejor dicho, como si ser lesbiana, maricón o cónyuge infiel fuese el delito, y no los robos y malos manejos que denuncian.

—Ya sé de quien hablas. Pero no negarás que esas noticias son buenísimas.

— Pues no. Lo único bueno en el Perú sería dar de comer al pueblo y de eso no habla Toledo ni la oposición.

—Tienes razón, cualquiera que quiera entender el Perú viendo la televisión cree que este país es un burdel.

—Peor que un burdel, aquí ni las “madames” comen.

No hay nadie en el Perú que no haya oído, visto y sufrido la actuación vergonzosa de Toledo. Y, como todos cuentan alguna anécdota de la incapacidad de este inepto, yo no me quedaré atrás y daré un testimonio personal de un acto que refleja la mentalidad de nuestro actual presidente:

Hace unos meses Toledo pasó por Madrid y convocó una reunión con la crema y nata de los capitalistas españoles. Asistieron los responsables de compañías que ya invierten en el país, como Repsol, Telefónica, Banco Santander, BBVA, junto a otros ejecutivos que tienen interés en el Perú. Pues bien, ¿de qué creen que habló nuestro presidente? ¿De nuestra economía, del potencial del país, de los planes de su gobierno para el desarrollo? Pues, no. No habló de nada de eso ante los sorprendidos hombres de negocios. De lo que habló Toledo fue de su humilde extracción social, de cómo sufrió de pequeño y cómo pudo obtener una buena educación, todo esto salpicado con declaraciones de solidaridad

con los humildes. Parecía que estaba haciendo una gira electoral en una plaza de pueblo. Daba ganas de pararse y hacerle callar la boca, o decirle: señor presidente, recuerde que usted ya ha sido elegido y que está en Madrid dirigiéndose a inversionistas extranjeros. Realmente daba vergüenza tener un presidente tan ustedes pongan el calificativo que deseen, de todas maneras se quedarán cortos.

Pero eso no fue lo peor. Lo horrible vino al momento de las preguntas de empresarios que no querían salir de la reunión sin haber aprendido algo. Un participante le preguntó qué pensaba sobre el Grupo Andino. Pues lo que respondió nuestro egresado de Harvard no pudo ser más nefasto. Dijo que los problemas políticos de Venezuela y Ecuador, unidos a la pertinaz guerrilla de Colombia daban un panorama nada halagüeño. La audiencia se quedó fría. ¡Para qué pensar en poner una fábrica en el Perú y exportar desde allí a los países de Grupo Andino! Hubo otra pregunta cuya respuesta no la hubiera dicho nuestro peor enemigo. Un señor le pidió que opine sobre las garantías jurídicas que protegen a los inversionistas extranjeros. Nuestro brillante mandatario respondió atacando la corrupción que había dejado Fujimori en el Poder Judicial, y dijo que su gobierno estaba haciendo lo humanamente posible para remediar el asunto. Quizá no estoy repitiendo exactamente las palabras de nuestro primer mandatario, pero lo que entendió la audiencia fue algo como: ni se les ocurra venir Perú a invertir, no hay garantías judiciales porque el Poder Judicial es corrupto y no piensen en el Grupo Andino porque está hecho un desmadre.

La obsesión de nuestro presidente por seguir siendo candidato requiere la atención urgente de un psiquiatra. Si en el extranjero habla de su humilde cuna como queriendo congraciarse con sus iguales, en el Perú visita los pueblos haciendo promesas electoralistas, cuando lo que se le pide es que solucione asuntos concretos.

Quizá hemos debido reflexionar a la hora de votar por un partido cuyo nombre ya induce al estupor. ¡Perú Posible!. ¡Posible de qué! ¿De fastidiarlo más? ¿De hundirlo en el abismo? ¿De demoler lo poco que queda en pie? Pues, sí, eso es lo que ha hecho el Perú Posible con sus cómplices “moralizadores”.

A la mitad de su mandato, Toledo tiene las cifras más bajas de popularidad que un presidente haya tenido en toda nuestra historia. Ni Fujimori, con todo su autoritarismo y abusos, terminó tan despreciado por la gente; el japonés tuvo fieles o ignorantes, o ignorantes fieles, que lo apoyaron y siguen apoyando a pesar de que se ha demostrado hasta la saciedad los males que causó al país. Tampoco la popularidad de Velasco llegó a un nivel tan bajo al final de su gobierno. Hasta Alan García con todo el desastre que causó tuvo fieles apristas que lo apoyaron como manada de búfalos ciegos. Pero éste, este incapaz gobierna el Perú con sólo el 7% de popularidad. Es decir: nadie.

Díganme, por favor, ¿hay alguien que sepa quién diablos gobierna el Perú? ¿Nadie...? Ya que no sabemos quien manda, les suplico de rodillas que respondan una pregunta más sencilla: ¿Sabe alguien qué pasa en nuestro país? ¿Ni siquiera un poquito? La verdad es que no hay nadie que sepa dónde estamos ni a dónde vamos.

Por eso me cuesta trabajo preguntarme, ¿sí yo fuese Alejandro Toledo Manrique el día que enfrente a Wiracocha, qué podré decirle? ¿Cómo podré justificar mis mentiras, mi incapacidad, mi falta de criterio? Quizá como este cholo es avisado utilizará el ataque como mejor defensa y dirá algo así:

Poderoso Wiracocha, aquí me tienes listo a rendir cuentas ante tu majestad. Tú, Creador del cielo y de la tierra, has hecho que salga presidente siendo como yo soy: torcido, no muy brillante, embaucador, mentiroso. O sea, no me eches toda la culpa, ni te quejes, suficiente hice yo con graduarme de no sé qué y dedicarme a la política con las limitaciones con que me creaste. Claro, claro, me la pusiste fácil, según Tú. Es verdad que mi rival Alan García

no tenía posibilidades, ese loco tuvo ya bastante suerte en regresar al Perú y no lo metieran preso por ladrón. Esto te lo agradezco, Señor. También te doy las gracias por que Fujimori no dejó ni líderes políticos ni partidos, la verdad es que no dejó nada, y en un país de ciegos el tuerto es presidente. Ya ves, te lo agradezco mi amado Wiracocha. Por el lado de resultados no me pidas cuentas, son los que son. No pude hacer más ni con el seso que me diste ni con la mujer que Jehová me endilgó. Esta Mama Ocllo al pomo no me ayudó en nada, mi respetado Creador, al contrario, me metió en líos como si yo no tuviera mis propios problemas. Sí, sí, el dinero, los contratos, qué me vas a decir a mí que viví con ella. Bueno, pero dejemos a mi esposa en la paz de Israel, ella no tiene la culpa de nada, ni yo. Si hay un culpable del desastre de mi gobierno eres Tú. A ver, porqué no me fulminaste con un rayo antes de que prometiera tantas cosas que no cumplí, y no las cumplí porque sencillamente no tenía ni la menor idea de cómo realizarlas. Claro, Tú eres culpable que yo sea así, ¿si no quién, pues? La verdad es que cambié. Una vez elegido olvidar lo prometido. Di la espalda al pueblo que me eligió creyendo que era uno de los suyos, me rodee de LDM a punto que me parezco a ellos salvo mis rasgos físicos? Mira, querido Wiracocha, no quiero molestarte con mi sinceridad porque sé que me va ir peor. O sea que acepto todas tus acusaciones, sólo te pido que no me castigues mucho. Mira, hagamos cuentas, de tus tres mandamientos he cumplido el Ama Quella, tu sabes que no soy haragán. También cumplí el Ama Sua, porque lo que se llama robar, robar, no lo he hecho. Claro que cumplir el Ama Llula me resultó imposible, lo confieso y lo siento, soy mentiroso de nacimiento. En resumen, he cumplido dos de tus tres mandamientos. ¿De acuerdo? ¡Qué dices! ¿Hay otro mandamiento? ¿Ah, sí? ¿Y cuál es el castigo para los incapaces, amado Wiracocha? ¿El limbo? Pues lo acepto antes de que te arrepientas. Gracias diosito, sé que me sentiré a gusto allí.

RECORDARE

Señor, recuerda que bajaste a la tierra por los pecados de los hombres. Después de haberlos visto, ¿no crees que has debido descender más abajo...?

Jesús, cuando nuestros presidentes se sonrojen ante Ti al recordar sus robos, crímenes, abusos, prepotencia, injusticias, traiciones, ineficacias, estupideces, que han dejado a este buen pueblo en la ruina más desesperada y en un caos irreparable, ¿no crees que Tú también debieras sonrojarte?

VII

Nuestros falsos héroes

CONFUTATIS

**Confutatis maledictis,
Flammis acribus addictis:
Voca me cum benedictis
Oro supplex et acclinis,
Cor contritum quasi cinis:
Gere curam mei finis**

Cuando los malos sean confundidos
y enviados a las crueles llamas
llámame entre los elegidos.
De rodillas te suplico
con el corazón roto y a cenizas reducido:
ayúdame en la hora final

1.- La confusión es total.

YA NO SE SABE A QUIÉN creer ni qué creer. Las cosas han cambiado de nombre. El robar se llama “defenderse”. El asesinar se llama “la instauración del orden” o “la lucha por el pueblo”. El traficar cocaína: “negocio”. El asaltado sea joven o viejo, rico o pobre, es un “cojudo”. El asaltante se autodenomina “vivo”. Rezar por la vida eterna mientras el Perú se pudre, se llama “religión”. El empresario, cualquiera que sea su conducta, es un “ladrón”. El empleado que trabaja bien es “un adulón”. El que trabaja mal o no trabaja es un “sindicalista”. El que soborna es “un hombre práctico”, el que solicita es “un amigo”.

No se aprecia la calidad de las personas sino el estilo de vida que llevan. Se admira que fulanito o zutanita viva bien, viaje al extranjero a cada momento y envíe a sus hijos a estudiar a Estados Unidos. Nadie se atreve a preguntar de qué vive. No interesa que sea la coca o el contrabando lo que le mantiene. Si tiene dinero y da fiestas a gente importante es suficiente.

Se cambia de amigos de acuerdo con los intereses inmediatos. Cuando están arriba, todos con ellos; cuando caen, nadie. Esto pasa también en otras latitudes, pero en el Perú se hace con descaro. La mañana de la investidura se afirma: “qué bien que le hayan nombrado ministro, es un caballero. Su hijita estudia en el mismo colegio de Charito”; la tarde de su destitución se proclama: “siempre dije que era un imbécil, a la fea de su hija deberían expulsarla por bruta”.

No estoy hablando de políticos o de medios de comunicación. Estoy describiendo lo que piensan los ciudadanos comunes y corrientes, las amas de casa, la gente del pueblo. Los pervertidos valores de nuestra sociedad han calado hasta el fondo. El asaltante prófugo causa más simpatía que la víctima. La confusión es grande.

2.- La semilla de la confusión se plantó hace años

NO ES POSIBLE que un pueblo cambie sus valores de la noche a la mañana. La mentira, las falsas apariencias, los falsos mitos nos los han inculcado durante muchos siglos.

Hemos hablado ya sobre el mito del Perú rico y de los ricos, el mito del “pueblo joven”, el mito de la salvación a través de la unión latinoamericana, el mito de que el cholo es bruto y flojo. Hay otros mitos igualmente malsanos: el mito de nuestros héroes, el mito del Perú católico, el mito del esplendoroso imperio incaico donde todos comían en paz, el mito de que nuestro origen español tiene la culpa de todo o que el culpable es el imperialismo yanqui, o la CIA. Nos hemos atribuido triunfos de batallas que perdimos, éxitos de política internacional desconocidos en el exterior.

La confusión es mayor. Hemos relegado al olvido a héroes que han podido formar un espíritu nacional más genuino. No conmemoramos batallas donde se luchó por causas más profundas que las que causaron la guerra con Chile. No hemos elevado a Beneméritos de la Patria a distinguidos profesionales, intelectuales, artistas, artesanos y técnicos.

Estamos llenos de monumentos a militares que perdieron guerras y no de civiles que intentaron mejorar el bienestar de la nación.

No podemos dejar de mencionar el mito de que el indio es inocente de todo. El mito del indio conquistador de las fuerzas de la naturaleza es tan falso como el mito del indio bruto e indolente. El indio es un ser humano, tiene virtudes y bajezas, igual que cualquier persona del planeta.

3.- Nuestros modelos

¿CUÁLES SON NUESTROS modelos? Veamos los monumentos que tenemos, los nombres que recordamos y las fechas que festejamos. Los monumentos más importantes de Lima son: San Martín, Bolívar, Grau, Bolognesi. Las festividades laicas que conmemoramos son: el 2 de mayo, la batalla portuaria contra el intento de España de recuperar la colonia; el 7 de junio, Jura de la Bandera; el 28 de julio, la Declaración de la Independencia; el 8 de Octubre, combate de Angamos; el 12 de octubre, Día de la Raza. El 27 de noviembre, batalla de Tarapacá. El 9 de diciembre, la batalla de Ayacucho. El primero de mayo, Día del Trabajo.

No tocaré los días en que se recuerdan a seres queridos: primero se comenzó con el Día de la Madre promovido hace unas décadas por un aprista decente que además de tenerla la honraba, se llamaba Carlos Alberto Izaguirre, fue mi tío. (En mi familia, como cualquier familia peruana, ha habido y hay de todo, hasta apristas). Años después alguien promovió el día del padre, para vender corbatas o pañuelos; el día de los novios, para perfumes y flores; del cartero, para pedir propinas; de la secretaria, para restaurantes; día del preso...; y así siguen creciendo. Todos piden su día. Nos falta poco para festejar el día del narcotraficante. Quizá ya exista y no me he enterado. Ah!, había también el Día del Indio, después se llamó Día del Campesino. Hasta ese mísero privilegio les hemos quitado.

Regresamos a los modelos cívicos. Todos los monumentos, plazas, avenidas y fechas que conmemoran a personas o hechos que deberíamos imitar, no tienen razón de ser. Por otro lado hay efemérides que no se celebran, y gente que merece nuestra reverencia que no tiene monumento, o si lo tiene está en un lugar escondido o inapropiado.

La confusión no ha sido fortuita. Nuestra sociedad y los gobiernos militares han creado una falsa relación de héroes que nos ha llevado a olvidar valores dignos de imitación.

Veamos dentro de este reducido espacio algunos errores garrafales.

4.- Modelos prehispánicos

.....

NO ES ERROR de imprenta. Ninguna de nuestras efemérides conmemoran eventos pre-hispánicos. El único monumento, muy mediocre por cierto, que tenemos en Lima es el de Manco Cápac fundador del imperio incaico. ¿Qué hay de los otros incas? Huayna Cápac por ejemplo, que extendió el imperio a través de trabajo, tecnología agraria y participación comunitaria. Pachacutec, que formó realmente el imperio incaico. Túpac Yupanqui, considerado como el Alejandro Magno del Nuevo Mundo. Para saber de ellos hay que estudiarlos, como se estudia botánica o geometría, es decir, se aprende y se olvida. En nuestra criolla y frívola sociedad no hay voluntad cívica de recordarlos.

Mirar al Imperio Incaico como una meta de nuestra sociedad es ser un indigenista utópico o un tarado. En cambio, reconocer su grandeza e imitar sus virtudes, reivindicarían la dignidad y orgullo de la raza indígena que nosotros, los mestizos, compartiríamos.

Sigamos viendo los modelos que desde niños nos han puesto en la cabeza.

5.- Modelos de la conquista

Pizarro. Me parecía que tenerlo en la Plaza de Armas de Lima era algo exagerado. Asumo, sin embargo, que los capitalinos quisieron recordar al fundador de Lima. El Marqués de la Conquista representa un componente de nuestra raza. “Francisco Pizarro es más peruano que español”, pasable argumento. Bueno, ya lo desterraron de lo que se llama ahora la Plaza Mayor, allí ha quedado un vacío. El nuevo alcalde no ha tenido el valor suficiente

para remplazarlo con el otro componente de nuestra raza: Manco Cápac, cuya mediocre estatua está relegada a una plaza de un barrio populoso y decrepito que tiene un nombre irónico: La Victoria.

—Si eso es la victoria, prefiero perder.

Durante muchísimos años el jirón Huatica albergó a las meretrices de Lima. Quedaba a pocas cuadras de Manco Cápac. “El indio Manco Cápac con los pobres y las putas, y el blanco Pizarro con el gobierno”. Eso es lo que veía la gente. Después se habla de resentimiento...

La Conquista tuvo dignos héroes de la resistencia. En el Perú se les ha ignorado para no dar al indio ningún modelo de rebelión. México recuerda con fervor a Cuauhtémoc. Nosotros no hemos dado ningún reconocimiento a Manco Inca, a pesar de que su rebelión causó el doble de bajas españolas que las sufridas por los conquistadores en México durante la huida de Cortés en la “noche triste”. Tampoco hay calles ni plazas importantes con el nombre de Cahuide, el jefe que defendió el asedio a la fortaleza cusqueña de Saccahuaman y que asombró a Hernando Pizarro por su valentía y figura. Ordenó que lo tomasen vivo. Cahuide luchó hasta el final y al verse perdido no quiso dar gusto a los españoles y se arrojó encima de ellos desde la alta muralla.

Otro general de Manco Inca, llamado Titu Tupanqui bajó desde Jauja dispuesto a acabar con todos los españoles de Lima o morir. La asedió, la atacó y murió en el intento. Estos héroes de la resistencia indígena están relegados a páginas de libros de historia. Ningún homenaje público, ninguna palabra oficial. Las consecuencias del silencio son tristes porque late en el fondo de la sangre de nuestros pobladores un revanchismo peligroso contra el blanco y el criollo.

6.- Modelos de la Independencia

ES IGNOMINIOSO QUE UNOS terroristas hayan tenido que rescatar el nombre de Túpac Amaru para que el Perú se dé cuenta de que el héroe máximo de nuestro espíritu independiente y la lucha contra la injusticia fue José Gabriel Condorcanqui, Túpac Amaru.

Mestizo, curaca de Pampamarca, Surimana y Tungasuca, cansado de ver tantas injusticias se levantó en armas en 1780, sus huestes estaban armadas con palos y piedras. Posteriormente lograron sublevar a la gran región andina y consiguieron algunos fusiles. Ganó varias batallas. Se le unieron blancos y negros a quienes dio libertad, (un siglo antes que Lincoln). Llegó a formar un ejército de más de cincuenta mil hombres. Su osadía aterrorizó a los españoles quienes se reforzaron apropiadamente y finalmente lo derrotaron el 6 de abril de 1781.

La represión española fue sangrienta, cien mil personas fueron ejecutadas. Antes de dar muerte a Túpac Amaru le obligaron a ver la ejecución de sus amigos y familiares. A su joven hijo Hipólito le cortaron la lengua y después le ahorcaron; su esposa, Mícela Bastidas, por tener el cuello muy fino, resistió a la pena del garrote vil, entonces la estrangularon con sogas y terminaron matándola a puntapiés. A Túpac Amaru se le cortó la lengua, luego se le quiso desmembrar atando sus extremidades a cuatro caballos: lo que consiguieron fue descoyuntarlo. Al no morir le arrastraron al cadalso y le cortaron la cabeza.

¿Cuántos pueblos en el mundo han tenido un revolucionario que haya significado tanto, que haya muerto en forma tan despiadada y que no tenga un lugar privilegiado entre los hombres a honrar? El 18 de mayo de 1781, fecha de su ejecución, debería conmemorarse como el Día Nacional, pero es un día cualquiera. Por temor o racismo se ha tratado de adormecer la conciencia revolucionaria del pueblo. Es una vergüenza que haya sido el grupo terrorista MRTA -Movimiento Revolucionario Túpac Amaru- quien intente reivindicar ese glorioso nombre. Túpac Amaru luchó cara a cara y levantó a las masas, no asesinó a inocentes ni peleó a escondidas. Una larga avenida lleva su nombre, recorre el sector más pobre de nuestra capital. Millones de peruanos viven alrededor de ella queriendo testificar que de nada sirvió la inmolación del mayor héroe de nuestra historia.

El monumento a San Martín es apropiado, lo merece sin regateos, pero no por sus campañas militares (que no fueron decisivas) sino por su desprendimiento e hidalguía. Debería haber un día festivo para recordar su honradez. Todos los presidentes deberían haber seguido el ejemplo de San Martín que no saqueó al país, al contrario, murió pobre: la pensión otorgada por el Perú pocas veces se pagó. En lugar de celebrar el 28 de julio la Declaración de la Independencia se debería festejar, con bombos y platillos, el Día de la Honradez Gubernamental en conmemoración de la renuncia de San Martín al poder. Fue el 20 de setiembre de 1822. Muy pocas veces se repitió tal acontecimiento.

Festejar la Declaración de la Independencia es erróneo. Una declaración no hace a un país independiente. El 28 de julio de 1821 los españoles tenían el control del país a excepción de Lima. (El Perú realmente se independizó el 9 de diciembre de 1824 al término de la batalla de Ayacucho, cuando España renunció al virreinato). Nuestra Declaración de Independencia no es más que un grito retórico. La independencia se conquista de dos maneras: o a sangre y fuego, como la buscaba Juan Santos Atahualpa o Túpac Amaru, quienes lucharon por devolver al pueblo lo que les correspondía; o en el campo de las ideas, donde hubo declaraciones más importantes que la del 28 de julio.

Tengo que recurrir a los libros porque nada de lo que vi en Lima me recuerda los nombres de pensadores independentistas: Juan Pablo Vizcardo y Guzmán 1748-1798, ¿alguien sabe quién fue o lo que hizo? Bueno, leo que fue el Primer Precursor Ideológico del Perú y de América. El jesuita expulsado del Perú escribió una estupenda “Carta a Los Españoles Americanos” en la que denuncia la exterminación de los indios por los españoles a consecuencia de la rebelión de Túpac Amaru” e implora que se pare la exterminación. Dos siglos después los criollos de Sendero Luminoso y los criollos de las Fuerzas Armadas repitieron el holocausto indígena en Ayacucho. Pero sigamos con los precursores.

Otro precursor: José Baquijano y Carrillo 1751-1817 (¿será el mismo de la calle Baquijano, 80 metros del Jirón de la Unión?), se plantó frente al virrey Agustín Jáuregui y en lugar de leer un Elogio o Discurso Laudatorio, como era la tradición a la llegada de un nuevo mandatario, le espetó una pública protesta por la represión cruel y sádica que acabó con la rebelión de Túpac Amaru y pronosticó al virrey que los criollos no eran sordos a esos abusos, amenazándolo con sufrir males terribles. Fue el 27 de agosto de 1781.

Quizá el más claro documento separatista lo preparó José de la Riva Agüero. Escribió la "Manifestación Histórica y Política de la Revolución de la América", más conocida como "Las veintiocho causas" son todavía de palpitante actualidad. He aquí algunas de ellas:

- La administración virreinal es inmoral y corrompida.
- El gobierno es caótico y falto de método.
- La nobleza está estropeada y coludida.
- Se castiga la inteligencia, la instrucción, la buena conducta y todo mérito.
- Resulta humillante ser gobernados por déspotas.
- Los gobernadores y jefes militares españoles son ladrones públicos.
- No se respeta el derecho de las gentes.
- Se imponen contribuciones abusivas y violentas.

Los documentos de los precursores tienen más sustancia que la declaración de San Martín. Él proclamó: "El Perú es desde este momento libre e independiente por la voluntad general de los pueblos y por la justicia de su causa que Dios defiende". Bonito, romántico, pero de injusticias o reivindicaciones ni una jota. Eso es lo que nos han hecho aprender de memoria durante toda la república: palabritas y nada más.

Otro de los monumentos emblemáticos de la capital es el erigido en honor a nuestro "Libertador" Simón Bolívar, quien se

hizo nombrar Presidente Vitalicio del Perú, pisoteando la idea de una república peruana independiente. Cambiamos a un virrey no vitalicio por un tirano de por vida. ¿Por qué tenemos un monumento de él frente al Congreso?, bastante generoso fue el pago en oro que le dimos por la gran ayuda que nos dio al lograr nuestra independencia. ¿Tan pronto nos hemos olvidado de que nos mutiló quitándonos Guayaquil y el Alto Perú (Bolivia)?, ¿ya no recordamos que cuando logramos desembarazarnos de él y regresó a Colombia, quiso anexarse las provincias de Jaén y Maynas y nos declaró la guerra para apoderarse de un inmenso territorio peruano? Si los venezolanos y colombianos lo veneran, allá ellos. La moda de la unión latinoamericana no justifica ni nunca ha justificado la glorificación de un mercenario bien pagado que nos traicionó en cuanto pudo, y que con sus hechos borró todo cuanto proclamó. Eso es hipocresía, y homenajearlo es otra hipocresía. Redundancia para que quede claro.

El otro lado de la moneda lo tenemos con La Mar. ¿Tiene algún monumento?, ¿alguna arteria importante en Lima lleva su nombre? Dije importante, no un jirón de un distrito cualquiera. Si no hubiese sido por él, Bolívar se hubiera apropiado del norte peruano. José La Mar no ha sido elevado a la altura de héroe que se merece: ¿quién se acuerda que dirigió las reducidas huestes peruanas y resistió el ataque de lo mejor del ejército español en Ayacucho? Sin este esfuerzo la batalla estaba perdida. Nosotros prácticamente adjudicamos el triunfo de Ayacucho a Sucre y Córdoba. Sucre posteriormente dirigió a los colombianos en la guerra contra el Perú, y Córdoba llegó tarde para ayudarlo a matar a los peruanos.

¿Ironías de la vida? No. ¿Mala memoria? Tampoco. Es el contagio de vecinos triunfalistas que nos ha llevado a glorificar a héroes ajenos dejando a un lado a los propios. José La Mar recibió en vida adelantos del pago que le íbamos a dar. Le deportamos y murió pobre. Tan pobre como la provincia ayacuchana que lleva

su nombre. Con el olvido de La Mar hemos perdido la oportunidad de ejemplarizar el genio militar, la honradez y el patriotismo.

7.- Modelos de la República

NUESTRO TRAUMA PSICOLÓGICO con los chilenos ha sido bien planeado por los gobiernos. A mi generación (no doy fe si la actual generación sabe algo) se nos enseñó que los chilenos eran unos hijos de puta, ambiciosos y militaristas. Que se quedaron con Tarapacá, con Arica y por poco se quedan con Tacna. En mi niñez oía frecuentemente la expresión “ay mamita con los chilenos”; y ya habían pasado 60 o 70 años de la invasión.

Nuestra derrota prácticamente se la achacamos a la ambición chilena y en menor tono a nuestros aliados bolivianos que se metieron en sus cerros y nos dejaron solos. Casi ni se menciona lo más importante, la única causa de todo el desastre: la irresponsabilidad de nuestros gobiernos. No sucedió que de un día a otro se levantaran los chilenos y nos dieran con palo. Tampoco fue la primera vez que lo hacían. Sus barcos, sus mejores armamentos y su entrenado ejército no aparecieron de la noche a la mañana. No fue que nuestro salitre, cercano a sus fronteras y codiciado por todo el mundo, fuera un milagroso descubrimiento del mejor enriquecedor de suelos de esa época. No, nada de eso. Todo fue un proceso de décadas, en las que la ambición personal de nuestros gobernantes y la indolencia de nuestros ciudadanos arruinaron al país. Lo que da cólera es que esas enseñanzas no se hayan divulgado. Lo que se ha enseñado son evasivas, llámense éstas héroes u odio.

La primera invasión chilena fue el año 1837 y la segunda con más éxito en 1838, sólo 50 años antes de la deshonrosa Guerra del Pacífico. La riqueza del guano y el salitre venía siendo explotada desde hacía mucho tiempo. Nuestros militares estaban dedicados a dar golpes de estado, como ha sido ya su costumbre, en vez de preparar a su tropa, adquirir a tiempo material de guerra y espiar las actividades de un vecino agresivo.

En los 20 años previos a la guerra el Perú tuvo 8 períodos presidenciales, promedio de uno cada 30 meses. (Desde 1861 hasta la caída de Lima en 1881, Chile tuvo sólo tres presidentes, más de seis años por gobierno). En el Perú, con excepción de un civil, Juan Pardo, al que le hicieron treinta y siete revoluciones en los cuatro años de “gobierno”, el resto de nuestros presidentes fueron militares. (¿Fue Churchill quién dijo que la guerra era demasiado importante para dejársela a los militares?). En ese lapso dos presidentes peruanos fueron asesinados, entre ellos el civil como se puede suponer. Un presidente nuestro se fugó en plena guerra (Mariano Ignacio Prado de quien ya hablamos). En fin, toda una cadena de ineptitud y traición. ¡Y después echamos la culpa a los chilenos!, o a los indios, como lo hizo el reverenciado tradicionalista Ricardo Palma al día siguiente de la invasión de Lima, llamándolos “raza abyecta y degradante”.

¡Hay que ser desvergonzados! ¡Cómo diablos vamos a creer en la historia! ¿Para qué sirve recordar a mártires de la guerra sino recordamos a los imbéciles y traidores que la provocaron? Eso se llama en términos modernos: desinformación. En otros tiempos se llamaba patraña o engaño.

Grau, que se sacrificó en el combate marítimo de Angamos, fue iluso y extremadamente ingenuo, por no decir otra cosa: lo primero que debió haber hecho es negociar una rendición honrosa y regresar a Lima para encarcelar al presidente en vez de proponerle, en su carta del 22 de mayo de 1879, ir con él a comprar armas. Le cito: “puedo perfectamente seguir dando la impresión de estar perdido en el mar y mientras tanto dejar el Pacífico y marchar a Europa con el Presidente... sin que el enemigo lo sospeche”.

Bolognesi, que peleó hasta quemar su último cartucho, fue tan engañado como los indios peruanos que creían, y esto está documentado por testigos presenciales, que venían a pelear por un “general Perú” en contra de un “general Chile”. El sacrificio

de Bolognesi fue inútil, Arica estaba perdida desde hacía mucho tiempo.

Alfonso Ugarte, aunque sea verdad que se tirase al abismo para defender que la bandera cayera en manos enemigas, fue otro engañado. Una bandera es un símbolo, pero trapo a fin de cuentas. La Patria nunca le hubiese pedido que se matase por eso. ¡Cuántas banderas se ven en los museos militares del mundo que han sido símbolos fetichistas de hombres engañados!

Todos los héroes de la Guerra del Pacífico han sido valientes y hemos tenido muchos más, pero la valentía es una cosa y el machismo es otra. Una nación valiente no es aquella que tiene un puñado de suicidas que se inmolan engañados por dirigentes cobardes. Una nación valiente es aquella que tiene ciudadanos que cumplen el deber cívico de hacerla rica y poderosa para que no sea atacada, sino respetada, cuando no temida. Yo les aseguro que si hoy se descubriera una riqueza grandiosa en el Perú, como los yacimientos de petróleo que tiene Venezuela, nuestro territorio sería avasallado sin el menor reparo por los chilenos o por cualquier país que tenga la mano larga, como Estados Unidos.

Los chilenos abandonaron el Perú después de ser hostigados implacablemente por guerrilleros de la sierra, principalmente ayacuchanos. Precisamente fue en Ayacucho donde se refugió Piérola a la caída de Lima y de donde salió Cáceres para contraatacar a los chilenos. Hubo también otros valientes centros de resistencia, principalmente en el norte, encabezado por Miguel Iglesias. Al sur, Lizardo Montero dirigía fuerzas importantes. Lo triste es que la desunión reinaba. En un momento existieron tres gobiernos peruanos que no se reconocían los unos a los otros. La miopía fue tan grande que, una vez que se fueron los chilenos, los “señores de la derrota” siguieron peleando entre ellos para apoderarse del gobierno. Rectifico: hicieron que el pueblo siguiera peleando para ellos y no por la Patria.

Sólo para completar el cuadro de esta dolorosa etapa, me veo obligado a decir que la batalla de Tarapacá no la ganamos. Eso es

una invención de los militares coludidos con los historiadores. Una batalla se gana cuando pasan una de tres cosas: o el enemigo es aniquilado, o se rinde, o huye y uno se apropia del territorio en disputa. Pues bien, ninguna de esas tres cosas ocurrió en Tarapacá.

Las fuerzas peruanas venían huyendo de los chilenos que nos habían infligido la catastrófica derrota de San Francisco una semana antes. La ineptitud y cobardía de varios jefes de la alianza peruano-boliviana fue la única causa. Nuestro ejército estaba muerto de hambre y de sed, sin caballería, sin artillería, sin municiones y con la tropa sin zapatos. El objetivo era llegar a Arica por Tiliviche, sin embargo se perdieron y sin darse cuenta tomaron la dirección de Tarapacá. Los chilenos nos dieron alcance y nos trataron de envolver. No esperaban nuestra reacción, peleamos en condiciones desesperadas. Los atacamos, nos apoderamos de parte de su artillería haciéndoles retroceder, pero nosotros no pudimos avanzar. Los chilenos no estaban derrotados ni mucho menos, se reagruparían y por estar mejor comidos, armados y equipados, nos aniquilarían al día siguiente, por eso se decidió huir esa misma noche, no pudimos retener nada, ni los cañones capturados que enterramos, ni el árido y escarpado campo de batalla. La extenuada tropa tuvo que caminar 500 kilómetros a través del desierto. Muchos no llegaron. El 27 de Noviembre de 1879 perdimos para siempre la provincia de Tarapacá. Festejar la batalla de Tarapacá es como si Napoleón celebrase su retirada de Rusia. Lo siento mucho, pero es verdad.

Repito: léase bien que por falta de valor no hemos perdido nunca, nuestras derrotas se han debido a la falta de honradez gubernamental, a la incapacidad de los jefes del ejército y a la docilidad del pueblo.

*

Al alterar la historia hemos perdido una magnífica oportunidad de aprender de nuestros errores. En vez de aprender lo que hemos hecho es insistir en ellos.

8.- Modelos olvidados

He mencionado ya algunos personajes de nuestra historia que no han alcanzado la popularidad que se merecen. Hay muchísimos más, para mí sería imposible nombrar a todos, sin embargo siento una fuerte predilección por dos hombres de la colonia. El Inca Garcilaso de la Vega, mestizo, cronista valioso de nuestro pasado indígena. Su talla literaria es comparable a cualquier monstruo del siglo de oro de la literatura española. Garcilaso debería tener uno de los mejores monumentos de Lima, si se necesitara espacio habría que quitar a los que no merecen tenerlo.

Siglos después hubo un limeño que llegó muy joven a ser Oidor de la Audiencia de Lima y acosado por la Inquisición se fugó primero a España y después a Francia, llegó a ser amigo de Voltaire y de los enciclopedistas, sus escritos influyeron en todos los movimientos revolucionarios de la época incluyendo en los “padres de la patria” de Estados Unidos. Lleva su nombre una importante plaza en Madrid y una universidad en Sevilla. En el Perú creo que hay un colegio secundario que lleva su nombre y una callecita en el distrito de Miraflores, ¡qué injusticia!. Se llamaba Pablo de Olavide.

El siglo XIX fue rico en militares y pobre en intelectuales. Más que pobre, fue nulo en ideas como es de suponer. Ningún modelo estruendoso sale de los primeros ochenta años de República, más nos hubiera valido adoptar la monarquía nativa propuesta por Bernardo Monteagudo y San Martín y no la república impuesta por Faustino Sánchez Carrión y Bolívar. Quizá hubiéramos tenido más estabilidad y orden para poner paulatinamente las cosas en su sitio y no tirar al pueblo a las fauces de los aventureros militares que nos esquilmaron.

Otro héroe de la democracia fue Francisco Luna Pizarro, este cura arequipeño se opuso desde el Congreso a la tiranía de Bolívar, quién lo apresó, casi lo fusila y finalmente lo expulsó de su patria para apoderarse él de ella. No fue la única vez que Luna Pizarro sufrió en carne propia su lealtad al Perú. Ni su honradez ni su

espíritu han sido reconocidos por las autoridades, su valentía no ha querido ser ensalzada por los gobernantes, y allí lo tenemos casi olvidado, una modesta avenida lleva su nombre en ella que circula gente que no tiene ni idea de quién fue Luna Pizarro. Él y no Bolívar debería tener su monumento frente al Congreso, pero es al revés. Quizá representa la realidad de tantos congresos genuflexos al poder que evitaron la inspiración del demócrata Luna Pizarro.

Al final del siglo XIX aparece la primera luz del pensamiento político: Manuel González Prada delató constantemente la corrupción y expuso en su obra el conocimiento de la realidad nacional que le obligaba a rebelarse.

- Levante la mano el que haya leído a González Prada. ¿Nadie?
- No, señor, nosotros sólo hemos leído a Ricardo Palma.
- Todos castigados, y ahora no se quejen.

Sin tratar de provocar polémica sobre si éste es mejor que aquél, me atreveré a dar una opinión acerca de algunos hombres que, durante la primera parte del siglo XX, han tratado de establecer un pensamiento de peruanidad y esbozar valores que deberíamos preservar y fomentar.

José Carlos Mariátegui, comunista. ¡No se asusten! En todos los partidos ha habido gente buena. Mariátegui se dio prematura cuenta de las consecuencias del totalitarismo estalinista y se opuso a los jerarcas comunistas que mangoneaban el partido en Sudamérica. Su nobleza de corazón y su incisiva inteligencia coincidieron en la búsqueda de una utopía como la comunista. Lo importante de él fue su amor al Perú, su análisis demoledor de la realidad peruana y el valor que tuvo para defender sus ideas.

- Que se callen los reaccionarios y los miopes.

Si se hubiese estudiado a Mariátegui en las escuelas hubiéramos visto que un pensamiento político no parte de consignas militares ni estribillos demagógicos sino del estudio de la realidad nacional y de las opciones estratégicas para el desarrollo.

La época de Mariátegui fue compartida por otros pensadores que le sobrevivieron, entre ellos Víctor Raúl Haya de la Torre, fundador de un partido político que pudo haber sido una solución para el país. Lamentablemente sus sucesores demostraron una incapacidad total y prostituyeron el movimiento revolucionario mediante componendas y pactos hasta con sus más acérrimos enemigos, las Fuerzas Armadas.

Luis Valcárcel, Raúl Porras Barrenechea y Jorge Basadre también pertenecen a la generación de J.C. Mariátegui.

Poetas hemos tenido muchos y buenos, como José Santos Chocano, José María Euguren, Magda Portal, Alberto Guillén. Destaca, sin embargo, Cesar Vallejo entre todos. Al Perú le regaló sus Heraldos Negros y al mundo, Trilce. Dicen los más destacados críticos de nuestra época que no se puede entender la poesía moderna sin haber estudiado Trilce. Vallejo es sin exageración el Rimbaud o el Baudelaire del siglo XX. Un poeta que marcó época. Su vida coincidió con sus principios.

Literatura. Ricardo Palma está un poco sobrevaluado, aunque decir esto me disgusta. Mejor sería entonces decir que hay otros importantes escritores que han hecho buena literatura y han aprovechado sus experiencias personales para plasmar su arte en beneficio del Perú: Ciro Alegría y José María Arguedas entre ellos. A Mario Vargas Llosa y a Alfredo Bryce Echenique les tocará algún día su turno, si no dan sorpresas...

Se puede ver que flaqueo. En este momento admito sin ambages que soy incapaz de sugerir nombres de destacados hombres y mujeres que contribuyeron al desarrollo de nuestras profesiones liberales clásicas como la medicina, ingeniería, educación, o en otras más modernas tales como sindicalismo -no debíamos celebrar el 1 de Mayo. No se sabe si es en recuerdo a los mártires de Chicago o al partido comunista- gestión empresarial, transporte público, medios de comunicación, fotografía, etc.

Qué tentación imprudente de mencionar los nombres que saltan a mi mente. Sólo un par de ellos y me callo. El Dr. Carlos Monje,

estudioso del mal de altura y Don Manuel Vicente Villarán, maestro de maestros, autor de varios estudios sobre la educación nacional y en psiquiatría los doctores Honorio Delgado y Carlos Alberto Seguí.

No me atrevo a mencionar a pintores (José Sabogal, Sérvulo Gutiérrez, Fernando de Szlo), compositores, escultores, artesanos, agricultores, cocineros -Rosita Ríos-. Sería mucha la imprudencia y ya me he pasado de la raya. Bueno, uno más y me callo, el fotógrafo andino Martín Chapi.

Deportistas: recuerdo muchos nombres, ninguno comparable a Lolo Fernández, no sólo por su habilidad futbolística sino por su caballerosidad en el campo y fuera de él. No era borracho ni drogadicto, era simplemente el mejor delantero que ha tenido el Perú.

Lamento que no haya un monumento importante a Felipe Pinglo, “el hijo del pueblo, el hombre que supo amar”, que nos deleitó con sus valsecitos porque llevaban un mensaje testimonial profundo. Y qué me dicen de Daniel A. Robles, su “cóndor pasa” ha volado por todo el mundo. Me gustaría saber los nombres de los autores de waynos como “Jauja”, “Adios pueblo de Ayacucho”, y de tantos carnavales y pasacalles que siguen siendo cantados y bailados por millones de nuestros compatriotas andinos.

Si estuviera hablando de la segunda parte del siglo XX no dudaría en sugerir a Chabuca Granda que tuvo la suerte de morir antes de ver el asco en que se convirtió “el puente y la alameda”.

En cambio mi querido negro Nicomedes Santa Cruz murió olvidado en Madrid, y sigue olvidado en todas partes a pesar de que fue el exponente más alto de la cultura negra del Perú. Sus décimas nos iluminaron durante muchas décadas. Nicomedes, negro valiente, poeta del alma, cantor indiscutible, intelectual, fue un modelo no sólo para la raza negra con la que el Perú se adorna, sino para todos los peruanos con deseos de mejorar al país. Este negro enorme, este sabio congénito, merece que alguien se ocupe de recordárnoslo.

*

En lugar de erigir monumentos a dudosos héroes militares debíamos haber levantado nuestro espíritu progresista

conmemorando virtudes ciudadanas que podrían iluminar nuestro trabajo cotidiano. Lo que los peruanos podemos hacer en nuestro puesto de trabajo o en el hogar, diariamente.

¿Qué nos ofrecen los modelos militares?, ¿ir a la guerra a morir porque estamos mal armados, sabiendo que los jefes se han robado el dinero?

—¿Nos han visto la cara de tontos?

—Sí.

COMUNIÓN DE LOS CONFUNDIDOS

Señor, estamos confundidos. No es la culpa de los que tienen sus monumentos o avenidas. La confusión la han logrado quienes nos han hecho comulgar con ruedas de molino falsedades que formaron un sórdido carácter nacional.

El rescate de ciertos héroes por minorías terroristas es igualmente falso. Nos quieren hacer tragar, con bombas y metralletas, ruedas de piedra criminales.

Estamos perdidos. Ahora sería difícil... sería imposible aprender nuestra verdadera historia.

Señor Misericordioso, bórrame de tú lista. ¿De cuál?, no sé, de todas. Estoy confundido.

VIII

Perú, país racista

LACRIMOSA

**Lacrimosa dies illa,
Qua resurget ex favilla
Judicandus homo reus.
Huic ergo parce, Deus:
Pie Jesu Domine,
Dona eis requiem. Amen.**

Oh, días de lágrimas llenos,
del polvo resucitará
el hombre culpable a quien juzgarás.
Sálvalo, Dios mío.
Señor, buen Jesús.
Dale el reposo eterno. Amén.

1.- Lágrimas criollas

LAS HE VISTO. Son pocas. Cada vez menos. Sus ojos están casi secos. No es de tanto llorar, es por algo diferente, por algo que he tardado en entender. Por fin después de observar y meditar creo que he encontrado la respuesta. No fue fácil. Primero creí que el dolor por la situación que atravesamos es tan profundo que no deja llorar a los criollos; después supuse que el odio a los líderes y gobernantes impide el llanto. Qué equivocado estaba, era por la culpa que se siente al permitir que el desastre haya ocurrido. Por eso el criollo apenas tiene lágrimas. Es comprensible. La escasa producción lagrimal se debe a la aceptación de su responsabilidad. Los cómplices nunca lloran mucho.

No podemos decir que son los gobiernos los únicos culpables y nosotros las víctimas. Es bien sabido que los pueblos tienen los gobiernos que se merecen. ¡Basta de lavarse las manos echando la responsabilidad a las autoridades!. Estas se han comportado como aves de rapiña pero la población criolla lo ha permitido. Cuando digo criolla me estoy refiriendo en este caso a la clase media. Esta clase que tanto sufre, tanto se queja y cuando se encarama en el gobierno no hace nada. Miento, roba como lo hacían sus antecesores, los aristócratas.

Para tener el valor de arrojar a los gobernantes del poder es necesario, antes, abandonar los vicios que se han apoderado de nuestra conducta y de nuestra manera de pensar. Con qué cara se

puede reclamar honestidad a la administración pública cuando el pueblo es parte del sistema de corrupción, cuando se hace la vista gorda la vez que uno de los parientes o amigos roba, o piden recomendaciones para obtener puestos para los que no están capacitados, o utilizan material y personal del Estado para construir sus propiedades, o engañan a los servicios públicos, o maltratan, destruyen o cuando no cumplen en el trabajo...

—¡Basta!

Por eso el pueblo llora poco. Porque es más culpable que todos esos desgraciados que figuran con nombre propio en este réquiem. Por otras razones yo también me uno al “mea culpa” colectivo.

2.- El indio no llora

CREO QUE MI POSICIÓN ante el indio no ha sido claramente expresada. Se puede creer que soy un convencido de que el indio es un ángel que nunca ha roto un plato y que todas las desgracias que le ocurren se deben a los criollos y a los blancos. No es así.

La raza indígena y el sector mestizo de nuestra población tienen defectos como todas las razas. Esto se hace evidente cuando alguno de ellos llega a ser jefe de sus paisanos. “El peor enemigo del indio es el indio”, es un adagio que está sustentado por la sabiduría del pueblo. Sin embargo esos indiosdemierda, traidores a su raza, no restan brillo a las características sui géneris de nuestros autóctonos pobladores, muy diferentes a nuestra mentalidad occidental.

Los prejuicios que tenemos sobre nuestros indígenas son interesados. ¡Y quiénes somos nosotros sino uno de ellos con la sangre un poco más diluida! Si todos los indios fuesen ociosos ya se hubieran muerto de hambre hace tiempo. Si los indios siempre hubieran dicho la verdad ya los hubieran despellejados vivos los encomenderos o los gamonales o los gobernadores. Si el indio fuese alcohólico no hubiera sobrevivido hasta hoy. De este modo podríamos analizar uno por uno cada prejuicio y encontrar que carecen de verdad; sin embargo, se han ido metiendo de tal manera

en nuestra mente que gente preparada de nuestra sociedad los da por ciertos.

Nuestra población indígena o chola-chola está tan indefensa que a veces miente, a veces se emborracha, y no le gusta ser sirviente. ¿Tiene esto algo de malo? Por supuesto que no. Pero la miramos con desconfianza porque no llora. No llora delante nuestro...

3.- ¿Es el indio violento y sanguinario?

EL TERRORISMO HA desatado una pasión por estudiar la idiosincrasia indígena. Antropólogos y sociólogos se atiborran diariamente de estudios sobre su carácter y psiquis. Leen hasta el amanecer, discuten hasta que se les cansa la lengua, investigan los menores detalles de la historia de los pueblos de la sierra, sus tradiciones y sus costumbres. Una vez intoxicados de tanta ciencia, vomitan teorías aberrantes que asombran a todo el mundo. Simposios, coloquios, mesas redondas, conferencias, entrevistas, son aprovechados para lanzar las más arriesgadas ponencias.

Algo muy similar sucede con los críticos de arte que de tanto analizar descubren propósitos que estuvieron totalmente ausentes en la mente del artista. Cuando leo muchas de las interpretaciones que los críticos dan, me pregunto si nos habrán visto la cara de tontos. Prefiero ver la obra de arte tal cual. Disfrutar de la lectura de un libro por lo que dice y no enterarme si cuando el autor la escribió había peleado con su amante o si el banco le urgía pagar la hipoteca de su casa. Se ha exagerado mucho.

Cada vez se avanza más en desmenuzar el todo para encontrar una parte que le dé sentido. Lo justo es que el todo da sentido a esa parte, y no al revés.

—Me fui... . Regreso.

Me froto los ojos, no lo puedo creer. Me pellizco para ver si estoy soñando o si todavía estoy vivo. Los honorables científicos sociales han descubierto que el indio es cruel.

—¡Ah, sólo así se puede entender a los terroristas!

Los honorables científicos sociales afirman que la semilla del odio contra el blanco y el criollo siempre estuvo latente en el indio.

—¡Ah, distinguidos profesores, cómo hemos podido vivir tantos siglos sin saberlo!

Los honorables científicos sociales están de acuerdo en que la proclividad del indígena al alcohol y a la coca está enraizada en los genes.

—¡Oh, sabios maestros, qué descubrimiento atroz!

Los honorables científicos sociales no se pueden equivocar, han estudiado mucho, han participado en conferencias internacionales, han recibido becas de gobiernos extranjeros, han escrito ensayos en revistas importantes, tienen muchos libros publicados; en fin, son realmente gente excepcional. Por ejemplo: han visto que cuando el indio está borracho le pega a su mujer; que llora más cuando se le muere una vaca que cuando se le muere un hijo; que tiene celebraciones sangrientas en las que se apedrean con sus vecinos muriendo algunos y quedando heridos bastantes. La metodología freudiana se aplica, se va a las raíces, a lo profundo de la psique, y se concluye sin dudas que el indio es un sujeto peligroso, cruel y sanguinario.

—Gracias honorables científicos sociales, ¡cómo podemos agradecerles que nos hayan quitado ese grueso velo de los ojos!— Por eso hay tanta muerte en la sierra. Por eso el Sendero Luminoso mató sin piedad. ¡Oh amables sabios, porque no os vais todos a la mierda? (Disculpen nuevamente. No lo puedo evitar)

Refutemos esa teoría por partes. Primero, la crueldad pre-hispánica era prácticamente inexistente en el Perú mientras que en toda Europa... , mejor recorro a Jesús Mosterín, catedrático de la Universidad de Barcelona, él dice que Europa: “hasta principios del siglo XVIII era sucia, chabacana y cruel... Las calles estaban llenas de excrementos... las matanzas, torturas y mutilaciones estaban a la orden del día... las quemaduras de herejes o sediciosos eran los espectáculos más populares... también la tortura de osos,

perros, gallos y otros animales tenían su público soez y apasionado”.

Segundo, afirmo que la violencia en el mundo “civilizado” de hoy está más generalizada que en cualquier pueblo andino. ¿Qué se lee en los periódicos, no son crímenes? ¿Qué se ve en la televisión? ¿Qué se ve en el cine? ¿Por qué muchas personas de países “avanzados” dejan de ir al estadio a ver partidos de fútbol? ¿Cuántas personas fallecen en Los Ángeles o Washington D.C. a causa de peleas callejeras? ¿No es alcohólico quién no puede dejar de tomar alcohol? ¿No se ven todas las noches por las calles de Ginza a los ejecutivos japoneses borrachos como unas uvas? ¿Y el alcoholismo en países europeos? ¿Y el alcoholismo juvenil y femenino en Estados Unidos?

Tercero y último: ¿quién es más cruel con las mujeres el indio peruano o el norteamericano o el europeo? Miles de esposas son golpeadas con crueldad por ciudadanos estadounidenses, ingleses, suecos, etc., muchas mujeres mueren a causa de esas palizas. Una o dos mujeres son asesinadas cada semana en España por sus esposos o amantes u hombres que se arrojan el derecho de poseerlas, estos asesinatos son varias veces más que todos los que comete la banda terrorista ETA. Los maltratos a mujeres en países “primer mundistas” están lejos de erradicarse. El injusto sometimiento de la mujer es practicado en todas partes, desde el Japón hasta en los países árabes. La situación de la mujer andina es injusta y lamentable, pero este hecho no es tan cruel ni tan generalizado como en las sociedades de donde proceden los investigadores sociales que la acusan.

Ninguno de los malos hábitos de países avanzados se puede comparar a las esporádicas borracheras y desmanes de **algunos** de nuestros indios o de **algunas** de las comunidades indígenas. Los honorables científicos sociales basan muchas de sus conclusiones en observaciones anecdóticas o en otros estudios igualmente equivocados. No ponen sus teorías dentro de un contexto estadístico ni comparativo.

Que respondan: ¿cuándo mata un indio a otro por coca, como se hace todos los días en las más importantes capitales del mundo?

La calumnia va más lejos. Quieren apoyarse en nuestra sensibilidad occidental poniendo ejemplos repugnantes. Por ejemplo, que el indio llora más por la muerte de su vaca que de su mujer o de sus hijos. Visto con nuestros ojos se puede concluir que el indio tiene desapego familiar y un interés desmedido por los bienes terrenales, son tacaños y egoístas. Nuestros ojos, desgraciadamente, no pueden penetrar en la mente del indígena, él ve en la vaca a un ser que permite la continuación de la especie. A la mujer la puede reemplazar por otra, puede tener otro hijo: pero sin la vaca toda la célula familiar está en peligro: la esposa, los hijos y él.

Las anécdotas del cholo y la vaca las he oído tantas veces que me da asco recordarlas. El amor que tiene el indio a los animales es parte de conciencia ecológica. Hablan a los animales con más respeto que a los hombres, de usted: “coma su hierbita señora vaca”. Un buen ejemplo para los “verdes” de mundo.

El indio odia al blanco y al criollo. Otra falacia. No creo que merezcamos su amor, pero de allí a que nos odien como para matarnos hay un buen trecho. En todo caso no es un odio como el que nosotros expresamos en nuestros actos de violencia. Si el indio tuviese un odio realmente fuerte, hace tiempo que Lima hubiera desaparecido. Para bien o para mal, el justificado rencor del indio no ha sido lo suficientemente intenso como para que su pacífico carácter se disturbe. Las peregrinas explicaciones de decir que la violencia actual es el resultado de la acumulación de tantas vejaciones me parecen una burla. ¿Es el punto de ebullición de la paciencia indígena 460 años de opresión? ¿Son las peculiarísimas condiciones socio-económicas de estos años más críticas que las anteriores? El indígena ha luchado, a veces, por su dignidad y para eso ha tenido que eliminar a su opresor (blanco o mestizo), pero le ha asesinado en cuanto opresor, no en cuanto blanco o mestizo. No le disgustaría que sus hijas se casasen con uno de ellos. Muy

diferente al racismo que lucen algunos sectores de blancos, negros, judíos o árabes en otras partes del mundo. ¡Hablar de esto es ridículo!, pero como ya he comenzado no puedo dejarlo.

¿Se puede esperar que no guarde rencor una raza a la que se le ha ultrajado durante cinco siglos? Hemos pateado a los indios, despojado de sus tierras, asesinado, corrompido, intoxicado, y cuando vemos que nos miran rencorosamente, nos enojamos. ¿Creemos que no tienen sentimientos? Sí, aunque parezca mentira, los tratamos sin ningún miramiento, como si fueran animales de carga o peor. Y ahora los acusamos de rencorosos.

- Son unos desagradecidos, no reconocen todo lo que hacemos por ellos.

—¿Es decir que el mundo está al revés?

—Sí, señor.

—Ah, ¿o sea que el hijo de puta soy yo?

*

A través de toda nuestra historia ha habido muchísimos levantamientos indígenas. Nunca tan bien utilizada la palabra levantamiento. El indígena está pisado y las pocas veces que ha osado levantarse fue pisoteado. Con raras excepciones (Juan Santos Atahualpa, Túpac Amaru) los levantamientos no pretendían tomar el poder. Eran actos desesperados contra injusticias insoportables.

Un pequeño pueblo o comunidad indígena se erguía ante el destino y suicidamente luchaba contra autoridades y explotadores sabiendo que a la larga acarrearía mayores males. No eran ingenuos, sabían que les costaría la vida pero ya no podían aguantar más. Repetían lo que aquel gitano decía, “cuando muera que me entierren de pie porque toda mi vida he vivido de rodillas”. Tanto en la Colonia como en la República los levantamientos fueron debelados en forma atroz. Ejemplos como el que voy a contar hay muchos: a fines del siglo XIX, en la época del dictador Nicolás de Piérola (una importante avenida en Lima lleva su nombre) se levantaron los indios de la isla de Amantami en el lago Titicaca contra las injusticias del gamonal, acabaron linchado al opresor.

La respuesta del gobierno fue enviar dos buques de la armada y bombardear la islita de 6 de la mañana hasta el anochecer. Nadie sobrevivió.

Los indios de Amantami sabían de antemano que el linchamiento causaría una brutal represión gubernamental, eso no importaba, el gamonal había sobrepasado la capacidad de resistencia a los ultrajes a los que los indios estaban acostumbrados. No importaban las consecuencias que tendría el levantamiento.

Los levantamientos no indican, como nos quieren hacer creer, que los indígenas estaban en constante estado de rebelión y que aprovechaban cualquier oportunidad para causar disturbios. Las rebeliones han sido siempre aisladas en tiempo y espacio. El indígena nunca ha podido enterarse que atrás de su cerro hay muchos hombres como él, dispuestos a unírsele. No sabe que la mayor parte del Perú está formado por personas como él. No es consciente del poder de la masa. Lo que sabe y en lo que cree es en lo que está al alcance de su vista y de sus tradiciones.

Decir que el movimiento de Sendero Luminoso fue parte de una guerra milenaria es tan jalado de los pelos como sería confundir lo constante con lo esporádico. Lo constante es que el pueblo indígena ha sido y sigue siendo explotado. Su inmovilidad es salpicada por unas cuantas rebeliones que no han mejorado la condición injusta en que se encuentra.

Nuestra tendencia a exagerar todo, y darle un tinte atávico o mágico hace que se quiera mostrar al indio en constante rebeldía. ¡Hay que tener mucha concha para decirlo!. ¡Es el colmo!

4.- ¿Qué es lo que quiere ser el indio?

LA DIFERENCIA MÁS importante entre nuestra actitud occidental y la indígena es la visibilidad. Me explico: nosotros hemos sido educados para sacar medallas, ser el primero de la clase, ascender más rápido que nadie en la carrera profesional. Se admira al que es entrevistado en la televisión, al que tiene sus fotografías en los

periódicos, al hombre público, al “number one” de lo que sea. Es decir cuanto más conocida es la persona más admiración se le tiene. He ahí nuestra aspiración máxima, ser visible. ser notable, ser importante.

El indígena es todo lo contrario, para él, lo importante es ser nadie, de esa manera sobrevive. No quiere ser visto porque si le ven le explotan más. El indio es más sigiloso que los sirvientes chinos. Habla en voz baja, no quiere hacerse notar. Hace su trabajo con el menor ruido posible y si utiliza una herramienta trata que esta mantenga un sonido constante, adormecedor. Las empleadas de las casas hacen menos ruido que las geishas, (a propósito las llamamos empleadas “domésticas”, es decir “domesticadas” por suponer que vinieron “salvajes”). Si contesta el teléfono cuando no está la patrona, dice: “no hay nadie en la casa”. Qué terrible.

La sonrisa del indígena no dice mucho, puede decir cualquier cosa, que sí o que no, que le gusta o que no le gusta. Lo hemos obligado a ser ambiguo. No mira a los ojos, mira hacia abajo, es por temor a que descubramos sus pensamientos.

Frente al patrón sus movimientos son lentos, indecisos. Espera que en cualquier momento se le den nuevas órdenes o que le griten por no haber entendido las instrucciones. Nosotros creemos que lo hace porque es perezoso o tarado.

Cuando viene a reclamar algún derecho lo hace con una humildad rayana en servilismo. Hasta lleva regalos para congraciarse con el que tiene la obligación de defenderle. Da grandes rodeos antes de llegar al asunto, está evaluando la posible reacción de la autoridad, llámese empleado municipal o sargento de la policía. Sonríe nerviosamente estirando apenas los labios. Cuando llega al meollo del asunto lo dice de la manera más escueta posible dando la impresión de que se arrepiente por haberlo expresado; como si fuese un deber comunal o un castigo lo que le obliga a reclamar su derecho.

Debido a esto se ha extendido desde hace siglos la práctica para-legal de los “tinterillos”. Esos mestizos explotan la timidez

del indio y le representan ante las autoridades. Es increíble lo que el indígena ha pagado para evitar enfrentarse personalmente. Su desconfianza no es paranoica, sabe a lo que se expone, ha tenido muy malas experiencias.

Qué distinto es el indígena cuando está con sus paisanos, es conversador, discutiador, risueño. Dice lo que tiene que decir sin temor. Es seguro de sí mismo. Su lengua es dulce y le permite expresarse en tiernas palabras. Le canta a la paloma, a la vicuña, a las estrellas, a sus cerros. El respeto ecológico es natural en él. Todo gira alrededor de la naturaleza, el amor, la muerte, la familia. He aquí unos ejemplos de huaynos ayacuchanos recopilados por Alejandro Vivanco en un libro que encontré en la Biblioteca de Música de la Ciudad de Nueva York ¿Lo tendrá alguna biblioteca en el Perú? ¿Queda alguna biblioteca pública en el Perú?

Ahí se va mi palomita
con las alas extendidas,
en sus alas lleva flores,
y en su pico mis amores.

En el campo hermoso
de vuestro jardín
entre tantas flores
a ti te escogí

Vicuñita de Alta Puna
que bonita lana tienes,
Así son las huamanguinas
que bonito talle tienen.

El poblador de nuestras serranías es romántico. Enamorado de la vida del campo y apasionado por las mujeres como lo sería el más fogoso amante latino. Nosotros no hemos entendido nunca esto, no sabemos cuánto les duele dejar su ambiente, su mujer, su familia, sus cerros.

Quisiera ser mariposa
madrecita del alma mía
para en el cielo buscarte
y lindas flores entregarte.

Ayacuchano, huérfano pajarillo,
¿a qué has venido a estos lugares?
Alza tu vuelo, vamos a tu tierra
donde tus padres lloran tu ausencia.

La aspiración máxima del indígena es que el criollo lo deje en paz. Y, el precio que está dispuesto a pagar es su invisibilidad.

Las consecuencias de la forzada renuncia a “ser alguien” son tristes y a la vez sorprendentes en sus resultados. El conformarse a vivir en la oscuridad ha hecho que el “informalismo” económico sea la mejor manera de sobrevivir al sistema legalista. Los vendedores ambulantes, las construcciones ilegales, el transporte público clandestino, las fábricas y empresas no constituidas legalmente y fuera del control estatal, son la manera natural en que se mueve la “invisible” y marginada sociedad andina.

El “informalismo” evita contactos con las autoridades abusivas e ineficientes. Promueve la organización sectorial entre los propios colegas y la autogestión natural y espontánea. Desarrolla la capacidad de defensa comunal ante los enemigos públicos, llámense éstos, criminales o autoridades municipales y estatales.

Una experiencia recomendable es visitar los mercados marginales de Lima, algunos son tan grandes como cualquier mercado árabe, cientos de pequeños puestos ofrecen una gama impresionante de aparatos eléctricos y amplia selección de vinos, licores, perfumes y muchos artículos de dudosa procedencia. Son cientos y cientos de metros de estrechos pasadizos llenos de minúsculos puestos abarrotados con mercadería que llega hasta el precario techo. Pues bien, esos mercados son lo más seguro de

Lima a pesar de que no tienen vigilancia policial. Los mismos vendedores se han organizado para proteger a sus clientes y a ellos mismos. Cuando se entra a esos mercados se tiene una sensación de claustrofobia y agotamiento humano; pasada la primera impresión uno se da cuenta de la seguridad que reina. Al final de la visita uno sale con temor de enfrentarse a calles guardadas por las autoridades policiales.

5.- El contagio andino

COMO ES DE SUPONER hay muchas mezclas étnicas. Casi la totalidad de nuestra población tiene sangre indígena en mayor o menor proporción. En mi caso, la nariz proclama su procedencia. Es verdad que hay unos más indios que otros, o sea que hay cholos y cholos. En otras palabras, hay cholos que son más cholos que otros cholos. No me digan que no entienden.

Las características fisonómicas son sólo una parte de la influencia. La otra, la manera de pensar, también se ha heredado aunque se pretenda decir lo contrario. Digámoslo más claro: el comportamiento indígena prevalece más allá de la desaparición de los rasgos físicos porque la sociedad se encarga de preservarlo.

La conducta que el indígena practica para sobrevivir se transforma en vicio cuando el mestizo la adapta para progresar. La mutación de pensamiento indígena más aberrante es creer que todo es cuestión de recomendaciones. “El que no tiene padrino no se bautiza”, se dice sin rubor. Se ha perdido la confianza en el esfuerzo propio. Tener “vara” es garantía de triunfo, y no tenerla, de fracaso.

Pues bien, hemos materializado nuestra propia profecía. Se ha desarrollado un tráfico generalizado de influencias, real y cruel. Los peruanos a todo nivel piden recomendaciones para exigir que se cumplan sus derechos. Millones buscan padrinos para obtener privilegios que no merecen. Los pocos valientes que tienen las agallas de no pedir favores tienen que trompear con medio mundo para defender sus derechos.

Toda la familia va en pos de la recomendación, las esposas hablan con los jefes de sus maridos para que les asciendan; los padres hablan con los profesores para que no desapruében a sus hijos. Los familiares se pasan la vida buscando a alguien que tenga “vara» para entrar a los institutos superiores, conseguir becas o ganar concursos. Todo es a base de “palanca”.

Añadan al componente indígena el factor español, y se junta el hambre con la necesidad: del esfuerzo por conseguir una caritativa recomendación a sobornar por ello no hay más que un pequeño paso.

Los negocios con el Estado, desde la provisión de pisco a Palacio de Gobierno hasta las bases de licitaciones de contratos millonarios, requieren una recomendación.

El triste corolario es que a nadie le pagan ni por lo que hace ni por lo que sabe. Algunos reciben en exceso y otros en defecto. El caso es tan extendido que hasta en las medianas y grandes empresas privadas se practica esta perversa costumbre.

Otra actitud proveniente de alguna mutación de conducta indígena es el no decir desde el principio las cosas tal como son. El indio lo hace para probar la aceptación de su mensaje, evitando que el gamonal le castigue prematuramente. Nuestra sociedad urbana adopta esta actitud y la transforma en “verdades a medias” para ocultar, manipular, creer que sacará alguna ventaja más tarde o, simplemente, para no comprometerse. No se dice al pan, pan, ni al vino, vino. El criollo o el blanco ha adquirido el hábito de mezclar su oscura explicación con una falsa sonrisa de complicidad para que el interlocutor le adivine algo que él quiere decir sin decirlo, porque si la respuesta es negativa, él bien puede decir que no quiso decir eso y se rectifica sin decir nada. Como “entre bomberos no se pisan la manguera”, el interlocutor también responde de igual manera; es decir, devuelve la risita acompañada de unas frases que pueden decir que entendió todo o que no entendió nada. En resumen, el arte de decir las cosas sin decirlas ha llegado a una sofisticación tal que hablar claro es ser mal educado.

Esto pasa en todas las esferas, entre amigos, familia, compañeros de trabajo, relaciones de negocios, sin embargo llega a niveles excelsos en la relación subordinado-jefe o trabajador-contratista. Por ejemplo, para obtener un servicio de reparación de lo que sea, ni el cliente dice todo lo que quiere recibir del servicio porque teme que le cobren más, ni el que rinde el servicio dice claramente lo que va a hacer por temor a que le exijan hacerlo. Todo queda a medias tintas, menos la desconfianza que es total. Al final, las dos partes quedan descontentas, pero ni eso se expresa claramente. El servidor no sabe si el cliente regresará y el cliente siempre sale con la sensación de que ha sido engañado. En los raros casos en que el servicio ha sido bien hecho el cliente busca algún ínfimo detalle para quejarse, no le da una amplia felicitación porque cree que el cholo tomará alguna ventaja la próxima vez.

Aprovecho unas líneas para compartir mi repudio a un hábito muy emparentado al anterior. Existe un temor a abrir el corazón, la simpatía o la admiración hacia alguien, esto hace compensar las frases de elogio o de felicitación añadiendo palabras hirientes. Al que le muestra su precioso auto nuevo, se le dice: “realmente es muy bonito, vamos a ver cuánto te durará”. Al que enseña las fotos de sus hijos: “tienes una familia muy simpática, suerte que se parecen a tu mujer”. Al que obtiene una beca para estudiar en el extranjero: “vas a aprender mucho, claro, pero después no tendrás dónde trabajar”. Empañar elogios, poner peros a triunfos, dudas a progresos, es reflejo de inseguridad y envidia. Es repugnante.

Más repugnante todavía es el “batir”. Este hábito es difícil de explicar. “Batir” a alguien es zaherirle continuamente con cierto ingenio. Es un humor negro acompañado de burla, que no es lo suficientemente abierta como para que la víctima mande al agresor al diablo. Son casos de crueldad psicológica que afectan más que latigazos, debilitan el carácter, lo quiebran y lo inducen a depresión y a desarrollar un complejo de inferioridad. El “batir” es constante, es un lavado cerebral perverso. El criollo “bate” constantemente

al cholo, le imita, hace constantes alusiones a su físico, a sus temores o costumbres, le provoca sin enfrentársele directamente, hiere las partes más sensibles de su personalidad. Cada “batida” provoca resquebrajamiento en la dignidad.

En lugar de enfrentarse y pedir explicaciones por malos entendidos, o disgustos; en vez de criticar cara a cara peculiaridades o hábitos que no nos gustan de los seres próximos, se recurre a “batarlo”. Es más seguro porque la crítica lleva el arropamiento de la burla. La víctima para defenderse deberá usar un mayor ingenio y esto es difícil porque el atacante tiene la iniciativa y muchas veces jerarquía. No “bate” el hombre sólido, él trata de aclarar la duda o criticar abiertamente el asunto. Quien “bate” es el mediocre y eso abunda en el país.

—¿Tiene que hablar sobre esto?

—Sí. Es necesario.

—¡Qué horror!

Como todo acto cobarde “batar” necesita cómplices. No se bate en la intimidad. Se bate con un mínimo de dos y el máximo de la tele audiencia. Los mediocres requieren un coro para sus burlas por tres razones: Primera, para aplastar más a la víctima. Segunda, para que la presa tenga más trabajo en aplacar las risitas. Tercera, quizá la más importante, para que los cómplices amortigüen una remota respuesta violenta.

—Disculpen, voy a vomitar. No tardo.

—...

—Regresé. Ahora Uds. pueden ir si lo desean.

La idiosincrasia del indígena ha contagiado subrepticamente al mestizo y al blanco. Los gérmenes que defendían al serrano de sus explotadores se han mutado en nuestra sangre y ha degenerado nuestra conducta. Es la natural venganza de una raza que ha sido calumniada desde hace siglos y sojuzgada con propósitos inconfesables.

6.- La desgracia es no haberlos tomado en cuenta

ES TIEMPO DE asumir responsabilidades, ya no queda nada que salvar. La sociedad urbana es responsable del desbarajuste en que nos encontramos, sin embargo oigo voces que con aterradora ignorancia o desfachatez esquizofrénica apuntan con el dedo a los cholos.

—Si no fuera por estos no estaríamos así.

—Claro, y encima nos invaden. Deberían haberse quedado en sus cerros, caray.

Se cree que cuesta mucho su educación, que no pagan impuestos, que son una carga para el presupuesto de la nación, una molestia, origen de suciedad y foco de enfermedades.

—Si no fuera por ellos viviríamos mejor.

Basta mirar a vuelo de pájaro el presupuesto de la nación para ver que los limeños se lo tragan todo. Por otro lado, pensemos en lo siguiente: los indígenas subvencionan nuestros alimentos a través de los miserables precios que pagamos por los productos agrícolas; la suciedad de Lima es mil veces mayor que la de cualquier aldea andina. Las enfermedades las sufren los que no comen, trabajan mucho, y viven mal.

Es inútil discutir porque hace años que nos lavan el seso. ¡Basta de echar la culpa a los gachupines!. Desde los orígenes del “pensamiento nacional” se ha creído que el indio es una sub-raza explotable. Aquí les va un ejemplo: La revista El Mercurio Peruano es considerada como el primer manifiesto intelectual organizado del concepto de peruanidad. Distinguidos próceres participaron en “La Sociedad Amantes del País” que auspiciaba dicha publicación, entre ellos Toribio Rodríguez de Mendoza y Joseph (no me he equivocado, lo escribían así) Hipólito Unanue. Bueno, “los amantes del país” publican en el número 344, folio 255 del 20 de Abril de 1794, lo siguiente: “el indio aunque racional es sin disputa corto de ideas”. Hay muchos más ejemplos del “despertar

de nuestra peruanidad”, que esta revista tantas veces elogiada nos infundió; mi estómago me impide transcribirlos.

En dos siglos no se ha cambiado este prejuicio a pesar de que hay muestras palpables de la creatividad y el desarrollo intelectual al que puede llegar el indígena. ¿Uds. creen que si el indio fuese “corto de ideas” hubiera desarrollado la economía informal que mantiene al Perú? ¿No se ve a los indígenas recorriendo las capitales del mundo tocando su música andina, escabulléndose de la policía y viajando a las ciudades más lejanas sin saber ni siquiera bien el castellano? ¿Eso lo puede hacer un hombre corto de ideas?

Bolívar declaraba textualmente que “los indios son todos truchimanes, todos ladrones, todos embusteros, todos falsos, sin ningún principio moral que los guíe”. Pero veamos otras perlas del acendrado racismo de nuestra sociedad. Castilla se arrepintió de traer chinos: “allí mezclados con nuestros naturales pervierten su carácter, degradan nuestra raza e inoculan en el pueblo y especialmente en la juventud, los vicios vergonzosos y repugnantes de que casi todos están dominados”. Quizá Don Ramón Castilla fue influenciado por un español liberal que se quedó en el Perú y contribuyó a la educación del país, fue fundador del Colegio Santa Isabel en Huancayo, se llamaba Sebastián Lorente. Este educador se compadecía del resultado de la raza indígena por haber sido oprimida durante tantos siglos, sin embargo no tenía esperanzas en su recuperación; afirmaba: “yacen en la ignorancia, son cobardes, holgazanes, rateros, sin respeto por la verdad, y sin ningún sentimiento elevado, vegetan en la miseria y en la preocupación, viven en la embriaguez y duermen en la lascivia”. Javier Prado -cuyo nombre completo es Javier Prado Ugarteche, hermanito de Manuel, el dos veces inepto y corrupto presidente del Perú e hijo de Ignacio Prado, también tristemente célebre presidente durante la guerra con Chile del que ya hemos hablado- pues bien, Javier Prado, nombre que mercedamente lleva la avenida donde están las mejores mansiones de Lima, era un intelectual que lamentaba: “la influencia perniciosa que las razas

inferiores han ejercitado en el Perú”. Por esa época Francisco García Calderón, otro intelectual peruano, envidiaba a Chile o Argentina por estar libres de “razas agotadas”. Mas tarde Clemente Palma, prestigioso pero mediocre hombre de letras, afirmó en un libro escrito en 1897: “la raza india es una rama degenerada y vieja del tronco étnico del que surgieron todas las razas inferiores... sin carácter dotada de una vida mental casi nula... es inadaptable a la educación”. Su hermano Ricardo, como vimos anteriormente, no estaba alejado de esas ideas.

En el siglo XX tuvimos a Alejandro Deustua, reconocido pensador peruano, que escribió que “el Perú debe su desgracia a la raza indígena”. Las citas entrecomilladas las he extraído del libro “Buscando un Inca” de Alberto Flores Galindo.

El chino Fujimori hizo más por sus paisanos japoneses que el cholo Toledo por los suyos, y eso fue porque Fujimori confiaba en los niseis, en su raza. El cholo Toledo, en cambio, prefiere a los LDM que a los suyos. Algo para reflexionar...

Ser racista en el Perú es sarcástico, irónico y estúpido, pero muy cierto.

He visto a los inmigrantes andinos acomodarse a situaciones hostiles y establecerse con éxito en países como los Estados Unidos, Francia, Dinamarca y, por supuesto, en España. Ahora se sienten menos marginados que en el Perú.

El que se atreva a negar lo escrito aquí es ciego o nunca ha ido a un desfile militar. Los oficiales son más altos y más “blanquiñosos” que los soldados, que son bajos y cholos. Exactamente como los desfiles de las tropas colonialistas inglesas en la película de Gunga Dim. Para los de pensamiento riguroso admito que la tropa está salpicada de uno que otro simpático moreno bembón y quizás un oriental.

Para terminar esta parte, recuerdo que cuando era un niño me enviaban a comprar comestibles al “chino de la esquina”; los asiáticos eran personas mayores, sin embargo nosotros les hablábamos de tú, como lo hacían nuestros padres. Los chinos nos contestaban a veces de tú, pero nunca oí que tuteasen a mis padres. No era la costumbre. Mejor dicho era una costumbre arrogante impuesta por nuestra sociedad.

LACRIMOSA

Siempre es tarde para llorar, decía Salustio. Nosotros no somos la excepción a ese principio. Llorar de noche es triste, pero llorar de día, caminando por las calles de mi Patria, es pavoroso.

Después del llanto la pena sigue, se seca la garganta, se estruja el corazón, y el pensamiento se hunde en un agujero negro. Uno queda ausente, lejos, hundido bajo el peso de un pueblo abrumado por la miseria y la desesperanza.

Señor, has exagerado. Si no te importan los sollozos de mi raza, qué haces allí.

Offertorium. Domine Jesu Christe.

IX

Terrorismo y crimen

OFFERTORIUM. DOMINE JESU CHRISTE.

**Domine Jesu Criste, Rex gloriae, libera animas
omnium fidelium defunctorum de poenis inferni
et de profundo lacu: libera eas de ore leonis,
ne absorbeat eas Tartarus, ne cadant in obscurum:
sed signifer sanctus Michael repraesentet eas
in lucem sanctam: Quam olim Abrahae promisisti
et semini ejus.**

Señor Jesucristo, Rey de la gloria, libra las
almas de todos los difuntos de las penas del
infierno y del abismo sin fondo. Líbralos de
las fauces del león a fin de que no los engulla
y caigan en las tinieblas: Que San Miguel,
tu portaestandarte, los lleve a la luz eterna:
Que Tú le prometiste hace tiempo a Abraham y a
su posteridad.

1.- Una nota personal

LO ÚNICO QUE ME alegra al escribir estas líneas es que mi padre está muerto. Disculpen un aparte personal. Mi padre, David Morote Quintanilla, nació en Pichupampa, un fundo de su familia ayacuchana, allí habló quechua hasta que fue al colegio, parecido al caso de Arguedas. La familia de mi padre venía de la sólida rama de los “Estanislao”, no tan acomodada como la de los “Plácido” que eran gamonales en Coracora. Estudió en Ayacucho como todos los Morote, Sierralta Morote, y tantos Morotes más. Razones económicas le trajeron a Lima y se convirtió en “caballero de la ley” de la Guardia Civil, graduándose en 1922 de alférez de caballería con la primera promoción de la Escuela de Oficiales, creada por una misión española durante el gobierno de Augusto B. Leguía.

Por su honradez, amor al género humano y aversión al robo, no llegó sino a teniente coronel de la “Benemérita”. Lo retiraron del servicio cuando fracasó la sublevación de Iquitos en la que participó para derrocar al tirano de turno, el general Manuel Odría.

Mi padre falleció el 12 de Octubre (Día de la Raza) de 1979. No llegó a enterarse de que meses después Sendero Luminoso cometía su primer atentado. Me alegra que no haya visto lo sucedido en su “Ayacucho perlaschallay” que tanto amaba y al que, acompañado por su guitarra sevillana, tanto cantaba.

El tema del terrorismo es tan espinoso que me obliga a dar una vuelta más a la tuerca. El movimiento Sendero Luminoso se incubó y desarrolló en la Universidad San Cristóbal de Huamanga. Este centro universitario fue fundado en 1677. A fines del siglo XIX el gobierno de Lima lo cerró alegando razones económicas; su reapertura se gestó en 1959 siendo elegido como rector un querido primo hermano de mi padre. A Efraín Morote Best se le acusó falsamente y sotto voce de haber sido mentor de Sendero Luminoso. Su hijo Osmán, a quien no conozco, fue juzgado y condenado a una larga prisión por ser lugarteniente del “Presidente Gonzalo” y haber dirigido varios atentados criminales. Su hermana menor también está presa por terrorista. A su hijo Osmancito lo acribillaron unos enemigos de su padre en Lima cuando iba al colegio. Tenía 13 años, por milagro no murió, ahora vive con unos pariente en Europa donde fue enviado para salvarle la vida. Las cartas sobre la mesa, en los tiempos de Sendero Luminoso también tenía parientes cercanos en el Ejército y la Guardia Civil. Finalmente, otro pariente mío, Alberto Morote Sánchez, exrector también de la Universidad San Cristóbal de Huamanga, fue miembro de la Comisión de la Verdad y Reconciliación. En resumen: una situación familiar típica en el Perú, con todo lo que esto quiera decir.

He creído necesario contar lo anterior por dos razones. Primera: El asunto del terrorismo es más que un problema indígena, alcanza a una parte insospechada del país (mi padre medía 1.80 m y tenía la piel blanca, algunos de sus hermanos parecen alemanes). Segunda: quiero ahorrar el trabajo de algún listo que desee relacionar mi apellido con el de Osmán.

- Gracias por su paciencia.

2.- La verdadera tragedia

LA TRAGEDIA DEL TERRORISMO en el Perú no fueron las muertes que causaron. La verdadera tragedia es que ya no interesa a nadie.

—¿Tú sabías que murieron 30,000 personas entre terroristas, policías y población civil?

—Dicen que fueron 70,000

—¿Ah, sí? Pásame la cerveza

—No está fría

—Si no está helada no me gusta

Hace varios años se hizo un justificado revuelo por la muerte de varios periodistas en manos de los pobladores de una aterrorizada aldea andina. Mario Vargas Llosa formó parte de la Comisión Investigadora que trató de descubrir las verdaderas razones de tal crimen. Publicaciones, debates, polémica, etc., todos los periódicos del mundo siguieron con atención la investigación en la que no se tomaron en cuenta las órdenes de los generales ni la política de exterminación de ambas partes. Después se asesinaron diariamente a decenas de personas y ya no fue novedad para nadie. Esa fue la verdadera tragedia del terrorismo. Ese encallecimiento de los sentimientos, ese cinismo de sobrevivencia moral nos llevó a todos a un despeñadero inevitable.

El cerrar los ojos es escandaloso. El generalizado cinismo es espeluznante.

—Eso sólo pasa allá.

—Sí. Oye, ¿cómo terminó el partido de la “U”?

El año 2003 los vestigios de SL volvieron a realizar incursiones y fechorías poniendo nuevamente en jaque al Estado y vemos nuevamente que la respuesta oficial es solamente represiva, no política.

Una vez que el Presidente Gonzalo quedó preso en su jaula de oro del Callao, se creyó que todo estaba concluido. Más aún, el gobierno se sintió seguro después del fracaso del MRTA en la embajada de Japón. ¡Qué error! No solamente se redujo la presencia de las FF AA en Ayacucho, sino que se redujeron las inversiones en toda el área. Se olvidaron que los miles de huérfanos de la guerra civil quedaron desamparados, y que esos bebés tienen

ahora veinte y tantos años. Fujimori y este incapaz de Toledo dieron la espalda a Ayacucho y ya ven a lo que nos enfrentamos ahora. Nadie sabe lo que pasa. Se dice que hay unión entre terroristas y narcotraficantes, es muy posible. Pero casi nadie menciona que junto a este intento terrorista hay una inmensa población que sigue encomendada a la mano de Dios, y eso es un peligro ya que Dios no mueve ni un dedo, sus designios son inescrutables.

3.- Si hay guerra atómica me gustaría estar en el Perú

HACE AÑOS OÍ DECIR esto a un cínico que encontraba algo positivo al atraso de veinte o treinta años que el Perú tiene sobre los acontecimientos mundiales. En muchos casos no le faltaba razón: fuimos el último virreinato de España en independizarse; mantuvimos una economía feudal hasta hace poco; en Latinoamérica hemos tenido más golpes militares que ningún otro país de nuestro tamaño; hemos nacionalizado empresas cuando los otros países las privatizaban; peleamos con los americanos cuando otros gobiernos, como los chinos y vietnamitas se amistaban con ellos; coqueteamos con los rusos y con Castro cuando ya estaban de capa caída y no tenían donde caerse muertos; implantamos tarifas aduaneras cuando la tendencia mundial es eliminarlas; invertíamos en armas cuando debíamos haber invertido en escuelas; nuestro pueblo quiere emigrar cuando las cuotas de admisión de los países industrializados están repletas de mexicanos, árabes, pakistaníes, hindúes, turcos, polacos, rusos, vietnamitas; nos queremos asociar con otros países hermanos cuando México ya se arrojó con Estados Unidos y Canadá, y Brasil con Argentina y Uruguay; Chile no quiere saber nada del Perú y nuestro anémico Grupo Andino necesita capital extranjero a gritos. Miren si no tengo razón, cuando todo el planeta se llenaba de gobiernos democráticos y se repudiaba internacionalmente a las pocas tiranías que quedaban, Fujimori y los rapaces gorilas dieron un golpe de estado y se quisieron perpetuar en el poder.

En todo, en todo llegamos tarde. Apostamos siempre al caballo equivocado. No sabemos que en el mundo económico se gana vendiendo cuando la gente quiere comprar, y comprando cuando la gente desea vender. Nosotros nos hemos puesto duros contra el capital extranjero cuando otros países lo acogían, y ahora los llamamos cuando ellos no quieren o no pueden venir. Quizás la línea ecuatorial es realmente un prisma que nos hace ver las cosas al revés.

Con las guerrillas pasa lo mismo. Ser guerrillero en los tiempos de Che Guevara era la moda en Latinoamérica, eran los tiempos del libro rojo de Mao, del movimiento Tupamaro en Argentina, de las guerrillas en Vietnam, en Angola y un poco más tarde en Afganistán. En el Perú tuvimos similares brotes, en alguna parte de la selva se encuentra la osamenta de Luis de La Puente, ex aprista, fundador del MIR, que murió en Mesa Pelada -1965- dirigiendo su guerrilla, el cadáver fue arrojado desde un helicóptero. Algunos años antes “entre pájaros y árboles”- cayó a los 21 años el poeta Javier Heraud. Ingresaba por el río Madre de Dios con un reducido grupo de entusiastas pero ingenuos guerrilleros. Más suerte tuvo Hugo Blanco que fue acogido por Suecia y después regresó a Lima para pasearse gordo y acomodado. Eso pasó hace cuarenta años, todo eso es ya historia, hasta los terribles Khemer Rouge de Pol Pot han negociado la paz en Cambodia. En nuestro país, en cambio, el terrorismo todavía no ha desaparecido.

—Estamos jodidos. Disculpen.

La lejanía física de los países avanzados es parte de la explicación. ¿Pero a qué se deberá la norma extemporánea de nuestras acciones? He ensayado varias teorías sin ningún resultado. ¿Habrá que recurrir a Freud para comprender nuestra conducta? ¿A qué se debe la falta de oportunidad política?, ¿a ignorancia crasa?. No creo, nuestros políticos y militares estaban enterados de lo que pasaba en el mundo. ¿A arrogancia? Es posible, como nos han hecho creer que el Perú es rico, creemos que tenemos a los inversionistas de rodillas. ¿A desconfianza atávica? Quizás la

influencia indígena nos hace ser tímidos cuando debíamos ser arriesgados y ser arriesgados cuando debíamos ser prudentes. En todo caso estoy seguro de que no es mala suerte. Me pregunto inútilmente por qué los incas que fueron tan civilizados no descubrieron la rueda. ¿No habrá atrás de todo esto algún dios perverso? Cuando la ciencia no es capaz de contestar nuestras preguntas uno está forzado a recurrir al esoterismo. Alguien tendrá que estudiarlo con detenimiento.

Lo siento, sigo frustrado. Es difícil entender nuestro atraso en comprender al mundo. Tenemos periódicos que informan de lo que pasa afuera, ¿leemos todos lo mismo?

Los programas basura de nuestra televisión son el hazme reír del mundo entero. ¿Vemos todos lo mismo?, ¿oímos todos la radio?, ¿leemos todas las mismas revistas? Díganme, por favor, ¿en qué carajo piensan cuando ven que otros países progresan y nosotros vamos en picada?, ¿en ir a la playa?, ¿en tirarse a la chola?, ¿en el partido de fútbol? ¿En qué demonios piensa el Perú? Es realmente desesperante...

—Cálmate, tranquilo. Lo positivo es que si hay una guerra atómica sus efectos nos llegarán dentro de muchísimo tiempo.

—Para ese entonces estaremos en la edad de las cavernas a punto de descubrir el fuego.

Frente a la orfandad representativa del pueblo andino no nos debe extrañar que salga alguien con cierto carisma y convencido de alguna doctrina, aunque esta sea errónea, para convencer a jóvenes que quieran creer en algo, no importa lo que esto sea. Esta necesidad de creer en algo encontró en Ayacucho un campo fértil, germinó y se extendió por todo el Perú. Si no hubiera sido por la cruel y sanguinaria manera en que los “senderistas” asesinaron a sus mismos paisanos convirtiendo las guerrillas en terrorismo, ellos hubieran tenido mayor respaldo de la población porque el pueblo tiene necesidad de ideales, quiere volver a soñar,

desea encontrar dignidad y respeto. El pueblo andino quiere ser tomado en cuenta.

4.- La Comisión de la Verdad y Reconciliación

SEÑORAS Y SEÑORES: esto es lo más grande que ha pasado en el Perú, quizá lo único importante en toda nuestra historia republicana. No exagero un ápice. El asesinato de 70,000 compatriotas, la violación de otras decenas de miles de mujeres, la tortura de un número parecido de campesinos, la orfandad de muchos más niños, no ha sido en vano. Por fin ha salido una voz pública que denuncie ante el Perú y el mundo la inveterada discriminación a la que una gran mayoría de nuestros compatriotas ha sido sometida por autoridades civiles, militares y religiosas, ante la indiferencia del resto de los ciudadanos. Repitamos uno de los brillantes párrafo de sus conclusiones hechas públicas el 28 de agosto de 2003:

“Mucho se ha escrito sobre la discriminación cultural, social, económica persistente en la sociedad peruana. Poco han hecho las autoridades del Estado o los ciudadanos corrientes para combatir ese estigma de nuestra comunidad. Este informe muestra al país y al mundo que es imposible convivir con el desprecio, que éste es una enfermedad que acarrea daños muy tangibles. Desde hoy, el nombre de miles de muertos y desaparecidos estará aquí, en estas páginas, para recordárnoslo.”

Leer los documentos publicados por la CVR ha sido como ver plasmado este Réquiem en una horrorosa realidad. Nada más salvaje se ha cometido en nuestra historia republicana. Nada más trágico ha sido ocultado o visto con indiferencia por una sociedad como la peruana.

Los miembros de la CVR son dignos sucesores de una estirpe de intelectuales peruanos que durante toda la república han

clamado en el desierto contra las injusticias sufridas por esa mayoría indígena oprimida y minorizada. Muchos intelectuales y artistas - a los que me refiero en el siguiente capítulo- hicieron infinidad de veces perentorias llamadas para combatir los prejuicios de nuestra sociedad. Esas críticas, que abusando de la paciencia del lector recalco de manera persistente en cada página de este Réquiem, no han servido para nada. ¿Servirá ahora la labor de la CVR para que el Perú despierte de su letargo moral, de su conducta insolidaria, de su frivolidad estúpida y autodestructiva? Temo que no. Los enemigos de la verdad atacaron y boicotearon la CVR durante su labor y después de ella; las descalificaciones, insultos y hasta amenazas llegaron a niveles insospechables. Voces contra este informe vinieron de todos los estamentos e instituciones, desde la iglesia hasta los partidos políticos.

¿Valdrá para algo la investigación y recomendaciones de la CVR? ¿Se castigará a los culpables de las masacres? ¿Podrá acabarse la discriminación indígena y su abandono? Me gustaría pensar que así será, pero ya ni en la paz de los sepulcros creo. La historia del Perú me ha enseñado que el revuelo que causa una crítica a nuestra sociedad se apaga rápidamente porque los afectados son poderosos y nuestra sociedad es, favoreciéndola con el beneficio de la duda, por lo menos indolente, por no decir deshumanizada y cruel.

Han pasado pocos meses desde que la CVR hizo público su informe y ahora el silencio es total. Ninguna autoridad judicial ni gubernamental ha tomado cartas en el asunto. La Comisión era sobre la Verdad y la Reconciliación, sabemos la verdad, pero si no castigamos a los culpables, si no reparamos las pérdidas morales y económicas de las víctimas no habrá nunca reconciliación posible. Hasta la fecha los poderosos, y en ellos incluyo a la jerarquía de la iglesia católica, están triunfando. Pero que no se confíen, tarde o temprano se les pedirán cuentas. Allí quedó el documento acusatorio que los invito a leer en la página web: www.cverdad.org.pe En ella encontrarán las más crueles y tenebrosas páginas de horror que se puedan imaginar; todo esto

realizado en nuestro país por verdugos peruanos y víctimas de nuestra misma nacionalidad. No hay que quedarse callados, peruanos, envíen cartas de adhesión a la comisión y pidan cuentas al gobierno en cada oportunidad que se les presente. Veamos qué promesas sobre este punto harán los próximos candidatos a la presidencia, porque de este ineficaz gobierno no sacaremos nada.

El lector se preguntará con toda razón si soy coherente. Por un lado digo que el holocausto peruano no ha sido en vano, para después contradecirme y decir que la CVR no servirá para mucho. Tiene el lector toda la razón, me contradigo. Confundo lo que quisiera con lo que es históricamente previsible. Quisiera que las atrocidades cometidas durante los últimos veinte años del siglo XX abran paso a una nueva etapa de nuestra historia, desearía como ustedes que a partir de ahora se reconozca los derechos de los campesinos, que seamos solidarios con los indígenas, que se abra oportunidades para que participen por derecho propio en el desarrollo de nuestro país. Esos son mis deseos y sé que son los de usted lector.

Mis predicciones basadas en la manera de cómo nos hemos comportado en el pasado ante similares situaciones indican que no va a ser posible lograr ese objetivo. Sólo un milagro divino o una revolución humana cambiaría nuestra detestable manera de pensar y actuar. Milagros ya no se hacen, revoluciones tampoco.

Queda latente, sin embargo, el maravilloso trabajo de los miembros de la CVR para que alguien en el futuro haga explotar con la mecha encendida, débil pero mecha al fin, dejada por ellos. Ellos son la más rotunda prueba de que la herencia intelectual y moral del Perú sigue latente. Sus nombres son para escribirlos con mayúsculas: SALOMÓN LERNER, doctor en Filosofía, rector de la Universidad Católica, que ejerció la presidencia; BEATRIZ ALVA HART, abogada; ROLANDO AMES COBIÁN, sociólogo; JOSÉ ANTÚÑEZ DE MAYOLO, cura salesiano; LUIS ARIAS GRAZZIANI, general retirado de las Fuerzas Aéreas; ENRIQUE BERNALES, abogado, Director

Ejecutivo de la Comisión Andina de Juristas; CARLOS IVÁN DENEGRI, antropólogo; GASTÓN GARATEA, sacerdote de los Sagrados Corazones; HUMBERTO LAY SUN, arquitecto, evangelista, Líder de la Asamblea de Dios; SOFÍA MACHER, socióloga; ALBERTO MOROTE SÁNCHEZ, ex rector de la Universidad San Cristóbal de Huamanga; CARLOS TAPIA GARCÍA, analista político, LUIS BAMBARÉN, obispo de Chimbote, que actuó en calidad de observador. A todos ellos el Perú les debe rendir agradecimiento y admiración.

5.- El “otro sendero”: el crimen

HERNANDO DE SOTO describió con claridad meridiana la “economía informal”. Es decir, la manera como el pueblo ha desarrollado importantes actividades económicas a espaldas o, más bien, a pesar del esclerotizado sistema legalista que nos oprime. Su libro “El Otro Sendero” fue publicado en 1986 y desde entonces ha sido citado y estudiado no sólo en el Perú sino en el mundo entero. Pues bien, el “fenómeno de la informalidad” no es exclusivo del campo económico, si tuviéramos investigadores de la talla y recursos financieros de Hernando, encontraríamos que en el Perú existe “la informalidad” en todo orden de cosas. Por ejemplo, paralelamente a la Iglesia Católica existe otro “catolicismo informal” que arranca el fervor de millones de peruanos, tenemos vírgenes que lloran en todos los barrios, santos no reconocidos pero más venerados que los oficiales, tal como la Sarita Colonia del Callao. Tenemos beatos no beatificados y santos no santificados, pero a todos se les reza con fervor.

En la Educación es igual, paralelamente a los centros universitarios se ha creado una cantidad impresionante de “academias” donde se enseña de todo. Estos centros de educación “superior” tienen más alumnos que las universidades. Si aguzamos la vista podríamos descubrir que todas las áreas del quehacer peruano están manejadas por la “informalidad”.

El terrorismo organizado no ha escapado a este fenómeno: frente a sus ideales revolucionarios, su acción rígidamente dirigida, su organización vertical, su proselitismo clandestino, sus torvos crímenes, está el “terrorismo informal”. Esto es, la iniciativa individual y desorganizada de realizar atracos, robos, asesinatos, fuera de cualquier disciplina partidaria o dogma. Por un asalto “terrorista formal” hay cincuenta “crímenes informales”. Si tuviéramos estadísticas fiables veríamos que la inseguridad pública se debe principalmente a la proliferación de “terroristas informales”.

La vigilancia de la propiedad hasta grados inconcebibles (ya comentada en páginas anteriores) es porque el Perú está lleno de ladrones y asesinos que han hecho, sin saberlo, una revolución por su cuenta. “Los terroristas informales” han abolido la propiedad privada de modo tal que todo aquello que no se defiende o huya, les pertenece. La única restricción que tienen son los medios de protección del propietario. El “ataque informal” es total: nada ni nadie se escapa. Igual usurpan los bienes del Estado como los de las familias ricas, o de la clase media, o de la pobre. Estos últimos por tener menos medios de defensa son víctimas propicias.

Los “terroristas informales” están incrustados en todas las clases sociales y en todas las actividades económicas. No crean que son solamente proletarios. El crimen es realizado tanto por “gente decente” como por marginados. Los “informales” llevan toda clase de uniformes o hábitos, son policías, médicos, ingenieros y, por supuesto, muchos desempleados. No estoy exagerando un ápice, baste caminar por cualquier barrio de Lima para comprobarlo.

La reacción de los ciudadanos ha sido tardía. En algunas zonas los vecinos han creado una “policía informal”. Son vigilantes (los llamamos “wachimanes”) de dudosa reputación a quienes se les da una arma, algo de dinero y un silbato. Esto es una barbaridad. En la situación en que estamos las presuntas víctimas debían sacar

la cara, organizarse entre los mismos vecinos y prepararse a defender sus propiedades y a sus seres queridos. Pero no, los señoritos de la clase burguesa y sus hijitos consideran, aún a estas alturas, que eso es un trabajo de cholos o de zambos. Lo que ocurre es que muchas veces esos mismos “wachimanos”, cholos o zambos, son también “terroristas informales”.

El crimen generalizado se ha convertido en una plaga endémica difícil de erradicar. Teorías macroestructurales indican que primero tendrán que caer los “terroristas formales”, y eso va tomar algún tiempo.

La inseguridad pública es “el otro sendero” que hemos escogido.

OFFERTORIUM. DOMINE JESU CHRISTE

El león de la violencia cerró sus fauces, estamos engullidos y no podemos salir.

¿Dónde está San Miguel, tu portaestandarte, que no viene a salvarnos?, ¿con quién se ha entretenido? Cuando se rebeló el arcángel Luzbel, ¿organizó guerrillas o terrorismo? ¿Fue realmente la Soberbia el peor de sus pecados o quiso hacer algunos cambios estructurales en el universo?

Pregunto, Oh Domine Jesu Christe, sólo por curiosidad.

X

Los intelectuales

OFFERTORIUM. HOSTIAS.

**Hostias et preces tibi, Domine, laudis
offerimus: tu suspice pro animabus illis,
quarum hodie memoriam facimus: fac eas,
Domine, de morte transire ad vitam.**

Te ofrecemos, Señor, el sacrificio de nuestros
ruegos y alabanzas: recíbelas en memoria
de todas las almas que recordamos el día de
hoy hazlos pasar de la muerte a la vida.

1.- Sinergia trágica

TENEMOS UNA SOCIEDAD frívola y un pueblo ignorante, peor combinación no puede haber. El interés de una pequeña minoría, que ha querido pensar seriamente, ha sido siempre acogida como un reto para todo el mundo.

Siguiendo nuestra enraizada costumbre de denigrar a todo aquel que sobresale, la discusión sobre las personas ha tenido más importancia que el debate sobre sus ideas. Es más, ni siquiera se han discutido las tesis. Todo intento de polémica ha quedado reducido a etiquetar al pensador de “reaccionario” o “comunista” o “aprista”.

—Vargas Llosa dice que el Perú está descapitalizado.

—Ese es un reaccionario.

—Es verdad. El Perú no puede estar descapitalizado.

El otro grupo semántico de rechazo a la consideración de cualquier idea es el origen de la persona que opina: “blanquiñoso” o “cholo” o “negro”.

—El alcalde de Puno dice que el Perú es un país racista.

—Qué sabrá ese cholo de mierda.

—Tienes razón, hija. No sabe nada.

La proclividad a la anécdota y no a lo trascendente, a la forma y no al contenido, ha hecho que se lean más “tradiciones” que

libros de historia, más novelas “rosas” que ensayos, más periódicos sensacionalistas que informativos.

En la televisión el asunto es pavoroso. Si los “talk shows” hubieran sido reemplazados con programas educativos los peruanos estarían entre los pueblos más educados del mundo.

El consejo socrático “conócete a ti mismo” es aplicable a cualquier nación. No es posible tomar bandos o rectificar caminos si no sabemos nuestras fuerzas y flaquezas. Saber lo que somos es un debate constante que no se puede guardar hasta la época de elecciones donde la manipulación de la opinión pública es una técnica de marketing. La lucha electoral sirve para elegir a un presidente pero no para escoger una manera de comportarse. Para esto se necesita una formación un poco más seria: leer al menos a algunos de nuestros intelectuales y tratar de descubrir la base de la cual partimos. Sin saber este hecho podemos tomar caminos equivocados. A nuestra sociedad no le ha interesado nunca conocer las raíces de los problemas y es por eso por lo que hemos dado saltos hacia objetivos irrealizables. También por esta falta de conocimiento interior hemos permitido gobernar a embusteros, incapaces y / o ladrones.

La discusión sobre los valores nacionales, los mitos, los problemas estructurales, el racismo, los hábitos alimenticios, no ha causado suficiente interés. Por flojera o frivolidad se ha querido ignorar la agonía de saber quiénes somos y de dónde venimos.

Es tan elemental satisfacer la necesidad de conocer la realidad antes de escoger una opción que seguir explicándolo me causa rubor. Imagínense a un médico deseando curar un enfermo sin examinarlo. ¿Me fui muy alto con el ejemplo? Bueno, aquí va otro más fácil, imagínense saltando del trampolín sin ver si la piscina tiene agua. A nosotros nos ha pasado lo mismo a la hora de elegir a un gobierno o, lo que es igualmente fatal, al momento de escoger una conducta en nuestra actividad cotidiana.

La ignorancia de nuestra realidad va desde las áreas socio-económicas hasta el simple conocimiento de los hábitos de higiene

de nuestros pobladores, cuya ausencia causa tantas muertes y enfermedades. Todas las cosas podrían haber mejorado si hubiera habido interés por conocer la realidad nacional y este interés hubiese sido compartido por todos. Es decir, por las autoridades y los ciudadanos.

—No coman cebiche en la calle. Está contaminado.

—Tonterías. Siempre lo he hecho. Hasta el Presidente lo hace.

U

—Oiga, no fume en la estación de gasolina. Está prohibido.

—No sea Ud. supersticioso.

Por otro lado, los intelectuales serios están pocos dispuestos al debate o a la polémica, se han retraído a sus cuarteles de invierno y desde allí disparan como francotiradores abrumados por la incomprensión y la falta de recursos. Si a esto añadimos que estudian y escriben para un público cada vez más escaso, concluiremos que mucho se ha gastado en enseñar el alfabeto a una sociedad que ha abandonado la lectura y se siente feliz viendo una cursi telenovela brasileña o un “talk show” huachafísimo cuyo contenido es vomitivo. Existe, todavía un sector joven de la población que tiene interés por educarse pero no tiene recursos. Repito lo que alguien ya debe haber dicho: “un pueblo con hambre tiene mala vista”.

Los que han pensado algo merecen el mayor homenaje sin importarnos qué pensaron. Suficiente esfuerzo es concretar una idea para exigir que ésta sea correcta. Es la discusión posterior, el debate público, los artículos periodísticos o libros que susciten esas ideas lo que nos hubiera llevado a comprender la realidad de nuestro país. No hubiera importado si el punto de vista fuese reaccionario o izquierdista, si escribía Pedro Beltrán o José Carlos Mariátegui, si se leía Marka o El Comercio. Cuanto mayor hubiese sido la discusión sobre nuestra realidad más amplio hubiera sido

el consenso sobre las prioridades nacionales. Hubiéramos visto, quizá, que si no se resolvía la situación económica de la sierra, la costa no podría tener paz garantizada, que si la burocracia crecía la economía bajaba, que si la corrupción continuaba... etc.

La falta de conocimiento de nuestra realidad nos ha empujado a creer en mitos y fantasmas han impedido nuestro desarrollo y madurez. Nos hemos quedado en el oscurantismo. Al igual que las tribus primitivas estamos manejados por brujos y guerreros.

El conocimiento de nuestra realidad y su entorno no es fácil: tendrá que diferir si el punto de vista lo escoge un aimara o un piurano, un limeño o un puneño, un arequipeño o un loretano, un burgués de las Casuarinas o un poblador de barriadas. La natural diferencia de la perspectiva se agrava debido a la ausencia de una base de reflexión común y el consenso sobre ciertos hechos.

Veamos rápidamente, a guisa de ejemplo, el problema de todos los días: la alimentación. Ninguna institución ha podido crear una entidad o espacio para realizar un inventario de las necesidades alimenticias del país, la capacidad técnica de nuestros campesinos y técnicos, los sistemas de distribución y consumo, y sobre todo un análisis de los protagonistas del drama agrario del Perú. Lo lamentable es que toda la información necesaria para tomar buenas decisiones siempre ha existido. Tenemos ingenieros y economistas, junto a un innumerable grupo de profesionales, técnicos, propietarios, arrendatarios y organizaciones campesinas, para estudiar y dar opiniones que deberían ser tomadas en cuenta. ¿Pero, cuándo han sido consultados?, ¿cuáles han sido los foros públicos o privados donde periódicamente se hayan planteado doctrinas agrarias? Ningún partido político, ni organización empresarial o sindical o comunitaria ha debatido en forma amplia y continuada el problema agrario donde los representantes de todos los sectores estén presentes.

La cultura agraria no puede ser el resultado de una convención, de un estudio, o de una campaña política. Formar una cultura implica haber mamado el conocimiento desde la cuna y continuar

nutriéndose de él a través de los años. Nuestra manera de enfrentar el problema agrario es oyendo las promesas de las campañas presidenciales cada cinco años (si los militares lo consienten); o las demagógicas declaraciones de congresistas ignorantes.

Por favor, exploremos un poco más el ejemplo. La tenencia de la tierra es un problema serio pero no es el único. Hay importantes hechos que influyen en nuestra agro-economía y en nuestra nutrición. Hablemos de un alimento al que le rendimos cotidiano honor: el arroz. ¿Debemos seguir comiendo arroz en un país donde no hay agua? Cuando en el siglo pasado los inmigrantes chinos nos catequizaron con este delicioso y nutritivo alimento el Perú tendría 3 o 4 millones de habitantes. El censo de 1940 dio una población de 7'023,111. En 2004 hemos cuadruplicado el número de habitantes y el agua no alcanza ni para beberla. ¿Podemos en el Perú seguir comiendo como vietnamitas? Si esto no es posible, ¿con qué otro alimento tendremos que reemplazarlo?, ¿cómo podemos persuadir a la población a comer, digamos, cañihua o quinua, productos oriundos del Perú?, ¿por decreto?, o ¿tendremos que seguir importando cada día más?, o ¿debemos dejar hacer lo que cada uno quiera siguiendo las teorías más liberales de la economía de mercado? Las respuestas no pueden ser dadas por el Congreso de la Nación. Tienen que ser estudiadas por los interesados durante un buen tiempo hasta que sean digeridas. Debemos esperar debates acérrimos, protestas y adhesiones en los que participen los afectados, entre ellos las, hasta ahora silenciosas, amas de casa. Las decisiones se deberán ir tomando paulatinamente siguiendo el consenso del público quien es el que deberá asumir las responsabilidades y riesgos.

Un tema alimentario no se resuelve de un día a otro. En el caso del arroz pregunten a los japoneses por qué les cuesta cinco veces más el arroz nacional que el que les costaría importarlo y por qué están dispuestos a pagarlo a fin de conservar su fuente local y no depender de volátiles importaciones. Véase bien que no doy recomendaciones, mi único afán es resaltar la estupidez comunitaria

de no discutir nuestra realidad antes de tomar decisiones políticas. Hay un desprecio craso por estudiar; y una irresponsabilidad criminal para dar recomendaciones sin ninguna base.

El ejemplo del arroz no es especial. Hay muchísimos más: queremos seguir comiendo pan de harina de trigo, cereal que no tenemos y no podemos tener por razones de suelo. Estamos obsesionados por la carne de vacuno que nos vemos forzados a importar porque no tenemos pastos suficientes, etc., y muchas más etcéteras en el campo agropecuario.

Todos los países desarrollados controlan estrictamente su agricultura. Nadie hace lo que le da la gana. Esto no se puede confundir con totalitarismo comunista porque en Occidente los medios de producción agrícola han estado siempre en manos de quienes trabajan la tierra, sin embargo, las políticas agrarias responden a una decisión estatal que es transparente en sus intenciones y administración. Un ejemplo: el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos calcula la demanda nacional e internacional de maíz y estima cuántas hectáreas necesitan ser sembradas, compensando a los propietarios de tierras que no se necesitan cultivar por las utilidades que hubieran podido tener. Otro ejemplo: la Comunidad Europea determina la cantidad de producción de leche. Igual sucede en la producción de vino, carne de cerdo, cuotas de pesca, el aceite de oliva y otros productos.

Las protestas de los ganaderos o agricultores europeos son a veces violentas, pero la racionalización de la producción es llevada acabo mirando una compleja situación en la que todos los afectados opinan.

En nuestro país, el caos agrícola es similar a otros caos en áreas tan disímiles como Educación y el Deporte porque los que saben algo no son escuchados y el conocimiento fragmentario se convierte en dogma de fe por seguidores de ignorantes politiqueros. El Perú es un país con tradiciones pero sin biografía. Seguimos aferrados a malsanas costumbres.

Al no tener valores comunes, lo que nos une son mitos falsos y fantasmas inexistentes. Lo que nos desune es la ignorancia y la frivolidad.

No ha sido por falta de intelectuales, hemos tenido brillantes hombres que se dieron cuenta de la importancia de estudiar nuestra sociedad, lo que pasa es que sus palabras han caído en tierra estéril.

2.- Analistas de la realidad nacional

MUCHOS PERUANOS entendieron que un examen serio sobre nuestra condición y realidad debía ser la primera cuestión a resolver. El primero de ellos es el tantas veces mencionado y nunca suficientemente elogiado Manuel González Prada. Sus críticas a nuestra sociedad estuvieron basadas en un análisis implacable de las injusticias cometidas contra el pueblo por un podrido Estado. Su legado inspiró a muchas generaciones de intelectuales y hasta el día de hoy en alguna aula universitaria, o choza subversiva, se leen con fervor los libros que dejó a su muerte el año 1918.

Hagámonos la siguiente pregunta: ¿por qué González Prada no es debatido en la TV, estudiado en la escuela primaria y secundaria, apenas mencionado en los libros de historia, y ausente en la formación cívica del ciudadano? El Perú que él acusaba desde fines del siglo XIX básicamente no ha cambiado.

Supongamos que muchas personas estén en desacuerdo con sus ideas anarquistas, pues bien, discutámoslas y veamos no solamente esa parte sino, también, sus ensayos sobre el indio, la educación, la justicia. Al no sacar a González Prada a la luz cotidiana, la sociedad ha perdido la oportunidad de descubrir, conjuntamente, un espíritu rebelde a los abusos. Ahora sus escritos alimentan una minoría peligrosa que los interpreta sin debate.

La imagen que me impusieron de González Prada, antes de leerlo por primera vez en la universidad, era la de un rebelde masón que insultaba a las “instituciones sagradas” de la Patria. Lo que encontré fue una acusación franca y un análisis riguroso de nuestros

gobiernos y de nuestra manera de ser. Copiaré un párrafo de su discurso en el Politeama en 1888:

“Niños, sed hombres, madrugad a la vida, porque ninguna generación recibió herencia más triste, porque ninguna tuvo deberes más sagrados que cumplir, errores más graves que remediar ni venganzas más justas que satisfacer”.

Muchos podríamos firmar ese párrafo con fecha de hoy. No puedo resistir la tentación de incluir otro:

“no sabemos ni amar ni odiar con firmeza”.

Ahora sí una última cita:

“En la guerra con Chile no sólo derramamos la sangre, exhibimos la lepra... Se perdona la derrota de un ejército indisciplinado con jefes ineptos o cobardes... pero no se disculpa, no se perdona ni concibe la reversión del orden moral, el completo desbarajuste de la vida pública...”.

La retórica de estos párrafos no quiere insinuar que su obra se limitó a frases efectistas, su trabajo tenía una seriedad inédita en nuestra historia.

La aristocracia interesada, ayudada por la iglesia y los militares, endilgó a Manuel González Prada el estigma de rebelde al orden público, cuando sus escritos fueron solamente un esfuerzo por despertar al pueblo de su indolencia y pusilanimidad. Fue gracias a él cómo por primera vez surge el auténtico concepto de lo que se puede llamar peruanidad. Tuvimos que esperar sesenta años después de la Independencia para que el Perú oyese una voz verdaderamente republicana, y lo hizo con una pujanza increíble. No es el propósito de este libro tratar de ello, pero no me faltan ganas porque hablar de los intelectuales, sin importarnos sus orígenes familiares o raciales, es hablar de un Perú que pudo ser y no fue. No importa si fueron comunistas o apristas o reaccionarios,

no interesa si eran aristócratas o proletarios, si uno de ellos recomendaba importar europeos para “mejorar la raza” o el otro “elefantes para trabajar en la selva”. Lo importante es que eran personas preocupadas por entender al Perú y, a partir de ello, buscaban la mejor manera de hacerlo progresar. A nosotros los ciudadanos nos cabía la responsabilidad de evaluar las tesis y apostar por la mejor alternativa.

Me hiere la sangre cuando nuestra estrechez mental quita méritos a quienes han intentado pintar al Perú desde su punto de vista, cualquiera que este sea, y buscan etiquetas para endilgárselas sin darnos tiempo para sopesar sus contribuciones. Más triste es, por cierto, ignorarlos. Ese es otro camino que hemos escogido. Allí quedan Javier Prado y José Carlos Mariátegui, Alejandro Deustua y Luis Valcárcel, los hermanos García Calderón y Víctor Raúl Haya de la Torre, José de la Riva-Agüero e Hildebrando Castro Pozo, y siguen muchos hombres más hasta nuestros días.

En esta segunda parte del siglo XX tuvimos también solitarios franco tiradores que porfiadamente estudian lo que somos y de dónde vinimos. Dejemos los sobrenombres aparte y encontraremos muestras inequívocas de lo que digo en Pablo Macera, Luis Lumbreras, Manuel Burga, el padre Gustavo Gutiérrez, César Lévano, el prematuramente fallecido Alberto Flores Galindo, el eterno Luis Alberto Sánchez, y cientos de pensadores más que injustamente omito. Disculpen, no puedo dejar de mencionar a algunos de mis maestros: Alberto Tauro del Pino, Luis Felipe Alarco, Aníbal Ismodes, Estuardo Núñez, Fidel Zárate, Mario Alzamora Valdés, Ella Dumbar Temple, entre otros a los que avergonzadamente olvido o intencionadamente callo.

En este orden de cosas, tenemos la más reciente contradicción en el libro de más éxito en estos últimos años. Es el estudio de la “economía informal” preparado por Hernando del Soto en colaboración con E. Ghersi y M. Ghibellini. “El Otro Sendero” ha obtenido curiosamente el aplauso general. Todos están de acuerdo con sus descubrimientos y recomendaciones, sin embargo,

ya tiene casi 20 años y la economía informal se expande subrepticamente ante un gobierno que no la reconoce, un público que protesta mientras se beneficia de ella, unos “informales” que adolecen de capital para empujar las exportaciones, y los empresarios “formales” que la combaten. Uno se pregunta inútilmente: ¿para qué carajo ha servido ese buen trabajo?

¿No es indignante ver un país tan amolado que ha tenido y tiene tanta gente preparada?

3.- Los historiadores de la República

AUNQUE LOS INCAS no conocieron la escritura, gracias a los historiadores y arqueólogos peruanos y extranjeros sabemos realmente más del antiguo Perú que de la República. La influencia de los dictadores militares y de los gobiernos ha sido tan fuerte que lo aprendido sobre esta última época es solamente una larga relación de inauguraciones y conflictos limítrofes.

Los historiadores escribieron sobre gobiernos sin mencionar la odisea del pueblo. La omisión del deterioro de la situación andina es cuando menos ruin. La guerra con Chile es tratada como un relato de acciones bélicas que quitan lugar al miserable manejo interno del país. La crítica está ausente porque se nos ha hecho creer que atacar al gobierno es atacar al Perú, no ser patriota, ser traidor; cuando los verdaderos traidores son los que nos gobernaron, los que saquearon las arcas del país, los que nos entregaron a empresas extranjeras para llenarse sus bolsillos, los que se enriquecieron con cada ladrillo de la escuela que construyeron como en los tiempos de Odría, o con cada riel de ferrocarril que inauguraron, como sucedió durante el gobierno de Balta. Se calcula, por ejemplo, que con el costo del Ferrocarril Central hubiéramos enlazado con ferrocarriles toda la sierra del Perú. Es que para robar se ha exagerado.

La lectura de Jorge Basadre, reconocido como el mejor historiador de esta época, me confunde. Las “Reflexiones finales” de su libro “La Historia de la República del Perú” no corresponden

al distanciamiento con que describe en páginas previas hechos imperiosamente denunciables. Hubiera sido más justo que sus quejas hubieran sido expresadas sin ambages en los capítulos respectivos. Las dos páginas de reflexiones impregnadas de retórica se pierden al final de su voluminosa obra. Sus acusaciones finales por ser tan genéricas impiden personalizar a los causantes de éstas alejándonos de nuestra realidad.

Respondiendo a su pregunta “¿qué había sido, en conjunto, el Perú republicano?”, Basadre se contesta (cito algunas frases): “Esperanzas inmensas...”, “el indio siempre envuelto en su poncho”, “el legislador que copia las leyes de otros estados”, “el culto por las formas”, “la inteligencia ágil y la envidia pronta”, “las sombras nunca definitivamente triunfantes de la anarquía y el destierro”, “la supervivencia providencial del Perú”, “retórica en los manifiestos y optimismo en los mensajes presidenciales”.

A pesar de mi confusión, tengo que reconocer el progreso sustancial en el estudio del período republicano hecho por Basadre. Investigó seriamente nuestro reciente pasado y mantuvo su opinión de las presiones políticas y sociales.

Otro reconocido historiador de la república es el sacerdote jesuita Rubén Vargas Ugarte. La independencia intelectual de este autor es cuestionable. Además de tratar hechos espinosos con el estilo propio de su orden religiosa, se percibe una alianza con las fuerzas conservadoras para omitir hechos vergonzosos o dar una imagen “de que todo va bien” y “aquí no ha pasado nada”.

Un ejemplo: Al tratar el viaje al extranjero del presidente Prado para comprar armas en plena guerra con Chile, dice: “Emprendió el viaje después de muchas vacilaciones y lo alentaron así jefes como Grau, (menciona a otros más) como se desprende de las cartas publicadas por Luis H. Delgado en su obra -Estampas de la guerra Perú Chile, 1879-”.

Estas cartas, de dudosa procedencia y verosimilitud, ni eximen a Prado por abandonar al país ni al historiador por no dar otras versiones sobre el controvertido viaje. Pero hay más, sucede que

el libro citado por el cura historiador Vargas no trata sobre la guerra: es un impúdico elogio a la familia Prado desde la primera página hasta la última. Luis H. Delgado, además, dedica ese abominable libro “a mi amado maestro” y ese maestro no es otro que el jesuita historiador, Vargas Ugarte. El desconocido libro del reconocido discípulo, dice tener en su tercera edición -1965- una tirada de cuarenta mil ejemplares, cantidad que en el Perú haría envidiar al más exitoso escritor de novelas. ¿Quién lo financió?, ¿quién lo compró?, ¿quién lo leyó?

—Señor cura, ¿de dónde pecata mea?

Varios signos positivos indican que la historia republicana va a tener que ser reescrita, no reinventada. Virgilio Roel, Pablo Macera, Manuel Burga lo han tratado, esperemos que se les unan otros más. Por el momento los historiadores de la república no son todos los que están en las bibliotecas.

4.- Los escritores

DURANTE MUCHOS AÑOS, novelistas, poetas y periodistas, han contribuido sin éxito a tratar de enseñarnos lo que es el Perú. Nosotros porfiadamente hemos puesto más atención a la forma que al fondo, o lo que es peor, repito, los hemos ignorado. La proclividad a la frivolidad no es un escape de almas atormentadas. Es una irresponsabilidad criminal cuando el país está convulsionado.

Las llamadas de atención han sido numerosas. Las advertencias de una catástrofe nacional sino se enmendaban caminos no han cesado. El mismo Vargas Llosa que declara que su vocación literaria está por encima de su vocación revolucionaria y que se siente intelectualmente lejos de ser un novelista “comprometido”, acusa en sus novelas a una sociedad hipócrita y frívola, a gobiernos corruptos, y a militares obcecados. También es cierto que en sus pocas novelas que tienen la sierra como escenario, todos los indios son borrachos, ignorantes, algunos homosexuales y otros hasta caníbales.

Desde los hermanos García Calderón, al despertar el siglo veinte, hasta nuestros días, se puede leer a distinguidos hombres de letras que se interesaron por mostrar a sus propios conciudadanos lo que es el Perú. Hacer un análisis de ello daría lugar a un libro extenso, tarea apasionante que alguien debería realizar. Un libro en el cual se mostrase, por ejemplo, que el retrato del Perú andino escrito por José de la Riva-Agüero era también una protesta ante sus amigos conservadores de la capital por el abandono irresponsable de la nación indígena. Al leerlo nuevamente me veo obligado a copiar algunas frases sobre su viaje a Ayacucho hace noventa años: “...grandes bandas cruzadas de crespones de luto, infunde una tristeza funeral en los principales barrios. El agua potable es pésima y la mortalidad muy crecida. Cuando mi viaje quejábanse los vecinos de epidemias...”, “consciente de su melancólica decadencia, no exenta de altivez, sueña y quizá espera... hasta que su raza, sacudiendo el apocamiento y la desconfianza, despierte del letargo, vuelva a creer en sí misma, a vibrar y a restaurar dentro de la historia americana el privativo ideal que va ingénito en su peculiar mestizaje”. Fin de la cita. ¿A alguien le extraña que el pueblo ayacuchano fuese la cuna de una revolución sangrienta? ¿Cuántos años más debería haber esperado?

He tomado a José de la Riva-Agüero como ejemplo porque representa, para muchos, un prosista de élite con interés y regocijo en su técnica literaria y en su erudición histórica. No ha sido muy estimado por la crítica moderna porque terminó elogiando a los regímenes fascistas, sin embargo, en su juventud, a pesar de un aparente desdén por conocer el pensamiento del poblador andino, mostró la suficiente agudeza para analizar su tragedia. “La suerte del Perú -dijo en 1912- es inseparable de la del indio, se hunde o se redime con él, pero no le es dado abandonarlo sin suicidarse”. Profético. Porras Barrenechea dijo que Riva-Agüero se anticipó a los postulados del indigenismo posterior.

Muchos han sido, pues, los hombres de letras que nos han querido alertar del peligro, todo ha sido inútil. Ya más claro no se

podía hablar. En cualquier otra nación los libros de Ciro Alegría y José María Arguedas hubieran hecho reaccionar a gobernantes y gobernados, causando, quizá, dolorosas revoluciones que hubieran sido en todo caso menos cruentas que las sufridas durante los años de Sendero Luminoso. Por ejemplo: nosotros hemos leído nuestras novelas como quien lee algo ajeno a nuestra realidad cotidiana, “La vuelta al mundo en ochenta días”, por ejemplo. Parecería que nuestra sensibilidad hubiera nacido cubierta de refractarios petroquímicos. Nada la calienta.

Sebastián Salazar Bondy escribió “Lima la horrible” hace cuarenta años. Ahora Lima ha crecido como el cáncer y ya no es horrible, es esperpéntica. Mario Vargas Llosa escribió “Conversaciones en la Catedral” hace más de treinta años; la contestación a Zavalita, personaje de la novela, la han intentado dar un grupo de conocidos intelectuales en el libro “En que momento se jodió el Perú”, publicado hace algunos años por la editorial Milla Batres. ¿Ha suscitado este libro alguna polémica? Por supuesto que no. Ni qué decir de la primera edición de este Réquiem.

Parece que nuestra sociedad ha tomado la literatura peruana como si estuviera leyendo un libro sobre Marte o uno de Harry Potter. Testimonios de muchos novelistas y narradores de primera línea se quedan vírgenes en los estantes de nuestro cerebro. Aparte de los ya mencionados paso lista de algunos autores cuyos libros acompañan mi exilio: Luis A. Sánchez, Enrique López Albújar, José Diez Canseco, Julio Ramón Ribeyro, Francisco Vegas Seminario, Carlos Camino Calderón y Alfredo Bryce Echenique entre otros.

A Alfredo Bryce Echenique, por dar un ejemplo más, se le puede leer agradablemente y terminar vomitando. Su refinada pluma tiene una ponzoñosa acción malignamente retardada pero inexorable. El humor negro que transpira su narrativa no es ingenuidad literaria, lleva toda la mala leche de un fanático subversivo. No tiene el menor reparo en atacar lo más cercano a

él: su familia burguesa, la sociedad de la que formó parte para acabar burlándose de sí mismo. Quedarse solamente en su estilo literario está bien para un crítico extranjero, tal como aquel que leí con indescriptible orgullo en el prestigioso diario *Le Monde* - c.1983-. Le comparaban con Bernard Shaw en un largo análisis del libro “*La Vie Exagerée de Martín Romana*”. La verdad es que disfruté enormemente leyendo el mencionado libro, no obstante, me trasladó al punto de vista del mundo idiota y frívolo de la sociedad limeña que solamente un maestro del arte literario, como Bryce, puede atacar despiadadamente.

Para leer a Bryce Echenique, como para leer a cualquier otro autor, hay que ir un poquito más allá. Este mínimo esfuerzo ha sido ignorado por nuestra sociedad. Ni el humor de Bryce Echenique, ni el dudosamente reivindicado Ricardo Palma, ni escritoras como Clorinda Matto de Turner, “*Aves sin nido*”, y Mercedes Cabello de Carbonera, “*El Conspirador*”, ni tantos y tantas más, a los que la finalidad de este libro me impide abordar, han podido mejorar el conocimiento sobre el Perú, nuestras virtudes y vicios. El talento de nuestros escritores hubiera hecho mejorar a cualquier país, el Perú los ha desperdiciado.

Si la narrativa no ha servido, qué podemos decir de la poesía. Hablar en esta época de Vallejo es simplemente doloroso e irrespetuoso, por lo tanto seré breve. Toda la tristeza resumada en su poesía era producto de su amor al Perú y a través de él a la humanidad. El dolor de sus poemas sigue actual a pesar de que los escribió hace cerca de setenta años. Si el hermano César viera la situación actual del país se quedaría pasmado. Quizás repetiría: “quiero escribir, pero me sale espuma,/ quiero decir muchísimo y me atollo/”. Me niego a seguir hablando de él, no lo merecemos.

Vargas Llosa menciona que César Moro fechó un poema poniendo “*Lima, la horrible*”. Este delicado poeta ha podido decir mucho más. Yo he sido testigo de los maltratos y humillaciones que recibió nuestro profesor de francés por parte de algunos de mis compañeros en el Colegio Militar Leoncio Prado. Me

avergüenza la callada presencia de los alumnos que no tuvimos el valor o las ganas de defenderlo y la complicidad machista de los oficiales que se hicieron de la vista gorda. Años después, Sebastián Salazar Bondy escribió su ensayo “Lima, la horrible”. Sebastián tuvo más suerte que Moro. Su fuerte personalidad resistió el exilio y las privaciones económicas. Cuando regresó de Argentina tuve la suerte de verlo y a veces hablar con él en los patios de la casona universitaria de San Marcos. Le veo todavía con un largo y raído abrigo, prenda desusada en Lima, dando a su figura prematuramente encorvada y a su agresiva nariz, el toque bohemio que yo soñaba. (Una de sus perseguidoras era una rutilante y fugaz compañera de clase. Disculpen la digresión).

Moro y Sebastián murieron jóvenes. Sebastián dejó en su obra una huella de protesta. Moro protestó abdicando a seguir viviendo entre nosotros, su obra es prácticamente inédita.

Al publicar una cuidada recolección poética bajo el título - Todo esto es mi país- el Fondo de Cultura Económica de México dice: “Sebastián Salazar Bondy (Perú, 1924-1965) ha sido hasta hoy un escritor compartido por pocos afortunados lectores”. Es doloroso que Salazar Bondy no sea más leído, él, con otro poeta, Manuel Scorza, y algunos intelectuales más, fueron los impulsores de una campaña para poner al alcance de las exiguas economías de nuestro pueblo una colección de libros de prestigiosos autores. Crearon en los finales de los años mil novecientos cincuenta y albores de los sesenta festivales del libro financiados por entidades privadas. Repaso algunas colecciones que atesoro:

- Ediciones Populares, de Juan Mejía Baca. 1958. Cinco títulos.
- Festival del Libro. Cuarenta títulos. Para el cuarto festival, 1958, ya habían vendido un millón de ejemplares.
- Ediciones Tawantinsuyu, 1960. Biblioteca Comprensión del Perú, dirigida por Sandro Mariátegui. Ocho títulos.
- Editora Perú Nuevo, Primer Festival Vallejo, 1959. Cinco títulos.

- Populibros Peruanos, c.1959. Veinte títulos.
- Escritores de Lima, 1959. Diez títulos.

Los ochenta y ocho libros de esta incompleta lista se vendían a un precio que oscilaba entre tres y cuatro soles. Si mal no recuerdo el sueldo mínimo de un empleado estaba por los novecientos soles y una entrada al cinema costaría cerca de un sol con veinte centavos. ¿Para qué sirvió ese gigantesco manotazo de ahogado lanzado por los intelectuales para “desasnar” al país?, ¿para estar mucho peor que antes?, ¿para seguir discriminando al cholo?, ¿para robar a “diestra y siniestra”? ¿Qué diablos hemos leído, manuales de corrupción? Ya uno no sabe qué pensar. Me consolaré repitiendo con Manuel Scorza:

“Pueblos amados,
poetas fulgurantes,
padres remotos,
amigos queridos, dais asco. Me voy.”
/ “A mí no me vengan con la patria espuma.
La patria hiede,
desgraciadamente la patria vomita buitres.”

Otros grandes poetas peruanos son más leídos en el extranjero que en el Perú. Frecuentemente se editan o re-editan en España para toda América Latina las obras de los poetas Emilio Adolfo Westphalen, recientemente fallecido, Jorge Eduardo Eielson, Blanca Varela. Felizmente ellos son seguidos por otros poetas peruanos que siguen sus huellas, entre ellos Eduardo Chirinos y Antonio Cillóniz. En el Perú actual ser poeta es un lujo, y como no estamos para lujos, ser poeta es una vocación a permanecer en el limbo.

Si la espantosa situación en la que nos encontramos ha sido creada por una clase dirigente que se supone leía, ¿qué nos espera de las nuevas generaciones que no lee nada? La prolongada crisis económica ha hecho que desaparezcan librerías. El centro de Lima no tiene una que merezca llamarse tal. Los libros están a distancias

astrales de los bolsillos del pueblo que no tiene ni para comer. Las editoriales se mantienen con el sacrificio económico de sus dueños. Las imprentas están sub-utilizadas, igual que los cerebros de la gente. Buscar algún nuevo título de libro en los estantes de las casas es inútil. Preguntar a la juventud qué lee es desolador. Remover la legaña de los ojos y devolver el hábito de la lectura será una tarea digna de Hércules. Esto no lo compone nadie. Hemos regresado a la época incaica donde solamente había “quipus”, ahora se llaman calculadoras.

Sobre este tema existe un dato para Ripley, es decir que cuesta creerlo pero es cierto. El año 2003 había en todo el Perú once librerías. Llamamos librerías no a las papelerías que venden unos cuantos libros, sino a aquellas que llevan un inventario más o menos aceptable. Pues bien, de estas librerías sólo había ONCE en el Perú, como ya dije -solamente lo repito porque el dato es pavoroso- pues bien, el cuarenta por ciento de esas ONCE librerías están en Miraflores y San Isidro. Este dato es suficiente para justificar confirmar todo el Réquiem que escribo.

—A ver, dígame, ¿cómo se puede esperar que un país de analfabetos practicantes salga adelante en el siglo XXI?

—Mejor es esperar a Godot.

—Efectivamente.

Como el tema me agota, cederé la palabra a un experto que hizo estas declaraciones a Caretas con motivo del discurso del incapaz de Toledo el 28 de julio del 2003. El educador León Trahtenberg declaró lo siguiente:

“La verdadera emergencia es que falta la sensación de emergencia (para mejorar la educación). Es como si un enfermo terminal no se diera cuenta de que está enfermo. Un país en el que los colegiales ocupan en América Latina el último puesto en comprensión de lectura, matemáticas elementales y redacción, no puede esperar un año más para empezar -si acaso

empieza- la reforma de la educación. Lo grave y doloroso es que esta pobre educación afecta a todos, pero más a los más pobres. Estos alumnos, antes de ir a la escuela ya perdieron el partido. Se necesita acá una pedagogía para los pobres. La revolución educativa consistiría en el Perú en que los alumnos sepan leer. Estamos atrasados 150 años”.

Hasta aquí lo que dijo el educador.

—Lee esto.

—Léelo tú, ¿qué dice?

—Que nuestros escolares son los últimos en Latino América en educación.

—Por eso no leo.

—Está bien, sigue barriendo.

Finalmente unas palabras sobre el periodismo. Cuando les han permitido escribir, cuando no se les ha asesinado a tiros como a Antonio Miró Quesada hace muchos años, o con cartas explosivas como la recibida por la revista “Cambio” hace algunos años causando la muerte de una secretaria y escapándose milagrosamente el editor, cuando no se les clausuraron sus imprentas, ni expropiado, ni deportado, ni amenazado, ni decomisado sus periódicos o revistas, cuando no les cerraron sus instalaciones de televisión, cuando no les retiraron sus nacionalidades, cuando no les destruyeron sus torres de transmisión, cuando no los sobornaron. Es decir, cuando tuvieron algo de libertad escribieron valientes páginas y propagaron interesantes programas que honran la profesión.

Que uno no simpatice con las ideas de la familia Miró Quesada no disminuye en nada la admiración que se debe tener por “El Comercio”. En él acogieron y acogen a brillantes escritores y ensayistas, desde aquel formidable Racso, un divulgador de la ciencia que ponía al alcance nuestro los progresos del mundo, hasta Ricardo González Vigil, un prolífico y eficaz crítico de

literatura. “El Comercio” también ha cumplido con la tarea de ponernos en contacto con el plano internacional al publicar noticias y comentarios de reconocidas autoridades extranjeras. Una dinastía más joven, la fundada por Gustavo Mohme Llona, creó el diario La República que presentó batallas heroicas contra el tiranuelo Fujimori arriesgando represalias de toda índole. Con menores recursos han habido y hay otros periódicos donde profesionales, muchos de ellos viviendo precariamente, daban y dan información generalmente matizada por sus ideas. Algunas de ellas debatibles y todas necesariamente respetadas. Revistas de prestigio como aquella dirigida por Genaro Carnero Checa -que llevaba el nombre del año- fueron seguidas por otras como CARETAS, primero bajo la dirección de la inolvidable Doris Gibson, más adelante siguió la dinastía con su hijo Enrique Zileri Gibson. Menos fortuna tuvo la revista OIGA, que luego de dar honrosas batallas bajo la dirección de Francisco Igartua, desapareció por problemas económicos; otra revista que pasó a mejor vida fue “Sí”. Los periódicos y revistas que menciono tienen nuevos agresivos competidores que desarrollan una pujante actividad que ya quisiéramos ver en otras áreas de la economía. Se podrá acusar a algunos de “amarillistas” y a otros de “vendidos”. Pero así es el periodismo, debe existir información para todos los gustos y colores. Lo que no debía haber pasado es que la información nos resbale olímpicamente por la epidermis de nuestra sensibilidad y no hayamos aprendido nada. Esperamos que nos salven sin levantar un dedo.

Se han quedado en mi memoria dos periodistas que destacaron en la primera parte del siglo XX. Uno, Leonidas Yerovi, 1880-1917, quien precedió con su humor lacerante y su malévola poesía a Sofocleto, al cual tuve la suerte de leer diariamente a “Dos Columnas”. El otro fue Federico More, un gigante del periodismo. Sin pelos en la lengua este puneño se enfrentó por varias décadas a la sociedad limeña. Recordar su virulencia ensombrece mercedamente a este Réquiem.

La segunda parte del siglo tiene tantos y tan buenos periodistas que cualquier mención sería injusta para los demás. Permítanme hacer una excepción con un amigo de la infancia: Oscar Paz. Heredó la profesión de su padre con entrega y honradez profesional. Supo resistir presiones internas y externas si perder su amable compostura. Su prematura muerte entristeció hondamente a todos los que nos honramos con su amistad.

Puede parecer absurdo que celebre tanto a escritores apristas o reaccionarios, liberales o comunistas, conservadores o izquierdistas. Veamos bien: a los escritores los conocemos por sus obras, pero ellas ya no les pertenecen. Ahora son nuestras. El análisis, su interpretación, las conclusiones a las que llegaremos son nuestra propiedad y herencia. La diversidad de opiniones, de tendencias, son parte natural e inseparable del derecho natural a expresarse libremente. Es nuestro deber evaluarlas, luego adoptarlas o rechazarlas. Cuantas más opciones y alternativas se tengan, mejor. Cualquier restricción a la libertad de expresión tiene fatales consecuencias. La represión intelectual durante los años de la dictadura de Fujimori causó más daño que los desastres económicos porque comprometieron el desarrollo intelectual del país y por ende congelaron las inquietudes sociales. Un periodista que de algún modo sobrevivió a la represión y corrupción Fujimorista fue César Hildebrandt que con un estilete lingüístico y mental, que no siempre gusta, ha llevado en alto la bandera del periodismo independiente. Ojalá el Perú no lo pierda, porque harto de presiones varias veces ha anunciado Hildebrandt irse del Perú.

Un párrafo aparte merece el doctor Marco Aurelio Denegri que, a pesar de haber estado injustamente marginado por el Estado, ha educado a varias generaciones de peruanos en temas que han sido tabúes en nuestra hipócrita sociedad, como la sexología.

Resumo: los novelistas, poetas y periodistas desde sus trincheras intelectuales o artísticas han estado bombardeando constantemente al país con advertencias y críticas a nuestra sociedad. No les hemos hecho caso. El proceso se ha agravado

debido a que la endémica crisis económica, iniciada hace veinte años, ha convertido al Perú en una nación de analfabetos practicantes.

5.- Los políticos, la otra cara de la medalla

EL ATRASO MÁS ESPANTOSO de nuestro país no está en la función económica, ni tecnológica, ni sanitaria. El retraso más grande que tenemos es en el campo de la política. No es que el pueblo no entienda el pensamiento político, lo que sucede es que éste no existe. Dictadores, muchos. Partidos políticos, ninguno que merezca llamarse tal.

De las derechas mejor no hablemos. La aristocracia Pradista cedió ante la burguesía Belaundista que realizó modestas mejoras en la estructura económica, pero el proteccionismo a industrias ineficientes continuó, los terratenientes siguieron imponiendo sus criterios y los banqueros aumentaron el financiamiento de sus monopolios empresariales con los ahorros del pueblo y el sudor de los empresarios de compañías medianas y pequeñas. Los otros miembros del centro derecha fueron la Democracia Cristiana y el Partido Popular Cristiano. Al primero lo perdió su líder, Héctor Cornejo Chávez, quien tenía la virtud de destrozarse las buenas ideas con su verbo odioso. Su actitud antipática causaba una repulsión generalizada. Los seguidores del Partido Popular no tenían nada de popular ni de partido: formaban un grupito que seguía a un carismático y exitoso abogado de grandes consorcios. La doctrina de estos partidos fue desconocida por decir lo menos, por decir lo más es que nunca la han tuvieron. No ha habido ideólogos que las respalden. Uno cuantos artículos por aquí y por allá. Estos partidos obtuvieron el voto de los ciudadanos que se identificaban con la clase social de sus líderes o con la aspiración de pertenecer a ella. Lo caballerosos y honestos que parecían y su raza criolla cargada al blanco, hacía que se les tomase por “gente decente y por no cholitos resentidos”.

El fracaso de esta “gente decente” de Belaúnde fue estruendoso debido a la falta de sustancia política basada en el conocimiento de la realidad de nuestro país. Los planes de gobierno se concretaban a establecer proyecciones económicas que no tenían ningún sustento. A las primeras dificultades cambiaban a los ministros y con ellos los planes de gobierno y las proyecciones. Su ignorancia de los problemas nacionales creían compensarla con su entendimiento de la realidad extranjera, es decir miraban al Perú desde afuera. Ser conocido en los círculos financieros neoyorquinos o londinenses eran las mejores credenciales para ser ministro y establecer políticas económicas para el Perú.

El lado opuesto lo tenemos con los partidos de izquierda que ven al Perú desde adentro, sí, pero con pronunciada miopía. Los líderes de los pequeños partidos izquierdistas son unos sordos que han perdido el gusto y adolecen de la vista y el olfato, se guían sólo por el tacto. El conocimiento del Perú y su contorno se concreta en repeticiones de dogmas y prejuicios que no confrontan ni con la realidad nacional ni internacional. Sus referencias han sido los países totalitarios cuyos líderes nunca mostraron sus fracasos ni fueron lo suficientemente honestos para alertar a sus seguidores sobre las dificultades que enfrentaban. La ausencia de alternativas confiables, la intransigencia de sus propuestas, y la peligrosidad de sus acciones, crearon una desconfianza genuina en la población. Si algún voto han recibido ha sido por el rechazo al continuismo, pero no porque se crea en ellos.

El gran despilfarro político del siglo XX ha sido el APRA. Fue fundado como “partido revolucionario” por líderes brillantes. Los jóvenes que en un tiempo esbozaron tesis renovadoras, al envejecer, tras haber sido perseguidos, encarcelados y posteriormente desterrados, perdieron la brújula e hicieron pactos con sus enemigos, cambiaron principios por respetabilidad burguesa y fortuna personal. Cuando finalmente la segunda generación de apristas fue elegida para gobernar, el Perú vio una banda de asaltantes apropiándose del soñado botín de sus padres.

Mariátegui acusó al APRA de mantener una “tendencia confusionista y demagógica” en 1929. Luego Washington Delgado afirmó que “La historia zigzagueante del APRA puede difícilmente explicarse... oscila entre posiciones conservadoras y revolucionarias”. Se confirma, pues, que un árbol que crece torcido no se puede enderezar. La tragedia es que ese árbol fue la única esperanza política del Perú.

Los partidos del siglo XXI son la continuación de lo peor de lo mismo. Se reconoce a los líderes pero no lo que piensan. Me explico: la cantidad de partidos nuevos que invaden la palestra política no tienen una doctrina por qué luchar ni una causa que defender. Todo se concreta al “y tú más” y al “yo más”.

En los ataques entre políticos usan el “y tú más”:

- Usted es un ladrón.
- Y tú más.
- Usted recibió coima de Fujimori.
- Y tú más.
- Su partido tiene candidatos corruptos.
- Y el tuyo más.

En las promesas electorales los partidos usan la otra frase: “yo más”.

- Bajaré los impuestos.
- Y yo más.
- Crearé 100,000 nuevos puestos de trabajo.
- Y yo más.
- Aumentaré las fuerzas policiales.
- Y yo más.

Señoras y señores, estamos reventados, y me muerdo la lengua para no decir una grosería. La lucha de ideas ha desaparecido del panorama político.

Curiosamente el último intento de doctrina la hizo un escritor. Sí, Mario Vargas Llosa tuvo tras él un pensamiento. Dígase lo que quiera de él, pero eso fue verdad. No importa que yo personalmente estuviera en contra de su programa neoliberal, ni

que sospechase de la honestidad de varios de sus colaboradores. Es más, su radicalismo conservador me es detestable. Pero su propuesta fue una provocación, una incitación a responderle con otras ideologías basadas, por ejemplo, en una democracia social, moderna, que sea solidaria con las clases necesitadas. Pues bien, ningún partido político se opuso ideológicamente al descabellado y cruel neoliberalismo que Vargas Llosa propuso. No hubo en ese tiempo un debate de ideas. Ni ahora. Todo el debate político de este comienzo de siglo se circunscribe al “y tú más” o al “y yo más”. Se acabó el debate político intentado en la primera parte del siglo XX, no sólo no hay seguidores de González Prada, Mariátegui ni de Haya de la Torre, es que no los hay ni siquiera de Javier Prado ni de Riva Agüero, miren, no hay seguidores ni de Cornejo Chávez.

OFFERTORIUM. HOSTIAS

Te ofrecemos Señor, a los tantos y tantas intelectuales que equivocados o no quisieron darnos la luz. Nosotros hemos preferido las tinieblas.

XI

Los religiosos

SANCTUS

**Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus,
Deus Sabaoth. Pleni sunt coeli et terra gloria tua.**

Hosanna in excelsis.

Benedictus, qui venit in nomine Domini.

Hosanna in excelsis.

Santo, Santo, Santo es el Señor,
Dios de los ejércitos. Lleno de Ti está el cielo y la tierra
Hosanna en lo más alto de los cielos.
Bendito es aquel que viene en nombre del Señor.
Hosanna en lo más alto de los cielos.

1.- La llegada de los hechiceros

ESPERABA A MI HERMANA a la salida de su trabajo, era cerca de la una de la tarde. Para entretenerme en el auto traté de sintonizar radio Victoria. Recordaba nítidamente los programas criollos de esa emisora allá por los años cincuenta. Algunas veces al salir de la universidad me acercaba a “La Cabaña” de donde transmitían el programa de los “Troveros criollos” o de la “Limeñita y Ascoy”. Transportado a esos tiempos mis dedos guiaban con impaciencia la aguja del dial, finalmente llegué inequívocamente a la señal. Esta vez el locutor, miembro de una iglesia de nuevo cuño, anunciaba con acento caribeño que un reverendo de origen brasileño realizaría “milagros” (sic) durante la ceremonia religiosa a la cual invitaba a los radioescuchas. Daba la dirección, resumía algunos prodigios realizados en ocasiones anteriores, hablaban testigos de curaciones milagrosas y ofrecían loas al Señor por su infinita bondad.

Lo peor vino después: se invitaba a todas aquellas personas que no pudiesen asistir al oficio divino a que pusieran la mano sobre el receptor para recibir milagros similares. Esto es: curación de enfermos desahuciados, solución de problemas familiares difíciles, alcoholismo, bancarrota, desempleo, etc.

No lo podía creer, transmitía radio Victoria, en Lima. No había bebido alcohol las últimas 24 horas. Era cerca de la una de la tarde.

Pero este caso no es único, el Perú se ha llenado de hechiceros y taumaturgos. La competencia de sectas religiosas e iglesias protestantes por el mercado de tibios católicos es aderezada por la aparición de “la iglesia informal”; es decir: la adoración a “vírgenes que lloran” aparecidas en muchos barrios, devoción a personas fallecidas en olor de santidad reconocidas sólo por sus familiares y / o “empresarios” que quieren hacer negocio. El panorama se complica con las nuevas técnicas de mercadeo utilizadas tardíamente por la Iglesia Católica. En términos económicos se podría decir que el monopolio del catolicismo se está derrumbando y aparece un oligopolio fetichista. Los signos prodigiosos, podría predecir un estudioso de la Biblia, aunados a las plagas que nos afectan, son muestras palpables de que en el Perú se cumple el Apocalipsis.

Preferiría creer que todo esto sucede porque nuestro pueblo está desesperado por creer en algo. Unos creen en lo de siempre, otros en los carismáticos, esos en los mormones, aquellos en la Cruz de Chalpón, estos en Sarita Colonia, los de más allá en el Señor de los Milagros y los de más acá son evangelistas. Pero, todavía, la mayoría de los peruanos no cree ni en la madre que los parió.

No exagero un ápice. Los hechiceros han llegado. Vienen estadounidenses, latinoamericanos, franceses, hindúes, etc., y por supuesto los españoles que no han perdido la costumbre, tal como el padre Rodríguez, cura católico de la iglesia de Maranga, Lima, que realizaba milagrosas curaciones frente a la televisión, en vivo y en directo vía satélite a todas partes del mundo.

—Señores, ¡Qué orgullo! Vean que no sólo hay noticias de asesinatos fratricidas. Aquí también hay curaciones milagrosas.

—Así cualquier país sale en la primera página de la prensa mundial. ¡Arriba Perú! ¡No nos ganan!

—“Porque hay muchos rebeldes, vanos habladores y embaucadores a quienes es menester tapar la boca; hombres

que trastornan a familias enteras, enseñando por torpe ganancia lo que no deben”. Epístola de Pablo a Tito.

—Inútil. La Biblia no la leen ni los protestantes.

2.- Cuidado Sancho, hemos topado con la Iglesia

HAY QUE TENER MUCHO cuidado al hablar de los sacerdotes católicos porque en el Perú reconozco por lo menos a cuatro clases de ellos: la Jerarquía, los abandonados párrocos de pueblo, la iglesia moderna, las órdenes religiosas.

La Jerarquía a través de a historia no ha sido otra cosa que aliada de todos los gobiernos. Se ha quedado callada al ver deportaciones, torturas, asesinatos, encarcelamientos. Ha sido muda testigo del saqueo a la hacienda pública y de la corrupción generalizada. Ha tapado sus ojos ante el deterioro de la situación social del pueblo andino y la discriminación racial. Ha estado sorda ante las quejas de los feligreses, víctimas de abusos y latrocinios. Los pocos obispos que quisieron sacudir la complicidad religiosa no tuvieron éxito, al final desaparecieron sin pena ni gloria. Monseñor Bambarén y el cura Gustavo Gutiérrez son la excepción de la regla.

Por lo tanto, no se puede exculpar de nuestra miseria moral y económica a la Jerarquía Católica. Al contrario, ella era la única fuerza que podía acusar la inmoralidad de las instituciones públicas. Sin embargo, no ha habido un solo período en la historia de nuestro país en que la Iglesia Católica significase una traba o freno para los voraces apetitos de nuestros gobernantes. Y cuidado, no quiero decir que ha debido pertenecer o apoyar una ideología o partido de la oposición, no. Me estoy refiriendo a que no ha levantado su voz contra el robo descarado y la utilización ilegal, inmoral y abusiva de la fuerza pública para acallar las protestas del pueblo.

Se podrá decir que no es el papel de la Iglesia ir acusando todo el tiempo a las autoridades. De acuerdo, pero también es cierto que no se puede ir al “Te Deum” de mano de los gobernantes y

dar gracias a Dios por lo bien que nos ha ido. Es más, el convivir con gobernantes injustos y comer de su plato sin recriminarlos es inmoral y desorienta a los feligreses. Algunos LDM al ver la cercanía social entre Iglesia y Gobierno podrían ponderar: “apoderarse del dinero público no debe ser un pecado tan grave”, o “¿tengo la obligación de amar a este indio de mierda?, nadie lo hace”, o también, “si a fulano y mengano, que son unos sinvergüenzas, les va tan bien, comulgan públicamente y no se atragantan con las hostias, el único idiota soy yo que teniendo oportunidades no las aprovecho”: La gran mayoría del pueblo al ver el silencio de la Iglesia pierde la fe.

El asunto es sencillo: si el mal ejemplo viene de arriba, los de abajo imitan. Si esto dura décadas o mejor dicho siglos, a nadie debe extrañarle que la Iglesia Católica esté en crisis y que cada día haya menos vocaciones sacerdotales. Dentro de poco quedarán solamente misioneros, como aquellos rubios europeos que van a las antípodas para que se los coman. No estamos lejos, varios sacerdotes y monjas han caído víctimas del terrorismo y muchos más viven amenazados.

Si alguna vez la Jerarquía ha protestado por las prácticas corruptas del gobierno, lo ha hecho en forma tan discreta y con una divulgación tan reducida que quizá sólo Dios lo sabe, no así el pueblo. No creo que les hubiera costado mucho decir en el púlpito algo como: “Señor presidente, robar es pecado, no lo hagáis porque Dios os castigará. Matar de hambre al pueblo es ir contra el quinto mandamiento de la ley de Dios, os vais a condenar. Señoras y señores que cobráis un sueldo en las dependencias del Estado y no vais al trabajo o no laboráis estando en él, eso es muy malo, se llama engaño, y a Nuestro Señor Jesucristo le debe enojar mucho. Profesores que no preparáis vuestra clase vais a ser presa del fuego eterno, lo mismo les pasará a los que acaparan alimentos o a los que destruyen la propiedad pública. Hermanos marinos, aviadores, empresarios, dejad de discriminar al cholo, eso es soberbia, el único pecado que Dios no perdona, si no preguntadle

a Luzbel; todos somos iguales ante los ojos del Señor y ante un examen de admisión. Señores congresistas, preparaos para vuestra misión, no habléis por hablar, no confundáis al pueblo, dad el ejemplo, sed responsables”. En fin, a los obispos, no les hubiese faltado motivos para hacer recordar a los feligreses que la iglesia no puede perdonar los pecados mortales de los que arruinan al país por ambición y egoísmo.

¿No fue un crimen la reacción de la Jerarquía ante el golpe de estado de Fujimori? No hubo condena ni excomunión ni carta pastoral que haya respaldado las protestas airadas de todo el mundo. La Jerarquía fue de muy buen gusto al Te Deum de la mano del tiranuelo.

3.- El cura del pueblo

LA SEGUNDA GRAN Iglesia Católica la dirigen los curas de pueblo. En este grupo debemos incluir a aquellos que trabajan en los barrios marginales de las ciudades. Curas pobres, abandonados a su suerte, sin supervisión, entrenamiento, ni recursos morales o económicos para realizar su labor. Mientras son jóvenes mantienen la ilusión apostólica que se extingue rápidamente al encontrarse aislados. Aun así, estos sacerdotes consuelan a sus feligreses. Con sus sotanas raídas y descoloridas llevan a cabo bautizos, matrimonios, etc. Hace mucho tiempo que sus parroquias dejaron de ser ricas, ahora sobreviven de las migajas del poderoso del pueblo o de las autoridades públicas. En estas condiciones no se pueden atrever a denunciar atropellos. Callan, ceden y reducen su labor a repartir sacramentos. Nadie debe sorprenderse que caigan en vicios como el alcoholismo o que consuelen ardientemente su celibato.

La escasez de sacerdotes ha hecho que muchas parroquias pueblerinas estén abandonadas o hayan sido agrupadas, lo que hace difícil el cumplimiento de las obligaciones sacerdotales. La llegada del terrorismo y del narcotráfico precipitó su éxodo. Los pocos sacerdotes de pueblo que todavía cumplen activamente su

labor apostólica son los verdaderos santos de la iglesia peruana. De esa iglesia que todavía no ha santificado al “cura desconocido” que sería sin lugar a dudas el más venerado y milagroso de todos los santos.

4.- La iglesia moderna

LA TERCERA IGLESIA Católica está dirigida por una cantidad cada vez más reducida de valientes sacerdotes dedicados a su labor parroquial e interesados en mitigar los rigores económicos que abruma a sus ovejas. Los comedores parroquiales son una de las obras más piadosas de esta iglesia. Dar de comer al hambriento ha llegado a ser la virtud más practicada en muchas parroquias del país. También realizan otras labores que sería largo enumerar. Su acción empresarial y comunitaria es ejemplar. Una de las barriadas de Lima, Villa El Salvador, obtuvo merecidamente el premio internacional Príncipe de Asturias por el excepcional progreso de ese asentamiento humano apoyado por abnegados e inteligentes militantes de la Iglesia Católica. El lema practicado por ellos es “a Dios rogando y con el mazo dando”. ¿Qué más se puede pedir?

Estos modernos sacerdotes cumplen calladamente su labor y calladamente también están desapareciendo. Después de muchos años al servicio de esta Iglesia dos buenos amigos de la juventud han dejado por razones personales el sacerdocio. Valiente decisión y a la vez triste.

Sin relación con lo anterior, no puedo dejar de mencionar que los LDM tienen la guía espiritual que se merecen. Curas de la “socialité”, racistas, elitistas, quieren impresionar con sus estudiadas poses “aperturistas”. De vez en cuando se adhieren a una protesta pública para mostrar su “aggiornamento”, sin embargo no hacen nada por enseñar a su manada la importancia del amor al prójimo, y el más prójimo es el sirviente y el vendedor ambulante. El distanciamiento con la realidad peruana de estos sacerdotes es un mal ejemplo y contribuye a la proliferación de los LDM. Crean tener hasta su propio cielo. Recuerdo a ese conocido cura que se

hacia el moderno y progresista, salía en todas las páginas sociales y no sigo, disculpen. Criticarlo como merece empañaría a tantos otros que son dignos de admiración.

Una organización católica excepcional es Caritas. La revista de negocios Fortune la considera como la más eficiente institución benéfica del mundo. Cuando uno ve que muchas de las ayudas internacionales terminan en manos de los acaparadores y llenan los bolsillos de empleados corruptos, es confortante constatar que Caritas se mantenga en la línea de austeridad y eficacia.

Me atrevería a creer que la iglesia moderna del Perú concentra sus esfuerzos al poner en práctica los fundamentos del Evangelio. Desgraciadamente este esfuerzo es insuficiente y llega tarde para devolver a nuestro pueblo el amor al prójimo. Además, los fariseos de la Jerarquía no ayudan en la tarea, más bien lo que hacen es confundir a la grey de Dios.

5.- Las órdenes religiosas

DESAPARECIÓ DESPUÉS de unas espléndidas fiestas de carnavales que pasamos en Ica. Era muy guapo, alegre e inteligente. Siendo tan joven, veintitantos años, tenía un automóvil convertible comprado con su trabajo, y dinero para gastar. Nosotros le envidiábamos. Pero “Cali” dejó todo, ingresó en el convento franciscano de Ocopa y por más de treinta y cinco años llevó a cabo tareas misioneras y educativas en zonas olvidadas por la mano del hombre. El “Zorro”, su hermano, me dijo que “Cali” había fallecido al volcarse su lancha cuando atravesaba un río en la selva. “Cali” Cantella se unió a los miles de sacerdotes que han sacrificado su vida cumpliendo la misión apostólica.

Durante varios siglos los franciscanos y otras órdenes religiosas han llevado la civilización al Perú profundo. Por favor, dejémonos de críticas sobre su participación en la Conquista y en la Colonia. Eso ya pasó, y aún en esa época el padre Bartolomé de las Casas y el trabajo de los jesuitas en granjas comunitarias dejaron huellas que otros sacerdotes seguirían los años venideros. Los misioneros

fueron los primeros en describir con asombro y precisión las bellezas naturales del Perú y las costumbres de sus pobladores. Antes que publicasen “los amantes del país” y Raimondi ya varios libros de dominicos, mercedarios, agustinos y franciscanos habían sido escritos. Esa labor continúa hasta la fecha. La muerte de “Cali” y su antecesor, el padre Mujica, famoso cantante mexicano que también ingresó en el convento de Ocopa, confirman que la luz sigue prendida. Quizá débil, pero aún arde.

Sin embargo, la labor de los misioneros se ha complicado. Antes tenían que cuidarse de los peligros naturales creados por Dios, ahora Satanás los aniquila con peligros antinaturales: el narcotráfico. Dios no está, los dejó solos. No hay gallo que cante.

Siguiendo la orden peninsular de Carlos III, los jesuitas fueron expulsados del Perú el 9 de setiembre de 1767 por el virrey Manuel de Amat y Junient. Dejaron modernas granjas agrícolas en las cuales se trataba al indio como lo que es: un ser humano. Cuando regresaron al Perú, a mediados del siglo pasado, se dedicaron a la educación de las clases acomodadas. Los jesuitas y otras órdenes religiosas como los Hermanos de las Escuelas Cristianas, los Maristas, los Claretianos, Agustinos, etc., (lamento mi ignorancia en cuanto al nombre de las órdenes de las monjas, no así sus colegios: Villa María, San José de Cluny, Santa Eufrasia, Santa Ana, etc.) vieron la importancia de llenar el vacío de las deficientes escuelas públicas. Sus colegios admiten a los que pueden pagar; admitir a todos sería poco menos que imposible, no habría recursos suficientes para tomar en sus manos la educación del país.

En Lima hay colegios religiosos para gente rica como el Santa María o para la proletaria como el Salesiano. En provincias el menú es menos variado, sin embargo no hay ciudad donde las religiosas y sacerdotes no tengan centros educativos.

Hasta aquí todo iba bien. Ahora evaluemos si esta educación ha sido beneficiosa o no para el Perú. Encontramos que la primera dificultad es escoger un parámetro con qué examinarla. Si pedimos la opinión a los pedagogos, sociólogos, politólogos, y demás

“gogos y logos”, acabaríamos confundidos. Recurramos por lo tanto al Evangelio, libro que los religiosos no objetarán. Jesús dijo, según San Mateo, “por sus frutos los conoceréis”. Veamos cuáles son “frutos” de las escuelas religiosas: se puede decir sin temor a equivocarse que el promedio de sus egresados salieron mejor preparados que el promedio de las escuelas públicas y laicas. Más tarde esos jóvenes, que además poseían mayores recursos económicos, entraron en buenas universidades y llegaron a ser los líderes de nuestra Patria, y es precisamente esta clase dirigente la que ha ocasionado la debacle moral y económica que exhibimos.

Los “frutos” de la educación religiosa, especialmente los egresados de los colegios para la clase pudiente, han sido los que acabaron con el país, se olvidaron del indio, se olvidaron de qué es el Perú y vivieron y viven dentro de una alienación total. La hipocresía, consciente o no, se ha apoderado de nuestra sociedad llena de prejuicios e incapaz de apreciar el dolor del prójimo. Preguntémoslos, ¿dónde han estudiado la mayor parte de los ministros de los gobiernos pradistas, belaundistas, fujimoristas, toledistas, y aun apristas? Esos son los “frutos” de la educación impartida por las órdenes religiosas que han enseñado paradójicamente más matemáticas que valores cristianos. Porque comulgar los primeros viernes y darse golpes en el pecho sin ver cómo sufre la servidumbre, los obreros y empleados, es una práctica farisea. No hay duda alguna, es evidente: los “frutos” de los colegios religiosos son los que ahora roban, los que hacen negociados en las licitaciones públicas, los que piden coima, etc. Pregunten dónde estudiaron los LDM que han jodido al país. No lo hicieron en el Guadalupe ni en el Mariano Melgar.

Una vuelta más al torniquete. ¿Qué instrucción religiosa se imparte en los colegios para clases pobres o indígenas? Respuesta jesuita: “ora et labora”, que se traduce: reza y fríégate trabajando, no te quejes, no importa que te exploten. La educación de que la vida es resignación, de que la felicidad está en el cielo, de que peor le pasó a Jesús en la cruz, de tantas procesiones de cristos

crucificados, de Marías dolorosas y de mártires torturados, han desarrollado un espíritu de renuncia a protestar por el dolor propio. ¿Cómo puedo atreverme a quejarme si el mismo Dios ha sufrido infinitamente más que yo?

Encontramos así que la educación religiosa cambia de acuerdo al ingreso económico y posición social del educando. Para unos ser cristiano consiste en dar limosna, ir a misa, confesarse y comulgar una vez al año. Para otros, procesiones, resignación a las injusticias y a la pobreza. Lo común en las dos es que a los ricos no se les habla de los pobres y a los pobres no se les habla de los ricos. Educaciones separadas, políticamente manipuladas y totalmente desintegradas.

“Por sus frutos los conoceréis”. Miren al Perú, los frutos son malos. Se podrá argumentar que ha habido muchos otros factores que han influido. Sea, pero en cualquier caso la educación impartida por religiosos y monjas ha sido un desperdicio de esfuerzos y de vocaciones.

Examen final: matemáticas muy bien; física excelente; castellano bien; historia aceptable, pero en compasión por los pobres, en reconocimiento de desigualdades económicas, en igualdad racial, en honestidad, en entereza, y materias similares, la educación impartida por la Iglesia Católica está reprobada.

6.- Nuestros santos

El centralismo limeño y la discriminación indígena también abarca a la santidad. Un vistazo a vuelo de pájaro confirma esta tesis: hemos tenido muchos santos, la mayor parte importados y algunos de cosecha nacional, pero todos ellos ligados a la capital o nacidos en ella. No es coincidencia, es simplemente la “obsesión centralista” que pretende llegar al cielo. Santo Toribio de Mogrovejo nacido en Mayorga, España, fue Arzobispo de Lima; San Francisco Solano, misionero franciscano, murió en su convento en Lima; el dominico San Juan Masías, el franciscano Juan Gómez y el mercedario Pedro Urraca también vivieron y murieron en

olor de santidad en sus conventos limeños. Eso por el lado español. Por nuestra parte tenemos dos santos Santa Rosa de Lima y San Martín de Porres. Ninguno de los dos tiene algo de cholo y ambos son limeños. La primera era descendiente de criollos de raza 100% española, el segundo, como su color lo indica, era mulato: su madre era una negra liberta nacida en Panamá y su padre, Juan de Porres, era de Burgos. Este Caballero de la Orden Militar de Alcántara no fue tan caballero, en la partida de nacimiento del santo indica que su padre “no es conocido”.

—Mejor sigamos.

Santa Rosa de Lima fue una mística que se azotaba, rodeaba su cintura con cilicios de hierro y se imponía ayunos terribles, por eso la Iglesia la nombró Patrona de América y de Filipinas: buen ejemplo para las masas que reciben disciplinas no solicitadas. Nuestra Santa no fue fundadora de conventos ni mecenas de arte como la española Santa Teresa de Jesús ni poetisa excelsa como la mexicana Sor Juana Inés de la Cruz, pero por amor a Cristo se arrojaba cada castigo corporal que podría causar envidia al más irremediable fakir. No debe sorprender que la devoción a Santa Rosa haya venido a menos. En este siglo no se admira los castigos propios, suficiente se tiene con los externos.

Opuesto es el caso de su coetáneo el mulato fray Martín. Él ganó en vida y en muerte el cariño y admiración de los peruanos por haberse dedicado a la curación de enfermos, a la ayuda a menesterosos y a la protección de los necesitados. Desde su modesta condición de portero de convento y enfermero se daba cuenta de la miseria del pueblo y procuraba limosnas para atender sus obras. Claro que, mientras a Santa Rosa la elevaron a los altares a pocas décadas de su muerte, al mulato le costó más de tres siglos ser reconocido Santo de la Iglesia.

Yo le conocí todavía beato, el beato fray Martín de Porras, no Porres. El color y abolengo también influye en nuestra Iglesia.

A la beatita de Humay y a mi paisano el humilde cholo chichayano Nicolás Ayllón les falta mucho camino por recorrer

porque en el Perú hasta a los indios se les discrimina de los altares. Si estuviésemos en México ya el cholo Ayllón hubiera tenido su basílica, y a las visitas a Humay hubieran sido apoteósicas. La Virgen de Guadalupe no se le apareció a un arzobispo altruista ni a una monja masoquista. Se le presentó a un modesto indio analfabeto que apenas hablaba castellano, pero por tener un corazón de oro fue bendecido con la aparición. La Virgen de Guadalupe tiene la connotación autóctona que cautiva el fervor de los mexicanos y hace del 12 de diciembre la festividad, religiosa o laica, más importante del país hermano. Cientos de miles de peregrinos llegan de todos los pueblos a celebrar la aparición de la Virgen al indio Juan Diego. En cambio, el 30 de agosto, la fiesta de Santa Rosa de Lima es celebrada por poquísimos fieles y por la Policía del Perú, de quien es patrona...

Sanctus

Bendito es aquel que viene en nombre del Señor. Hosanna en lo más alto de los cielos.

Señor, tus enviados se niegan los unos a los otros, ¿cómo reconoceremos a los verdaderos? Francamente, Señor, están pasando cosas muy raras. Tú que eres Santo, Dios de los ejércitos del cielo y de la tierra, ¿porqué no envías menos y mejores mensajeros?, ¿no tendrás por allí algún cholo que nos entienda?

Hosanna en lo más alto de los cielos.

XII

Los poderes del Estado

AGNUS DEI.

**Agnus Dei, qui tollis peccata mundi:
dona eis requiem.**

**Agnus Dei, qui tollis peccata mundi:
dona eis requiem sempiternam.**

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo:
dales reposo.

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo:
dales reposo eterno.

1.- Apurar el cáliz

¿TENGO QUE ATORMENTARME hasta este extremo?, ¿es necesario que trate sobre los Poderes del Estado?, ¿no podría pensar en otras cosas más digeribles, gusanos y alimañas, por ejemplo? ¿Creen que un peruano en pleno juicio pueda hablar del Poder Judicial sin echar espumarajos por la boca?, ¿es posible elaborar algo acerca del Poder Electoral sin atacarse de risa?, ¿se puede escribir sobre el Poder Legislativo sin estar cerca de una sala de cuidados intensivos? Del Poder Ejecutivo ya he hablado algo y no puedo decir más por temor a los hospitales psiquiátricos.

Recomiendo al lector pasar al siguiente capítulo, que escribí antes que este para asegurarme que el Réquiem tenga un final. A los temerarios que insistan en continuar la lectura hay que advertirles que para examinar a los Poderes del Estado, como a cualquier institución privada o pública, hay que verlos dentro de una perspectiva histórica que no sea tan lejana que el horizonte sea indistinguible ni tan cercana que los árboles impidan ver el bosque. Dicho en otras palabras, no será necesario ir al estudio de la influencia que la Colonia proyectó en las instituciones republicanas porque el Réquiem no es un estudio histórico (En todo caso es una sacra autopsia o una piadosa blasfemia). Tampoco es importante examinar los Poderes de Estado en el gobierno de Fujimori porque las instituciones públicas ni desaparecen ni cambian tan rápido. Son grandes y torpes portaaviones que

requieren mucho tiempo y grandes espacios para maniobrar. Cualquier cambio de dirección en las instituciones requiere un tiempo inversamente proporcional a la duración de la trayectoria que le precedía. Las agresivas reformas o las revoluciones, inician cambios que tienen éxito por breve tiempo, pero después la inercia recobra ímpetu. La nueva administración tiene que luchar contra la reacción externa y el boicot interno. Aquí no hay magia. Es el orden natural de las cosas.

Dicho de otra manera, las instituciones por ser creadas por el hombre funcionan a su imagen y semejanza. Un organismo que ha estado enfermo por décadas no puede curarse de un día a otro. Se le podrá hacer transplantes, poner órganos artificiales, prótesis, inyectarle antibióticos y estimulantes. Todas estas medidas pueden ayudar a mejorarlo, pero la recuperación será lenta porque los sistemas sanguíneo, linfático, nervioso, etc., seguirán funcionando al ritmo que tenían anteriormente.

Si hay que hablar sobre los Poderes del Estado hay que hacerlo rápido. Apuremos pues el cáliz.

2.- El Poder Judicial

NUESTRO SISTEMA judicial es más ineficaz que corrupto, y de esto último es ya bastante. Un sistema corrupto pero eficaz podría exculpar a malhechores que lo sobornaran, pero también absolvería a los inocentes. Un sistema ineficaz y corrupto solamente suelta a los que pueden pagar la coima, quedándose en nuestras espantosas cárceles el resto, sean inocentes o culpables.

Una experiencia: Hace algunos años, en momentos en que el parlamento discutía asuntos sobre la industria farmacéutica, recibí una llamada por teléfono del senador Dammert Muelle, quien me pidió que atendiese a un indígena huancavelicano que deseaba regresar a su tierra. El visitante llegó a las pocas horas, estaba muy delgado, ojeroso, sus manos acusaban la deformación prematura de una severa artritis. Su mujer y sus tres hijitas estaban tan delgadas como él. Vestían polleras. Hablamos de su tierra, era de

Castrovirreyna, pueblo paupérrimo en el techo de los Andes, que ya lo había visitado de joven con mi padre. Le di dinero, medicinas del laboratorio, etc. Dos meses más tarde me llama el secretario de Dammert: el dichoso huancavelicano había estafado a varias empresas haciéndose pasar en el teléfono por el senador. Le habían apresado y mi nombre estaba en la lista de los engañados. El senador me pedía que, aunque el monto de todas, de todas sus estafas, no ascendía a mil dólares, presentase la denuncia a fin de “moralizar al país”. Lo hice. Pasaron cuatro o cinco años. Estaba a punto de deportarme voluntariamente a México. Me citaron en un juzgado. Temí una treta del gobierno militar, fui con mi abogado, Alberto Ladrón de Guevara. El juez deseaba que identificase al huancavelicano que todavía estaba preso. ¡Cinco años en la cárcel sin ser juzgado! Salió al despacho del juez, verde de tuberculosis, sus manos y los tobillos estaban atrofiados irreparablemente, descalzo, jirones de tela por ropa. Se moría a ojos vistas. Lloró al verme. Le pregunté por su familia, no sabía nada de ella. No quería ropa nueva ni zapatos, se los robarían, tampoco dinero. Solo cosas muy viejas y sucias. Gracias. Le traje lo que pidió, me besó las manos, a mí que lo había enviado a la cárcel. El juez, que había sido mi compañero en la Facultad de Derecho, ordenó su “inmediata” libertad, pero había que “cumplir con los requisitos”. Pasaron cinco meses y nada. Me fui a México. Se lo encargué a mi abogado que tiempo después me contó que el huancavelicano había salido finalmente libre para morir pocos días después en el Hospital 2 de Mayo. Mil dólares. Una vida, una familia. Hay que “moralizar al país”.

El caso del huancavelicano es uno de los miles de casos de la ineficacia del sistema judicial al que estamos empeñados en mantener. El problema no es nuevo, sin embargo se agrava. El crecimiento de la delincuencia, el narcotráfico y el terrorismo ha congestionado la ya desbordada maquinaria judicial. Documentos perdidos. Sistemas arcaicos de control. Lentitud burocrática. Montañas de papel. Escritorios atestados de gente y de ratas. En

fin, una torre de babel criolla. En este desorden apocalíptico funciona la corrupción a sus anchas. Nada se mueve sin “coima”. Poner encima el expediente rompe la ley de la gravedad sin aspavientos. Perder el expediente es una sencilla actuación de magos profesionales que abundan por los pasillos judiciales. Quien se queda debajo, perdido, ignorado, en el limbo terrenal, es el delincuente pobre. Los criminales ricos no van a la cárcel, salvo que haya una intención política atrás de ello.

Los panoramas dantescos de las cárceles son indescriptibles. El 30% de la población penitenciaria está tuberculosa a consecuencia de los veinte centavos de dólar diarios para alimentos. Violencia, drogadicción y degeneración se unen a la corrupción e ignorancia del personal penitenciario. Es el “holocausto peruano”, sin propaganda judía, sin arrepentimiento ni propósito de enmienda.

El Poder Judicial es un ciego paralítico que castiga... Hablemos entonces sobre el castigo. A un delincuente se le castiga privándole de su libertad, olvidemos por mínimo decoro que se trata de reeducarlo; se pretende que al menos no delinca fuera de la cárcel. Hasta allí están justificadas las penitenciarías, pero la privación de la libertad no es el verdadero castigo. Lo horrible es el tormento insufrible y continuado al que se verá sometido. Cuando un delincuente es condenado a cinco años de suplicio, el juez debería decir lo siguiente: “Por asalto a mano armada, se le condena a ser violado repetidamente. Si es tan valiente como parece tendrá que pelear con medio mundo hasta encontrar alguien que le romperá el alma. Contraerá tuberculosis, SIDA, tifoidea, no se le proporcionará ni atención médica ni medicinas, las drogas sí estarán a su alcance, el alcohol todo lo que Ud. pueda pagar y beber. Su manutención deberá agenciársela Ud. mismo o sus parientes, quienes deberán sobornar a los guardianes. Dormirá sobre el suelo en el sitio que algún preso más fuerte que Ud. le indique. Si al cabo de 5 años Ud. insiste en vivir estará mas acabado que su bisabuelo. Si algún milagro le salva, Ud. será el más desalmado asesino y Dios se apiade de nuestra sociedad”.

La vida carcelaria no está lo suficientemente expuesta al público por falso pudor. Si lo que se quiere es disuadir a los posibles delincuentes, la honesta recomendación sería transmitir continuamente en la televisión reportajes de los tormentos a los que están sometidos los presos.

—¿Hay alguna solución?

—Ninguna.

—Me lo temía.

Nuestra inicial atención en asuntos penales ha dejado relegado comentarios sobre la justicia de asuntos civiles. Aquí existen contradicciones incomprensibles y abusos indescriptibles. Desde la Conquista se ha practicado el “Estado de Derecho”, esto es la Ley como rectora de nuestra sociedad. El “requerimiento”, por ejemplo, era la lectura de ordenanzas para que los aborígenes aceptaran ser súbditos del rey de España. Leídas con voz clara y fuerte, por supuesto en castellano, los indígenas reunidos las oían intrigados y recelosos sin entender el extraño lenguaje. Al no dar muestras de aceptación a dicho “requerimiento” eran reos de rebelión y por lo tanto sujetos a ser ejecutados. A la voz de “Santiago” se les masacraba en el acto.

Mas tarde en la Colonia, a pesar de los grandes abusos de los corregidores, la propiedad indígena de la tierra estaba más protegida que en la República. Las usurpaciones de los gamonales republicanos han sido crueles y exorbitantes. Todas hechas legalmente, a su antojo evidentemente. Aprovechando la inestabilidad gubernamental, cada Prefecto de Departamento se convertía en reyezuelo pasajero que utilizando la fuerza pública reprimía protestas y protegía despojos. Se multiplicaron los tinterillos, las capitales de provincias se llenaron de “estudios” de abogados por donde desfilaban humildes personas en busca de protección y poderosos en busca de exoneración. Las facultades de derecho universitarias están llenas de estudiantes, ser abogado es la máxima aspiración. A los abogados los llamamos “doctores”. Todos pretenden serlo. Ya se dijo que en el Perú todo el mundo es “doctor” a no ser que pruebe lo contrario.

Curioso, un país que tiene una pobreza tecnológica por falta de buenos ingenieros, tiene abogados de prestigio internacional en exceso. Es incomprensible que un país donde la injusticia racial, social y económica, reina, la profesión de abogado sea admirada. Este país donde cada uno hace lo que le da la gana y se abusa del prójimo sin miramientos, tiene un pueblo que recurre a la justicia en busca de amparo sabiendo que pasará toda la vida en los tribunales. No es un problema de los LDM, hay que ser justo. Es la población andina que no ha aprendido, en estos dos siglos de República, que la justicia no funciona, y a pesar de eso sigue acudiendo a ella y fomenta que sus hijos participen en el sistema. Los más pleitistas son los paisanos indígenas, unos para defenderse y otros para reclamar. Los juzgados se llenan. Los que pierden acuden a las instancias superiores hasta dejar el último centavo en la lucha. Un país lleno de abogados es mala señal.

Peor señal es la forma cómo son elegidos los jueces. Su falta de independencia política les ha quitado todo poder constitucional: están sometidos al Poder Ejecutivo. Pero el sometimiento más cruel es su condena a la miseria si desean ser honestos. El juez de una Corte Superior gana igual que un pulpero o un “anticuchero” de la playa de Chorrillos. Son muchas las tentaciones que un justo puede tener. Hablar de lo que ganan los empleados de los juzgados sería fomentar una rebelión de consecuencias imprevisibles. Mientras tanto el sistema se sigue complicando, la frondosidad de leyes va más allá de lo descriptible. Son iguales a los “agujeros negros” del firmamento: engullen hasta la luz. La incoherencia de las sentencias frente a casos similares no sólo es una burla al “common law”, que no se practica, sino un escándalo que por lo repetitivo ha dejado de serlo.

Mientras todo esto se sabe, nadie mueve un dedo. Se ha dejado de pensar. Sigue el respeto al Estado de Derecho aunque de éste exista sólo el nombre. Miles de personas sufren tormentos inhumanos en nuestras cárceles. Miles más esperan dolorosamente que “salga su asunto” viendo que sus economías merman. Y aun

así, millones de peruanos creen que existe un Poder Judicial, aunque éste nunca haya levantado la voz para declarar inconstitucional tantos gobiernos usurpadores ni haya ejercido su facultad constitucional para acusar y enviar a la cárcel a los miles de funcionarios públicos que se han enriquecido ilegalmente. ¿Exagero?, ¿por qué se exculpó a Alan García?, ¿qué hizo el Poder Judicial durante el gobierno de Fujimori?

Si se pudiera elegir a los jueces directamente... al igual que lo eran los sheriffs del lejano oeste... quizá nos iría mejor. Al menos tendríamos la oportunidad de no renovar los cargos a jueces sospechosos.

Seguir hablando del Poder Judicial es imposible. Salen de mi boca violentos espumarajos.

3.- El Poder Electoral

—ESTO SÍ ES PARA... perdón, voy al baño *****. Jem, jem, sigo.

Como decíamos, esto es para morirse de risa. Lo más gracioso es que se llama “poder” cuando no tiene poder alguno. Su presidente es nombrado o removido al antojo del Gobierno. Recordemos que estamos viendo la institución desde su perspectiva histórica. Para no exagerar, tomemos los últimos cincuenta años. El Poder Electoral ha existido todo ese tiempo participando en ceremonias oficiales; sin embargo sólo tres, de los once gobiernos que hemos tenido, han podido terminar su mandato electoral. Cuatro no fueron elegidos nunca, uno fue forzado a ser elegido por ser el único candidato y otro se dio un “autogolpe de estado”. Hubo uno que...

—Para, no sigas que me destornillo de risa.

—Tengo otro chiste mejor: el voto es obligatorio.

—Ja, ja, ja, ja, ese está buenísimo. Ya no puedo más, me hago la pila.

El voto no sólo es obligatorio, su incumplimiento es multado. Sin el DNI con el sello de votación en las últimas elecciones uno está en el limbo civil, uno no es ciudadano, punto. Tampoco se

puede obtener pasaporte ni renovarlo aunque te encuentres en la Cochinchina y no haya mesas electorales ni posibilidad de votar por correo. La antigua Libreta Electoral, ahora Documento Nacional de Identidad, unida al voto obligatorio simboliza nuestra hipocrita sociedad en toda su trágica dimensión.

4.- El Poder Legislativo

HABLAR DEL PODER Legislativo en las épocas de tiranía, que fueron muchas, es insultar a esa institución y este Réquiem no pretende insultar a nadie: con describirles es suficiente. En tiempos de gobiernos militares se elegían al Congreso a sumisos o inescrupulosos seguidores del poder y del dinero. No podía ser de otra manera porque la oposición había sido deportada o estaba en la clandestinidad absoluta. Durante las transitorias democracias el Congreso ha tenido un papel decoroso dentro de lo que se puede esperar, salvo errores garrafales como censurar al Dr. Carlos Cueto Fernandini, ministro de Educación, por creer que los insultaba cuando mencionó que el problema era cuestión de “semántica”, creyeron que semántica era derivado de acémilas. O cuando rechazaron el nombramiento de Pérez de Cuellar como embajador en Brasil y días más tarde fue elegido por la Asamblea de las Naciones Unidas para ser su Secretario General. Pequeñeces, en comparación con otras monstruosidades legalistas, por ejemplo: la sumisión rastrera y vergonzosa del Congreso durante el gobierno del tiranuelo Fujimori no fue algo excepcional en nuestro prontuario republicano.

En el Perú hay más leyes y reglamentos vigentes de lo que uno puede suponer o entender. Leyes que se superponen a otras, leyes que se contradicen, leyes que no entiende nadie. No hay campo social, económico, ecológico, climatológico, educativo, en fin, no hay área de la actividad humana, vegetal, animal o minera que no esté legislada. Gracias a Dios que las leyes no se obedecen, si no el país estaría totalmente paralizado. Los peruanos hemos decidido

creer que todo se resuelve con leyes y eso nos consuela quijotesicamente mientras ignoramos nuestra realidad.

Lo siguiente es una reproducción bastante fiel de la entrevista a un senador:

—Señor congresista, ¿qué opina de las inundaciones en el norte?

—El Congreso está estudiando una ley para regular las aguas.

—Pero, ¿no cree Ud. que los pueblos necesitan una ayuda inmediata?

—Efectivamente, estamos a punto de terminar otra ley que coordine la acción del gobierno con las municipalidades que estén afectadas. El Congreso ya ha tomado cartas en el asunto.

Si los pueblos afectados esperasen que esas leyes les resolvieran el problema, ya hubieran desaparecido.

No obstante, en el Perú todavía creemos que las leyes van a resolver todos nuestros problemas.

- El desempleo llega a 60% de la población laboral.
- “Propondremos una ley para reducirlo”.
- La criminalidad aumenta.
- “Justamente llenaremos ese vacío de la ley y lo controlaremos”.
- El narcotráfico es incontrolable.
- “Hemos pedido mayores facultades al Congreso”.
- La “Corriente del Niño” se acerca.
- “Daremos una Ley de Emergencia Nacional que resuelva la situación”.
- El cólera sigue causando víctimas.
- “Nos faltan leyes sanitarias para evitarlo”.

¿Más ejemplos?, aquí va el último:

—Presidente Toledo, ¿cómo va a resolver la situación catastrófica en la que se encuentra el Perú?

—“Necesitamos más y mejores leyes”.

El legalismo ha hecho que la legalidad no se practique. Hecha la ley, hecha la trampa. Más leyes, más trampas. Cuando no hay valores nacionales auténticos, cuando... mejor citamos a Tácito: “cuando una nación está más corrompida es cuando más se multiplican las leyes”. Siglos después Voltaire añadía en su estilo: “la multitud de leyes es, en un Estado, lo que el gran número de médicos: señal de enfermedad y debilidad”. Lacónico, Napoleón reconocía: “más fácil es hacer leyes que hacerlas ejecutar”. Pero nosotros dale con las leyes aunque estemos absolutamente convencidos de que no van a servir porque somos un pueblo indisciplinado y obediente, quejoso y resignado, cobarde y heroico, legalista y anárquico.

—¿Lo ha entendido usted?

—Absolutamente.

—Ya ve, necesita otro electroshock.

Sigamos con el Poder Legislativo. ¿Es inútil ese organismo?, ¿tal vez obsoleto?, ¿están perdiendo el tiempo los representantes de la nación? De ninguna manera. Un congreso democráticamente elegido es la única forma de ventilar problemas nacionales. Francamente se les puede perdonar la abundancia de leyes porque quizá la función principal de nuestro Poder Legislativo no sea la de legislar sino discutir y eso no es trivial ni insensato. Todo lo contrario, ventilar los problemas nacionales fuerza a los representantes a discutir en alta voz posturas contrarias y luchar con denuedo por sus ideas. Tomar posiciones por más radicales que éstas sean indica convicciones fuertes, posturas y principios. Es solamente un largo proceso el que lleva a un país a darse cuenta de las diferentes opiniones que se tienen sobre su destino. Lo más importante es escuchar a representantes de sectores marginados, alzar su voz de protesta por la manera como se conduce el gobierno

de la nación. El Perú debería recordar que los movimientos terroristas del país se iniciaron al término de una larga dictadura en la cual las voces del pueblo estuvieron acalladas por los tanques. Un congreso democrático permite que todas las voces se escuchen y se practique la tolerancia y el respeto a las ideas ajenas.

Es lamentable que de vez en cuando un representante pierda los papeles y le lance un puñetazo al rival; sin embargo eso es mejor que el terrorismo. Además, al calor de las discusiones se pierde a veces la cabeza y se desemboca en enfrentamientos bochornosos. Esto sucede en países tan civilizados como Japón o Italia. No en el Congreso de Estados Unidos porque allí no hay gran diferencia de opiniones: un demócrata del sur piensa igual que un republicano del norte.

Los debates del Congreso deberían ser transmitidos en su totalidad por la radio y la televisión. Aparte de que son entretenidos, mejor que las telenovelas o que el Gran Hermano, son educativos. Veríamos sin lugar a dudas muchas intervenciones jocosas, otras mal hilvanadas, tomaríamos nota de ciertos incapaces “padres de la patria”, nos arrepentiríamos de haber elegido a éste o aquél, pero estoy seguro de que la mayor parte de lo que escucharíamos nos haría sentir más responsables de nuestra condición ciudadana y más exigentes al escoger a nuestros representantes. El camino hacia la libertad y democracia es un largo proceso educativo. Mejorar un país requiere conocer sus problemas y los hombres que tratan de resolverlos. ¿Cómo se puede ayudar al progreso cerrando los ojos a nuestro entorno e ignorando las voces de los que pretenden describirlo?

Hay un gran sector de la población que ha perdido la fe en los congresistas porque no sabe quién diablos los eligió. Me explico: al momento de poner en la boleta de electoral la lista de los representantes al Congreso quizá el apellido del candidato puede ser familiar a nuestros oídos, no sus antecedentes ni su conducta, menos su ética profesional. Al congresista generalmente se le elige sobre la base de la lista del partido del presidente que nos gusta,

sin saber los méritos personales de ese postulante al Congreso. Si existe ya una incógnita sobre el desenvolvimiento que tendrá el futuro presidente, el cual ha tratado de esbozar algún plan de gobierno y lanzado promesas concretas, en el caso de los miembros al Congreso no se sabe nada, solamente sus nombres pintados en las paredes de la ciudad.

Una compensación a esta falta de representatividad sería tener congresistas elegidos por gremios, asociaciones y sindicatos. Por ejemplo, un profesor tiene más posibilidad de ser genuinamente representado por un miembro del magisterio que por el representante de su departamento. Hay más posibilidades que un maestro conozca la ética profesional de otro, que la del candidato de su provincia. La trayectoria profesional y la conducta de un compañero del ramo son más fáciles de ser evaluadas que la de tráfugas políticos, de los que no se sabe en qué equipo juegan, qué negociados están detrás de sus propuestas ni qué favores políticos están pagando. Menos se sabe de su actuación en el Congreso una vez que son elegidos. Este es un punto álgido en la cuestión. Los “padres de la patria” nunca dan cuenta al pueblo que los eligió de sus logros parlamentarios. Es decir, todo lo que han podido poner en los volantes profusamente repartidos durante las campañas electorales, todo lo que dijeron en sus discursos buscando el voto popular, en fin todas las promesas electorales se quedan en el aire, y en la próxima elección se vuelven a presentar tan campantes. Nunca regresan a su pueblo a dar cuenta de lo que hicieron con el mandato que se les dio. Una vez elegidos, perdidos. Si tuviésemos representantes de los gremios éstos serían mejor controlados por sus bases, tendrían mayor cuidado en hacer o no hacer, sabrían que sus compañeros estarían atentos a su participación legislativa y no se atreverían a presentarse otra vez si su actuación fuese censurada por sus colegas.

Los colegios de profesionales así como las comunidades indígenas podrían ser escuchados directamente sin necesidad de recurrir a politiqueros profesionales que sobreviven legislatura tras

legislatura debido a un artificio constitucional. Una mezcla prudente y evolutiva de sectores profesionales, técnicos, artísticos, agrícolas, etc. con los representantes de zonas geográficas daría un pluralismo útil en las discusiones parlamentarias y una mayor oportunidad de ser representados de una manera o de otra. Habrá quien diga que no se ganaría nada porque esos sectores se politizarían. Muchos ya lo están. Sin embargo, se obtendría la representación democrática de un gremio y la posibilidad de ir creando dentro de él una conciencia política y una posición sectorial ante los problemas nacionales.

Disculpen la digresión anterior. Una pérdida de tiempo. En el Perú es una blasfemia estéril proponer cambios. Nuestra sangre debe ser borbónica. Vemos caer cabezas alrededor nuestro y, como si fuésemos Luis XVI, seguimos jugando con cerraduras y candados.

Agnus Dei

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo. Da reposo eterno a los ovinos del Perú. No tengas prisa.

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo. ¿Por qué no te pones una campanita al cuello para que te reconozcamos?

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo. Cuídate y cuídanos de los lobos disfrazados de ovejas. Son muchos.

A propósito, Cordero de Dios, ¿quitas los pecados del mundo?, ¿cómo?

XIII

Estoy agotado de analizar heces

LUX AETERNA.

**Lux aeterna luceat eis, Domine
Cum Sanctis tuis in aeternum: quia pius es.
Requiem aeterna dona eis, Domine:
et lux perpetua luceat eis.**

Señor, que la luz eterna los ilumine
para siempre entre tus Santos, Tú eres misericordioso.

Señor, dales reposo eterno:
Que la luz perpetua siempre los ilumine.

1.- Los vómitos me han debilitado

LOS VÓMITOS ME HAN debilitado. He arrojado hasta mis entrañas y aún se escapa a la autopsia de mi Patria mucha gente, muchas instituciones, muchas tradiciones y creencias sobre las que se construyó esta ruina de país.

Cada Célula Familiar que analizo está podrida; cada Institución que examino está rota; los pulmones del Pueblo están llenos de fluidos tóxicos; los riñones de la Justicia en lugar de filtrar las impurezas y arrojarlas del cuerpo, lo contaminan; el hígado de la Juventud está degenerado; el sistema digestivo de la Educación no absorbe nada; los músculos de las Fuerzas Armadas están atrofiados de grasa; el sistema reproductivo del Espíritu Patriótico ha sido castrado; el sistema circulatorio de la Administración Pública está esclerotizado; el sistema linfático del Congreso ha desaparecido; el corazón de la Religión no late; el encefalograma de los Líderes de la nación no muestra actividad, están descerebrados. Ningún sentido responde al estímulo.

Lamentablemente se me quedan en el tintero muchos que contribuyeron al desastre. A continuación doy unos ejemplos de mi olvido u omisión. El tenebroso Pedro Beltrán que desde su periódico La Prensa, llevó la voz cantante de las sociedades empresariales, aunándose a cualquier dictador que protegiese sus intereses o atacándolo cuando el tirano de turno pretendía quitarles las prebendas. El tráfuga político Eudocio Ravines, traidor de

amigos, de partidos y de ideas. El vitriólico demócrata cristiano, Héctor Cornejo Chávez cuyo agresivo verbo no era demócrata y menos cristiano; teniendo todo lo necesario para formar un gran partido hundió a la democracia-cristiana en el olvido. El abogado Luis Bedoya, un carismático “Tucán” convertido por su verbo y arrogancia en un “pavo al horno”. Hay miles más que intentan escapar.

Hay que trabajar mucho para denunciar a cada uno de los criminales. No se debe quedar nadie impune. Habrá que seguir a los desalmados hasta el final. Sacar piedra por piedra toda la mugre. No hay que dejar ninguna alimaña sin disecar. Si ya no podemos revivir a la Patria, hagamos al menos una recolección completa e inmisericorde de sus asesinos. Me gustaría enviar a las tinieblas a todos los malos ciudadanos que yacen recibiendo honores históricos que no merecen. Pero, más que eso: ¡Cuánto daría por rescatar del limbo histórico a los verdaderos héroes que, víctimas de la amnesia senil de nuestra sociedad, yacen en olvidadas tumbas!

La cosecha de los corruptos de los últimos años debe ser añadida sin dejar a ningún bribón fuera de la lista, así se tenga que llenar más libros que los de la Biblioteca de Alejandría.

Me faltan fuerzas para denunciar nuestro retrógrado sistema educacional: la burocracia del ministerio de educación y su pretendido control sobre las escuelas y colegios. Si uno llegara a saber realmente en qué se gasta la mayor parte del presupuesto de este ministerio, vería que se va en sueldos a empleados y a maestros sentados en oficinas y no en profesores que imparten clases. El escándalo de las “academias” se mantiene cobardemente oculto y se sigue engañando a millones de estudiantes que aprenden a teclear una computadora y navegar creyendo que ya saben ciencia informática. A estos ingenuos jóvenes no se les quiere decir que no tendrán dónde trabajar; el Perú lo que más necesita son técnicos electricistas, gasfiteros, mecánicos, carpinteros, enfermeras, etc. Para hablar de las universidades se necesitaría tener una salud a prueba de balas. Y si comparamos nuestro nivel de enseñanza

con nuestros hermanos latinoamericanos la cosa es para llorar. Ya no es como antes, cuando un ingeniero o un médico peruano podía fácilmente trabajar en EE UU o Venezuela o España. Si un egresado dice en el extranjero que es de la Universidad Mayor de San Marcos llaman a la INTERPOL. Evaluar a los catedráticos de universidades, privadas o públicas, es un crucigrama: hay de todo, más de lo pésimo. Compararlos con la calidad de maestros universitarios que se tenía hace cuarenta años es para suicidarse, hay que evitarlo. Es una suerte que nuestra juventud no esté enterada de la forma en que la engañan, si lo supiera, lo que hizo Sendero Luminoso quedaría en ridículo y la rebelión estudiantil se oiría hasta en las antípodas.

“Hay, hermanos, muchísimo por hacer”, decía el hermano César Vallejo. Sí, es verdad. Hay mucho por denunciar, mucho por recordar, mucho por poner las cosas en su sitio. No se puede seguir de otra manera. No podemos taparnos los ojos ante los hechos. Después del Réquiem por mi Patria, este trabajo debe continuar. Yo ya no puedo, estoy agotado de analizar heces.

2.- El sofisma del ataque personal

AHORA QUE EL RÉQUIEM por mi querida Patria está a punto de terminar, puedo adivinar la reacción de algunos compatriotas. Esos que en el Introito estuvieron a punto de despellejarme recurrirán al sofisma del ataque personal para tratar de acallar una verdad. Querrán destruirla atacando al mensajero.

—Señoras y señores, vengo a decirles que hemos perdido la guerra.

—Mátenlo por traidor.

Otro intento de destruir la evidencia es desacreditar al testigo.

—Sí, yo vi como el capitán Rosales asesinó a la chichera.

—Ud. es un analfabeto, desertor del ejército y su madre se dedica a la prostitución. Ud. no vio nada.

Este Réquiem es por mi Patria, cualquier crítica tendrá que circunscribirse al texto en sí, y no al autor. Yo soy irrelevante,

además acepto de antemano cualquier acusación, no voy a defenderme. Yo sólo soy un testigo que da fe de un hecho. Si alguna polémica causase espero que se concrete a lo que digo. Lo demás son mariconadas. No se puede acudir al ataque personal para falsear la verdad.

Que déjé el país. Sí, y qué. ¿Quién robó, yo o los presidentes?

Que no regresé. Sí, y qué. ¿No es cierto que el primer bayonetazo lo dio el ejército?

Que quién soy yo para acusar. Y qué importa quien sea yo, ¿no es ésta una acusación cierta?

Que no hice esto y que hice lo otro. Pues bien, ¿a quién se juzga, a mí o a la sociedad putrefacta del Perú? Yo soy responsable de mis actos y responderé por ellos, pero ahora hay que enjuiciar a quienes causaron el crimen.

Que soy también culpable de un modo u otro. Lo acepto. Espero que los cuatreros, traidores y miserables que pululan por nuestro país también lo hagan.

Que este réquiem repite ideas que han sido anteriormente expuestas. Verdad. Podría haber sido Oscar Wilde el que dijo “lo que no es autobiografía, es plagio”. Muchos peruanos han escrito denuncias sociales, nadie les ha hecho caso. Millones de peruanos no han escrito y sin embargo podrían firmar como tuyas esas ideas. Lo importante no es saber quién lo dijo primero, lo sustancial es saber si lo dicho es cierto o no.

Las verdades deben ser evidentes por si solas, o aceptadas y compartidas por las personas que siguieron el proceso de su comprobación. La catástrofe nacional es evidente, hay millones de testigos. No prosperará un ataque personal para destruir el crimen.

Yo no estoy pronosticando nada. No estoy diciendo: “esto va a pasar si no me hacen caso”. No me siento Casandra ni Josué y menos Santa Rosa de Lima. No soy clarividente ni profeta ni mago. Soy un hombre que un día decidió regresar a su Patria y la encontró muerta. Le dio primero tristeza y después odio. Esta es su venganza mas no su consuelo. Eso es imposible.

3.- Los voluntarios han muerto primero

HUBO UN TIEMPO en que en el Perú había más personas honestas que corruptas. Esto hacía de él un país prometedor. No podemos decir que antes no había malos peruanos. Está demostrado que siempre existieron. Lo que sucede es que ahora hay que buscar a los honestos con lupa. Los pocos que quedan están escondidos. Tienen que sobrevivir.

¿Cuántos miles de jóvenes entraron con las mejores intenciones a los institutos armados, queriendo honestamente defender al Perú, y entregar si era necesario su vida por el país? Cientos de ellos fueron relegados en el escalafón a causa de sus ideas honestas o por no prestarse a cuartelazos dirigidos por soldados ambiciosos y ególatras. Sus carreras militares se truncaron mientras veían enriquecerse a sus deshonestos compañeros de armas. Yo puedo dar fe de oficiales, jefes y hasta generales y almirantes que nunca han robado un centavo. Son muy pocos, lo sé. Dejaron amargados la carrera a la que tanto amaron.

¿Cuántos hombres y mujeres han vendido lo que tenían y se han endeudado hasta las orejas, ayudando en campañas electorales lamentables, cuyo objetivo estaba alejado de la línea originalmente trazada por líderes sin escrúpulos?

¿Cuántos miles de miles de hombres y mujeres se unieron a los gobiernos, aceptando puestos ministeriales o concejalías de modestas municipalidades y después han salido por las patas de los caballos, arrastrados por la rapiña e incompetencia de los gobiernos? No solo perdieron tiempo y dinero, muchos de ellos perdieron la reputación.

¿Cuántas veces se ha perdido la esperanza y, cómo cada vez, cada elección, cada promesa gubernamental, ha despertado nuevamente expectativas optimistas? Llevados por este entusiasmo, muchísimos peruanos han contribuido con dinero, trabajo y sacrificio para elegir una autoridad que a los meses o a los días de estar sentada en el sillón se ha burlado de todas sus promesas.

Todos los voluntarios cívicos de mi Patria se han convertido en las principales víctimas de la gran pira funeraria.

4.- La fuerza de la costumbre

CUÁNTOS HOMBRES honestos han cedido a la corrupción, poco a poco..., sin querer..., para defenderse..., para sobrevivir.

Para cualquier trámite oficial hay que sobornar a medio mundo, al que entrega el formulario, al que hace la cola para vender su sitio, al empleado que lo recibe, al supervisor para que lo ponga encima, al jefe del departamento, en fin, son muchos. Se termina buscando un “tramitador” que le da al de arriba, asunto acabado. Así se cede.

El empleado de gobierno a quien se acusa de ladrón también ha cedido a la corrupción porque sino lo despiden y ponen uno de la confianza del jefe. Hay plazas de gobierno que se venden. El policía cede ante sus jefes, o roba o le envían a Ayacucho. El oficial cede, primero callándose al ver a sus jefes enriquecerse ilegalmente; después, recibiendo premios en efectivo por su silencio; más tarde, pago por su participación; y termina obteniendo “recompensa” por su trabajo. Así comenzaron a ceder.

Cuando la contaminación inmoral llega a los extremos a que hemos llegado, la gente de tanto defenderse se acostumbra, y al acostumbrarse nada le parece anormal y hasta defiende el sistema. Del “qué cosa quieres que haga”, se pasa al “en otros países es peor”. Ya nada causa asco. Es la fuerza de la costumbre.

Igual pasa con la violencia física. Ya no es primera página que desconocidos maten a policías, o policías a narcotraficantes, o que policías o narcotraficantes maten a campesinos. Ya nada causa sorpresa. Estamos mejor que en Palestina, dice algún cínico. Es verdad. También estamos mejor que en Irak o Afganistán.

Todos andan armados. Es la ley del Oeste. Los asaltos ya no escandalizan a nadie. Los asesinatos tampoco. Los secuestros al paso han dejado de ser noticia. Y lo que es peor, se culpa más a la víctima que al criminal.

—¿Pero por qué saliste a la calle hija? Hay que ser muy tonta.

—¿A quién se le ocurre ir sola al mercado? Qué bruta.

—Qué bestia es Ud. compadre en dejarse asaltar. Ya ve, por no comprarme esta pistola ametralladora.

—¿Pero cómo dejan la casa sola? Qué irresponsables.

—¿Nadie se quedó velando en la noche? Bueno, no se quejen.

La violencia, la corrupción y la suciedad son costumbres que se han practicado a tal punto que no se pueden erradicar. Algo así como las cucarachas.

5.- ¿Queda alguna esperanza?

¿NO ES UN EXCESO de crueldad lo que he escrito?, ¿no habré exagerado?, ¿se ve alguna luz, aunque sea tenue, al final del túnel?

Al que me haga estas preguntas le contestaré, antes de dar mi respuesta, con otras preguntas: ¿ha caminado por las barriadas de Lima y de las capitales de provincias?, ¿ha visto cómo viven los campesinos o los habitantes de Chimbote o Yurimaguas, o de cualquier pueblo del Perú?, ¿sabe lo que piensan los políticos, los limeñitos de mierda, los criollitos de lo mismo, los narcotraficantes, los militares, la Jerarquía de la iglesia, el servidor público?

Pues bien, he aquí mi respuesta. Esto se acabó. Entramos en picada. Ya pasamos largamente cualquier esperanza.

Cualquier respuesta compasiva o caritativa sería una abominable mentira. Nuestra Patria ha muerto. Hace tiempo.

6.- Creer en la resurrección

TODOS LOS PUEBLOS creen en la resurrección. La llaman de varias maneras según la religión que practiquen. Dicen que uno no desaparece, se convierte en otra persona o en un animal, o espera Juicio Final donde, según los cristianos, todos resucitaremos en

nuestras carnes y tendremos una vida perdurable, amén. Va a ser muy interesante ver cómo nos las arreglamos.

Pero volviendo a la muerte de mi Patria. ¿Podrá una Patria resucitar entre los muertos? La historia dice que se han dado casos.

La Patria de los vikingos desapareció cuando de tanto asaltar a los pueblos del Atlántico Norte, se agotaron por la fuerte resistencia encontrada en las poblaciones que antes se sometían con cierta docilidad. Los escandinavos vivieron en la oscuridad varios siglos y ahora Dinamarca, Noruega y Suecia son una muestra de países civilizados donde la honradez ciudadana les permite un progreso homogéneo. No hay ni muy, muy ricos ni muy pobres. Todos viven bien. Disfrutan de la alta tecnología, de una propia cultura avanzada y de una economía sólida.

Antes de ellos, los Egipcios lograron no sólo una resurrección; tuvieron al menos tres o cuatro de ellas (depende del historiador), después de otras tantas crisis que habían dejado al país en las tinieblas. De una manera u otra lograron regresar al esplendor hasta que los romanos les apagaron la luz.

Igual les pasó a los griegos que tuvieron su edad de tinieblas después de la guerra con Troya, pero luego de unos algunos siglos despertaron con un brillo que nunca otra civilización alcanzó.

Analizar la época contemporánea es riesgoso por estar muy cerca de nosotros, sin embargo me arriesgo a apostar que el resurgimiento alemán durará muchas décadas más. Igual podríamos decir del Japón. Ambos países han abandonado sus posturas racistas y militaristas después de haber sufrido catastróficas derrotas en este siglo. Obviamente los malos años de estos países son lapsos fugaces en comparación a los largos siglos de oscuridad que vivieron las culturas clásicas.

Pues bien, ¿cómo resucita una Patria? La respuesta es simple: la Patria no resucita. Nace otra. Esto es obvio. La Patria que murió asesinada si resucita tal como murió, es decir en su mismo ambiente y con su misma gente, va tener igual resultado: la volverán a crucificar.

Las Patrias que han vuelto a nacer han dejado atrás la manera bestial de sus habitantes. Me explico: un vikingo salvo el color de su piel no tiene nada parecido a Hans Christian Andersen. No piensan igual, tienen otros valores y otras costumbres. Aunque su idioma pueda parecerse, las frases y el sentido de ellas tienen diferente significado. Sería como si uno hablase chino y el otro latín.

Si algún día mi Patria renace, será una Patria donde la honradez sea una virtud a imitar. Donde el indio, o lo que quede de él, sea respetado. Donde el trabajo sea deseado. Donde la mentira sea mal vista. Donde el político sea probo. Donde el pueblo sea valiente y saque a patadas a los malos gobernantes sin esperar golpes de estado de una cúpula inepta o corrupta. Donde la Iglesia predique a favor de la justicia social y en contra del abuso. Donde se elogie al intelectual, al artista y al obrero. Donde la arrogancia del que tiene algo sea aborrecida. Donde la violencia haya desaparecido y uno pueda andar sin miedo por las calles. Donde la basura se eche en su lugar. Donde se ayude al vecino. Donde las picaronadas, los delitos y crímenes sean castigados. Donde los militares, si hay que tenerlos, estén dedicados a sus labores castrenses. Donde la justicia sea rápida y honrada. Donde la educación sea deseada y los maestros respetados y bien pagados. En fin, **si algún día mi Patria renace**, se podrá exponer las ideas, por más absurdas que sean, con entera libertad, sin miedo a ser castigado o perseguido.

¿Ya se enteraron por qué seguiremos reventados? Porque estamos a años luz de que esto suceda. Mientras tanto el Perú seguirá despidiendo ese hedor que no nos deja respirar.

—Diógenes, préstame tu lámpara... Busco un pueblo... Busco un pueblo... Dadme luz... Dadme luz...

—Ya es tarde, las tinieblas han tomado el horizonte.

7.- Confesión a mi Patria

TU SABES, Patria mía, que a pesar de todo lo que he escrito nunca he sido más feliz que bajo tu manto. Muchos países me han acogido con generosidad y cariño, pero no como me acogías Tú. Muchos buenos hermanos he encontrado en diferentes ciudades, ninguno de ellos comparables a los míos. He comido riquísimo en todos los continentes, pero nunca mejor que en mi casa. Varias personas extranjeras me han ayudado en mi carrera, pero mi madre fue la que más influyó.

Las ilusiones más grandes las tuve bajo tu cielo. Mis amores de juventud se quedaron en tus calles. David, mi padre, que me enseñó a vivir y David mi adorado hijo que me enseñó a morir, están enterrados con mi corazón en tus cementerios.

Ahora, Patria mía, que tú también has muerto, me he unido a los judíos errantes, a los gitanos, a los armenios, a los palestinos, a los kurdos. Me he unido a los peruanos que estamos esparcidos por el mundo entero. No tenemos Patria. Lo que quedó allá se podrá llamar todavía Perú, pero significa otra cosa. No es el Perú de mi recuerdo, ni el de mis esperanzas.

Por todo esto, querida Patria, no podía permitir que por guardar falsas apariencias tu asesinato quedase silenciado. Al encebollar al país, me he encebollado. Cada insulto ha lacerado mi orgullo. En cada letra he aceptado lo inevitable: yo era otro. Ahora no soy diferente, sino menos. Casi nada.

COMUNIÓNEEEE. LUZ ETERNA

Recibe entre tus santos a mi Patria, OH Señor. Va con ella un buen pueblo. Dales descanso eterno, están muy fatigados.

Repón sus carnes magras. Cierra sus heridas. Alegra sus rostros. Han sufrido demasiado.

Dales Paz y que tu Luz Eterna alumbré sus corazones. Amén.

Compatriotas:

podéis ir a continuar vuestra autodestrucción.
El Réquiem por Perú, mi Patria, ha terminado.

RÉQUIEM
POR PERÚ
mi patria

de Herbert Morote,
se terminó de imprimir en el verano de 2004 en los
Talleres de Gráficos de Palao Editores.
Lima /Perú